

LUIS PACHECO DE NARVÁEZ

HISTORIA EJEMPLAR
DE LAS DOS CONSTANTES
MUJERES ESPAÑOLAS



Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

*El padre de mi mujer
fue marido de mi madre,
y el de la suya, mi padre.
¡Mirad cómo puede ser!*

ADVERTENCIA

DE Luis Pacheco de Narváez (Baeza, 1570 - Madrid, 1640) se conoce, sobre todo, su *Libro de las grandesas de la espada*, publicado en Madrid el año de 1600, y otras obras sobre el uso de las armas en los años siguientes, pero apenas se conoce esta novela de aventuras amorosas. Creo haber leído en algún lugar que es una obra «perfectamente prescindible» (o algo similar), y bien podría estar de acuerdo con ello si se calificase con igual rigor a tantas otras novelitas similares de nuestros mejores clásicos castellanos, porque esta *Historia ejemplar de las dos constantes mujeres españolas*, si bien no las supera, nada tiene que envidiarles. Aquí se narra la historia paralela de dos principales, jóvenes, bellas y honradas mujeres (burgalesa una, sevillana otra) cuya extremada semejanza será su desgracia y cuyas tribulaciones tendrán merecido reposo en un monasterio francés, no sin antes despedirse tiernamente de sus respectivos esposos, agonizantes tras haberse desafiado y herido mortalmente; pero eso no impide que el drama se remate con boda y felices descendientes, porque de la violación que cada una sufrió a manos del marido de la otra resultarán los hijos que sobrevivan a la tragedia y andando el tiempo proporcionen ese final feliz tan propio de la época. A medio camino entre la novela cortesana y la bizantina, tampoco falta el viaje marítimo por el Mediterráneo truncado por una espantosa tormenta. Así pues, esta novela, una de tantas, bien pudo escribirla uno de aquellos ingenios; pero no: la escribió Pacheco, y si la elogian nada menos que Lope, Alarcón, Calderón, Vélez de Guevara, Valdivielso, Pellicer..., no le neguemos nosotros mérito literario a este militar que llegó a ser Maestro mayor de esgrima del rey Felipe IV. De esa opinión fue el «curioso» promotor que en 1744 se enorgullecíó de reimprimir «esta obra, que se hallaba sepultada en el olvido, para perpetuar la memoria a que son acreedoras sus grandes prendas. Es su materia gustosa y ejemplar, y... aun la más rígida observación no degenera de su instituto en dar algún rato de recreación al ánimo».

E. S. F.
Barcelona, mayo 2015

Imagen portada: *Yael y Sisara* (Giovanni Francesco Barbieri).



Portada de la edición de 1744, cuyo promotor, «para hacer la recompensa imposible, oculta su propio nombre y sólo quiere descubrirse con el timbre de T. J. R.».

HISTORIA EJEMPLAR DE
LAS DOS CONSTANTES
MUJERES ESPAÑOLAS
A LA SEÑORA DOÑA
CATALINA CHACÓN Y ROJAS,

mujer de don Juan Remírez Fariña, caballero de la
Orden de Santiago, Caballerizo de Su Majestad
y su Corregidor en la ciudad de Écija.

Por don Luis Pacheco de Narváez, Maestro del Rey
nuestro señor en la Filosofía y destreza de las armas,
y Mayor en todos sus Reinos.



En Madrid, en la Imprenta del Reino, año 1635.

Reconstrucción libre de la portada de la primera edición. He incorporado el escudo compuesto para los linajes Ramírez (izqda.) y Chacón (dcha.) que en el original ocupa toda la plana II-r del pliego de los Preliminares, obra del conocido grabador de origen francés Juan de Courbes.

SUMA DEL PRIVILEGIO

TIENE licencia y privilegio por diez años don Luis Pacheco de Narváez, Maestro Mayor de Su Majestad en la Filosofía y destreza de las armas, para imprimir este libro intitulado *Historia ejemplar de las dos constantes mujeres españolas*, como más largamente consta de su original despachado en el oficio de Juan Laso de la Vega a 28 de mayo de 1630 años.

ERRATAS

ESTE libro intitulado *Historia ejemplar de las dos constantes mujeres españolas*, con Estas erratas¹ corresponde con su original. Dada en Madrid a ocho días de julio de 1635 años.

El Lic. Murcia de la Llana

SUMA DE LA TASA

TASOSE por los señores del Consejo Real este libro intitulado *Historia ejemplar de las dos constantes mujeres españolas* a cinco maravedís, y tiene veinte y nueve pliegos, sin los principios, que al dicho precio montan ciento y cuarenta y cinco maravedís, como más largamente consta de su original despachado en el oficio de Marcos de Prado y Velasco, Escribano de Cámara de Su Majestad, a 27 días del mes de agosto de 1635 años.

¹ Sea declaran seis, con su enmienda correspondiente, que he aplicado sin dejar nota.

APROBACIÓN

POR comisión del señor don Juan de Velasco y Acevedo, Vicario del Serenísimo Cardenal Infante en esta Villa de Madrid y su Partido, he visto este libro, que intitula su autor don Luis Pacheco de Narváez, Maestro de Su Majestad y Mayor en la científica destreza de las armas, *Historia ejemplar de las dos constantes mujeres españolas*, y no sólo no hay en él cosa estraña al fiel sentir de la Iglesia, o menos decente a honestas costumbres, antes, en lenguaje propiamente castellano heroico, dulces moralidades, graves conceptos, puras frasis, discursos ingeniosos y una maestría de la virtuosa constancia, con que defiende el ánimo de los afectos impuros (cautelosos, si no diestros enemigos) también² como enseña a defender con la espada el cuerpo de enemigos externos. Juzgo ser obra igualmente agradable y comúnmente provechosa, y que se le debe dar licencia para imprimirla. En este Convento de la Santísima Trinidad, a 18 de febrero de 1630.

Fr. Julián Abarca

APROBACIÓN DEL LICENCIADO PEDRO FERNÁNDEZ NAVARRETE, Consultor del Santo Oficio, Capellán y Secretario de Sus Majestades y Altezas

POR mandado de V. Alteza he visto un libro que don Luis Pacheco de Narváez ha escrito, y aunque le ha intitulado *Historia ejemplar de las dos constantes mujeres españolas*, es una novela, cuya censura no es de mi profesión; pero obedeciendo el mandato de V. Alteza la he leído con cuidado, y me parece no hay inconveniente en darle licencia para que la imprima, porque como hay infinitas personas inclinadas a este género de libros, las que leyeren éste hallarán que la divina justicia como premia la virtud castiga las culpas. El estilo es muy ajustado a la elegancia española, y teniendo muchas sentencias morales, no hay en él cosa que pueda ofender las orejas castas. Madrid, y marzo 25 de 1630.

El Lic. Pedro Fernández Navarrete

² Tanto, de igual modo.

A DON LUIS PACHECO DE NARVÁEZ
 FREY FÉLIX LOPE DE VEGA CARPIO,
 DEL HÁBITO DE SAN JUAN

SONETO

A la esfera de Marte, reservada
 A solos héroes de inmortal memoria,
 Llegó don Luis, por última vitoria
 De tanta envidia vanamente armada.
 La pluma, de las armas retirada,
 Esta moral ocupa dulce historia,
 Por dividir entre las dos la gloria,
 Emulación de su famosa espada.
 A dos ilustres damas asegura
 Marte en su estera, y resplandece en ellas
 Su aspecto y su virtud cándida y pura.
 Las dos eran de Venus luces bellas,
 Mas ya, para guardar tanta hermosura,
 En la esfera de Marte son estrellas.

DEL MAESTRO JOSEF DE VALDIVIELSO
 A DON LUIS PACHECO DE NARVÁEZ

DÉCIMA

Vuestra pluma soberana
 pudo hacer (tan alto vuelo)
 que Argenis ceda a Clavela,
 Clariclea a Laureana:
 a una y otra se la gana,
 sin que vana se presuma,
 en esta elocuente suma,
 donde os verá el más severo,
 si con la espada el primero,
 sin segundo con la pluma.

DEL DOCTOR JUAN PÉREZ DE MONTALBÁN
A DON LUIS PACHECO DE NARVÁEZ,
MAESTRO MAYOR DE SU MAJESTAD
DE FELIPE IV

DÉCIMA

Con esta historia, señor
don Luis, a entender nos dais
que en todo cuanto intentáis
sois el Maestro Mayor:
ya describiendo el rigor
del gran Nieto de la espuma,
ya enseñando en breve suma
las armas como Maestro,
para ser en todo diestro
con la espada y con la pluma.

DE DON PEDRO MESÍA DE TOVAR Y PAZ,
CABALLERO DEL HÁBITO DE ALCÁNTARA,
PRIMOGÉNITO DEL CONDE DE MOLINA

DÉCIMA

Toda la Fama a volar
corta trompa le ha de ser
a quien se sabe exceder
acertándose a imitar.
Don Luis, honor singular
de la Patria, el que ha sabido
juntar lo mas advertido
a lo bélico y airado,
a Minerva ha acreditado,
y a Palas engrandecido.

A DON LUIS PACHECO DE NARVÁEZ EL MARQUÉS DE LA CONQUISTA

DÉCIMA

A coronar vuestra frente
Marte y Minerva se ofrecen,
y las competencias crecen
cuando os ven tan eminentes.
Mas esa mano valiente
que ha igualado tanta ciencia
dé fin a la diferencia
recibiendo el lauro y palma:
tendrá la vida de el alma
vuestro valor y prudencia.

FRANCISCO LÓPEZ DE ZÁRATE A DON LUIS PACHECO DE NARVÁEZ

SONETO

Don Luis, ya vuestro nombre es alabanza
Vuestra, de vuestra Patria, de la ajena,
Que, cual la trompa de la Fama, llena
el Orbe, el pensamiento, la esperanza.
A vuestra espada vuestra pluma alcanza,
A lo que una persuade otra condena;
Quien con la fuerza y la razón enfrena,
A méritos divinos se abalanza.
A las demostraciones del acero
Ajustáis los arroboes de la pluma,
Siendo evidente en vos lo discurrido.
En lo más admirable sois primero,
De los discursos y evidencias suma,
Siempre alabado, nunca encarecido.

A DON LUIS PACHECO DE NARVÁEZ
EN LA *HISTORIA EJEMPLAR DE LAS DOS
CONSTANTES MUJERES ESPAÑOLAS*,
DEDICADA A LA SEÑORA DOÑA CATALINA
CHACÓN Y ROJAS DESPUÉS DE HABER
DEDICADO LOS LIBROS DE LA VERDADERA
DESTREZA AL REY NUESTRO SEÑOR

DON PEDRO CALDERÓN
DE LA BARCA

SONETO

Si por la espada es inmortal la gloria,
Si por la pluma es la ambición divina,
Bien uno y otro genio te destina
Del tiempo y del olvido la vitoria.
Bien (Luis) pues de Felipe la memoria
Debe a tu docta espada su doctrina,
Bien, pues, debe la luz de Catalina
Diestra a tu pluma la *ejemplar historia*.
Si varones constantes enseñaste,
Si *Constantes mujeres* escribiste,
Eterno un sexo y otro te presuma:
Aquél, por la destreza que inventaste,
Éste por la virtud que engrandeciste,
tomando ora la espada, ora la pluma.

EL LICENCIADO DON JUAN RUIZ DE
ALARCÓN Y MENDOZA, RELATOR DEL
CONSEJO REAL DE LAS INDIAS,
AL AUTOR

DÉCIMAS

Destreza ostentáis, don Luis,
a dos Polos dilatada,
pues con la pluma la espada
ayudáis y competís.
Enseñáis cuando escribís
tanto la constancia, y cuando
peleáis es enseñando
tanto la ciencia, que entiendo
que peleáis escribiendo
y que escribís peleando.

Con tanto valiente y diestro
varón discípulo honráis
a España, que ya os juzgáis
en esto ocioso Maestro,
y así, emprende el valor vuestro
nueva provincia, de suerte
que, siendo una mujer fuerte
tan difícil de hallar, vos
habéis producido en dos
mil desprecios a la muerte.

DEL DOCTOR DON PEDRO DE MENESES,
ALCALDE MAYOR DE LAS CIUDADES DE
GRANADA Y SEVILLA, A DON LUIS
PACHECO³ DE NARVÁEZ

DÉCIMAS

Repose (joh español Alcides!)
de tus líneas el compás
con que en nuevo metro das
emulaciones a Euclides.
Repose, pues, mientras mides
entre discursos radiantes
los conceptos elegantes
que con acordado estilo
serán siempre dulce asilo
de las *Mujeres constantes*.

De tu ingenio esclarecido
publique la inmortal Fama
el mismo ardor que lo inflama,
en sus ecos repetido.
A el Estigio cause olvido
en el solio y tardo asiento
el candor de tu concuento,
y cuando llegue a juzgar
ande franco en admirar,
y en mormurar avariento.

³ Orig.: 'Prcheco'.

DE LUIS VÉLEZ DE GUEVARA
A DON LUIS PACHECO DE NARVÁEZ

DÉCIMA

De dos héroas españolas
la heroica historia escribís,
haciéndolas, don Luís,
de Europa soles, y solas.
En vano con varias olas
de hirviente cerúlea espuma
el tiempo extinguir presuma
tan inmortal esplendor;
que su invencible valor
vivirá por vuestra pluma.

DE GASPAR DÁVILA A DON LUIS PACHECO
DE NARVÁEZ EN ALABANZA DE MI
SEÑORA DOÑA CATALINA CHACÓN, A
QUIEN DEDICA ESTE LIBRO

DECIMAS

A Clavela y Laureana
das firmeza y protección
en la sangre de Chacón
con virtud más soberana,
cuanto esta deidad humana
es más; porque si el valor
de tu pluma superior
a las dos debe la *Historia*,
todos tres, en esta gloria,
a la tercera el honor.

Mas que el saber escribir
 es el saber dedicar,
 cuanto es lo uno acertar
 y lo otro discurrir;
 y tanto supo medir
 (Pacheco) tu inclinación
 esta conseguida acción,
 que das en igual fortuna,
 con el patrocinio de una
 a todas tres perfección.

ELOGIO A DON LUIS PACHECO DE NARVÁEZ, POR DON JOSEF PELLICER DE TOVAR, CORONISTA DE CASTILLA Y LEÓN, SU AMIGO

Después, don Luis famoso, que de Marte
 os ha debido el mundo la doctrina
 y en vos halló el valor estudio y arte,
 para añadiros gloria peregrina,
 con pluma casta y con honesto estilo
 de Venus enseñáis la disciplina.
 Ya os oyó diestro el morador del Nilo
 a despecho del llanto envidioso
 del bárbaro ignorante cocodrilo.
 Ya escuchó vuestro método estudioso
 del alemán Danubio la corriente,
 que embargó sus cristales numeroso.
 Ya con aplauso, en fin, de gente en gente,
 encarecido el nombre de Pacheco
 vuela desde el Oriente al Occidente.
 Hoy que alternáis con elegante trueco
 en las de amor las líneas de la espada,
 mayor hacéis de aquella trompa el eco.
 Gloria más alta os queda destinada,
 cuanto es mayor hazaña en las mujeres
 dejar la inclinación bien enseñada.
 Unas con diferentes pareceres,

como otras con acciones desiguales,
del Ciego dios burlaron los poderes.
Causa de todo género de males
las novelas modernas las hicieron,
así estranjas como naturales;
pero en vos, cuyo ingenio merecieron
que por ellas saliese a la defensa,
mayor realce de su sexo vieron.
¡Cuán grosera es la pluma que hace ofensa
a las que dignas son de cortesía,
sin que haya en tal delirio recompensa!
Para vencer su injusta rebeldía,
escribís *dos mujeres tan constantes*,
que casi su entereza fue porfía.
Callen aquellas celebradas antes
en las cláusulas doctas de Heliodoro,
y de Tacio en las frases elegantes.
Ceda a las dos el erudito coro
que Cariclea forman, y Leucipe,
ayudadas de Ismenia en cerdas de oro.
El grande Eustacio beba de Aganipe
la líquida esmeralda, pero en vano,
y en el tiempo no más se os antice.
Barclayo,⁴ en sus *Políticas* ufano,
de mi *Argenis* os ceda los primores
que a España trasladé en mi abril temprano;
que, pues sois el mejor de los mejores,
justo es que los antiguos y modernos
con vos se reconozca inferiores.
Duren siempre, don Luis, duren eternos,
a pesar de la envidia, estos renglones,
en los labios del tiempo sempiternos.
Y a la luz inmortal de los blandones
de esa estrellada piel azul los lea
el esplendor de Rojas y Chacones:
esa nueva deidad que, como idea
de cuanto el gran volumen lleva escrito,
su amparo busca y protección desea.

⁴ John Barclay (1582-1621), escritor satírico de origen escocés y que residió la mayor parte de su vida en Francia. Su obra su más conocida fue *Argenis y Poliarco*, que un joven Pellicer (1602-1679) publicó traducido en 1626 (incluyendo un encendido elogio póstumo de dos folios al 'ilustre genio de Escocia y alumno de Francia... Fénix racional de la Escocia') y Calderón llevó al teatro una década después.

¡Oh, cómo del cuidado haré delito,
 osando encarecer desta señora
 un mérito con visos de infinito!
 Su claro entendimiento, ¿quién le ignora?
 Su esclarecida sangre, ¿quién la duda?
 Y sus virtudes, ¿quién no las adora?
 Aun el silencio fuera lengua muda
 (con ser lo que más dicen que encarece)⁵
 en alabanza que se encoge ruda.
 En su divino genio resplandece
 la discreción sin riesgo de afectada,
 siendo verdad lo mismo que parece.
 Su descendencia viene derivada
 de aquellos grandes héroes que Antequera
 vio sobre su muralla conquistada.
 Mas, ¿cómo confiado en leve cera,
 a tanto abismo de nobleza ciego,
 intento penetrar la heroica esfera?
 Válgame su favor mientras navego
 inaccesible el piélago, si mueve,
 muchas disculpas solamente un ruego.
 Y en cuanto en otro asumpto, menos breve
 que el de aquesta inscripción (a tanta gloria
 mi afecto nuevamente se le atreve),
 y doy segunda vez a la memoria
 de Chacones y Rojas el linaje
 unido a los Fariñas en mi *Historia*,
 gozad, don Luis, sin que la envidia ataje
 de tan alta Mecenas el amparo,
 libre por ella del común ultraje;
 que, prevenido a vuestro nombre claro,
 os espera con pórvidos Corinto,
 y con el mármol os aguarde Paro:
 esto os promete aviso tan sucinto.

⁵ Orig.: 'encarec'.

DON LUIS PACHECO DE NARVÁEZ AL LETOR

TAN justas como loables leyes, y dignas de ser observadas, son las de la urbanidad, decoro y respecto que en común se les debe tener a las principales mujeres y la veneración con que se ha de hablar de las que en superior jerarquía están colocadas, que en el sentimiento de aquellos cuyas acciones merecen alabanza condenan a los que faltando a esta obligación dan libertad a las lenguas y atrevimiento a las plumas para infamar sus nombres (ya propios o supuestos) y desacreditar sus vidas proponiéndolas en el teatro del mundo fáciles, incontinentes y deshonestas, suponiendo que se enamoran, que solicitan que las quieran, que ruegan, que lloran si no las quieren, que rabian y se abrasan de celos, que voluntariamente se entregan a perder las prendas de su mayor honestidad, que tienen criadas a quien premian por que les ayuden a ejecutar sus lascivas flaquezas fiándoles el secreto que después el mismo delito que cometen lo publica a voces, que dejan sus casas y estados, y vagantes con hábito indecente y ocupaciones serviles buscan a los que han gozado sus favores: motivo grande para que por medio del entretenido (menos que con honesto deleite) pueda la ignorancia y malicia vulgar, crédula a lo que en nuestros tiempos se poetiza, presumir constante que imitan en las costumbres y torpeza de vivir a las más viles plebeyas que se dan a este detestable vicio de la luxuria haciendo honra de ser tenidas por pecatrices, y las iguale en el deprecio.

Mejor intención y divino impulso tuvieron los autores clásicos en los elogios que hicieron de aquellas que fueron adornadas de excelentes y heroicas virtudes, poniéndolas por ejemplar para que otras gloriosamente las imitasen; y a las que en ultraje de sus obligaciones se arrojaron al destraimiento profanando su autoridad, calidad y nobleza, acriminaron con execraciones de sumo rigor las viles y depravadas costumbres, ilícito y licencioso proceder, para que la infamia en que fueron tenidas fuesen tremendo asombro, no enseñanza a ser disolutas, sino a temer el ser infamadas y peligrar en las manos de quien deben respetar.

Este discurso (en que yo tuve la menor parte) fue entretenida conversación de unas señoras y caballeros ocasionada de algunos escritos, antiguos y modernos, mostrándose al principio aficionadas a la dulzura del lenguaje, a los razonamientos amorosos y finezas encarecidas de los amantes, de las alternaciones recíprocas de las que eran amadas, las sutiles trazas para conseguir deseos, unas veces con dichosos fines y otras con trágicos sucesos; pero, advertidos los medios por quien se consiguieron y los en quien fueron conseguidos, consideraron el general descrédito en que ponían a lo más ilustre y

grave de su sexo con renombre de princesas, infantas y los demás títulos honoríficos (en injuriosa ofensa de sus reinos y provincias), a quien sólo para atribuirles defectos culpables y la mayor afrenta que se les pudo decir las eternizaban en la memoria de las gentes, sin que (por sus escritos) llegase a ella alguna de las muchas, no sólo iguales, pero inferiores en dignidad, que salieron vitoriosas de las mayores diligencias que pudo el humano poder para que rindiesen su voluntad a injustas pretensiones. Con que perdieron el primer agrado, diciendo que de semejantes sujetos, a quien laudablemente se ven celebrados en auténticas historias, así divinas como humanas, pudieran, con hiperborizarlos, merecer que los aclamasen por insignes, y que, cuando no hubiera éstos, no les negara la licencia poética el suponerlos, para exhortar a la virtud, así como la tomaron en dar documentos cómo se haya de pecar. Y en nombre de las ofendidas pidieron a los presentes que, pues había tantos que con detracción les atribuían culpas no cometidas, que saliese alguno a la justa defensa; y aunque cualquiera dellos pudiera con infinita superioridad servirlas en tomar a su cargo tan noble asunto, quisieron que fuese al mío, sin que mi resistencia y el pedir que se considerase el ser materia ajena de mi profesión pudiese eximirme de obedecer, y así, tuve por menor inconveniente el ser tenido por ignorante que reprehendido de grosero. Admítaseme esta disculpa para lo que no hubiere acertado, porque si Marte dio algún aliento a mi inclinación, fui poco favorecido de Minerva, y mucho menos conocido de la Musas.

Y advierta el que leyere, que los casos que en este papel se refieren no son del todo supuestos; que la mayor parte dellos pasaron en nuestro tiempo, y pudiera, si me fuera permitido, nombrar las personas por quien sucedieron; pero si faltando crédito a lo que con verdad afirmo imaginare que es inventiva, mi deseo fue encontrar con los aciertos de la verosimilitud, con los de la locución, exornación y moralidad. Por lo que hubiere faltado en esto (que creo será en todo) póngasele el cargo a quien fio de mí lo que mejor pudiera de uno de tantos floridos y doctísimos ingenios como goza este siglo, a quien de justicia se le debiera superior aplauso y no mendigara, como yo lo hago, un perdón para mi insuficiencia. Vale.

A LA SEÑORA DONA CATALINA CHACÓN Y ROJAS,

mujer de don Juan Remírez Fariña, caballero de la Orden de Santiago, Caballerizo de su Majestad y su Corregidor en la ciudad de Écija, y hijo primogénito del señor don Fernando Remírez Fariña, de los Consejos Supremos de Justicia, Cámara e Inquisición

SIENDO, como es, lo antiguo de la calidad y lo notorio de la nobleza en los ascendientes y casas de los Chacones y Rojas, a quien v. m. (como descendiente de tan heroicos progenitores) con su ejemplar virtud y acciones dignas de alabanza, ya que no pueden recibir aumento, les da nuevo esplendor haciéndolos reverentes en la estimación de los más calificados, igualando en todo los del señor don Juan Remírez Fariña, no pequeña culpa cometiera yo, en grave injuria de su inmemorial tradición, si como a no conocidas presumiera dar en tan breves escritos como pide una dedicatoria (ni en otros más dilatados) la primera noticia dellas, cuando a la Fama le han faltado hipérboles para manifestarlas. En esto y en el dedicar a v. m. esta *Historia* no desproposita mi discurso ni delira la prudencia: su mayor aplauso, y mi crédito sólido conseguirémoslo si v. m. se sirviere, como se lo suplico, de recibirnos bajo de su protección, que si este singular favor se nos concede, ella saldrá sin el riesgo del desagrado que por sí puede merecer y yo quedaré con mayor aliento, si mi corta capacidad no lo impidiere, para servir av. m. con mayores asumptos en que se conozca el afecto de mi deseo, aunque todo será corto descargo a mis grandes y reconocidas obligaciones.



Don Luis Pacheco de Narváez



HISTORIA EJEMPLAR DE LAS DOS CONSTANTES MUJERES ESPAÑOLAS

En una de las más nobles ciudades de España, émula a la de mayor antigüedad que veneran los hombres y aplauden su estimación, a quien en su dichoso principio pusieron por nombre Auca,⁶ después Ceuca y, perdidos éstos, Masburgui y ahora Burgos, en quien el rey don Alonso Onceno de Castilla instituyó la Orden y Caballería de la Banda y armó por su mano ciento y cincuenta y dos caballeros, nació Alejandro (descendiente de uno de éstos), tan favorecido de los dones de naturaleza, que si ella tal vez quiso ostentar la grandeza de su poder haciendo prodigo exceso de lo que le es posible favorecer a una racional criatura, en sólo él epilogó, como en cifra, la soberanía de su imperio. Las partes personales superiormente excedían a los demás de su edad: su valor era mirado con venerable decoro; la generosidad de su ánimo, dentro de los términos de su posible igualaba con el nombre; el entendimiento admiraba a los que gozaban su comunicación; la suficiencia adquirida con particular estudio, y el saber diversas lenguas, le hacían tan estimado como aplaudido. En calidad continuada, y no deslucida por él, era su familia de tradición reverente, igual en todo a la de Laureana su esposa, que fue, en el sentimiento común de los que merecieron llegar a verla, un admirable portento de hermosura y virtud: dos cosas que, si no incompatibles, raras veces se hallan juntas en un sujeto cuando goza lo florido de la edad y lozanías de la juventud. La hacienda de Alejandro, aunque no libre de los ordinarios empeños a que ocasionan excesos de ostentación y no precisas necesidades, era más que mediana, y en un mayorazgo⁷ que poseía vivían veneradas las hazañas heroicas de sus ascendientes, asegurando digna memoria para la posteridad. Celebraba la dicha que a muchos tenía envidiosos, viendo que, entre tantos pretendientes, sólo él hubiese logrado sus deseos alcanzando en dulce himeneo a Laureana, con quien en recíproco y conyugal amor gozaba los días, injuriándolos con nombre de instantes. Amábanse tan tiernamente, que en agradable y dulce competencia

⁶ La actual Villafranca Montes de Oca, a 36 km de Burgos, De la romana Auca dice Madoz que «algunos confundieron su nombre y sitio con el de Burgos, por haber sido trasladada a ésta la silla episcopal con que Auca fue condecorada».

⁷ Casa solar. El llamado 'vínculo de mayorazgo' asignaba la mayor parte de los bienes al hijo primogénito, que no podía desprenderse de ninguno, ni posteriormente repartirlos en herencia.

cada uno se juzgaba más perfecto amante, y al otro por más digno sujeto de ser amado. Iguales eran en el deseo de tener sucesor que fuese eterno vínculo de aquella perfecta amistad: no lo había permitido el breve tiempo de su unión, aunque por algunas conjeturas, a quien ya las experiencias tienen acreditadas por evidentes, lo esperaban dentro de cinco meses (largo plazo para un eficaz y amoroso deseo. Tan contento estaba Alejandro con estas esperanzas, que dificultaba mayores aumentos en la posesión, y tan cuerdo deliraba como si ya la poseyera. Perpetua era su asistencia con su Laureana; gozábase en la contemplación de aquella de quien era correspondido y adorado; la extensión de los hipérboles se hallaba ya limitada, y las regaladas caricias no tenían más dulzura que ofrecer, y dándose el uno al otro epítectos con que se aumentaban sus aficiones, repetían alternativamente que no merecía el que cada uno gozaba.

En esta ocasión les llegó aviso que Marcelo, tío de Laureana, había muerto siendo presidente de una de las más ricas provincias del Nuevo Mundo, dejándola por hija heredera de su mucha hacienda, que ya había llegado en los galeones y flota. No fue este contento sin la pensión que pagan los demás que proceden de la Fortuna, no tanto por la muerte del viejo tío (que las fúnebres exteriores lágrimas del heredero suele celebrar el alma con aleluyas) cuanto por ser forzoso el ir Alejandro a solicitar la cobranza, y sólo la consideración desta ausencia afligía sus corazones como si tuvieran presente la suma desgracia que les esperaba. Tristes vaticinios hacían de sus futuras desdichas, y al menor pensamiento con que se imaginaban ausentes tenían por infeliz agüero de prodigiosas desventuras. En la dilación conocían evidente peligro; en el apartare juzgaban insufrible desconsuelo, que el dividirse dos que perfectamente se aman siempre estuvo en opinión de más penoso que el morir; pero venciendo en parte este sentimiento, así por considerar que el viaje era breve y seguro, como el aumento⁸ que de tan grande herencia se le seguía a su casa, determinaron que la partida fuese dentro de seis días.

Comenzó la bella Laureana (aunque con turbada diligencia) a disponer lo necesario para el camino, y entre el mayor cuidado la divertían penosas suspensiones y tal enajenamiento de sí, que le era dificultoso el acuerdo de lo que había comenzado, y muchas veces volvía a deshacer lo hecho y a repetir lo que había dicho, que cuando un corazón naufraga entre amor, temor y recelos, la república del alma padece guerras civiles. Y sabiendo que entre los criados mayores que habían de ir sirviendo a su Alejandro era el de más segura confidencia un mancebo que desde los primeros años de su infancia se había criado con ella, lo llamó aparte y con amigables palabras le dijo:

—Bien sabes, Luperto —este era su nombre— que nos criamos juntos en la casa de mis padres y que casi con igualdad a mí fuiste alimentado por ellos; conmigo comunicabas tus niñeces, y yo pasaba contigo las más horas de la mía. Cuando gocé mayores años no hice olvido de lo que merecía aquella sencilla

⁸ Beneficio, mejora.

amistad, y después que despertó mi discurso se convirtió en agradecimiento, igualándolo a la fidelidad y cuidado que siempre has tenido a mis causas. Nada de lo que te digo ignoras, ni lo mucho que estás obligado a ser agradecido: muéstralos (ruégotelo encarecidamente) en mirar por mi querido Alejandro, que es el mayor bien que en lo humano me tiene concedido el Cielo. Considera que sin él no sólo me será penosa la vida, pero cierta y forzosa mi temprana y violenta muerte. Págame lo que deseo tus aumentos y el ánimo que tengo de ayudarlos en cuanto pudiere, con ser espía fiel de su persona y en avisarme por instantes de cuanto se fuere ofreciendo. Esto quiero deberte y que lo pongas a cuenta de mi mayor obligación, que yo la satisfaré con mejorar tu fortuna, tanto (fíate de esta palabra) que te des por bien satisfecho. Secretos, y siempre guardados en mi pecho estarán los avisos que me dieres, que en esto contradiré con exceso la común inclinación de mujer. Muévante estas lágrimas, y recíbelas por empeño de lo que puedes asegurarte en el cumplimiento de mis promesas.

Mayores encarecimientos hiciera Laureana para mover a Luperto si él no la impidiera, ofendido de que le rogase lo que le podía mandar, y quejoso de que entendiese le podría mover más el interés que el amor con que la servía, le respondió:

—Aunque en la desigualdad de los estados han introducido los hombres diferencia, y aun contrariedad, en las personas (abuso que contradice la común madre Naturaleza, como universal principio de todos), ya que no heredé abundantes bienes (que éstos, si no todas, las más veces son poseídos de quien menos los merece, por ser ciega la Fortuna que los reparte, o, mejor diciendo, providencia de superior causa, por que en todo no les ofenda el desprecio o en recompensa de lo que se limitó con ellos en los más excelentes del alma), príciome de tan honrados pensamientos, que todo el humano interés no bastará a torcerlos en ofensa de lo que debo estimar el ser que desta casa he recibido, por quien aventuraré en cualquiera ocasión esta vida que le debo. Y aunque el proceder de Alejandro mi señor ha sido tan ajustado a su calidad que será corta la más suprema alabanza, y al como procederá no merece ser ofendido con sospechas, seré un Argos vigilante del más corto paso que diere, presumiendo, y aun asegurando, que sabré dar alcance hasta el menor pensamiento suyo, y con mi debida lealtad daré noticia de todo, para que a la estimación que merecerá se le vayan previniendo nuevos agradecimientos.

Algún consuelo, aunque breve, causó esta respuesta a Laureana, pero acordándose que para la rigurosa ejecución del partir ya sólo faltaban dos días, entregándose nuevamente al llanto los pasó en más tiernas y amorosas quejas desmintiendo a su misma satisfacción; y como si los recelos que la afigían fueran ya verdades averiguadas o estuviera entregada a la infelidad de padecerlas, con mayor aflicción se lamentaba, sin que le fuese de alivio las promesas de Alejandro y el afirmar con juramento de que entre el fin de llegar y el principio de volver serían pocas las horas. Y en la más cercana al partirse, no pudiendo ya los ojos de Alejandro detener el raudal de lágrimas que el corazón enviaba envueltas entre

confusos suspiros (que hasta entonces había detenido por no aumentar las de su amada esposa), y viendo que huía de su rostro el hermoso rosicler, propinó un anuncio al desmayo, se llegó a ella y, tomándole las manos y besándoselas muchas veces, con interrompidas y mal articuladas palabras, y las más dellas ahogadas entre congojas y llanto, pudo decirla éstas:

—Amada prenda de mis ojos, hermoso dueño de mi alma: mucho siento que me obliguéis a imaginar que a mi firmeza agravia vuestra desconfianza, y al rendimiento con que os amo le neguéis la satisfacción que merecen mis finezas. ¿Tan poco⁹ ha granjeado con vos, Laureana de mi vida, el conocido afecto de mi voluntad y el entrego della? ¿Tan poco asegurada os tienen las constantes muestras de mi amor? ¿Tan sospechoso crédito se les debe a mis desvelos en serviros y a los nobles intentos de teneros siempre agraciada, que os obligue a hacer extremos de tan grande sentimiento? ¿No soy yo quien está idolatrando vuestros, pensamientos, a quien tienen los míos por centro de su mayor descanso? ¿Qué secreta causa os mueve a tan manifiesta aflicción? O ¿con cuál otra de mayor tristeza lamentáradess el suceso más infeliz que cabe en la jurisdicción de la desdicha, si al que es tan favorable recibís con tristes endechas? Bien sabéis, como quien alienta y gobierna mi corazón, que en él jamás se engendró deseo de apartarme de vos; que como el vivir es tan amable y sois la vida de mi vida, fuera forzoso el perderla si este negocio me obligara a muy dilatada ausencia: hágola en fee (así os lo prometo) de que será tan breve; y oblígarme a hacerla prudentes escarmientos y más que ciertos desengaños de lo mal y tarde que se negocia por cartas. La cantidad de hacienda que habéis heredado es mucha, y ha de tener contra sí la codicia de los solicitadores y la necesidad de los poderosos, apoderándose della ya por medio de aparentes criminales excesos, ya con calumnias, secretos y embargos, reduciéndolo a rigurosa tela de juicio. Las diligencias de interpósitas personas¹⁰ siempre fueron retardadas, por el continuo interés que se les sigue; el pleito contra el ausente pocas veces fue favorable; las costas, en sumo grado excesivas, y, sobre todo, dudosa la determinación. Si esto no os satisface y gustáis que se aventure, ninguna pérdida suya, ni la de mayores tesoros, podrá igualar a la ganancia de estar en vuestra compañía: ordenad y dispone lo que fuere de vuestro gusto, que el mío no tiene otro a quien obedecer.

Y no pudiendo pasar de aquí el afligido Alejandro, volvió a poner la boca en sus hermosas manos y se quedó suspenso.

Atenta había estado Laureana (si es que entre graves dolores puede haber perseverante atención), y esforzándose en su mayor padecer le respondió de esta manera:

—Alejandro de mi alma, señor de ella y único bien mío: muy reconocida estoy a lo mucho que os debo. Confieso la obligación en que me ha puesto

⁹ Orig.: 'tampoco' (3v). En lo que sigue no anotaré estas menudencias gráficas.

¹⁰ Mediadores, representantes legales.

vuestro amoroso trato y noble proceder. Todo lo que me habéis dicho de vuestra parte conozco ser cierto, y también lo es que de la mía hago la estimación que me es posible y pago con el mayor caudal de mis potencias. No dudo del singular amor con que correspondéis al que os tengo, ni el dolor que han manifestado mis lágrimas es efecto de mal asegurada confianza; que fuera injuriar vuestro valor en ofensa del agradecimiento, a quien ningún generoso corazón volvió el rostro, antes sí, con él se hizo merecedor de nuevos beneficios. Mi aflicción no del todo procede de esta ausencia que veo tan cercana, porque estoy satisfecha en la fee y palabra que me dais y en lo que os está mereciendo la terneza con que os amo, que no¹¹ será tan corta que no dé lugar a que muchas veces os escriba y con temerosos desvelos aguarde nuevas de vuestra salud, por ser, como es, en quien sólo consiste la mía. Lo que me tiene hecha un abismo de cuidados y un profundo piélago de melancolía no podrá fácilmente alcanzar vuestro discurso, ni en el mío hallo capacidad para abrir la puerta al consuelo; y pues gustáis de que os lo diga quiero satisfaceros, aunque sea peligrando en el aumento de mi aflicción: tres noches son, ¡ay triste!, las que la inquietud de mi corazón ha privado a mis ojos del dulce sosiego que gozaban; con dificultad se han podido rendir al descanso, y si tal vez por breve tiempo eran vencidos, al punto le me representaba, ¡ay, qué digo!, veía, como estuviera despierta, que estando una tortolilla en su nido alentando con su natural calor la vida que había dado a los hijuelos, y juntamente halagando con amorosos arrullos a su querido consorte, que, amante fiel, la acompañaba y juntos los picos se comunicaban los alientos, llegó otra ave de rapiña, y arrebatando con sus fuertes uñas a su amado esposo se levantó con veloz y apresurado vuelo, y haciendo una y otra punta, fue tanto lo que se remontó, que no pudo percibirse el fin de aquella dilatada huida, dejando a la desdichada viuda perturbado el gozo que poseía, temerosa del accidental y repentino peligro, manifestando su pérdida con tristes y dolorosos gemidos. Y vi también que desamparando la sucesión que hasta entonces había alimentado, que, si no perdido el amor que la tenía, juzgando ser mayor el bien que había perdido que aquel que esperaba en ella, no advertida de su daño, no recelosa de su muerte, después de haber mirado a diversas partes, y con más atención por dónde iba su amada compañía, dando primero afigidas muestras de dolor, desplegando las alas al viento comenzó a seguir el mismo camino, desamparando su albergue, y a no larga distancia dél, cuando con más veloz curso rompía los aires siguiendo al violento y cruel robador de su esposo (que a tener entendimiento dijera que la llevaba el dolor y deseo de morir con él y tener una misma sepultura) le salió de encuentro otra ave, de mayor grandeza que la primera, y sin que la diligencia en el defenderse le fuese de alguna importancia perdió la libertad, y atravesada en el pico del tirano vencedor, la llevaba por diverso camino del que ella había comenzado. Este penoso anuncio, este triste agüero de desdichas tantas veces representado, me tiene tan confusa y afigida

¹¹ Suplo 'no' (4r).

que juzgo a grave delito el no hacer mayores muestras de sentimiento, porque si no me atormentan padecidas, me afligen imaginadas. Bien sé que ningún crédito se les debe dar a estas cosas, pero las recelosas sospechas de una imaginación y los temores de perder aquello que se ama no fácilmente se puede vencer, pues aunque las unas carezcan de fundamento, los otros son efectos de verdadero y perfecto amor. Partid, señor mío, sin persuadirme al consuelo, porque sólo está librado en la dichosa hora que os vuelva a ver en mi presencia.

Esto acabó de decir arrojándose en los brazos de su Alejandro, y él dándole un estrecho abrazo, sin poderla responder, aunque lo comenzó muchas veces, remitiendo a los ojos, que intrépidos tenía puestos en los de su esposa, el declararle sus amorosos conceptos, dando un profundo y tristísimo suspiro, que al mismo tiempo se encontró con otro de Laureana, como efectos que procedían de iguales causas, volvió el rostro y, poniéndose a caballo, comenzó su viaje.

Supla la consideración del que supo amar perfectamente por el mayor encarecimiento con que se debía ponderar el cómo quedó esta desconsolada señora, la presteza con que se puso en la parte más eminente de su casa para ver el camino por donde iba su amado, las amorosas y tiernas quejas que desde allí le enviaba, los ruegos que le hacía, las ansias que se le acrecentaron viendo que se alejaba y los aumentos de tristeza cuando lo perdió de vista; los sollozos y abundantes lágrimas con que después regaba aquellos lugares en que había gozado las horas, tan dichosas como breves, con quien era la mitad de su alma; el cuidado en cerrar puertas y ventanas advertida de su prudencia, que aun la entrada del sol, estando el marido ausente, pone a peligro la fama; la moderación en las galas, reduciéndolas a un hábito decente, por ser éstas los más ciertos registros del poco o mucho sentimiento en lo libre de la soledad; el gusto de que todos los de su familia le refiriesen perfecciones de su Alejandro; el no recibir visitas, aun de los cercanos parientes y con dificultad, y veces muy raras las de sólo un hermano que tenía; la ordinaria asistencia en su oratorio, donde pasaba la noche y la hallaba el día; la templanza en el común sustento, que es lo que también descubre si a una mujer le es o no agradable la libertad, y vamos con Alejandro, que tan sin alma caminaba, que a no llevar criados cuidadosos de su persona le fuera imposible llegar con vida al fin determinado que llevaba, porque iba con tan gran suspensión de sentidos, tan absorto y entregado a la contemplación de su Laureana, que sólo la repetición de su nombre daba por respuesta a cualquiera pregunta que se le hacía.

Llegó después de quince jornadas a la gran ciudad de Sevilla, universal concurso de todas las naciones, primera caja de las riquezas del Occidental mundo, cuya grandeza majestuosa, descripción de sitio y favorable clima procuraron encarecer (sin poderlo dignamente conseguir) muchas delgadas y doctísimas plumas. Prevínosele posada en uno de los principales barrios de ella. Poco lugar le dio al descanso, que el deseo de volver al patrio suelo, a quien por estar en él la que tenía por único bien suyo lo prefería en la estimación a todo el resto de la tierra, le era solícito y cuidadoso despertador. Comenzó luego las

diligencias que llevaba a cargo, y como poco versado en este y semejantes negocios,¹² o con la turbación de su acelerada partida, se descuidó en llevar información de cómo la heredera Laureana era su ligítima mujer y sobrina de Marcelo, con que le fue forzoso enviar a Luperto a que jurídicamente la hiciese,¹³ encargándole la suma brevedad. Tardose más tiempo del que entonces deseaba a causa de una enfermedad en que cayó cuando volvía.

Los veinte días primeros pasó Alejandro sin salir del aposento, regalándose con los dulces acuerdos que la memoria le ofrecía de su querida esposa, a quien tenía tan representada en la idea, que como si estuviera presente la hablaba y con ternísimos halagos solicitaba sus favores, convirtiendo en tristeza las enojosas burlas que por momentos le hacía su aprehensión y deseo, hasta que Vitorín, que después de Luperto tenía el primer lugar en la asistencia de Alejandro, le pidió con encarecidos ruegos, en quien interpuso la vida de Laureana, se vistiese y pasease la ciudad, dando mayor ensanche a la esperanza de que presto la volvería a ver. Concediole lo que hasta entonces no le había sido posible alcanzar: vistióse Alejandro, y saliendo a un balcón (que fue la primera vez que se abrió después que el nuevo y afligido huésped habitaba aquel cuarto), al punto que levantó los ojos encontró con ellos, en otro balcón de enfrente, una mujer tan parecida a la suya, que pudiera con dificultad el más atento cuidado hallar distinción en el conocimiento y engañar al que de más cerca y familiarmente las comunicara; y no se diga ser ésta la primera vez que Naturaleza¹⁴ hizo este milagro pues, sin otros muchos semejantes que se pudieran referir en nuestra nación, se sabe por gravísimos autores (y lo refiere Trogo Pompeyo y Justino su recopilador, libro primero) que Semíramis, mujer de Nino, rey de los asirios, fue tan parecida a Nino, hijo suyo, que, muerto¹⁵ el padre y quedando muy mozo, pareciéndole a Semíramis corrían riesgo sus estados en poder de un muchacho y que ella por ser mujer no la obedecerían, se vistió los hábitos del hijo, poniéndole a él los suyos, y gobernó el reino largos días, andando en las guerras teniéndolo por su príncipe heredero, sin jamás conocer que fuese mujer: con tan grande extremo como éste eran parecidos la madre y el hijo. Lo mismo afirma en el libro citado de Mergis, hijo del rey Cambises y sucesor en su reino, y de Oropastes, hermano de un mago llamado Comaris, los cuales eran tan parecidos, que habiendo muerto el Mago secretamente a Mergis, que por haber fallecido su padre había de entrar a reinar, sostituyó y puso en la real silla a Oropastes, y reinó creyendo todos que fuese Mergis, su señor y verdadero príncipe.

Y volviendo nuestro intento, tan absorto y fuera de sí quedó Alejandro, y el verla retirar muy apriesa, que más estatua que hombre parecía. Y volviendo algo en sí, gozosamente se alentaba: alegres sospechas (aunque mezcladas con

¹² Orig.: 'nogocios' (6r).

¹³ Orig.: 'hizisse' (6r).

¹⁴ Orig.: 'naturalexa' (6v).

¹⁵ Orig.: 'muetto' (6v).

desasosiego) le movían a estar contento; imaginando si Laureana,¹⁶ forzada del amor que le tenía, se había resuelto en venir a buscarle, preveníale agradecimientos y ofendíase luego de que la determinación hubiese sido sin orden suya, y en el cargo y descargo estaba dudoso su juicio: él la condenaba con engaño y la defendía con amor. Padeciendo estaba estas rigurosas perturbaciones en que se le había anegado el discurso, cuando otra, y tercera vez (aunque todas casi instantáneamente), volvió a ver aquella que a tanta confusión, gozo y tristeza lo tenía conducido, y luego, que en una silla acompañada de cuatro escuderos salía de su casa. Y arrebatado del deseo y movido de rabiosa indignación dando ya por constante su ofensa, sin aguardar criado que lo acompañase la siguió hasta la iglesia adonde iba, y poniéndose en parte donde poder más de espacio y atentamente mirarla (aunque algo apartado) se aumentaron sus confusas y tristes sospechas, sin que el desengaño de aquella aparente verdad que le representaba el sentido fuese poderoso a quitar los recelos en que su afligido corazón se anegaba.

Cruel guerra le hacía aquel objeto que estaba contemplando; horribles le eran las resoluciones que se le ofrecían; abanderizada estaba la fácil creencia contra el dictamen de la razón: la una le instigaba a que, pues su ofensa estaba puesta en el tablero del mundo, que en público convenía satisfacerla; aconsejábale la otra que mirase bien lo que emprendía, porque el ofrecerse a notorio peligro sin urgente y averiguada causa, no a valor, sino a temeridad se juzgaba siempre, y nunca el arrepentimiento de un mal advertido suceso se tuvo por remedio dél, pero de tormento más insufrible, y muchas veces causa de desesperación. Airadamente asentía a lo primero, culpando su tardanza en el comenzar; reportábase con los prudentes avisos que de la otra se le oponían, y saliendo éstos vencedores, comenzó a hablar consigo mismo, diciendo:

—¿Es posible que tan flacamente me rinda yo a una vil y mal nacida sospecha? ¿Es posible que un tan liviano antojo tenga soberanía sobre mi sosiego? ¿Tan poco debo fiar de la constante prudencia de mi Laureana? ¿Cómo puedo poner en duda su virtud y hacer olvido de sus ajustadas y cuerdas acciones? ¿Es justo ofender su ejemplar y honesta vida? ¿Puede, sin grave culpa, haber tan descomedido desprecio que se le atreva a su proceder inculpable y al debido decoro que siempre le ha guardado al recato? ¿No es infame delito calumniar tantas perfecciones como a favor mío puso el Cielo en aquel divino sujeto?

Y esforzándose más en la justa y debida confianza que le tenía asegurado y reprehendiéndose por haber faltado a ella, se preguntaba y respondía de esta manera:

—¿Qué envanecimiento es este que me instiga? ¿De qué furor me arrebato? ¿Dónde está mi entendimiento? ¿Adónde mi memoria? ¿Cómo hago olvido de lo que loé tantas veces? ¿De qué sospechas pasadas se pueden originar las dudas

¹⁶ Orig.: 'Luareana' (6v).

presentes? ¿Qué descompuestas palabras suyas ofendieron jamás a mis oídos? ¿Qué atrevida y descompuesta libertad dio deslustre a su calidad y nobleza? ¿Qué tiempo vi que ociosamente gastase en paseos o en ventanas? ¿De qué joyas o vestidos se adornó que yo no se las diese? Su recogimiento, ¿no igualó siempre al de una perfecta religiosa? ¿Qué sospechosas amigas la visitaban, o a cuál visitaba ella, de cuya comunicación se pudiese temer algún contagio de deshonestidad? ¿Qué día o noche llamé a la puerta que hubiese tardanza en el abrirla o turbado color en el recibarme? ¿Qué tiernas y amorosas quejas no me dio si me tardaba? ¿Con qué dulces halagos no solicitaba mi temprana vuelta cuando salía, pagando con agradecidos abrazos lo que se hallaba obligada en haberla obedecido? Pues si no puedo dudar en lo uno ni contradecir lo otro, dejadme ya, vanas fantasías que con falsas apariencias queréis turbar la tranquila paz que estoy gozando; morid a manos de la justa satisfacción que debo tener; queden rendidas las vilezas del recelo a los pies de la confianza. Y perdonad, esposa mía, la ofensa de haberla tenido, y tenga disculpa para con vos el ser hijo (aunque espurio) del amor y de la ausencia.

Esto dijo, y venciendo la precepitada determinación que había tenido de llegar a hablar a la que tanto estrago había hecho a su quietud quiso irse, y al salir por la iglesia volvió a poner los ojos en ella, y esto a tiempo que hablando con otras amigas pasaba de una a otra capilla, con tan honesto desenfado y gravedad apacible, que avasallaba la más alta libertad y llevaba tras de sí las almas de cuantos la miraban. Sólo en Alejandro causó tan contrarios efectos que a no levantarse sobre las fuerzas de su valor, es cierto que peligrara su vida, y agonizando entre nuevas y mayores turbaciones volvió a decir:

—¡Ay de mí, triste, que lo que tenía por desengaño es quien me ha engañado! Mas ¿cómo podré negar aquello mismo que estoy mirando? ¿Cómo diré que no veo aquello mismo que estoy viendo? ¿Aquella no es Laureana? ¿Aquél no es su mismo cuerpo? ¿No es aquél su donairoso y honesto despejo? ¿Puede el mayor sentimiento hacer transformación semejante? ¿No es aquel rostro el verdadero original de la copia que sacó y conserva mi idea? ¿Tantos años han pasado por mi memoria, que puedan haber desvanecido la aprehensión que hice de sus especies? ¿En qué dudo? ¿Qué infame cobardía me detiene o qué vil temor me oprime? ¿Cómo no me resuelvo a llegar y pedirle cuenta de mi honor, de quien por injustas humanas leyes le hice depositaria?

Movía ya el primer paso a ejecutar este intento, y detúvole el justo y reverencial decoro debido al lugar en que estaba y el considerar que ponía a peligro su opinión si manifestara en público aquel que, siendo imaginado, tenía por cierto agravio (que aun la recompensa del que, por calificado, no sufre duda debe tomarla un caballero¹⁷ en presencia¹⁸ de pocos testigos, por que haya menos que puedan referir su afrenta, que siempre se dijo ésta primero que el valor de la

¹⁷ Orig.: 'Cualllero' (8r).

¹⁸ Orig.: 'peresencia' (8r).

venganza). Difiriendo¹⁹ para más oportuna ocasión el conseguir la que deseaba y vacilando sobre qué modo tendría (sin acertar con el más conveniente, pareciéndole imposibles los unos y de invencible peligro los otros) quedó por un rato suspenso, y después, como si de un profundo sueño despertara, alentado en sus nuevas confianzas volvió a discurrir así:

— ¿Adónde me lleva el asombro de mis pensamientos? ¿Qué infernal Furia ha tomado a su cargo el destruir la unión de dos tan conformes voluntades y sembrar discordia entre dos almas a quien el indisoluble vínculo de amor hace²⁰ que parezcan una? El hombre, ¿no es capaz de ser engañado? Si tal vez un entendimiento,²¹ con ser la más principal potencia del alma, padece la injuria de una opinión, a quien por el oblicuo juicio que hace de ella tiene y aprueba por verdad, el sentido, que tan bajamente le es inferior, a mayores errores estará sujeto. Pues ¿con qué razón me precipito? ¿Con qué causa me resuelvo a darme por agraviado con sólo la relación que me ha ofrecido la vista? ¿No es justo tener a una mujer por buena en cuanto no se le probare que es mala? La experiencia, ¿no es la verificadora de la verdad? ¿Por qué no me aseguro, con tantas como me tiene ofrecidas el tiempo, del ajustado proceder de mi querida esposa? ¡Ea, villanos pensamientos y mal nacida sospecha, no ofendáis a la que merece suprema alabanza! Mentís infamemente en cuanto en su deshonor intentáis persuadirme; que si dejara su patria, si desamparara su casa, para sólo buscarme había de ser y sólo en mis brazos había de parar, y hasta llegar a ellos no hallara descanso ni se detuviera. Y si, lo que no es posible ser, le moviera otra causa menos honrosa, no con tan descompuesta libertad procediera, no en tan breves días hallara amigas que con tanto aplauso la estimaran, ni ella con tan grande ostentación anduviera en público; que pocas veces el delito deja de acobardar a la mayor desvergüenza. ¡Vivid vos Laureana de mi alma, que no quiero otro bien que gozar de vuestra compañía ni mayor felicidad que las ocasiones de serviros!

Esto decía cuando se le ofreció cerca de sí uno de los escuderos de aquella dama, y trocando la desconfianza en curiosidad quiso saber quién fuese, y así, le llamó diciendo:

— ¡Ah señor hidalgo!

— Sí lo soy — respondió con una notable promptitud, que era perene habladuría y algo picado de la vanidad —, y de casa solariega en el riñón de la Montaña.²² Mi rebisabuelo fue infanzón y mantuvo pendón y caldera,²³ coronel,²⁴ que no timbre, dejó en el escudo de sus armas, como lo podré mostrar más bien y presto que muchos con la filiación por línea masculina de padre a hijo. Mi nombre es

¹⁹ Orig.: 'difirendo' (8r).

²⁰ Orig.: 'hazen' (8v).

²¹ Orig.: 'etendimiento' (8v).

²² Los montes al Norte de Burgos, hoy Cantabria.

²³ Insignias de los ricos-hombres.

²⁴ O 'cimera', adorno sobre el yelmo en los escudos de armas. 'Timbre' o 'timble' es el yelmo, simplemente.

Hipólito, y a no haber nacido un hermano mío primero que yo, gozara hoy veinte y cinco mil maravedís de mayorazgo.²⁵ Ahora ved lo que me queréis decir.

—No dudo en parte alguna de lo que decís —dijo Alejandro sufriendo el enfado de aquel enojoso envanecimiento—; pero valiéndome de la licencia de el preguntar que cortésmente le está concedida al forastero quisiera saber, si de ello fuéredes servido, quién es esta dama que venís acompañando, que según lo que representa su gallarda persona obliga a todo acatamiento.

—¡Oh pesar de quien me parió! —replicó el escudero—. Parece que lo decís burlando. ¡Y como que obliga a que le hagan mesura! ¡A mí me lo diréis, que la he criado en mis brazos, y Claudina mi mujer a sus pechos! Conozco su abolengo como el mío propio: en séptimo grado de afinidad tiene parentesco conmigo, y ella lo reconoce y se precia y honra de ello.

—Poco ostento de linajudo, aunque tengo muy gran parte de montañés —volvió a replicar Alejandro—, porque siempre entendí, y ora estoy entendiendo, que la verdadera nobleza tiene su origen en la provincia y casa de la virtud, y que sin ella no hay ni puede haber nobleza. Yo me reconoceré obligado respondiéndome a mi pregunta.

—Pues sabed —dijo luego— que el nombre de esta señora es Clavela, cuya ilustrísima fama, que aun es mayor que su belleza, con ser la que habéis visto y os puede haber admirado, celebra con general aplauso toda esta ciudad de grave, prudente y honesta. Tiene adquirida tan reverente opinión, que en los pocos años que goza comúnmente la llaman «matrona romana». Divinas y humanas letras ha estudiado desde su niñez, tanto, que comúnmente es conocida por «la niña sabia». No quiero detenerme en referir la calidad de sus padres: sólo os afirmo que mereció su calidad veneración y respecto entre los mejores y más calificados de toda la Vandalia. Y digo que es mujer de Marcelino, un caballero no menos, principal que discreto, rico y valiente. Así fuera él reportado y menos colérico, como no había más que pedir, pero el juego y otras ocasiones de mozos, que los que las profesan califican por bizarriás, lo hacen menos amable, y en su casa de todo punto insufrible. Doce leguas de aquí tiene una villa suya (comprada con su dinero, que aun no está vinculada en el mayorazgo, que éste vale un Pirú) en que pudiera estar regalado como cuerpo de rey, y el hechizo de esta ciudad lo trae divertido, y a los que le servimos, arrastrados, pues si pierde o se halla desfavorecido, el tigre más feroz no le iguala. En el destribuir lo que tiene peca en la prodigalidad; pero no con sus criados, que como a cuerpos fantásticos nos trata y como espíritus le servimos, como si de nada necesitáramos. Para los que vienen a solazarlo y entretenérlo y para los que le lisonjean y disponen la ejecución de sus gustos no hay Alejandro como él. Esto os digo en secreto, porque no soy inclinado a descubrir las faltas ajenas.

—Cuanto puedo os agradezco —dijo Alejandro— la confianza que de mí hacéis, y en recompensa del tiempo que en hacerme merced habéis gastado

²⁵ Unos míseros 60 escudos.

servíos de este diamantillo, que al valor que tiene de sesenta escudos quisiera que se acrecentaran en diez mil. Y tenedme por muy vuestro para serviros de mi persona y posada, que la tengo junto a la vuestra, en cuanto se os ofreciere.

—Procedéis como un príncipe —dijo el escudero—, y con este diamante habéis labrado el de mi voluntad, tanto, que podréis disponer de ella como de la de un esclavo. Y pues somos tan vecinos iré a que me mandéis y tengáis por vuestro menor criado.

Con esto se despidieron, quedando Alejandro tan desahogado de las turbaciones que hasta entonces había padecido como le sucede al que condenado a muerte y puesto ya en el lugar del suplicio, revocada la sentencia, le hacen merced de la vida. Ya sin peligro de nuevos temores miraba con libertad a la bellísima Clavela, ya le era agradable su vista, bebiendo por los ojos el dulce veneno de su hermosura. Admirado contemplaba en ella una breve suma de perfecciones, y siendo todas en proporción iguales, a cada una de por sí juzgaba por superior. Amorosos accidentes se iban apoderando del lugar que habían ocupado las tristezas, y poniéndose a la puerta por donde había de salir aquel monstruo de beldad, cuando llegó le hizo una profunda reverencia, a que grave y honestamente le correspondió con otra, con que del todo se acrecentó el incendio de su afición. Siguiola con el recato de nuevo amante, si es que en estos principios puede haber prudencia, y envidiando aquellos que de tan cerca la asistían, decía:

—¡Dichosos vosotros, que gozáis la presencia de un ángel en ser humano, aunque su esplendor y vuestra bajeza os tiene desalumbrado el conocimiento, y así, os faltarán los grados que merece de estimación! ¡Oh, cuán favorable me fuera el poder trocar mi estado por el vuestro! ¡Quién pudiera dejar de ser lo que soy y reducirme a vuestro ser! ¡Oh impertinente y molesta gravedad! ¡Oh enojosa reputación vanamente introducida en los hombres, pesado yugo y dura opresión del gusto, mal haya quien os respeta!

A un mismo tiempo llegaron Clavela y Alejandro a sus posadas, ella con el ordinario descuido de semejantes casos y él cercado de inquietos y solícitos cuidados. Nuevos y más vehementes deseos le perturbaban; superiores a los desasosiegos eran sus poco vigorosas resistencias; el rendimiento triunfó de su primera constancia, cedió la libertad al vencimiento, y reconociéndose prisionero buscaba disculpas a la mal cumplida firmeza con que pagaba a su esposa, que, ausente, le estaba adorando, y reconocido de la culpa quería satisfacerla en este modo:

—No podréis decir, amada consorte mía, que ofendo a la fe que os debo y con juramento ofrecí guardaros, porque si contemplo vuestro rostro hallo en él, sin alguna diferencia, el de Clavela; si con atención miro el suyo, perfectísimamente veo el vuestro, y en la tan igual como milagrosa semejanza amo a los dos en uno, porque en cada uno están los dos. ¿A quién le fue posible amar el retrato y aborrecer el original, si vos lo sois de ella y ella lo es de vos? Quiriendo la Naturaleza hacer con el pincel de su divina mano dos copias de tan uniforme

beldad que no puede mi entendimiento contemplar la una sin conocer en un mismo grado la otra, ni mi voluntad (a quien, siendo dos sujetos en número, se le representan como si fuese un individual sujeto), es imposible amarlos con distinción, porque sin disparidad sensible les dio una perfección misma. Verdad será el decir que cuanto más amare a Clavela os estaré amando más.

Con estos y otros discursos y sofísticos argumentos iba cebando el nuevo fuego en que se abrasaba; ya no apetecía el encerramiento en que le entretenían sus contemplaciones, que hasta entonces había tenido por alivio; no le era ya apacible la soledad con quien se lamentaba ausente; las galas, de quien había hecho desprecio, le eran agradables, y se esforzaba el gusto para usar de las más lucidas y airoosas y que igualasen más con su bizarría y despejo; continua era su asistencia en la iglesia donde oía misa Clavela; como sombra de su silla la iba siguiendo siempre que salía de casa, y estando en ella no se apartaba del balcón, por ver si por el de su oriente salía el alba alegre que deseaba y otras veces (no con larga detención) había visto. Particular estudio hacía en lo que le había de decir cuando mereciese gozar de su vista, y como si ya la tuviera presente repetía por momentos esta deprecatoria oración:

—Quisiera, hermosísima señora, saber decir, y no ha de serme posible, el supremo poder que sobre mi libertad ha tenido vuestra soberana belleza. Torpe instrumento es mi lengua para manifestar cuán dichosamente he rendido el alma a sólo la determinación de vuestro albedrío; y como tiene por su mayor bien el contemplar ese divino sujeto, la libertad desprecia con el singular gozo de tan venturoso captiverio, y juzga por su mayor felicidad esta dulce tiranía. Como humilde esclava os reconoce por único dueño suyo: gozá de este vencimiento y de la mayor gloria que se le sigue al vencedor en perdonar al rendido.

Para mayor aumento a su padecer y que tuviesen principio las desgracias que le habían de venir, le ofreció la Fortuna (aunque después de muchos días) que una tarde saliese Clavela a un balcón, haciendo al Sol invidioso y mendigantes de su hermosura a las flores, y viéndola sentada detrás de una celosía, por cuyo enrejado penetraban los brillantes rayos de sus ojos como de lucientes estrellas, y que la calle (terminable división de una y otra casa) era tan angosta que podían penetrar las palabras sin riesgo de ser oídas de los que por ella pasasen, se determinó a hablarla, pero fue con tal turbación y olvido de lo que a solas había dispuesto y estudiado, que mostró bien el tierno y amoroso afecto con que la amaba; que el hablar un amante en los principios de su afición y cuando solicita los primeros favores, libre y concertadamente en la presencia de su amada pone en duda aquello que más procura persuadir y muestra tener el corazón libre y asido a la lengua, y no ésta al corazón, venciendo el silencio que lo detenía y con trémula y palpitante voz, le dijo esto:

—Quisiera señora, saber..., pero no es posible que pueda... Yo estoy tal porque mi alma, que os adora..., y la dulce tiranía a que se rindió bien pudiera, entregándoos su libertad, me obliga... Suerte más que dichosa ha sido la mía en haberme puesto..., pues me ha hecho esclavo de vuestro albedrío. Rendido pido

clemencia haciéndome venturoso; que la gloria del vencedor, más que en el vencer, resplandece en el perdonar.

Advirtió Alejandro la mala colocación de sus razones y que se había perdido en el anteponer y posponerlas, sin haber dicho cosa concertada. Quiso volver a comenzar aquellos amorosos desatinos, aunque fue en vano su intento, porque Clavela, en quien era la honestidad el precioso esmalte de las demás virtudes que le adornaban, cual si de venenoso áspid fuera picada, o acometida de algún fiero león o rabioso tigre, se levantó, y más encendido su rostro que el carmín, vergonzosamente corrida de que con tal atrevimiento se le hubiese perdido el decoro, dejó aquel puesto, condenando a perpetuo eclipse a quien tan desalumbrado pretendía obscurecer el inestimable don de su castidad. Confuso y arrebatado en un éxtasis de dolor quedó Alejandro con la adversa suerte que había tenido su anticipada esperanza; entre tristes sospechas se pronosticaba infelices fines, y arrebatado de la cruel pasión que le afigía, confiando unas veces y desconfiando otras, decía:

—¡Oh fáciles cuanto inadvertidos principios de amor, con qué blandura os apoderáis de una alma y con qué tirano poder procedéis contra el humano sosiego! ¡Cuán pocas veces suceden bien vuestros atrevimientos! ¡Con qué facilidad se rinde un hombre al cauteloso engaño de vuestras halagüeñas promesas y de qué tardos escarmientos es avisado, pues aun para arrepentirse no hay tiempo en los más dilatados siglos! ¿Qué haré, que ya el sufrimiento se anega? ¿Puedo poner en duda si Clavela se enojaría de veras o se daría por ofendida de que fuese yo el primero que la descubriese la pasión que su amor ha causado en mi pecho? ¿Si²⁶ hubiera sido más acertado el haber puesto una medianera que con blandura la fuera disponiendo y con maña la hiciera atenta a oír algunas alabanzas de mí? Porque si no me conoce ni sabe quién soy, si con dificultad ha podido mi alma, que siempre ha estado asomada a las lumbreras de los ojos, enviar un amoroso recaudo a los suyos, que con efecto de encendido relámpago en dejar desalumbrada la vista haciendo su aparición instantánea se ha dejado mirar, injustamente la culpo. ¡Oh, cuán dichoso hubiera sido; en cuánto le quedara obligado a la Fortuna si entonces me reprehendiera culpando mi osadía, si con amenazas y aspereza de palabras me dijera injurias, para que en el satisfacerla y disculparme pudiera fundar alguna esperanza de perdón! ¿Qué haré, triste, que estoy engolfado en un proceloso piélago de aflicciones? Olas de mortal congoja combaten la frágil barquilla de mi vida, peligrosos escollos la amenazan. Volver al dulce puerto de mi quietud es imposible,²⁷ pues aun para desearlo no tengo libertad, y el proseguir es sumamente dificultoso.

Prosiguiera Alejandro en estas tristes y amorosas quejas hasta pagar el último tributo del nacer si no llegara Hipólito el escudero, a quien (suspendiendo sus lamentos) recibió amigablemente entre sus brazos culpándole la tardanza en

²⁶ ¿Y si..., ¿Acaso...

²⁷ O_rig.: 'impobssible' (12r).

haberle visto, y recibiendo en disculpa la forzosa ausencia de dos meses y padecido con la prolja relación de los sucesos de ella, le rogó tuviese gusto de cenar con él. Aceptolo Hipólito sin aguardar a ser importunado. Con exceso lo regaló Alejandro, y de cuanto se le sirvió a la mesa (que a mayor huésped²⁸ le pareciera cuidadosa prevención y de particular ostento) fue haciendo un plato que sólo él pudiera servir de principal, y acabada la cena le dijo:

—Si no me acuerdo mal, amigo Hipólito, os oí decir que sois casado con la señora Claudina:²⁹ fuerza es que haya sentido el haber faltado a su mesa, o que por aguardarlos no haya cenado. Servíos de llevarla este plato y estas seis vueltas de cadena, pidiéndole de mi parte las honre y me favorezca con traerlas al cuello. Y pues ya nuestra amistad está libre de cumplimientos, estimaré que mañana en la tarde sea (juntamente con vos) mi convidada, porque quiero de más cerca besarle las manos y me conozca por suyo.

A ninguna de estas tres tan justas peticiones hizo negación Hipólito, todas las concedió de buena gana. Fuese muy contento, y no quedó desconsolado Alejandro, pareciéndole que si tuviese de su parte a³⁰ Claudina se mejoraría su suerte moderando el enojo de Clavela. No fundaba mal su imaginación, porque una criada antigua tenida por confidente, si se deja vencer de la codicia y obligar con dones olvida la fidelidad que debe y libra su insaciable interés sobre el honor de quien mayores beneficios le hace.

A fuerza de los deseos de Alejandro, más que por natural curso llegó la siguiente tarde, y con ella los dos convidados, a quien recibió con amigables caricias, rindiendo gracias y afectando estimaciones, dirigiéndolas a la que esperaba que había de ser favorable intercesora suya (comunes vilezas que contra su estimación cometen los hombres cuando desean y solicitan las cosas deste genero). Claudina, cuya natural viveza excedía a la del sexo femenil, y con la edad que gozaba, ya casi en el extremo de la adolescencia,³¹ y ayudada con la noticia de semejantes sucesos que le habían dado libros de historia y poesía en que de ordinario se ocupaba (no sospechemos que hubiesen pasado por ella y le habían quedado algunos bosquejos),³² penetrando el intento de Alejandro le respondió:

—El que tan aventajadamente paga adelantado lo que no se le ha servido, en mayores obligaciones pone que aquel que sólo satisface lo que debe. Reconózcome tan obligada a la merced que Hipólito y yo hemos recibido, que sólo para serviros desearemos la vida. La mía en particular ofrezco para las

²⁸ Orig.: 'husped' (12v).

²⁹ Orig.: 'señora a Claudina' (12v). Véase la n. siguiente.

³⁰ Suplo 'a' (12v). Véase la n. anterior. Las 10 líneas entre una y otra 'Claudina' evidencian una corrección en prensa, aunque en el lugar erróneo.

³¹ Edad caduca, decrepitud. Clavela dirá a la propia Claudina más adelante: 'casi estás en las cercanas vecindades de la muerte'.

³² Orig.: 'vocezos' (13r), voz equivalente a 'bostezos'.

ocasiones que os queráis servir de mi, que me precio muy de agradecida y me tendrá por mil veces dichosa en que las fieis de mi voluntad.

—La mía —respondió Alejandro— procurará mereceros alguna parte del favor que me ofrecéis y recibo en agradecido empeño del que confío recibir. Y quede en esto doblada la hoja para después de la merienda, que ya nos aguarda.

Con tan particular donaire (en razón de alentado apetito) merendaron estos consortes, que le pudiera ser agradable lisonja al convidador. Tampoco perdonaron el copioso remanente, que entre alternadas alabanzas de limpio y bien sazonado lo recogieron, librando sobre él todo el resto de la semana. Éste llevó Hipólito, ocasionándose con la obligación de dar vuelta a su casa para que Alejandro pudiese a solas manifestar su intento, de quien la malicia, y no propios celos, le había hecho advertido.

Con la misma turbación que había hablado a Clavela comenzó a declarar su pasión a Claudina, que con ruegos le animaba, asegurándole de que ya tenía noticia de alguna parte de lo que padecía. Con esto se esforzó Alejandro, y prosiguió diciendo:

—Sin peligrar en la culpa del común envanecimiento en que caen muchos de los que se hallan en patria ajena solicitando mayor estimación de la que se les debe en la suya, afirmo que en la mía soy un hombre de bien entre los mejores. No destraída y viciosamente vago por el mundo, ni a esta ciudad me han traído ni detienen en ella sus apacibles delicias, como mejor pudieran las heroicas grandezas que tanto la ilustran y hacen célebre en todo el orbe de la tierra: asisto a la cobranza de una gran suma de hacienda de que soy heredero y ha llegado de las Indias y está depositada en la Casa de la Contratación. No en todo necesitaba de ella para tratarme con más que mediano lustre, y si aquí no lo hago, ni me doy a conocer a muchos caballeros con quien, demás del parentesco, tuve años ha más que común amistad, ha sido por la determinación que traía de volverme luego. Y cuando lo más firme estaba en este propósito, sin presumir que se pudiese ofrecer causa que lo impidiese, rigurosa fuerza de las estrellas, contra quien no previne la posible resistencia y vencimiento³³ concedido sobre los astros, me inclinaron... Perdonad, Claudina, si anduviere libre o grosera mi lengua en manifestar lo que con el sagrado sigilo del secreto sólo entre el corazón y el alma está depositado, que no es mía la culpa: tan secreta como poderosa causa me tiene conducido a tal extremo, que en el decirlo en el callarlo ha de correr igual peligro mi vida. Digo, pues, que rigores de mi destino, que a los principios tuve por infelices haciéndome aborrecedor de mí mismo, me pusieron adonde viese a la señora Clavela. Mortal veneno fue para mí su primera vista, por ciertas antojadizas imaginaciones. Vencidas éstas con el desengaño, llegué a idolatrar su hermosura; vencieronme con soberano y no vencido poder los penetrantes rayos de sus ojos, imperiosamente triunfaron del esento homenaje de mi libertad, sin tenerla para defenderme, como no la tendrá el que llegare a verla,

³³ Orig.: 'vencimieuto' (13v).

sea desde el tosco cayado a la diadema. Animáronme las fáciles cuanto falaces promesas de mi confianza, pareciéndoles que en su pecho (que hoy juzgo por más duro que un mármol) tuviera entrada la complacencia de verse querida, satisfaciendo cuando menos con agradecerlo, y pareciéndome que pudiera haber dado algún alcance a esta inclinación, porque las diligencias que en seguirla he puesto las veces que ha salido de su casa, el siempre encontrar conmigo las que a dar esplendor a la noche y mayor hermosura al día se ha puesto a esos balcones, el humilde rendimiento con que me ha visto en su presencia, el no cubrirme jamás y estar con sumisión de criado aunque el lugar y distancia lo permitiese, han sido unas voces mudas que pudieran hacer advertido al más cuidadoso descuido y avisar al más descuidado cuidado, me determiné, después de cuatro meses de insufrible padecer sin haber merecido siquiera un mirar agradable, a hablarla, arrojándome en las crueles manos de su rigor por no morir a las de mi silencio. Dispuso, no es posible menos, el Niño dios de amor, tan ciego para el bien como vigilante Argos para el mal, más en venganza del tiempo que con desprecio negué la obediencia a sus altivas leyes que en premio de haberme rendido al yugo de su tiranía, que anteyer en la tarde saliese Clavela a ese balcón de enfrente, más bella que el Aurora cuando en la florida y alegre primavera sale hermoseando las plantas y dando nueva vida a los vivientes. No os quiero encarecer las cobardías que padeció mi ánimo, los esfuerzos que alentaban a mi temor y las muchas veces que entre la lengua y los labios quedaron heladas mis palabras, por deciros que las que le dije debieron de nacer, esto es sin duda, en las manos de la desdicha, pues al punto que entre reverentes turbaciones acabé de pronunciarlas, con una indignación que no me será posible ponderar ni traer a la memoria sin nuevos accidentes al sentimiento, arrojando rayos de fuego por los ojos se levantó, y cerrando las ventanas con tan grande estrépito que parecía se desgajaba algún monte, me dejó en el mayor desconsuelo en que se vio corazón humano. Esta es la funesta y fatal tragedia con que he llegado a ver los umbrales de la muerte, cuya ejecución tuviera por dichosa, pero no se me concede el morir, por que con grave y eterno tormento pague el delito de haberme atrevido.

Impidió Claudina que prosiguiese Alejandro, por verle en tal extremo que temió rindiese allí el vital espíritu, y dardo nuevo aliento a su desconfianza le respondió así:

—Pocas experiencias tenéis de los sucesos de amor; bisoño sois en esta su antigua milicia; poco habéis cursado en los preceptos de su escuela; muy nobel estáis en sus trances, unas veces prósperos y otras adversos; bien parece que no habéis visto ceñudo el rostro a la Fortuna, en cuya inconstancia se han asegurado muchos casos que en sus principios se juzgaron por desesperados. ¿No me diréis a qué rigurosa tormenta no se le siguió alegre y apacible bonanza?³⁴ ¿Qué trabajó no tuvo al descanso por dulce y favorable término? ¿A quién se le concedió la

³⁴ Orig.: 'bononça' (14v).

gloria del conseguir que no fuese en premio del porfiar? ¿Qué fortaleza se rindió al primer combate? ¿Qué hierro avasalló su dureza a la primer martillada, o cuándo una sola gota dejó señal en la piedra? Mirad, Alejandro, que tiene baja estimación aquello que fácilmente se alcanza. No os acobardéis de que en la primera refriega hayáis perdido la vitoria, que en la guerra de amor más se merece sufriendo que peleando. Advertid que el riguroso desabrimiento que mostró Clavela se lo debía, demás de otras razones, a sólo ser mujer; que no fuera justo que a los primeros ruegos se rindiera. ¿Tan de sobra está en esta ciudad, excelsa máquina del mundo (o, mejor diciendo, mundo abreviado), ilustrada de caballeros y asistida de grandes señores, que había de necesitar de sola vuestra solicitud? ¿Tan poca es su belleza? ¿Tan inferior su calidad? ¿Tan bajas obligaciones son las suyas? ¿Tan derramada en el vivir y de tan poco valor la prenda, que al primer pregón se había de rematar? Pregunto: ¿en qué opinión quedara para con vos el grave decoro de su persona si su facilidad igualara con vuestro recién nacido deseo? ¿Qué injuriosas sospechas no engendrádades contra su honestidad si a una fácil persuación mostrara agradecimiento y amoroso agrado? ¿Qué confianza os asegurara el favor que a la primera palabra alcanzárades? ¿Qué dudas no tuviérades de su firmeza, y con cuál ignominioso desprecio no la dejárades conseguido ya vuestro intento, convirtiendo en sólo lascivo deleite lo que comenzastes con la fuerza del amor que estáis encareciendo? ¿En cuatro meses se ahoga vuestro sufrimiento? ¿En tan breve tiempo desfallece la constancia de fino amante? Que siete y siete años³⁵ habéis padecido los rigores del estío y las inclemencias del invierno contemplando esas paredes y adorando esas rejas? No dudo que los quilates de vuestro amor os haga merecer en un día más que el de otros en muchos, pero hágoos saber que las gentilezas exteriores, que son de las que juzga el sentido, aseguran más y mueven con mayor eficacia. No basta decir que amáis si no hacéis obras que acrediten las palabras, y aunque juntas éstas obligan a una mujer, hay muchas que después de obligadas, y confesando ser agradecidas, niegan aquello mismo que están deseando, ya por hacer con la tardanza más estimable su favor o por asegurarse más de aquellos que dicen que las aman, y, sobre todo, por haberse levantado con la preheminenencia de ser rogadas, librando el premio en la constancia del padecer, en las finezas del servir y en la prodigalidad del dar, siendo entre ellas más que cierta opinión que aquel que guarda mucho su hacienda, en sólo ella tiene su afición empleada. Asegúroos que no les desagrada el bizarro denuedo en el reñir defendiendo sus causas, como sea en ocasión no escusable; que en esto, y no en sacar la espada a cada paso y por leves causas, consiste la perfecta valentía, que bien sabéis que la diosa madre de Cupido más gustosamente se rindió al apacible Adonis que al iracundo y revoltoso Marte. Tampoco les descontenta la gallardía del pasear y el cortejear su presencia, como no sea con presunción de lindos; que ya esta moneda, por muy común y en nada provechosa, ha perdido

³⁵ Alusión a los años que Jacob sirvió a Labán hasta conseguir a Raquel (*Génesis 29*).

su valor después que el necio y afectado Narciso pagó en las aguas la culpa del envanecerse. No desprecian la grandeza del entendimiento ni la gallardía y viveza de ingenio, como no ostenten lo culto ni se exquisiten en lo crítico, por que aman mucho la lengua que hablaron sus padres y les es molesto que las hagan trabajar más en estudiar las palabras que en la inteligencia de los conceptos; que el pan siempre se llamó pan y el agua no tuvo otro nombre. Versos y músicas gustosamente las entretienen, aunque tal vez trae peligro querer obligar con ajenas gracias, y, sin esto, los más suaves y regalados tonos y acordados instrumentos son trompetas que publican el pecado antes que se cometa y llaman testigos que lo afirmen, y a costa de la opinión de aquella a quien pretenden agradar igualmente se entretienen los vecinos y los que no lo son, porque el oír les es común a todos, y lo que resuelven los que bien saben entender es que las que estiman en algo el tener buen nombre no consienten que en la calle se publique a voces lo que sólo fían de su corazón. Y las que desprecian esto es porque hacen gala de ser tenidas por malas y se honran con la infamia, pues si hay interesados en la pretensión y vengan en los músicos sus celos, las cañas del barbero de Midas³⁶ no les iguala en decir el secreto que les encomendaron o lo que ellos pudieron alcanzar con la sospecha, y quejarse que por la tal por cual se vieron a peligro de muerte. El verdadero pulso desta enfermedad de amor no se ha de tomar en las palabras, en que las más veces suele engañarse el tacto de la confianza, como en repentinos accidentes: en las obras es su más segura indicación. El tener corta lengua y largas manos es quien a escala vista suele rendir la más inexpugnable fortaleza de una rebelde voluntad reduciéndola al suave yugo del agradecimiento; que el transformarse Júpiter en granos de oro (en un libro de romance leí todo esto) para conseguir lo que no pudiera con la soberana aunque falsa deidad que como a dios le atribuían enseña cómo se ha de proceder en estos negocios. Tené valor, que es vileza desfallecer en la dificultad y peligro. Ya sabe Clavela que sois quien la está adorando, y no le ha de pesar de ser amada, que sería prevertir el orden natural con que todas las cosas criadas se aman unas a otras, y a carrera larga es imposible que la ingratitud deslustre tan superior belleza, en que tanto le aventajó el Cielo. No os quiero negar lo dificultoso de la empresa: fuertes contrarios tenéis en la honestidad y rara virtud de Clavela; malos terceros se os ofrecen en la calidad y nobleza de su sangre, y enemigo poderoso en el singular amor que tiene a su marido, y no menor en lo que debe temer la rígida y belicosa condición suya; pero en sólo intentar cosas arduas, aunque la dificultad parezca que las imposibilita, da más glorioso renombre que alcanzar las pequeñas, porque la gallardía de un generoso espíritu ha de ser de la naturaleza del rayo en el oponerse a lo más supremo. Y pues os

³⁶ Tenía prohibido revelar que el Rey tenía orejas de burro (las escondía bajo un gorro). Incapaz de callarlo, cavó un hoyo junto al río y en la concavidad susurró el secreto. A poco tiempo creció un junco en aquel hoyo y reveló el secreto a los otros juncos, de allí pasó a las aves y llegó a los oídos de Melampo (que conocía el lenguaje de los pájaros). Éste lo comunicó a sus conocidos, y ellos al pueblo todo.

fiais de mi voluntad y habéis sabido obligarla os diré mi parecer, más como amiga vuestra que fiel criada de Clavela: porfiá con toda constancia, serví con incansable cuidado y no faltéis a la asistencia, ni en ella hagáis excesos contra el recato del mirar, porque unos ojos poco prudentes son semejantes al relámpago, que procediendo del trueno se manifiesta primero que su causa, o como el humo, que hace conocido el fuego por muy oculto que esté. Mostrad lucimiento en vuestra persona y criados, advirtiendo que todas las mujeres, con alguna diferencia de más o menos, pecan en la vanidad y les mueve la ostentación, porque el enamorado que es pobre, o lo parece, consigo trae el desprecio, sus finezas son tenidas por injurias y se dan por ofendidas de que les manifieste sus ansias, y si escribe, se lamenta o suspira, más parece que pide limosna que correspondencia. El hombre que tiene y gasta es amado de todos y todos le respetan, son muchos los que le asisten y siguen, y muchos a los que obliga, y las más descompuestas acciones son inculpables y atribuidas a gallardías; sus palabras son aplaudidas y con lisonjera adulación celebradas, porque así como en el juicio común no hubo pobre discreto, ningún rico fue ignorante, y cuando mayores desatinos vomita los califican por graves y agudas sentencias, y, finalmente, las riquezas en el hombre, gastadas con generosidad, son como la blancura en la mujer, de quien dicen que encubre sesenta y dos faltas. Mudá luego de posada y barrio tomando ejemplo en el lobo, de quien se sabe que no hace daño junto a su cueva por tener segura la retirada en la ocasión del peligro, y, demás desto, por que con la cercana vecindad y las solicitudes de amante (que, apasionado, es fuerza que sean menos recatadas que continuas) no hagáis receloso a Marcelino mi señor, y tal vez pasando yo a veros y dar aviso de lo que conviniere acaso me vea y le cause alguna sospecha, que aunque no es necio es malicioso, y si hasta ahora no ha tenido ocasión de tenerla, su vicio y destramiento, y el tener siempre quejosa a su mujer (causa que lo ha sido a muchas a que hayan dado lugar a divertimientos no pensados) podría serle avisador de cuidadoso recato. Los paseos que de día os solicitare el deseo diferildos para la soledad y silencio de la noche, que es la piadosa encubridora de nuestras flaquezas y un testigo ciego y mudo de nuestros atrevimientos; y en cualquiera tiempo no os dejéis acompañar de algún amigo, por confidente que sea, ni criado alguno sepa este secreto, porque además que al uno haréis de igual superior, y al otro de inferior igual (que ya se sabe que vende su libertad el que entrega a otros las llaves de su pecho), el temor de que ha de ser público nuestro delito nos detiene más veces que la gravedad de la ofensa. Y si hasta aquí, como decís, no os habéis dado a conocer, procurá no ser conocido: trocá la patria y mudad el nombre por lo que se ofreciere, que lo uno y otro os será posible por la diversidad de naciones que ocurren a esta ciudad. Hipólito mi marido, a quien tenéis tan obligado como a mí y de cuyo pecho podéis fiar lo que del mío, y de ambos lo que del vuestro, será ordinario en visitaros: él os dirá lo que fuere sucediendo, y en él y en mí tendréis quien más desee serviros.

Quiso Alejandro arrojarse a los pies de Claudina. Detúvole su resistencia (aspirando más a lo que le había de dar que a las corteses sumisiones), y él conociendo su intento, quiso en algo satisfacerlo, y le dijo que aunque no había cobrado la cantidad que le había dicho, porque estaba por horas aguardando ciertos recados para ello, tenía crédito en casa de un mercader extranjero de donde podía sacar (de aquello que más le agradase, sin que la cortedad de ella ofendiese a su ánimo) un vestido para sí y otro para Hipólito. Y dándole libranza dellos y de cien ducados para las hechuras y prometiéndole que guardaría sus consejos como preceptos inviolables, dándose las manos de confederados amigos se despidieron. No se descuidó Claudina en la cobranza, que toda fue a su satisfacción, con que se aseguró de que Alejandro le había dicho verdad.

Aquella misma noche llegó Luperto con la información que esperaba: presentóla el siguiente día, y en solos ocho poseyó lo que en dilatados años pudieron juntar la codicia y el poder de Marcelo.

Atento había estado Vitorino (el segundo criado de Alejandro) a todos los sucesos de su amo. El desvelo de la curiosidad, opuesto siempre al mayor y más cuidadoso recato, y la no escusable asistencia suya le hicieron dueño de lo hasta allí sucedido. Angosto pecho y poco fondo tuvo su debido secreto, pues de cuanto percibió por las asechanzas de la vista y los solícitos hurtos del oído hizo desperdicio su lengua revelándoselo a Luperto entre el fin de la primera cena y principio del dormir.

No vivía descuidado Alejandro: el recelo de haberlos conocido más inclinados al servicio de Laureana que al suyo lo había hecho diligente escuchador: oyó el discurso de los dos y el ponderado el sentimiento que hacían, inclinándose con mayor afecto al criminal cargo que a la piadosa disculpa (como incapaces, o por lo menos libres de semejante pasión, con que delira el más presumido de cuerdo y se desconcierta el más atento juicio), y determinando apartarlos de sí, no con temor de su propio daño, sino por guardar el decoro y reputación de Clavela (ejemplo raro a los que ostentan en publicas apariencias haciendo plato franco a las mordaces lenguas no sólo prendas de honestidad que recibieron de aquellas que, poco advertidas, se dejan engañar con promesas o flacamente se rinden a sus ruegos, sino supuestos y fingidos favores de las que con heroico valor triunfan³⁷ de la impudicia), la ocasión favoreció dichosamente su intento con aprestarse un navío de aviso de que la flota de Nueva España estaba para partir. Y llamando a Vitorino le dijo que la mucha confianza que tenía de su persona le obligaba a fiar dél un negocio a que juntamente con Laureana estaba obligado por expresa cláusula del testamento de Marcelo, en que dispuso, debajo de condicional cargo de aquella herencia, que sus huesos se trasladasen a un sepulcro en que los de sus padres y abuelos estaban con veneración descansando, y para sólo esto y el gasto del que fuese por ellos habían quedado depositados

³⁷ Orig.: 'triunfando' (18r).

cuatro mil pesos, y le quedaría obligado y agradecido si en su nombre y poder suyo ejecutaba lo que en esto dispuso.

Prudente acuerdo tuvo en esto Alejandro, y muy digno de ser imitado en no despedirlo quejoso y mal satisfecho, que, al fin, había dado alcance a su pretensión y pudiera con vileza y enojo querer vengarse en hacerla notoria; que en pechos humildes pocas veces se hallaron respectos dignos de alabanza. Gozosamente aceptó Vitorino el viaje, dando a entender que lo hacía con deseo de merecer sirviendo, siendo lo más cierto que miraba más a lo que había de sobrar de lo asignado para el costo: antigua costumbre entre los deste género en querer obligar con aquello que es su mismo provecho.

Luego que se embarcó Vitorino mandó Alejandro prevenir a Luperto para irse delante con treinta cargas de moneda (que fue la mitad de lo heredado), poniendo la otra, y más de cien mil ducados en joyas y piedras, con todo secreto en poder de un grave religioso, actual prelado de uno de los principales conventos de aquella ciudad, con quien de tiempo antes había tenido amistad muy estrecha y en el presente obligado con regalos de importancia (que la complacencia del recibir hasta los sagrados muros penetra y al más recatado corazón obliga), y escribiendo una carta a Laureana (tan llena de promesas de que la vería presto como limitada en las amigables caricias de había usado el tiempo en que a sólo ella tenía y adoraba por dueño suyo), partió Luperto, pesaroso de verle quedar perdida ya la memoria de los amorosos extremos que por su señora solía hacer, divertido y entregado a nuevos y no bien seguros cuidados, sobre quien con temor o prudencia hizo pronóstico de una lamentable desgracia.

Desembarazado Alejandro de los que le eran rigurosos fiscales de sus intentos, y de los otros, que pudieran haber heredado semejantes resabios, ejecutó el parecer de Claudina: mudó de casa y barrio, algo apartado del primero; dejó el uso común de su lengua materna y eligió la francesa, que sabía con toda propiedad y hablaba con elegancia. Recibió criados de aquella nación (tan poco versados en el idioma castellano, que por señas más que por sus propias voces entendían y se daban a entender); dioles una lucida librea a la usanza de su país, a cuyo traje redujo también el suyo introduciendo ser hijo segundo del Gran Mariscal de aquel reino y que venía a sólo ver a España, y con el nombre de «Monsiur de Blondel» encubrió el de Alejandro.

De todo fue avisada Claudina, y ella fue luego a hacerse pagada del consejo que había dado: recompensolo Alejandro con una joya de no poco valor y otras cosas accesorias a ella, aunque de tanto precio, que a estar menos apasionado y capaz para saber quilarlas conociera aquel tan desatinado exceso; mas ¿cuándo un enamorado con esperanzas de cercana posesión se limitó en el dar o fue corto en el prometer, o cuándo la hacienda del codicioso avaro, adquirida con ambiciosos desvelos, dejó de caer en las manos de la prodigalidad y llegó no disipada a tercer poseedor, (justo castigo en aquellos que insaciable y

profanamente adquieran riquezas para dejar a otros, sin acuerdo de las que han de llevar consigo)?

Instaba Alejandro en que se diese principio que fuese remedio a su cuidado, y discurriendo con su valedora, les pareció ser conveniente escribirle un papel a Clavela y enviarle algunas joyas: cebo y anzuelo engañoso en que suele picar, si no la voluntad, la inclinación de las comunes mujeres. Esto esforzaba Claudina, pareciéndole que por el corretaje alcanzaría alguna parte de ellas, y entregándole Alejandro un cofrecillo hecho de conchas de nácar, sembrado de rubíes, las cantoneras de finísimo oro y un topacio por cerradura, labrado con tal artificio, que fue la primera vez que el arte pudo envidiarse a sí mismo, y en él una cadena de diamantes, un apretador, una joya pectoral y seis sortijas con otros brinquiños (cuyo valor, no por lo estimable, sino por lo vendible, valía más de doce mil escudos), y tomando la pluma (en mayor confianza de la persuasión de su valedora y medianera que en las razones que se le podrían ofrecer), escribió así:

Los atrevimientos, divina Clavela, que de vehemente y noble inclinación proceden, ya que no se les conceda premio, no son dignos de castigo o reprehensión, pues tanto es menor su culpa cuanto es más superior la causa. El delito que con deliberación voluntaria se comete, sólo el arrepentimiento lo puede hacer menos culpable; al que sin posible resistencia se hace no se le debe negar el perdón. Vuestro celestial y milagroso sujeto, soberano imperio de hermosura, majestad agradable al sentido y dulce prisión del pensamiento, se ha señoreado de mi libertad, y sólo la tengo para confesarme rendido, adorar vuestra belleza y desear que os sean agradables mis servicios. Esto me obligará a conservar esta vida por ser ya vuestra, conociendo que su mayor duración será término breve para dignamente conseguir la suprema dicha de ser admitido por esclavo de vuestra voluntad. Concededme por humilde lo que pudiera perder si presumido confiara merecerlo.

Aprobó Claudina el estilo, y con superior alabanza el que no dijese lo que le enviaba, que en esto tuvo buen juicio, porque es grave ofensa (y cometida por muchos) el darle en la cara a mujer principal con «esto lleva el mensajero», que es darla a entender que para con ella tendrá mejor lugar el vil interés, poniendo en venta su honor, que los merecimientos del que pretende ser favorecido. Y prometiendo hablar luego a Clavela y persuadirla a ser agradecida se despidió de Alejandro, dejándolo con nuevo aliento de tener presto el sosiego que deseaba. Y aguardando el más oportuno tiempo, que fue la primera parte de la noche, en que Clavela solía retirarse a su recámara, se entró con ella, y haciéndole grandes prevenciones y encareciéndole su amor y fidelidad, ponderando el injusto rigor con que Marcelino la trataba y el ordinario distraimiento que traía, haciéndose aborrecer en la cama y estando con insufrible aspereza en la mesa, le dijo:

—Pues yo sé, hija y señora mía, que hay quien, con mayor conocimiento de lo mucho que mereces, estima y reverencia tu persona; y no es tan desestimable la

suya, su calidad y hacienda, que no se ufanará más de alguna principal mujer de que le diese lugar en su memoria y ser poderosa para algún amoroso cuidado. Yo he llegado a saber que tú sola se lo das, y tan grande, que como a deidad te venera, si ya no digo que te adora. Bien conozco que no hace mucho en esto, y él también lo conoce, y confiesa que para calificarse un hombre de bien entendido y acreditarse por de buen gusto ha de ser admirando tus perfecciones y avasallarse al yugo de tu obediencia. Y porque sé que tienes noticia de quién es por quien te hablo, que ya te mostraste algún día enojada con él por haberte descubierto sus ansias, dejándolo en las más cercanas al morir, no dilataré mi discurso: sólo digo que, movida de compasión en ver que padece por ti y morirá por tu causa (ten esto por cierto si cerrares las puertas a la piedad) y por evitar el escándalo que en tu descrédito se pudiera ofrecer si esto fuese por otra mano que la mía, me atreví a recibir este papel y estas joyas, dignas por su valor de sólo tu adorno. En su nombre y mío te suplico que leas el uno y recibas las otras por humilde sacrificio y cortas primicias del ánimo que tiene para servirte. Dé lugar el encogimiento y retiro de tu condición a mostrarte agradecida con quien tanto se honra y precia de ser tuyo, considerando que no serás la primera que por desahogarse y tener algún esquite³⁸ del mal advertido desdén con que a las mujeres suelen tratar algunos maridos (causa de que desespere el más constante sufrimiento) haya permitido el ser amada. Esto sin ofensa de tu gravedad y sin injuria de tu decoro, que no en otros injustos respectos se funda el amor con que eres querida de Alejandro.

Un encendido volcán de ira, rabia y enojo se engendró en el honesto pecho de Clavela al punto que llegaron a sus oídos estas palabras. Varias determinaciones tuvo en lo que debía hacer que fuese ejemplar castigo a tan culpable traición. Resuelta estuvo a poner el papel y las joyas en las manos de Marcelino, para que muriese a ellas la vil y deshonesta Claudina; detúvole el prudente recelo de que podría imaginar que de su parte hubiese precedido alguna libertad y descompostura en que se occasionase el que solicitaba su agravio, que muchas veces de la mayor fineza en satisfacer a un marido resulta el quedar menos satisfecho y occasionado a cuidadosas sospechas que después se convierten en rabiosos y mortales celos. Quiso romper el papel y arrojar el cofrecillo al Betis, para que en su centro tuviese eterna sepoltura; no lo ejecutó, pareciéndole que podría entender Alejandro quedaban en poder y ser causa que prosiguiese en su loca pretensión, por ser concepto común de los hombres que la resistencia de la mujer que recibe dones, se determina a leer un papel y responde, aunque sea con desprecio, da lugar a que la hablen aunque se muestre enfadada de que le hayan hablado; que son ruegos simulados que hace para que la importunen, queriendo paliar la culpa que de voluntad comete con atribuir el suceso al engaño y a la no imaginada (pero bien sabida) violencia que recibió, siendo ella la que dio lugar y ofreció la ocasión. Al fin se resolvió (consejo fue de su prudencia) a encubrir la

³⁸ Desquite, revancha.

indignación con que se había arrebatado y reprehender cariosamente a Claudina, temiendo que si la irritaba con asperezas, la injuriaba con baldones y la hacía rigurosas amenazas de revelar su infame solicitud sería posible (como lo han hecho muchas) que para encubrir el haber sido desleal y eximirse de la pena dijese que por haber abominado sus flaquezas, no consintiendo profanar las leyes sagradas del matrimonio ni ser encubridora de semejante crimen en afrenta de su señor, le atribuía su misma culpa, y así, con apacible aunque fingido semblante comenzó desta manera:

—A no estar persuadida, como es justo, de que me tienes el natural amor a que te obliga el haberme criado, si llegara a creer que pudiera serte agradable el ver en mí el menor barrunto de alguna culpable acción y, distraída en ella, obscurecer el lustre y esplendor que heredé de mis padres y debo a mi nacimiento, si me fuera posible entender que la persuasión que me has hecho fuera imaginando de mí que con el más fácil pensamiento había de admitirla, es sin duda que habías borrado la obligación de serte agradecida y el tenerte, como te he tenido, por madre y compañera, antes sí por mortal enemiga. Y aunque estoy confiada de que lo estás de mi proceder y te es notorio que en esta parte es inculpable mi vida, y sé que la propuesta que me haces ha sido sólo para probar mi inconstancia (o supongamos que fue presumiendo que no la tendría), te quiero responder a ella, más por entretener el tiempo que tardare en venir Marcelino que por necesidad de darte satisfacion de lo que soy y tengo de ser en cuanto durare el curso de mi vida. Mi apacibilidad te concede licencia para que respondas lo que quisieras, pues, como digo, ha de ser ésta una entretenida y amigable conversación, sin que de ella resulte queja ni enojo. Encareciendo el amor que me tienes y la debida fidelidad de criada querías a favor de Alejandro granjear mi aplauso y disponer parte de la voluntad. Bien sabes, Claudina, que el amante se transforma en la cosa amada (esta filosofía, por ser tan común, puede haber llegado a nuestra noticia), y esto en grado más supremo cuanto, por lo recíproco, la que es amada es también amante de quien le ama, y que cada uno debe procurar el mayor bien para el otro, pues por la unión que introduce la igual correspondencia de voluntades ha de ser participante. El mayor bien en lo humano es el honor, luego puedo afirmar que no soy amada de ti, pues solicitas que lo pierda; y, por otra razón, todo amante desea para sí la cosa amada, que a este fin aspira su mayor deseo. Si tú me solicitas para entregarme a otro, verdad será el decir que no me tienes amor, que, a tenerlo, para ti sola me quisieras.

—Agravio has hecho a mi buena intención —replicó Claudina—, pues jamás se dirigió a la ofensa de Marcelino mi señor ni a deshonra tuya, ni es justo imagines que yo lo había de solicitar ni consentir. ¿Tan ingrata había de ser (no lo permita Dios) que pusiese en olvido los beneficios que he recibido en esta casa y estoy recibiendo? En³⁹ ver que estás ahogada entre tantos pesares, y que con melancólicas tristezas te afliges y consumes, deseando más que mi vida la tuya

³⁹ Orig.: 'en' (21v).

(que guarde infinitos años el Cielo) procuraba que engañases el padecer y, no excediendo de lo lícito y honesto, aliviases en algo lo que Alejandro está padeciendo por ti.

—En favor de tu solicitud —dijo Clavela— traes a la memoria la rígida condición de Marcelino, la licenciosa vida que trae y los pocos ratos que debo a su compañía; y aunque no es necesario fomentar mi pena, porque es igual a la causa, y lo será en cuanto ella durare, quiero que sepas (aunque no es posible que lo ignores) que al marido, si es bueno, se le ha de amar con ternura, y si es malo, sufrirlo con paciencia, pues divinas y humanas leyes le constituyeron por cabeza de la mujer, a quien solamente se le concedió el sentimiento, pero no la venganza. ¿Cuándo oíste decir que por las ilícitas y comunes flaquezas de un hombre se le diese permisión a la mujer para quitarle la vida? Lo contrario sí, muchas veces se ha visto; porque la mujer cuando se casa no deposita su honor en el marido: el marido lo deposita en ella, y si da mala cuenta se hace digna de muerte. Mucho me espanto de que te hayan persuadido las palabras de Alejandro y que creas que padece por mí: semejante encarecimiento no había de moverte a compasión, pues lo cierto es que por sí solo padece, de suerte que la causa y el efecto están en él (como en los demás hombres que pretenden obligar con eso). ¿Quieres que te pruebe esta verdad para que sirva de general desengaño a las que oyeren tan encarecido hipérbole? Dime, por vida tuya: si alcanzara el fin de sus lacivos pensamientos y satisfaciera la torpeza de sus deseos, ¿no celebrara su dicha, no blasonara de bien afortunado? En esto no hay duda, ni la puede⁴⁰ haber en que sus deseos y pensamientos son los que le atormentan porque no pueden conseguir. Pues si estos pensamientos y deseos se engendran en él, y son tuyos y no míos, ni yo tengo parte en ellos, digo bien en decir que por sí mismo, y no por mí, está padeciendo.

—No digo yo que engendas o tienes parte en sus pensamientos —volvió a replicar Claudina—, sino que tu belleza fue la causa motiva de ellos, porque es tanta (no me tengas por lisonjera) que juzgara por más que grosero y falto de conocimiento al hombre que al punto que te mirase presumiese quedar libre y no rindiese el corazón a tus plantas. Toda esta ciudad, todo este reino y hasta donde ha podido dilatarse el vuelo de la Fama accredita este sentimiento mío. ¡Oh, cuantas veces he deseado el no ser mujer! Hombre quisiera haber sido, y gozar más perfecciones que Absalón para que conmigo se acrecentara el número de los rendidos! Si alcanzas tan supremo poder que obligas que te amen, tenga disculpa acerca de ti el rendimiento de Alejandro, pues ni pudo hacer menos ni puede llegar a ser más el amor con que te está y estará idolatrando en cuanto tú le permitieries que viva.

—Cuando mi hermosura —dijo Clavela—, que ni es tanta como encareces ni poderosa a violentar albedríos y avasallar voluntades, excediera a la de las tres

⁴⁰ Orig.: 'pude' (22r).

diosas⁴¹ de quien tanto hiperbolizan los poetas, cuando me rindieran tributo la gracia, el donaire⁴² y todas las demás partes de perfección que ya juntas o repartidas en cuantas hasta hoy admiraron los siglos y ocasionaron historias, el desengaño que me ofrecieron y están ofreciendo aquellas que poco aventajadas a mi edad⁴³ fueron celebradas en prosa y versos (y ya hoy reducidas a fríos cadáveres, a oscuros sepulcros) me tiene advertida que es un caduco y fugitivo bien de la naturaleza, flor de la mañana que a la tarde se marchita, sujeto de quien en breve tiempo se burla el mismo tiempo y tesoro que momentáneamente se desvanece, dejando en su lugar las tristes memorias de haberse gozado, y en cuanto se está gozando, un cercano peligro de quien la posee y daño cierto del que la cudicia y por ilícitos medios la alcanza. Si todo esto es verdadero, y lo es el poderte acordar que a los cabellos, a quien oímos llamar rayos del Sol y madejas de oro, los vemos vueltos en helada nieve, y a la frente, con que hacían desdén a la bruñida plata, se volvió en bajo y vil estaño; si las cejas y ojos, cuyos comunes epítectos eran arcos y flechas de amor, se ven caídas las unas, y los otros ya no resplandecientes luceros, sino nubulosas cóncavas; si⁴⁴ la boca, a quien el menos encarecedor la llamó caja de orientales perlas, se halla desposeída de este fingido tesoro; si las mejillas, que eran dulce agravio del jazmín, azucena y rosa, están macilentas y amancilladas con profundos surcos; si las torneadas manos, que eran grave afrenta del transparente cristal, ya no se halla distinción entre la piel y los huesos; si esto ha sucedido de lo que vimos y vemos, y de lo que es hoy ha de ser lo mismo mañana, porque nuestra vida es una carrera breve que velozmente corremos desde el nacer al morir, y desde la primera entrada que hacemos en ella no nos pierde de vista la muerte, y desde el principio al fin pasamos como sombra y nos vamos secando como heno, ¿qué locura nos divierte o qué vana presunción nos envanece y hace que nos olvidemos de esta fragilidad, en quien esta aparente lozanía es como un vestido rico en cuerpo enfermo y podrido, o una capa de púrpura y oro sobre barro quebradizo o hediondo cieno? Y por consiguiente, ¿qué esperanza se puede tener o qué duración de voluntad se puede esperar en la que sólo se funda en esta engañosa apariencia del sentido? Y cuando todo esto fuera de infinita duración, y yo tan fácil y poco atenta a la virtud que debo seguir, ¿qué seguro pudiera tener de los encarecimientos de ese tu Alejandro y tuyos? ¿No fuera imprudencia el persuadirme que una afición tan nueva tenía echadas raíces en el alma? ¿De tan accidental antojo había de satisfacerme o es bien que alguna se satisfaga por sólo que le digan «Fulano se muere por vos»? Créeme, Claudina, que la mujer que se dejare persuadir o se mostrare persuadida con semejantes afirmaciones, que no tendrá pocos deseos de que se mueran por ella. El hombre no será el que la engañare: ella solicitará el engaño haciendo voluntario olvido de lo que tantas experiencias están voceando

⁴¹ Atenea, Afrodita y Hera.

⁴² Orig.: 'doniare' (22v).

⁴³ En tiempos recientes.

⁴⁴ Suplo 'si' (22v). No creo que haya errata aquí, sino desliz del autor.

al escarmiento. Bien sé que pudieras replicarme con algunas bachillerías de que se valen los que quieren ser creídos que a la primera vista se mueren por una mujer, y en sólo un día, y aun en menos, tienen ya mortales parasismos, y con la tardanza del remedio que desean a su sensualidad, más descompuesta que la de los brutos animales, llegan a las últimas palpitaciones, fundando su opinión (materia es ésta que en discursos y argumentos filosóficos la oí muchas veces) en que la potencia de la voluntad se mueve eficazmente en la presencia del objeto a quien el entendimiento ha conocido ser bueno o, engañado en su juicio, lo juzga debajo de especie de bien y por conveniente razón amable, y que como entre acabar de conocer el uno y comenzar a querer la otra no se pueda dar tiempo distinto, porque si éste se⁴⁵ diera ya el objeto no moviera a la potencia, y ella en presencia⁴⁶ suya estuviera ociosa y sin su propio acto (y es su ejemplo que así como en abriendo los ojos han de ver la luz y lo alumbrado por ella sin intermisión de tiempo), por lo semejante se puede amar casi instantáneamente, y estar siempre amando en aquel grado que el entendimiento conoció y fuere conociendo. Pero advierte que este engaño es de parte de nuestra ignorancia en querer hacerlo regla general, porque esto sólo se halla en el amor a objeto divino, de quien el entendimiento no puede ser engañado, porque siempre va ascendiendo de menor a mayor conocimiento de bondad, por ser, como es, infinita; que el amor humano es forzoso que se desminuya y acabe, ya sea por la imperfección de lo amado o porque la posesión de lo que se deseó, como cosa imperfecta, tiemple aquellos primeros afectos, que entonces se juzgaban por de eterna duración, o ya (y⁴⁷ esto es lo más cierto, aunque lo primero no es dudable) porque el pecado antes de cometerse halaga y encubre su gravedad, y una vez cometido causa horror y engendra aborrecimiento, no sólo contra él, sino contra el cómplice en el pecar. Si, como dices, hay alguna mujer que desea ocupar la memoria de Alejandro, será (asegúrate de esto) no guardando el decoro a la castidad conyugal, y tendrá menos pureza en sus pensamientos de aquella a que está obligada, ocasionando a ser estimada en poco, porque la mujer que solicita y ruega, consigo misma da ocasión que la soliciten; el desdén, el desprecio y el olvido suelen ser rigurosos ejecutores de sus depravadas y abominables costumbres. Y si quieres saber lo que dicen y lo que han resuelto los hombres de este trato, lo diré aunque me cueste alguna vergüenza (y quisiera que me oyieran todas las mujeres); que la que a fáciles ruegos se rinde y, movida del interés, se entrega, a un afrentoso y vil alquiler se obliga, y que en sirviéndose de ella hay justa causa para dejarla, porque el pagar adelantado es compra y venta de cuerpo, pero no de la voluntad. Con lo que más pretendías obligarme y puedo obligarme menos fue decir que por evitar el escándalo que en mi descrédito se podía ofrecer si esto diligenciara Alejandro por otra mano que la tuya quisiste

⁴⁵ Orig.: 'si' (23v).

⁴⁶ Orig.: 'persencia' (23v).

⁴⁷ Orig.: 'si' (23v).

tomarlo a cargo. En esto, por ser disculpa común de las de este trato cuando hallan virtuosa y contante resistencia, poco le deberás a mi agradecimiento, pues con capa falsa de amistad has intentado lo que otra no se atreviera, y en caso que lo intentara, lo menos de mi satisfacción fuera arrancarle su traídora y perversa lengua. Remite de ti este merecido castigo la confianza de que estarás arrepentida y será tal tu emienda que le falten acuerdos a mi memoria de este día en que tanto pesar he recibido. Acuérdome que dijiste no sería yo la primera en consentir ser amada y tener correspondencia. En el número común de mujeres, yo te lo confieso, pero en el particular de las buenas, a quien deseo y debo imitar y en cuyo acatamiento es preciosa la virtud, falsamente te engañas; y cuando así no fuera, no era razón que perdiése yo la vergüenza al pecar porque hay muchas que pequen; que mereciera dos penas: una (y no la menor) por el imitarlas, y otra por el pecado. Y asimismo te engañas en asegurar que estará secreto, porque, demás de que no lo estaría, pues lo había de saber mi conciencia, que vale por mil testigos, no hemos de hacer cosa que traiga peligro el saberse, que esa errada confianza de «no se sabrá» (siendo, como es, la más segura el no estar a cortesía de una lengua) tiene quitadas muchas vidas y escurecidas muchas famas, porque nunca fue mudo el pecado después de cometido, y el tiempo, que es un espejo en que se representan todas nuestras obras, tiene tantas lenguas como instantes de que se compone, y todas con más fácil movimiento a descubrir el vicio que a loar la virtud. Y pues la desigualdad del vivir encubre la igualdad del nacer, obremos de modo que después de muertas no infamen nuestras cenizas, y ayúdenos a conservar nuestra honra propia el tener presente la infamia ajena. Y advierte, Claudina, que si en la edad que tienes (que casi estás ya en las cercanas vecindades de la muerte) incitas a pecar, ni te escusarás en la igualdad de la pena ni tendrá poca disculpa el creer que has pecado en lo mismo que persuades, porque es cierto que ningún vicio se halla que fuese favorecido sino de aquel que lo cometió muchas veces; y pues te precias de que haya sido yo hija tuya por haberme alimentado a tus pechos, no ayudes a la infamia, que está introducida en la común sospecha del pueblo, de que hay madres que no sólo dan permisión a sus hijas a que ofendan su honestidad, pero solicitan y encubren a los ofensores de ella. Si te mueve la codicia, si padeces alguna necesidad, líbrala sobre cuanto yo tengo: váleto de mi hacienda, de mis vestidos y preseas, que no son tan pocas que me haga falta la parte necesaria a tu socorro. Y vuélvele su papel y joyas a Alejandro, y esto sea antes que me vuelvas a ver la cara, diciéndole de mi parte que cuando me casé con Marcelino y él me recibió por su esposa le entregué mi libertad, y él solo es quien puede disponer de ella: que le comunique su pretensión para que me mande lo que tengo de hacer. Y si deseas obligarme en algo, persuádele a que no prosiga en la solicitud de aquello que le ha de ser imposible conseguir aunque alcancase más años que Néstor, más astucias que Ulises y más riquezas que Creso, y que de no persuadirse a esto y continuare los pasos en seguirme, tengo tan principal marido, de tanto valor y honradas obligaciones, que sabrá vengarse y vengarme a costa de su vida.

Ya se iba olvidando Clavela del primer presupuesto que había hecho; la cólera comenzaba a descomponer el enojo que había moderado su prudencia y Claudina a turbarse del furor con que la vio arrebatada. Quiso satisfacerla o aplacarla, recelando que la indignación daría algún atrevimiento a las manos: impidió la venida de Marcelino (que en esto le fue la Fortuna favorable), con que se puso fin a la plática.

Otro día muy de mañana, sin haberle debido la menor parte de sosiego a la noche, con más temor que obediencia fue Claudina a casa de Alejandro, que la aguardaba no con menores turbaciones que el delincuente que, convencido en el delito, espera el fallo de la sentencia; y conociendo lo poco favorable del suceso en la tristeza de su rostro, en lo descompuesto y mal prendido de su adorno, en el no hablarle con la alegría y despejo que otras veces, temiendo por más que ciertas estas conjeturas, viendo que volvía el papel y cofrecillo que había llevado comenzó a lamentarse, diciendo:

—¡Ay, Claudina, Claudina, y cómo en ese silencio y esas lágrimas que manifiestan vuestros ojos vienen publicando el breve término que se le concede a mi desdichada vida! Ya he leído en vuestro afigido semblante que soy condenado a perderla; callando me decís la poca eficacia que han tenido vuestros ruegos para ablandar aquellas entrañas de bronce. Nunca entendí que mis hados me habían de ser más propicios, y pues ya es forzoso que mis esperanzas malogradas se rindan al mortal rigor del desengaño, ruégoos que seáis piadosa en acabar de matarme, por que os deba lo que muriendo dejaré de padecer. Acábeme de una vez el dolor, fenezcan mis infelices años, y concédaseme por último consuelo que sepa Clavela que sola ella es quien me mata y que sólo muero por ella.

Bien pudo pensar Claudina que el intenso dolor que manifestó Alejandro había rompido las ataduras y prisiones del alma, viéndole quedar cubierto de un pálido color y sin movimiento, a menos visible. Sumamente le pesaba de haber ido a verle, juzgándose por culpada (aunque como causa remota) en aquel tan lastimoso fracaso, y reprimiendo los sollozos, que en competencia unos a otros se alcanzaban, se llegó a la cama de Alejandro, y llamándolo por su nombre muchas veces y diciéndole al oído palabras contra el desmayo (si hay, como dicen, algunas que tengan esta virtud) le hizo volver en sí, repitiendo «Séanme testigos los Cielos que sólo es Clavela quien me mata y que sólo muero por Clavela!».

—No es tan apacible la muerte —dijo Claudina— que se le ha de salir al encuentro; que aunque no es mal que se ha de temer, tampoco es bien que se ha de buscar, ni habrá tan desalentado corazón que en defensa del vivir no procure resistirla, ni hay estado tan miserable que deje de afianzar su esperanza a mejores sucesos en la contante inconstancia del tiempo. El ser vencedor o vencido, efectos son que siempre se le atribuyen a la Fortuna en cuya voluble rueda, en su movimiento incesable del bien al mal y del mal al bien; pero el rendirse, a sólo la vileza del ánimo. Contraria suerte han tenido mis diligencias. Previsto tenía yo el peligro en que me había de ver, aunque lo encubría por no aumentar vuestro

desconsuelo: más firme que una roca está Clavela en su primer propósito, muy presumida de casta y predicadora. ¡Si supiésemos, Alejandro, el riesgo en que me he visto...! ¡Ay pobre de mí, y cómo tuve por cierto que se había llegado mi hora y el un pie tuve ya en el otro mundo! Poco asegurado estuviera el censo que en mi cabeza se pusiera entonces, pero no quiero encarecerlo por que no presumáis que pretendo obligarlos, aunque me debéis el no pesarme por mí, sino el no poder volver a veros La respuesta de lo que llevé a mi cargo es tal que se halla acobardado mi ánimo para atreverse a probar otra vez la suerte ni a referirle vuestro nombre, por el perpetuo silencio que ha puesto a mi lengua; aunque las palabras que me dijo, las reprehensiones que me dio, las afrontosas sospechas que ha puesto en mi vivir, de tal manera me tienen lastimada el alma, que ya no en favor vuestro, sino en desagravio y venganza mía tengo de procurar (aventúrese lo que se aventurare y piérdase lo se perdiere) a que no blasone tanto. Mirá si tenéis valor y os basta el ánimo a conseguir por industria lo que con otra humana diligencia os ha de ser imposible, y por la que yo tengo trazada no dificultosa. Respondedme, para que yo os la declare,

—El preguntarle al enfermo si quiere salud —respondió Alejandro, recuperado en su primer sentido con el oír que podía tener remedio—, y al preso o captivo si se holgaría que lo pusiesen en libertad, consigo se trae la respuesta. Y cuando el natural desaliento mío fuera tanto que mereciera esa duda, ¿qué amante reparó en los peligros pagando tributo al miedo? ¿Cuándo su memoria le representó tan invencibles inconvenientes que lo acobardasen haciendo ultraje a sus deseos? ¿Qué ánimo tan apocado no se mejoró con los alientos del amor? Llegue yo a gozar el premio que el mío tiene merecido, y después conjúrese contra mí cuanto hay desde el abismo a las estrellas.

—Pues estadme atento —prosiguió Claudina—. Ya sabéis la terrible y áspera condición que tiene Marcelino, el destramiento en sus costumbres, el empleo que hace de su persona en quien no merece sus calidades y distan con infinita desproporción de las de Clavela. A quien ha ocho días le quitó unas arracadas que valían seis mil escudos, ya fuese para darlas a alguna de las que lo traen con tanto exceso destraído que no se trata de otra cosa en esta ciudad, culpando su mal gusto en despreciar lo que tiene (y muchos le envidian) y solicitar lo que desestiman otros, o para entregarlas al juego; que estos dos tan detestables vicios predominan en él. Esto ha sido causa de que no se hablen, y pienso que no hablarán tan presto; que lo más que procura es tenerla disgustada por que sus ruegos no le obliguen a emendar y tener menos libertad en sus tardanzas. De ordinario se viene a acostar cuando el alba lo avergüenza manifestándolo a los ojos del pueblo con hábito menos decente de lo que pide su gravedad, y desnudándose (que este trabajo y el esperarle, sola yo lo padezco) se entra en la cama sin hablar palabra a Clavela ni ella volverle el rostro; y con el mismo desabrimiento se levantan, sin que las sábanas, que suelen ser conciliadoras de quejas voluntades, hayan podido poner treguas entre las suyas. Quiero, pues, aventurarme por vos, para que veáis si deseo serviros, y entraros en el aposento

de Clavela a tiempo que haya rendido los sentidos al sueño; que si gozáis de la ocasión antes que prevenga el engaño, como ya sin remedio y obligada de vuestras caricias, le ha de ser forzoso el callar, y aun perder el enojo que al principio manifestare; que una mujer gozada siempre fue menos riguosa después que aquella inconsiderada Lucrecia, ostentando castidad, puso su fama en opinión.⁴⁸ Si a esto os atrevéis, yo os tendré escondido en un retrete que está junto a la cuadra donde duerme Clavela, de quien sola yo tengo la llave, y os pondré dentro a la hora conveniente; que, retirada la luz, ha de entender que sois Marcelino. Y porque no puedo detenerme más, decidme vuestra última determinación. Y tomad estas joyas, que algún día las recibirá de vuestra mano con más gusto y estimará en lo que merecen.

—A no tenerlas sacrificadas al nombre de aquella ingrata —respondió Alejandro— os suplicara que os siviérades de ellas; pero este joyel, que se ha hecho estimar de los más valientes artífices de oro, suplirá hasta que con mayor dicha nos volvamos a ver en este mismo lugar, donde conoceréis a cuánto se estiende un ánimo agradecido. Y lo que quiero merecer con vos es que las volváis a llevar y pongáis secretamente a la cabecera de aquel tirano dueño mío, que será posible que me ayuden a desenojarla.

Y prometiendo hacerlo así y dejando concertado que a las diez de la noche le aguardaría Hipólito su marido a la puerta de su casa con una seña que sólo fuese conocida de los dos, se despidió Claudina, y quedó Alejandro previniendo conceptos, estudiando disculpas y acomulando ejemplos que sirviesen de abono a su atrevimiento. Y estos mismos le advirtieron que por lo que se le ofreciese le convenía poner en cobro lo de más importancia con que al presente se hallaba, que aun en los casos seguros nunca de la prevención procedieron arrepentimientos; y sin que ajenos ojos fuesen testigos puso en dos baúles lo de mayor valor, haciendo que se entregase de ellos el religioso su amigo, a quien le dijo que por cierta causa que después le comunicaría los guardase con lo demás, y estuviese advertido, que podría serle necesario hablarle antes de amanecer otro día. Por minutos observaba el curso del Sol, con injurias reprehendía su tardanza, el movimiento rapto⁴⁹ de la esfera décima, más imaginable que perceptible, con que en las alas de la velocidad lo lleva desde el Oriente al Ocaso, a la misma pereza lo asimilaba, y al retrocedente suyo, por más ligero que el pensamiento, con rabiosa impaciencia le infamaba de parlero y envidioso descubridor de los amorosos y solícitos cuidados y ahuyentador cruel de los veladores amantes.

⁴⁸ Estado ausente su esposo, Lucrecia, mujer romana de excelente reputación, fue gozada por su huésped Sexto Tarquino, que se introdujo en su cama sin que ella se apercibiese de que aquél no era su esposo. Posteriormente Lucrecia, avergonzada, se suicidó.

⁴⁹ Orbital. En la astronomía medieval, la décima esfera proporcionaba el movimiento de las inferiores (todas ellas dispuestas concéntricamente a la Tierra). Por encima de la décima esfera se hallaba el Empíreo o Cielo (el infinito).

— ¿Quieres vengar en mí — le decía — con esta prolja detención aquel esquivo desprecio que hizo Dafne a tus ruegos?⁵⁰ ¿Acaso fui yo el solicitador de aquel agravio o fuele concedido al humano poder forzar la voluntad a las deidades? Permite sola esta vez, por el encendido amor con que fue amada de ti (aunque sin⁵¹ más premio que el consagrarte la planta en que fue convertida por haber guardado el sagrado rito de la casta Diosa), que venga la noche, que es la benévola y piadosa⁵² madre de los que libran en ella el descanso a sus amorosas fatigas.

Poetizando deliraba este afigido amante, acrecentando deseos a deseos y nuevas ansias a las ansias; que cuando está más cercana la posesión de lo deseado, menos sufrimiento permite, con mayor rigor atormenta y mayores desesperaciones causa. Al fin, o ya piadoso a sus ruegos o agraviado de las injurias, aceleró su carrera, y escondiéndose entre espesos y oscuros celajes amenazadores de tempestades permitió que llegase la noche, y ella se mostró tan severamente sañuda, cubierta de un tan horrible y tenebroso manto, que en breve intervalo de tiempo padeció eclipse la brillante luz de las estrellas; la Luna no desmintiendo este horror, detuvo su veloz movimiento antes de mostrar su cara en aquellos horizontes; la tenebrosidad impedía el percibirse aun los más suntuosos y opulentos edificios; el impetuoso furor de los truenos estremecía hasta lo más profundo de sus cimientos; los volantes rayos que arrojaban de sí rasgaban las nubes, rompían y abrasaban la tierra; ensoberbecidos los vientos, bramaban y con riguosa competencia forcejaban a desquiciar la universal máquina, que ya parecía temblaba en sus ejes y ellos gemían de oprimidos; sobrenaturalmente se condensó la caliginosa niebla hasta llegar a ser palpable; las nocturnas aves se quejaban y por entonces terminaron su vuelo; confusas y mal articuladas voces (atribuidas siempre a los malinos espíritus) se oían vagar por el aire: todo era prodigios, nunca vistos portentos, cuya confusión tenía perturbados a los que en la obscuridad hallan amparo sus intentos, sólo Alejandro, malentendiendo que hasta los elementos le amenazaban, los⁵³ tenía por favorables.

Acercose la asignada hora, y Alejandro a la puerta de Marcelino, más con el curso de haber andado aquel camino tantas veces que guiado de la noticia que le ofrecían los ojos. Halló a Hipólito dudando de que viniese, y guiándolo adonde estaba Claudina, ella ejecutó en todo lo que le había prometido: gozó Alejandro por engaño lo que no alcanzara por fuerza; violó el lecho más casto que veneró la grave antigüedad de los siglos y pudo hiperbolizar la Fama; ofendió con torpe adulterio (cometido sólo por él) la más bien guardada continencia que halló lugar

⁵⁰ Perseguida por Apolo, la ninfa Dafne pidió ayuda a su padre, el dios-rio Peneo, quien la transformó en un laurel.

⁵¹ Orig.: 'siu' (27v).

⁵² Orig.: 'pidosa' (27v).

⁵³ Suplo 'los' (28r).

en la estimación de los hombres y manchó el más virtuoso y honesto recato que al conyugal vínculo se le había guardado.

Confusa estaba Clavela de que Marcelino (que no pudo imaginar que otro pudiese llegar a tal estado) con tan cariciosos halagos hubiese rendido la aspereza de su indómita condición. Novedad le hicieron las mudas finezas que le hacía, y no olvidada del enojo que le había dado, y usando de la licencia que en aquel lugar y ocasión puede tener una mujer, y en la que el más intratable y fiero animal se olvida de su fiereza, con amoroso sentimiento le dijo:

— Diérame por satisfecha en que la falta de tus palabras haya sido conociendo la razón que tengo para estar quejosa de ti, pues no sólo me tratas con sequedad y desprecio (injusta paga al excesivo amor con que te amo, que es lo que más te había de obligar), estimando en mi agravio a quien no te merece lo que yo, pero has querido que una prenda⁵⁴ en quien estaba cifrado mi gusto, por ser la primera que recibí de tu mano, sea otra la que se adorne con ella después de haberla visto en mí. Suplícole, si en algo puede haberte obligado lo mucho en que te estima mi alma, que me la vuelvas, y de las demás que tengo lleva la que te pareciere mejor, que de sólo aquella quiero, con tu licencia, ser el dueño.

Por buena ocasión, y aun forzosa para descubrirse, tuvo ésta Alejandro, y así, lo comenzó diciendo:

— Adorado hechizo mío, único bien de esta alma que en sólo contemplaros se ocupa, cese el enojo que tenéis, olvidá el sentimiento que mostráis, que no os faltarán joyas de mayor importancia, ya que no de tanta estimación.

Corto encarecimiento será la velocidad de la saeta despedida del arco, o la de la bala impelida de la pólvora, ya convertida en fuego, con la que Clavela se arrojó de la cama con sólo un manteo que acaso había encontrado, y al punto que conoció no ser aquella voz de su Marcelino y arrebatada de furor y perturbada de la congoja, comenzó a lamentarse torciéndose las manos, y poniéndolas sin piedad en su bello rostro decía:

— ¡Ay desdichada de mí! ¡Oh infeliz suerte mía, y cómo derribaste lo altivo de mi presunción! ¿Acaso juzgaste por ofensa el tener castos pensamientos? ¿De los virtuosos propósitos míos te has agraviado, que así has querido oscurecerlos con tal infamia? ¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido por mí? ¿Quién ha sido el cruel y aleve que sacrílegamente ha profanado mi aposento? ¿Quién el traidor que se atrevió a escalar los muros de mi casa, o quién el que le dio puerta franca para que me robase la honra? Justo y piadoso Cielo, por vuestra cuenta corre la injuria que he recibido: pues distes permisión para que se ejecutase, satisfacedla con el castigo. Muévaos mi inocencia y concededme por consuelo que el ofensor muera a manos de vuestra venganza.

A voces pedía luz a Claudina, que fingiendo tenerla el sueño agravada le respondía desaciertos. Entró en el retrete donde estaba, y asiéndola de los cabellos y dando con ella en el suelo la despertó de aquel fingido letargo.

⁵⁴ Las 'arracadas que valían seis mil escudos' que Claudina mencionó a Alejandro.

—¡Oh infame y mal nacida mujer! —le decía— ¿Cómo te entregas al descanso habiendo sido homicida de mi honor? ¿Qué agravio recibiste de mí, que así has solicitado mi muerte? ¿Es porque no te quité esa traidora vida cuando tu infernal lengua se atrevió a perderme el respeto? Pues ya que no fue entonces por lo que dijiste (pluguiera a Dios lo hubiera sido), ahora será por lo que has hecho; que aunque es vil y bajo caudal para esquite de tan gran perdida, te lauitaré, pues tan injustamente la gozas.

Y tapándole la boca y poniéndole los pies en la garganta la llegó a tal extremo que con brevedad espirara a no llegar a socorrerla Alejandro, que a toda priesa se había vestido, suplicándola con rendimientos de toda humildad fuese servida de perdonar el primer disgusto, que en el presente él solo era el culpado.

—Imitador, que no primer ejemplar —dijo—, he sido desta osadía. Las estratagemas de amor y los hurtos que con exceso de voluntad se cometan, consigo traen la disculpa.

—¡Oh más que desleal y fermentido caballero —con rabiosa furia le respondió Clavela—, oprobio de la nobleza! Miente el que dijere que naciste honrado: villano trato habéis usado conmigo. Ya os conozco, y sé que os llamáis Alejandro y que es tan falso en vos el nombre como el proceder, pues con cautela habéis gozado prendas superiores a vuestro merecimiento, aun cuando fuera de mayor dignidad; pero no han sido las del alma, que éstas a más digno sujeto estuvieron dedicadas siempre. Si igualaran las fuerzas que poseo con las de la razón que tengo de aborreceros y a las con que os estoy aborreciendo, limpiara la mancha de mi agravio vertiendo vuestra vil y traidora sangre. Y pues no puedo esto que deseo, en la inocente mía ejecutare la pena de ofensa que no he cometido.

Conoció Alejandro el intento de Clavela, retiró la daga en que había puesto los ojos y elegido por fiero y cruel instrumento de su precipitada resolución.

Y como una desdicha pocas veces viene sola, y a una desgracia se siguen otras mayores, echó la adversa Fortuna el todo de su poder con traer a Marcelino: cosa raras veces sucedida como fue recogerse temprano, aunque ya eran las dos de la mañana. Con llave maestra, que siempre traía consigo, llegó hasta la puerta de la cuadra: no pudo abrirla, que estaba cerrada por dedentro y la llave en la cerradura, que en esto anduvo Claudina tan sagaz como diligente. Allí fue el turbarse Clavela y el no saber determinarse Alejandro en lo que haría para librarse y librarse. El paso estaba impedido, con su enemigo tan poderoso como valiente. La furia con que llamaba era aumento de su turbación. Quiso que dos pistolas que llevaba le asegurasen la salida abriendo puerta por el pecho del que ya era su mayor y más temido enemigo; con piadosos ruegos lo impidió Clavela, pidiéndole que la matase a ella primero, tanto por el amor que le tenía (que era más que a sí misma) como por la infamia que le había de resultar y el riesgo en que se había de ver. Todo le afigía, en nada hallaba consuelo. Quiso dar lugar a que entrase Marcelino, advirtiéndole que se previniese y juntase los criados, y arrojándose a sus pies manifestarle la verdad y que tomase justa y debida

recompensa en los que habían⁵⁵ trazado su agravio. Detúvola el por entonces prudente y más que bien advertido temor de que no admitiría por disculpa su interior inocencia y el haber sido engañada cuando la sospecha era tan vehemente como hallarla encerrada con un hombre, quedando sin crédito su verdadera afirmación; que una mujer no se debe contentar con sólo ser buena si no lo parece, y en el humano juicio es menos peligroso y menos culpable el ser mala con apariencias de buena que el ser buena con apariencias de mala; que entre el no ser casta y ser cauta tiene disculpa la hipocresía, y si en esto pudiera (que no puede) haber virtud, el fingimiento encubridor lo fuera.

Pareciole trance terrible el fiarse en la piedad de un hombre agraviado y noble; determinose a valer del consejo de Alejandro, a quien, aunque su ofensor y causa de todos sus daños, juzgaba ya más favorable; que aun las intratables y no domesticadas fieras, en mayor peligro se amparan de aquellos que por su naturaleza tienen opuesta contrariedad. Breve era el tiempo para discurrir; más convenía ejecutar lo resuelto que la dilación en el determinar, y así, tomándole por la mano, le dijo solamente:

—Si con perder mi vida se asegurara la vuestra, creedme, señora, que sin resistirme dejara que me la quitaran. En el vivir se han de fundar las esperanzas de nuestro remedio: procuremos éste, eligiendo el menor daño, poniendo en salvo nuestras personas; que cosas iguales y mayores a ésta las suele perder el tiempo de su memoria.

Y diciendo esto y llegándose a un balcón a quien a la inferior parte era inmediata una reja (que ya con el uno y otra no hay casa que no tenga escalera a la calle), vuelto otro piadoso Eneas puso en los hombros a su amada Anquises, huyendo el incendio riguroso en que amenazaba arderse aquella segunda Troya. Claudina, a quien tanto acusaba su conciencia, oyendo que Marcelino hacía pedazos la puerta (en que le fue forzoso detenerse algún tiempo) y que sola ella quedaba por blanco de su ira en quien ejecutase el furor, quiso huirlo arrojándose por la misma parte: no tuvo igual dicha en ello, porque al poner los pies en el balcón (después de haber cerrado tras de sí la ventana dél), accidentada con el miedo, turbada con la imaginación de que sentía cerca de sí los pasos de quien huía, ro pudiendo las manos sustentar la gravedad del cuerpo cayo de cerebro, quedando no muerta, pero tan atormentada y privados los sentidos, que lo parecía.

Como un embravecido tigre entró Marcelino acompañado de Guillermo su criado y de un animoso mancebo, algo deudo y particular amigo suyo, llamado Arnaldo, quien hacía hospedaje en su casa y traía siempre consigo, en cuyos años, que no llegaban a treinta, florecía el entendimiento, esmaltado de singular prudencia, de quien con apacibilidad y respecto oía y aprobaba sus sanos consejos aunque sin ejecutar alguno dellos. Todos tres discurrieron una y más veces por toda la casa hasta los más ocultos desvanes, y no hallando a nadie,

⁵⁵ Orig.: 'auia' (29v).

mirando y desvolviendo la cama encontraron con el cofrecillo que a instancia de Alejandro había puesto Claudina junto con el papel que había escrito y no cerrado, por haber sido la mensajera sabidora de lo que contenía. Con dificultad lo pudo acabar de leer Marcelino; cada renglón y cada palabra dél era un garrote⁵⁶ y riguroso nudo a su garganta, y poniendo los ojos en las joyas y arrancando suspiros del alma agonizando con las ansias de su afrenta, en quien ya no dudaba ni el engaño de la confianza podía suspenderle o asegurarle, comenzó a decir:

—¡Oh riquezas, peste universal de los hombres, perturbadoras de su tranquila y preciosa paz, común agravio de la justicia, amparo y defensoras de los vicios! ¡Nunca de las entrañas de la tierra saliera tan horrendo monstruo! ¡Mal haya el primero que introdujo el cudiciaros, pues no hay estado seguro de vuestra conquista: todo lo rendís a vuestro vasallaje! ¡Dichoso aquel que generosamente tuvo valor para despreciaros! ¡Oh perversa y más que inexorable Clavela! ¿Qué faltas te hacían éstas, o qué superior aumento a las que tenías, pues las menores eran envidiadas de muchas? ¡Oh falso crocodilo, que con engañosas lágrimas procuraste enterñecerme para matarme! ¡Oh más que engañosa y astuta hiena, y cómo tomaste por instrumento fingidas y halagüeñas palabras para devorar mi corazón! ¿Quién le dará crédito a traición semejante, si con hipocresía te hiciste reverente, y a mí desestimable⁵⁷ y odioso, siendo, como es de la razón en común, el defender aquel de quien se tiene buena opinión? ¿Habrá quien no sospeche, y aun afirme, que mi condición, a quien tienes tan infamada, haya sido verdugo de la perfecta inoculable vida que juzgaban en ti? ¿Qué cuenta podré dar de tu infame persona? ¿Qué testigos tendré de tu criminal fuga? ¿Cómo satisfaré al mundo de que cometiste tan gran maldad, si todas mis acciones has hecho aborrecibles cuanto las tuyas amables?

Desesperados accidentes se iban apoderando dél, y sin duda le vencieran si Arnaldo no llegara diciéndole.

—Amigo Marcelino, sagradas son las leyes de la amistad; satisfecho estáis de la que os tengo, con ella os diré mi sentimiento. El más grave infortunio que se halla ni cabe en lo humano es el que estáis padeciendo; sobrenatural valor requiere para tolerarlo. Mejor acuerdo debéis tomar en lo que es de tan grande importancia; que el dejarse morir no es satisfacción de un caballero: el vivir hasta tomarla y darla al mundo debe el que nació como vos. Y aunque sé que al afligido no se le ha de afligir, y que necesitáis de consuelo y no de reprehensión, sin ánimo de aumentar vuestras penas, sino en abono de que he cumplido lo que ha estado a cargo de mi obligación, digo que habéis sido quien más ha ocasionado esta culpa (si es que la cometió Clavela, que dudo la haya cometido). Pocos habéis de hallar en vuestra defensa: muy de su parte ha de estar la común opinión, con dificultad ha de haber quien se atreva sin riesgo de temeridad a

⁵⁶ Estrangulamiento producido por una cuerda que se retuerce mediante un palo.

⁵⁷ Orig.: 'destimable' (31r).

condenar a quien sabéis que se ha levantado con el general aplauso. ¿Cuántas veces os previno mi advertencia ser peligrosa la falta de un marido en su casa? Porque dejar a una mujer en la lozanía de su juventud ofendida con dilatadas horas de soledad, quejosa con la aspereza y desabrimiento del trato, haciendo desprecio de su belleza, mal pagada con la deuda del matrimonio, envidiosa con la mejor fortuna de sus amigas no de mayor merecimiento o persuadida de las iguales en esta injuria hace reventar al más constante sufrimiento. Y también os advertí (no podéis olvidar el habéroslo advertido) que aquel que de ordinario solicita casas ajenas deja en desamparo la suya, y al más confiado le suelen pagar en la propia moneda. Tarde habéis llegado a este desengaño: si vos no habéis querido escarmentar en otros, otros escarmentarán en vos o padecerán lo que padecéis Ahora proceded como prudente, que mi ayuda no os ha de faltar en cuanto se me concediere la vida.

Iba a responder Marcelino; detuvieronlo unos dolorosos gemidos y quejas lastimosas que se daban en la calle, con tanta debilidad como si salieran de algún profundo sepulcro.

—¿No hay —decían— quien se duela y ampare a esta triste mujer? ¿Habrá algún piadoso que me traiga un confesor, que ya es mi muerte forzosa?

Nueva confusión les causó aquellos tristes lamentos; con presteza acudieron a saber quién fuese, que el alma, siempre adivinadora, les decía que les tocaba muy de cerca. Hallaron un bulto, sin percibir otra cosa, y preguntándole quién era, dijo, sin saber quién se lo preguntaba:

—Soy la infeliz y triste Claudina; criada soy de Clavela, mujer de Marcelino. Justamente padezco: mi pecado es contra mí, él mismo me acusa y me condena.

Lleváronla en brazos, y viéndose en su cama y cercana al morir declaró la verdad sin encubrir cosa alguna, confesando haber sido ella la trazadora de aquel enredo y la causa que le había movido, sin que Clavela fuese sabidora. Alabó su virtud, su constante, y singular resistencia, y cómo más en los brazos de la muerte que con asomos de vida, habiéndole robado el temor y la vergüenza el ánimo de aguardarle y que sin oír su disculpa ni admitir su descargo muriese infamada, siendo su propio aposento afrontoso lugar de suplicio que no merecía, se había puesto a riesgo de precipitarse por un balcón persuadida y ayudada del mismo que la había ofendido. Y afirmando por el paso en que estaba⁵⁸ que su señora Clavela padecía inocente, manifestó el nombre supuesto de Alejandro (que ya con el uso de llamarle Monsiur de Blondel se olvidó del propio), dio las señas suyas y de la posada, y estremeciendo el cuerpo con las mortales ansias, enclavijando las manos, dando un espantoso gemido, con que pareció se le arrancaban las entrañas, dijo:

—¡Oh mal aconsejado y peor aconsejador Hipólito, tú has sido la causa desta inorme maldad y de mi muerte: en el juicio de Dios te sea demandado!

⁵⁸ Fórmula de juramento del enfermo terminal o condenado a muerte.

Y a esta última palabra espiró, haciendo tan breve el tránsito, que no dio lugar a que la indignación de Marcelino comenzase en ella su venganza.

Hipólito, que en su aposento estaba desvelado con recelo que de la venida de Marcelino antes de haber salido Alejandro se le había de seguir el perderse, rendido al confuso temor que engendra el conocimiento de haber pecado, turbándole los golpes y las voces que su amo estaba dando, fio menos en el esperar temerario que en el retirarse prudente. Quiso irse a casa de un amigo y compatriota suyo, y recogiendo a toda priesa lo mejor de las pocas alhajas que tenía y lo que a él y Claudina les había dado Alejandro (que importaba más de tres mil ducados, porque su diligencia en el pedir había igualado con el desatino en el dar) salió por una puerta falsa cuya llave a él solo se le fiaba. Aun no había andado cuatro calles cuando se halló en medio de unos ladrones que guardaban las esquinas de una casa en quien otros compañeros habían entrado a robar y bajaban por la escala que habían puesto, y temiendo los podría descubrir libraron el secreto en su muerte: diéronsela con dos tan penetrantes heridas, que ni aun con la menor señal se le concedió dar aviso que partía desta vida. ¡Oh cuántos temores, cuántos escarmientos pueden estudiar en esto los que no sólo pecan por sí, sino que solicitan y ayudan a que pequen otros, y cuán justo es que sea doblada la pena, pues es doblada la culpa!

En cuanto se detuvo Marcelino en lo que hemos dicho, y en enterrar secretamente a Claudina (de Arnaldo fue este consejo) y en buscar a Hipólito llegó Alejandro a su posada, y no teniéndola por segura (que a la ofensa y al ofensor cualquier lugar le es sospechoso, persuadió a Clavela se vistiese en traje de hombre para ir adonde tuviesen toda seguridad. Hízolo así turbada y sin saber lo que hacía, que los temores de un cercano peligro, y más en el sexo femenil, perturba el entendimiento y muchas veces obliga a que se haga lo que no querría la voluntad que se hiciese, y llamando a los criados y al huésped⁵⁹ les dijo cómo en aquel punto había tenido aviso que su padre padecía una grave enfermedad sin esperanza de remedio y le convenía hallarle presente, y para llegar a tiempo correr la posta; que allí les dejaba dinero con que alquilasen mulas y lo siguiesen hasta París, donde lo hallarían.

Y saliendo con su nuevo compañero, a paso largo, porque ya el Lucero matutino daba alegres nuevas de que llegaba el Aurora, llegaron al convento de su amigo el religioso, que no se había descuidado de la prevención de que convendría hablarle antes de amanecer. Entraron en su celda, sin saber que fuese Clavela el compañero que consigo llevaba, donde los dejaremos para volver a Marcelino, que con lo que declaró Claudina fue a la posada de su ofensor (acompañado siempre de Arnaldo y Guillermo).

Supo en ella cómo en compañía de un mancebo se iba por la posta a Francia y que aún no se habrían puesto a caballo. Acudió luego al maestro de postas: asegurole él no haberlas dado, ni las daría sin avisarle primero. Previno en las

⁵⁹ Hospedero, posadero.

puertas (por donde para aquel viaje habían de salir) a las guardas, diciendo que un hombre de tales señas era un famoso ladrón y que aquella noche le había robado lo más precioso que tenía, y que en esto había sido ayudado de Hipólito y Claudina, criados suyos; ofreció cuatro mil ducados, por libranza que tenía aceptada de un mercader, al que se los entregase vivos.

La incerteza de hallarlos por sí mismo en aquella población tan dilatada, el ya distinto rumor de los madrugadores al trabajo y el hábito en que venía le forzaron a volverse a su casa, donde consultó con Arnaldo el modo que tendría para que sus criados ni el pueblo llegasen a saber su infamia antes de haberla satisfecho, y resolvieron que por tres o cuatro días se sustentase aquel engaño del hurto; que se diese luego aviso a la Hermandad para que sus cuadrilleros, así por la obligación de su oficio como por el interés que ofrecía, corriesen la campaña; que se dijese que Clavela estaba no bien dispuesta del susto y pesar que había recibido; que sólo una criada de satisfacción entrase y saliese donde estaba la cama; que enviase a su villa con Briceño⁶⁰ (que le servía de secretario y de quien había fiado la noticia de aquel suceso) todos los muebles que tenía, insinuando el querer retirarse por algunos meses; que se despidiesen todos los criados, fingiendo enojo contra ellos culpándolos de poco cuidadosos; que se vendiesen las joyas que habían hallado, junto con las de Clavela, y buscasen letras de cambio para diversos lugares de Francia y siguiesen hasta París al robador Alejandro; que todos estos cuidados se ocasionan de un descuido; todos estos inconvenientes, de no prevenir un posible conveniente; todas estas desgracias, de no temer una desgracia; todos estos peligros, del⁶¹ desprecio del peligro, y afrontosa y triste muerte, de una viciosa y desconcertada vida.

Con notable industria se ejecutó todo lo que habían determinado, y llevando para el común servicio a sólo Guillermo, que había nacido en casa de Marcelino y de quien se podía fiar lo ejecutivo de cualquiera marcial acción. En tres fuertes rocinés de campo y bien prevenidos de armas salieron de Sevilla en la hora que todos estaban entregados al sueño. Surcaron por ocho días la circunvecina tierra sin dejar llano o monte que no penetrasen, y al cabo dellos prosiguieron su camino.

Luego que Alejandro comunicó el suceso con el religioso su amigo, lo encerró en una secreta celda, y llamando a una hermana suya que vivía junto al convento le encomendó que llevase a Clavela y la regalase y tuviese con mucho secreto, y con diligencia tan cuerda como simulada supo todos los desinios de Marcelino, los avisos había dado y cómo las promesas del dinero tenían a muchos desvelados. A instancia de Alejandro fue a ver y consolar a Clavela, pero en tanto extremo tenía cerradas las puertas al consuelo, que las consideraciones persuasivas a él hacían mayor aumento a su aflicción. Varios discursos hicieron sobre lo que se debía hacer sin hallar alguno que ofreciese remedio ni seguridad,

⁶⁰ Orig.: 'Bi ceño' (33v).

⁶¹ Orig.: 'el' (33v).

y en el que se resolvieron que la prometía en algo fue que se buscase un monasterio donde secretamente se retirase y viviese en él, ofreciéndole de parte de Alejandro que le impondría quinientos ducados de renta por toda su vida, y que después los gozase las monjas en cuya compañía estuviese. Esto se les propuso a diversas preladas sin que alguna se atreviese a ello, temiendo el no poder estar secreto en una comunidad de mujeres y la violencia que podría hacer un hombre tan poderoso. Con esto, y sabiendo que no había paso seguro ni camino sobre quien no velasen secretas y vigilantes espías, y considerando que el estarse en la ciudad había de ser con notorio peligro, y si iban por tierra se ofrecían al riesgo de caer en las manos de los que sobre sus cabezas tenían librado el interés y codicia, pareció conveniente intentar el único remedio y entregarse a las procelosas aguas del Mar Mediterráneo (en quien tal vez hallan piedad los fugitivos, y otras el fin y suma de todas las desdichas) y pasarse a Barcelona, ilustrísima cabeza del Principado de Cataluña, donde Alejandro tenía muy principales deudos, entre quien estaba la mayor parte del gobierno.

Resueltos a esto, y en que Clavela se entrase por seglar luego en llegando en un monasterio con nombre de sobrina de Alejandro, y él de trasladar su casa a la misma ciudad hasta que el Cielo dispusiese otra cosa, y dejando pasar dos meses, en que ya el cuidado de los interesados⁶² en su hallazgo estaba menos confiados y cuidadosos, ayudando a esto el general embarazo y divertimiento de la nueva flota que había de partir, concertaron con el maestre de un navío mallorquín (no sabidor de lo que había pasado) que los llevase. El segundo fingido nombre de Alejandro en don Fernando de Cárdenas, y el de Clavela en doña María Centellas (nobles apellidos en aquel reino), y el precio del flete no limitado, facilitaron su viaje.

Y antes desto le rogó Clavela a la hermana del religioso que le fuese a llamar a una mujer cuerda y prudente que desde sus primeros años le había servido de aya y criado con honesta educación, diciéndole la calle y casa donde vivía, que la condición áspera de Marcelino y el no poder sufrir las reprehensiones que de su destramiento le daba la tenía apartada de su compañía. Llegó Laurencia (así se llamaba), con que de nuevo se aumentaron las lágrimas de Clavela; refiriole todo lo sucedido, el miserable estado en que se hallaba, el peligro que corría su vida y la determinación que se había tomado, y que, pues la tenía por madre y como a tal la había querido y amado siempre, y que no tenía precisas obligaciones que se lo impidiesen, no la desamparase en aquella ocasión ni la dejase ir sola. Pocos encarecimientos fueron menester para determinarse a ello; que la crianza no menos amor engendra que el natural, y así, en breve tiempo dispuso de cuanto tenía y se quedó con Clavela.

Con toda aquella industria que convino se emplearon en cabeza de tercera persona noventa mil ducados en cosas fácilmente vendibles, y entre ellos embarcaron más de ochenta mil escudos en doblones y joyas, sin que los

⁶² Orig.: 'interassados' (34r).

registradores y guardas, aunque eran astutos, diesen alcance en el cómo y dónde, o por lo menos, si llegaron a imaginarlo, se les quitó la habla y anubló la vista con el unto de las manos; que semejantes efectos dicen los naturales⁶³ que proceden de la virtud del oro, y aun hubo opinión entre ellos que es la verdadera piedra de la invisibilidad. Con la misma industria se le hicieron costosos vestidos a Clavela y se le previnieron dos esclavas que la fuesen sirviendo, y otros dos criados para Alejandro, éstos forasteros, y, con serlo, ninguno les vio las caras hasta haber pasado el estrecho de Gibraltar.

Prevenido lo necesario en todo, y teniendo aviso que repuntaba ya la marea y que dentro de tres horas habían de partir a Sanlúcar, donde estaba el navío ya de vergas en alto, se fue disfrazada Clavela, acompañada de Laurencia, al convento donde estaba Alejandro, y en una particular y más oculta capilla, en presencia del religioso que los había amparado le dijo estas palabras:

— Ya veis, señor Alejandro (joh, cuán caro me cuesta el saber este nombre!), el estado de tan gran desventura a que me han traído vuestros engaños y atrevimientos, en que sabe Dios, y vos lo sabéis, que no fui parte consintiente. Deudor me sois de la vida: yo os la rescaté a costa de mi reputación que para siempre he perdido. No sé si debo arrepentirme de no haberme entregado aquella infeliz noche a Marcelino, para que en vos y en mí, aunque desiguales en la culpa, hiciera igual el castigo; pero ya esta memoria sólo sirve de tormento, sin esperanza de remedio; el que ahora se intenta, dirigido a que la clausura sea mi eterna morada, me es forzoso aceptar: fuerza ha de ser el ir en vuestra compañía, que no es la menor de mis penas el haberme de entregar a que me guarde el que ha sido mi total perdición. Y aunque pudiera fiar de mi valor y constancia que no recibiré de vos segunda injuria si no fuese quedando muerta a vuestras manos o a las mías, quiero que hagáis juramento como cristiano y caballero, delante destas dos imágenes de Cristo y su Madre Santísima, que no ofenderéis mi decoro y honestidad, no obstante que en este para mí desdichado viaje, ya en campaña o en privado aposento y más estrecha cercanía estemos juntos y solos, y que cumpliréis la palabra de ponerme en reclusión. Si no os determináis a esto que es tan justo, íos en buen hora cuando y donde quisieredes; poned vuestra persona en salvo, que debe de importar mucho vuestra persona, que yo seguiré el destino de mi fortuna hasta que se canse o me acabe, que pues nací para desdichada, las propias desdichas me acabarán.

Acompañó esto con tanta copia de lágrimas, con tantos suspiros y sollozos, que le obligó a que le imitase con las suyas Alejandro y a que hiciese lo que pedía, con tal firmeza de prometimientos, puestas las manos sobre un ara, que se satisfizo Clavela, aunque le sacó por condición que pues ella había de ir con nombre de sobrina suya y público fin de ser religiosa, convenía a su honestidad, y para no dar causa a la sospecha en mar y tierra, que los aposentos y camas habían de estar distintas, y que Laurencia (a quien él había de llamar «hermana»,

⁶³ Naturalistas.

y ella «madre»), habían de dormir juntas; y aunque Alejandro también le concedió esto, no del todo se aseguraban los recelos de alguna violenta resolución cuando se viesen en otro reino, y así, le pidió a Laurencia que secretamente le comprase una daga, y ésta trajo siempre escondida consigo.

Aguardándolos estaba un enramado⁶⁴ barco (costumbre antigua en los muchos que en aquel caudaloso río están convidando a gozar lo ameno y deleitoso de su ribera): entraron en él, y a vela y remo, por ser el viento favorable, llegaron al navío, que levadas las áncoras y puesto mar en través⁶⁵ los recibió con salvas de piezas, arcabuces y mosqueteros (honra que se hace a la dignidad o al dinero), y desplegando las velas, con la común y acostumbrada voz en los marineros y grumetes de «¡Buen viaje! ¡Buen pasaje haga la nao, el señor capitán y la buena compañía» felizmente salió de la barra de Sanlúcar.

— o O o —

La llegada de Luperto con las cargas de moneda a la casa de Alejandro causó en Laureana su esposa tan súbita y nueva alegría, que con agradables y honestas acciones hacía amorosas locuras. Poníase muchas veces a la ventana (hasta entonces cerrada siempre) y con bullicioso desasosiego acudía a la escalera; por todas partes quería penetrar con los ojos las interpuestas paredes que le impedían el fin de su mayor deseo. Abrazaba a las criadas, que en lisonja suya ayudaban su parte con graciosas travesuras; decíalas agudos donaires, sin trascender⁶⁶ los términos de su gravedad. El imaginado contento había desconcertado el juicio, desencarcelando al gozo que tanto tiempo había estado oprimido; todo esto creyendo que también había llegado Alejandro. Preveníale tiernas y regaladas quejas por la dilatada y enojosa tardanza, y en los brazos el niño de quien ya era madre, en tanto extremo hermoso, que parecía haber querido la Naturaleza depositar en él lo sumo de su hermosura. Ya detrás de una, ya de otra puerta, se escondía para asustarle y que la primera vista y abrazo fuese al hijo que un tiempo tanto deseaba. Poco gozó este contento (que, al fin, era imaginado): diole Luperto la carta, leyó los pocos renglones della, las palabras sucintas y limitadamente caricias, y de tal manera quedó suspensa, tal fue su turbación y desconsuelo, que por muy largo espacio el mismo dolor le privó el sentido para sentirlo; que el desengaño de un engaño, cuando desmintiendo lo favorable ya⁶⁷ cerca de ser poseído hace constante lo adverso, atormenta más que el no haberlo poseído. Las primeras sospechas y tristes imaginaciones que tuvo antes que partiese Alejandro se le volvieron a representar más temerosas; tan atribulado quedó su corazón, que no se les concedió a las lágrimas dar el alivio que el triste solicita en verterlas, y dándole al

⁶⁴ Con toldo.

⁶⁵ Ya fuera del muelle y con las velas amainadas.

⁶⁶ Orig.: 'trancender' (36r).

⁶⁷ Orig.: 'y a' (36r).

dolor nuevos aumentos y al sentimiento anticipaciones, apartándose con Luperto le dijo:

—No entendí que en ningún tiempo faltaras a lo que algún día te me reconociste obligado ni al cumplimiento de la palabra que me diste: agradecido te consideraba, y a pesar de esta creencia fuerzas a mi recelo a que te juzgue por sospechoso. A nobleza inclina la confianza; ésta hice de ti, y me debes su satisfacción. Dime por Dios, sin encubrirme cosa alguna, dónde queda mi Alejandro. ¿Cómo vienes sin él? ¿Cuál es la causa que impide su venida? ¿Cómo se han entibiado las finezas de amor con que me trataba y las regaladas razones con que al principio de esta desdichada ausencia me escribía? ¿Qué mudanza es ésta? ¿En qué ha desmerecido mi voluntad, si para ella no hay otra cosa que estime? ¿Hanle dicho de mí que he vivido licenciosamente, profanando el recato en injuria de su calidad y la mía, que he dado lugar a entretenimientos sospechosos? ¿Hanle escrito que he cometido alguna liviandad con que le haya ofendido, quedando en mí alguna nota de infamia? Posible será que sí, porque al más ajustado vivir de una mujer se le atreve una mordaz lengua y descompone una envidiosa pluma, que siempre tuvieron amigos favorables y opuestos enemigos el vicio y la virtud. No me atormente más tu silencio ni temas el decirme la verdad, que, justificando mi causa, tengo ya prevenida la paciencia y dispuesto el sufrimiento para todo lo que conviniere sufrir y padecer.

—Quisiera para en esta ocasión —respondió Luperto— que el desobedecer se librara de culpable, que no fuera acto vil y de apocado corazón el lisonjear, y que la verdad que ahora pudiera encubrir mi lengua jamás la manifestara el tiempo. Quisiera que el fingir no agraviara a la confianza, ni con él recibiera injuria la nobleza, y quisiera poder hablar callando, o callar diciendo aquello a que me obliga la obediencia. Y pues no puede ser esto, con las más breves palabras que supiere pagaré la deuda de mi fidelidad. Los pensamientos de Alejandro mi señor, menos castos que atrevidos, han hecho elección de otro dueño; sus ojos han tomado más libertad que la permitida a su estado, menos cuidadoso vive en la correspondencia que debe al que tenía, de que tan dichoso se blasonaba: sólo se alienta y entretiene en la contemplación de sus nuevos deseos; la alegría de los días pasa en perpetua soledad y encerramiento, hablando consigo mismo, sin que su criados, de quien se ha mostrado sospechoso y desabrido, merezcamos la menor pregunta ni la más forzosa respuesta; las noches, en cuya obscuridad tiene librado el consuelo, gasta contemplando puertas y ventanas de quien no sólo deja de estimarle, pero le desprecia y aborrece; la parte de hacienda que reservó en sí (con exceso mayor cantidad que la que traigo) reparte imprudente con los criados de aquella a quien adora; de las potencias y sentidos le ha hecho general donación sin recompensa ni agradecimiento en que pueda fundar lo menos de la esperanza que con engaño alimenta su errada imaginación; del cuidado de volver a esta casa, tantas veces prometido y con tantas afirmaciones jurado, ha hecho total olvido su memoria. Sus intentos, y la perseverante solicitud que pone en conseguirlos, le están amenazando inevitables daños: expuesta tiene la vida a

más que notorio peligro, así por la gravedad de la dama a quien solicita (que ha poder ser para más noble fin, si no hubiera sido tan dichoso su primer empleo, pudiera envidiarlo el que fuera más envidiado) como por el principal marido que tiene, tan respectado por su calidad como temido por su arrogante y soberbia condición. En esto consiste su tardanza; este divertimiento le tiene ajeno de sí, sus prudentes y loables respectos perdieron la propia libertad: en ajena y superior virtud los obra; una inteligencia de hermosura los mueve, y una en lo humano soberana deidad de belleza (verdadera copia de vuestro rostro, pero más estimada por no poseída) le suspende, cuyo nombre es Clavela: ésta es la sirena que sin dar ocasión le encanta; ésta es la imán que lo atrae, y ésta la rémora que lo detiene.

Con esto dio fin Luperto, y Laureana principio a un triste y lamentable llanto; y como con sólo éste, aunque acreditado de que tempila el dolor y al corazón afligido lo descansa, no se consigue el remedio, quiso, diligente, buscarlo por sí misma, y determinó ir a sacar de la voluntaria, y amorosa prisión aquel en cuya conyugal e indisoluble cadena estaba aprisionado. Fácil imaginó el poderlo reducir a su primera libertad con sólo el esplendor de sus ojos, con lo caricioso de sus palabras y con la dulzura de sus halagos: en la tardanza temía los aumentos de su pena.

Envío luego a llamar a Laurelio su hermano, mancebo gallardo, brioso y valiente, aunque licencioso en el vivir y comúnmente indiciado de haber cometido estragos y violentos adulterios, no castigados por el injusto respecto que se le guardaba la calidad y poder de sus deudos y suyo, en cuya confianza sin temor ejecutaba sus insolencias. Comunicole su intento y la urgente causa que la obligaba, pidiéndole que le acompañase, a que liberal y con mucho gusto se ofreció, que la quería como a hermana y rica, y veía presentes las cargas de moneda sobre quien ya su deseo libraba el socorro de que necesitan galas y gastos de un caballero mozo. Eligió sólo dos criadas que la fuesen sirviendo, y Luperto a Laurelio; prevínose un coche; puso en orden su casa; el niño, de quien se despidió ternísimamente (como adivinando que no había de volver a verle, pues dentro de un mes fue a tener asiento entre los Ángeles), dejó encomendado a una dueña suya con ama que lo criase, y otro día, a la hora en que en mayor quietud estaba reposando el pueblo (a cuyas lenguas procuró encubrir el destamiento de su Alejandro) partió a la ligera, aunque no tanto como deseaba, porque quisiera ir en las veloces alas de su pensamiento (con espiritual aplicación)⁶⁸ sin pasar por los medios, y aun pensara que iba en los tardos y detenidos pasos de la pereza.

Tres jornadas habían andado cuando poco antes del anochecer, perdido el camino, se hallaron en una cañada y ameno valle que por muy largo espacio fe estendía a la banda del norte hasta besar las aguas de un caudaloso río, parcial

⁶⁸ Metafóricamente.

división de las dos coronas, Católica y Cristianísima,⁶⁹ en cuyas márgenes de una y otra parte se levantaban tan robustos y encumbrados riscos poblados de silvestres y coposos árboles, que la vista con dificultad podía vencer las casi inaccesibles⁷⁰ cimas;⁷¹ de entre las retorcidas antiguas raíces suyas salían y se despeñaban en uniforme competencia bulliciosos arroyuelos a fertilizar las nativas plantas y medicinales yerbas que sin artificio de agricultor humano formaban un agradable jardín en quien un corazón menos ahogado⁷² de penas hallara sumo deleite. Difícil juzgaron por entonces la salida: difiriéronla, rendidos al cansancio y amenazados de la noche que a toda priesa se acercaba, para cuando llegase la nueva luz.

Formando estaban una entretejida ramada en que tener común albergue; suspendiéolos un ruido que oyeron cerca de sí; el eco, repetidor de los últimos acentos, los aseguró desmintiendo la concebida sospecha de que fuesen algunos feroces animales habitadores de aquellas breñas, y mucho más el ver tres hombres a caballo: éstos eran Marcelino, Arnaldo y Guillermo, que con igual desacuerdo en los descaminos que iban haciendo, sin dejar cortijo, aldea ni cabaña que no reconociesen, llegaron a aquel mismo sitio.⁷³ Llegaron a saludarse: vio Marcelino a Laureana, y vencido del mismo engaño que padeció Alejandro con Clavela, haciéndole el enojo incapaz de semejantes discursos como él hizo hasta quedar satisfecho (que, al fin, no podía dudar en su agravio), consultó con Arnaldo y Guillermo si podía haber duda en que fuese Clavela aquella que tenía presente; afirmaron (igualmente engañados) ser imposible el dudarse, ni que el mancebo que la asistía fuese otro que Alejandro. Sentencia de muerte fue ésta contra Laurelio, pues luego que se pronunció, apuntándole Marcelino una pistola, de tres que llevaba pendientes del tahalí, abrieron su pecho dos balas con que cayó mortal a los pies de Laureana. ¡Oh, cuán poco se deben asegurar los hombres en que la justicia humana disimule o perdone los delitos, viendo que la divina, por caminos y medios no alcanzados ni prevenidos del humano juicio, sabe vengar las injurias y agravios que comete el poderoso.

Luperto viendo que eran tres los contrarios, él solo y sin armas, y ellos aventajados en ellas, intentó la huida para buscar alguna quiebra o gruta que le sirviese de asilo: comenzola veloz; siguiólo Marcelino, dejando a su amigo y a Guillermo por guarda de Laureana; mandóle que se detuviese o lo mataría; temió y detúvose humilde (que contra el poderoso la mayor resistencia es el humillarse)

⁶⁹ 'Rey Católico' y 'Roi très Chrétien' eran los apelativos de los reyes español y francés, y el 'caudaloso río' sería el Baztán-Bidasoa (que desde Endarlatsa hace 'parcial división' entre España y Francia); pero Laureana, ignorante de los últimos acontecimientos, se dirige a Sevilla, como más adelante informará Luperto a Marcelino.

⁷⁰ Orig.: 'inaeccessibles' (38r).

⁷¹ Copas.

⁷² Orig.: 'haogado' (38r).

⁷³ Suplo 'llegaron a aquel mismo sitio'. La ed. de 1744 solventó el pasaje enmendando 'sin dejar' por 'no dejaban'.

pidiéndole por merced la vida, pues él ni aun con el pensamiento podía haberle ofendido.

—Mísero despojo —decía— será el mío si os mueve interés —presumiendo que fuesen robadores bandoleros—: en poder de Laureana mi señora, a quien vengo sirviendo, y de su hermano Laurelio, cuya vida muere hoy a manos de vuestra impiedad, que la venía acompañando, está lo que os podrá servir de más que razonable socorro: aprovechaos de ello sin proseguir en la inhumana crueldad que habéis comenzado.

—¿Cómo dices que se llama —le preguntó Marcelino— esta mujer y cómo aquel que la está acompañando? Dime verdad en todo, porque en sólo decirla consiste el usar contigo de clemencia.

—Aunque pudiera el riguroso trance en que me veo, y el estar expuesto a un fácil accidente de vuestro albedrío, hacer engañosa mi lengua —respondió Luperto, sacando ánimo del mismo temor—, seré fiel en lo que me preguntáis, suceda en mí lo que el Cielo hubiere destinado; que si me faltaren fuerzas para vencerlo tendré constante valor para sufrirlo. Aquel a quien ya imagino que perdió el ser de hombre por el rigor de ese vil instrumento, cobardemente inventado contra la heroica valentía, se llama Laurelio, hermano de la que presente lo está llorando, cuyo nombre es Laureana, tan desdichada como hermosa, tan noble como hermosa y desdichada. Su marido es señor de una de las más antiguas casas de la Cantabria. Forzada del amor que tiene a su marido, iba diligente a buscarlo a Sevilla, donde, sin acuerdo de la estimación en que debe tenerla y tenerse, pretende los favores de una señora, la más bizarra y bella de aquella ciudad, la de más digna alabanza y la que en ser celebrada con veneración y respecto tiene y se le da la primacía. Ésta, por vanidad o virtud, lo desdena y se resiste, si ya no es con el temor que tiene a su marido, de quien dicen es tratada con rigor y desprecio y cuyas costumbres, siendo un calificado caballero, son tan aborrecidas que los unos le murmurran, otros le vituperan y son pocos los que no lo aborrecen.

—¿Cómo se llama ese caballero? —le volvió a preguntar Marcelino.

—Pluguiera a Dios —dijo Luperto— que a la noticia de los hombres no hubiera llegado su nombre ni él hubiera nacido para tantos daños como causan sus mal cumplidas obligaciones. Marcelino se llama, que, comenzando por «mar», semejantes tormentas se habían de esperar dél. Al fin, el pretendiente es rico, y tan liberal como amante, la dama, Clavela, es mujer, y ofendida de quien más la debía estimar. Su camarera, y el escudero que más quiere son los solicitantes, menos fieles que codiciosos al dinero con que se han dejado cohechar, y así, tengo por cierto que la habrá ya vencido, o la vencerá presto, si la presencia de Laureana no lo impidiere. Esto he dicho para obligar a vuestra cortesía y que no impidáis su jornada, pues consiste en ella el remedio de tantas desgracias.

—Lamenta la tuya —dijo Marcelino—, vil relator de mis agravios, testigo infame de mi afrenta, que pues nuevamente la he recibido de ti dándome con

ella en la cara, borre tu sangre la relación que ha hecho tu infame lengua; cese eternamente su movimiento por que no publique mi deshonor.

Y valiéndose de la segunda pistola, se pudo dificultar si entre el despedir las balas y el rendir Luperto el espíritu hubiese tiempo distinto. Murió no merecedor de aquella muerte por partícipe en el consentir ni por la diligencia y tercería en el ayudar: fue divina permisión que muriese por el grave delito que cometió en revelar el secreto en ofensa de su señor y de una principal mujer.

Cubriolo la noche, que ya con su oscuro y negro manto iba haciendo confusas todas las cosas, y más en aquel sitio, donde el Sol llegaba a cortos pasos y en el ausentarse era veloz su carrera, porque la eminencia de las cumbres usurpaban la luz de los dos crepúsculos. Volvió Marcelino adonde estaba Laureana, y por medio de la luz que daba de sí una hoguera que Guillermo había hecho y alimentaba con ramas secas de los antiguos y caídos árboles, vio en sus faldas a Laurelio y oyó que se despedía de ella diciéndola:

—¡Ay hermana Laureana, qué miserable sujeto es el hombre! ¡Qué verdadera semejanza tiene con las caducas hojas del árbol! ¡Qué breve punto es el de su mayor duración! ¡Con qué velocidad he corrido el curso fatal de mis días! ¡Qué accidentalmente se ha marchitado el verdor de mis años, pues como sombra han pasado desde la primavera de la vida al invierno de la muerte! Ya sus temores me amenazan, sus congojas me cercan. Tu soledad y peligro me aflige, y, sobre todo, el ver que muero sin saber por qué ni por quién. Si te fuere concedido, dale a mi cuerpo sepultura.

Quiso proseguir y no pudo: espiró Laurelio, y fue mucho no imitarle Laureana, aunque se tuvo por cierto viéndola quedar sin ningún sentido. Con un desmayo casi mortal celebró las tristes y funerales exequias de su difunto hermano. Marcelino llegó a compadecerse tanto viendo aquel triste espectáculo, que a ser menos su injuria le obligara a hacer piadosos extremos; pero un corazón enconado con deseos de venganza, a quien tiene por último fin, pone en olvido la compadecencia, y haciéndose enemigo de la naturaleza rompe con los nobles y piadosos respectos, sin que las leyes divina y humana le detengan hasta conseguirla. Y habiéndole dado crédito a la relación de Claudina, de que había gozado Alejandro por engaño a Clavela, determinó pagarse en lo mismo, ya fuese vencido de esta indignación o ya le moviese el ver tan perfecta beldad como estaba contemplando en aquella vida muerta, en aquella celestial hermosura vencedora de los asomos de la muerte, y mandando que lo dejasen solo con ella (que sólo en esto le quedó la honestidad obligada), cometió en aquel casi cadáver el delito más inorme y feo que cupo en tirano intento ni se pudo decir del más torpe y lacivo animal.

No se contentó con ofender a quien era ejemplo de virtud, de castidad y pureza: quiso que lo supiese, aguardando a que volviese en sí y se hallase entre tus brazos con menos decencia de la que pudiera usar no siendo propia mujer. Faltarán palabras con que poder referir, exageraciones con que ponderar, ni hay hipérboles que no sean cortos para encarecer lo amargamente que comenzó a

lamentarse Laureana, las tristes y dolorosas lástimas que hacía, los tiernos suspiros que daba y las abundantes lágrimas que vertía (con éstas bañaba la tierra y con los otros rompía los aires), y cómo después de haber invocado a los cielos y estrellas, a los montes, aguas, árboles y plantas pidiéndoles atendiesen a la verdad de sus palabras, puesta de rodillas decía éstas:

—Majestad eterna que desde ese soberano Alcázar estáis mirando el imenso⁷⁴ ejército de vuestras criaturas y sin ausentáros del impíreo trono, a quien purísimos espíritus sirven de basas, y de sitial los más encendidos serafines, asistís en todas ellas; Vos, en cuya presencia está inmóvil el tiempo y detenidos los siglos, y hasta el menor instante no se aparta de vuestro acatamiento: ante⁷⁵ vos, Señor, que penetráis los corazones y miráis benignamente a los humildes, se presenta el mío traspasado de dolor. Pues la defensa del inocente, su protección y amparo, está a cargo de vuestra justicia, yo la pido. Y bien sabéis que mi voluntad, con temor obediente ha respectado vuestros divinos preceptos: testigo fiel, y no juez no engañado, sois de que en la culpa que en mí se ha cometido no he sido partícipe. Levantaos, Señor, y juzgad esta causa como vuestra, y permita esa divina clemencia, pues impereáis sobre la muerte y la vida, que de la mía llegue el término que le asignastes: mandadle a mi alma que rompa las ataduras y quebrante la tenebrosa cárcel de este cuerpo y se presente en ese Tribunal Supremo. No sea yo instrumento, Dios mío, aunque involuntario, para que vuestra inmensa bondad sea más ofendida.

Y volviéndose a Marcelino, le decía:

—Y vos, señor caballero, quier que seáis, tened lástima de la mía, si acaso os acompaña alguna nobleza, y concededme por merced que, pues Laurelio mi hermano y yo nacimos de un vientre, volvamos juntos al de la universal madre. Ella será piadosa en recibirnos: sedlo vos en volverle lo que es suyo y quitaréis de este mundo la más infeliz mujer y la menos merecedora de vivir.

Y arrojándose a sus pies ofrecía el cuello, importunándole ejecutase en ella la残酷 que había comenzado y la hiciese mártir de su honor, como a Laurelio y a Luperto de su inocencia.

Confuso había quedado Marcelino, y casi el arrepentimiento, que forcejaba contra su irritado ánimo, saliera vencedor; y haciendo fuerza para que sus ojos no lo manifestasen le respondió:

—Mal hacéis, señora Laureana, en presumir de mí que soy tan inhumano que tenga por deleite el quitar vidas y derramar sangre, y en juzgar, viendo vertida la de vuestro hermano y criado, que es propia inclinación mía; que soy más noble de lo que habéis podido imaginar. Y para que os satisfagáis desto poned las posibles treguas al dolor, que si me estáis atenta conoceréis que nací en el número de los infelices. Yo soy el desdichado Marcelino: marido soy (a Dios pluguiera que no) de Clavela, por quien vos salistes celosa de vuestra casa y yo

⁷⁴ En el orig. parece leerse 'imeso' (40v).

⁷⁵ Orig.: 'antes' (40v).

de la mía desesperado. Alejandro, marido vuestro y mi mayor enemigo, ha sido el perturbador de nuestra paz: sabidora sois de la injusta solicitud con que⁷⁶ pretendió amancillar la reverente estimación de mi tálamo, no otro hasta entonces de más digno respecto, a las nobles y virtuosas resistencias de Clavela venció cauteloso, y como otro Paris robó mi más estimada prenda, y sabiendo que con ella se pasa a Francia voy en su seguimiento. Intempestivamente errante llegué a este sitio (no sé si en esto le quedaré obligado a mi fortuna, o quiso que le debiese menos); vi vuestro rostro, por sobrenatural milagro tan parecido al de Clavela, que con el desengaño presente me estoy engañando más, y juzgándolo por suyo, ayudaron a esta aprehensión Arnaldo y Guillermo, que vienen en mi compañía, tanto, que dudo que ahora entiendan lo contrario. Creí que Laurelio fuese Alejandro mi ofensor; quise castigar con su muerte el traidor agravio que cometió, por no tener otra equivalente satisfacción. Erré la suerte de inadvertido, que en un desdichado, contingentes son los aciertos. Sabe Dios cuánto me pesa. Y en haber muerto al criado no puedo arrepentirme, que un agravio en tanto es mayor cuanto lo es el número de los que lo saben y publican. Él me refirió el mío con tales circunstancias, que quisiera estuvieran depositadas en su vida todas las de aquellos que lo saben, por que con ella acabaran todas. Lo demás que ocasiona vuestro llanto ha sido, no por satisfacerme en todo, que sólo con matar a quien me agravio puedo quedar satisfecho, sino por que en la propia especie tenga principio mi satisfacción. Y podéis aseguraros de mí que si ésta hubiera conseguido, que conmigo mismo os hiciera, ya que no igual, por lo menos la posible recompensa.

No quiso darse por entendida Laureana, ni se atrevió a exasperarlo, que se hallaba sola y en un desierto: con humildad forzada de vencido prisionero y ruegos de necesitado le pedía que para con ella, que no había sido ocasión a su ofensa, usase de la cortesía que se debía a las mujeres, y, pues sepreciaba de noble, la permitiese volver a su casa con aquellas dos criadas que le habían quedado. A Guillermo (que junto con Arnaldo habían llegado) suplicaba fuese su intercesor sin reparar que era un pobre criado, que esta es una de las mayores desdichas que padece la nobleza del que por necesitado pide o pretende, pues como si no tuviese partes meritorias y servicios dignos de premio, hace rendimientos, aplaude con sumisión, honorifica con palabras, y al mayor desabrimiento y condición descortés procura vencer con reverencias. ¡Oh, cuán menos penoso es el morir! Así lo juzgaba Laureana llegando a conocer lo poco que podía aquel a quien encomendaba. De Arnaldo quiso valerse: no tuvo efecto su intercesión, aunque afectuosamente la hizo, que era noble y tenía piadosas entrañas, porque como las de Marcelino estaban tan enconadas con el dolor de su injuria, le negó lo que pedía, y vuelto a Laureana, le dijo:

—Siento en el alma el que sea imposible serviros en lo que ahora deseáis y que en la primera cosa que me pedís no os pueda obedecer. Buscando voy a

⁷⁶ Orig.: 'qne' (40v).

vuestro marido, y lo tengo de hallar aunque se esconda en las más ocultas cóncavas de la tierra, como no lo trague el abismo. Llevose a Clavela: de mi mujer me es deudor, con la suya lo tengo de buscar. Este trueque por primero se ha de deshacer, que en lo principal nos averiguaremos después. Y supuesta la imposibilidad que digo y determinación que tengo, quiero merecer algo con vos en anticiparme a ofreceros lo que sé que me habéis de pedir: yo os prometo y juro sobre la cruz de esta espada, o sea ella ejecutor riguroso de la divina justicia o muera infame a las crueles manos de un verdugo, que de mí no será ofendida vuestra persona, y⁷⁷ si no os tratare con tan reverencial decoro como si fuésedes cosa sagrada. Bien pudiera pues que estáis en mi poder, no obligarme a esto, pero una y otra vez juro y prometo a Dios de guardarlo. Mi mujer habéis de ser, en cuanto al nombre, el tiempo que os tuviere en mi compañía, por que no ee os atreva la mormuración. Instruí a vuestras criadas en lo que han de decir, que de los que vienen conmigo os aseguro el secreto.

Faltara⁷⁸ atrevimiento a la más delgada pluma y osadía a la mayor elocuencia; desacreditada quedaría⁷⁹ la elegancia y condenada por temeraria la presunción del que intentase referir la ternura con que se lamentaba Laureana, las tristes exclamaciones que hacía y la instancia con que rogaba a quien, doliéndole de ella, le negaba el remedio.

— ¿Qué mujer —decía— se vio en tan miserable estado como en el que me veo? ¿A cuál le ha sucedido lo que por mí está pasando? ¿Qué contraria estrella, qué infortunado y riguroso hado me trae a ser ejemplo de desventuras? ¿Atrevereme a imaginar que tengo de verme en la presencia de mi Alejandro sin aquel precioso don de la integridad que a mi estado le es permitida, que ha de verme en poder de su mayor enemigo, que he de ser yo la añagaza para que, inadvertido, venga a dar en las manos de quien le pretende quitar la vida? ¿Cómo se ha de compadecer que la dicha de hallarlo y verlo sea mi mayor desdicha, que en bien tan deseado haya de estar mi mayor mal, que un tan singular placer haya de traer al pesar con tan inseparable unión que en un mismo tiempo haya de sentir sus desiguales efectos, que pueda haber disgusto en el gusto, tristeza en el alegría, y que esté deseando aquello mismo que no querría alcanzar? Sí, que yo sola en mi daño he de ser excepción de la común regla en que no pueden estar juntos dos contrarios en un sujeto. ¡Oh sueño, sueño —repetía muchas veces—, fiero y cruel⁸⁰ pronóstico de mis daños! Aunque hago mal en darte este nombre: real visión fuiste, avisándome lo que ahora estoy padeciendo. Cumplido veo la figura con lo figurado: la primera ave fue Clavela, que en las uñas de su hermosura se llevó a mi querido esposo; la triste tortolilla que desamparando el nido y los hijuelos que criaba iba al buscar a su amado consorte es lo que estoy representando; el vuelo con que comenzó a seguirlo es este

⁷⁷ Y muera yo, se entiende.

⁷⁸ Orig.: 'Faltarà' (42r).

⁷⁹ Orig.: 'que daria' (42v).

⁸⁰ Orig.: 'curel' (42v).

camino que traía, con que lo iba siguiendo, y Marcelino la mayor ave, que con sus fieras garras lo impide y hace que sea otro mi curso. ¡Cuán dichosa hubiera sido si entonces rindiera el crédito a lo que, si del todo no pude entender, por lo menos lo supe bien sentir y ahora comienzo a llorar de nuevo, sin deberle él menor consuelo a la esperanza de cuándo lo acabaré, pues ni se me predijo el fin que he de tener ni mi perturbado entendimiento lo puede ni sabe conjeturar!

Y llamando a Floriana y Constantina (estos eran los nombres de las criadas), a quien la turbación y el miedo tenía escondidas entre unos lentiscos (de cuyas ramas y hojas el más pequeño movimiento juzgaban en sí ejecución igual a la de Laurelio y Luperto), llegaron con tardos y desalentados pasos, y ella con más lastimosas quejas, manifestadoras del miserable trance a que estaba conducida, las habló así:

—Amigas y compañeras mías, de esta vez queda verificado que no hay tan peligroso contagio como la desgracia. Pegadiza es la desventura: de solo un desdichado se ha de huir, porque bastará a infestar a cuantos llegare el aliento de su comunicación. Riguroso aumento es a mis penas el ver que padecéis por mí; mas, pues habéis sido participantes en mi amor, sedlo ahora de mis trabajos y desventuras. Poco merecimiento he tenido con la humildad de mis ruegos para quien está apoderado de nosotras: no he podido conseguir, aunque se lo he suplicado, que me diese la muerte o nos concediese licencia y libertad para volvemos: resuelto está a llevarnos consigo hasta la presencia de Alejandro. En el no hallarlo está librada mi vida, y esto ha de ser mi más penosa muerte; en el encontrar con él ha de consistir su muerte, y es la vida de mi vida y se la quiere quitar y quitármela. No sé cuál me estará mejor, que si lo adverso me es favorable, lo favorable me es adverso. Ayudadme a llorar la contraria suerte que han tenido mis intentos: yo iba a buscarle gozosa y enojada, y ahora iré con vergüenza y temor; él había de desenojarme, y ahora no hallo cómo tengo de satisfacerle. Id conmigo: posible será que vuestro abono sea más poderoso que su recelosa sospecha de que le he ofendido; y cuando así no sea (que ya ninguna cosa espero favorable) y muriere sin ser oída, por lo menos llegue a entender que es por su presunción, pero no culpada. El camino que hemos de llevar es incierto; su fin, dudoso, y muchos con quien ha de ser fuerza comunicar: ruégoos que mi opinión no se infame manifestando quién soy; que los unos (y serán los menos) creerán que voy forzada, y otros que me rendí a la común flaqueza en que, por culpa de las malas, pocos hacen distinción de las buenas. Fingí aquello que ni soy ni puedo ser: decid que soy mujer de Marcelino, por que no sea desestimada y se atreva a ofenderme el desprecio. Haced esto por mí y por vosotras mismas, que no es posible que Dios (siendo, como es, tan justo) nos desampare ni deje de abrir camino a nuestro remedio; que si justiciero castiga, también defiende piadoso, que estos dos divinos atributos no padecen desigualdad.

Ya la eminencia de las opuestas montañas al Oriente comenzaban, con la alegre venida del albor, a sacudir de sí el velo negro que las ocultaba, y las medrosas sombras se iban retirando al Ocaso, cuando Laureana acabó su

rogativa, y Marcelino de enterrar a Laurelio y a Luperto y quiso aprestarse para caminar. Mandó prevenir el coche, faltó el que lo llevaba a su cargo, porque viendo el cruel estrago y sangrientas muertes, no quiriendo entrar en el número de los difuntos, procura ponerse en salvo; consiguiole sin ser visto valiéndose de uno de los rocinés de Marcelino, que libres y algo apartados andaban paciendo; éste retiró a la espesura de una pequeña y poco distante montaña, y dejándolo afianzado a un árbol y un palo atado en la boca por que no relinchase, quiso ver el fin de aquella tan estraña y tráica aventura. Volvió con el recato que le obligaba el temor, y puesto detrás de unas peñas que eminentes y cercanas miraban aquel sitio, fue testigo por la vista y el oído de cuanto en él fue sucediendo, y desconfiando el volver a ser dueño de sus mulas y coche, con menos sentimiento de la pérdida que gozo de ir con la vida dio la vuelta a su patria.⁸¹

Guillermo fue el sostituto, que como amaestrado en aquel ministerio lo sabía bien. Dejaron aquel infausto sitio (a quien Laureana, en memoria de su infortunio, le puso por nombre «Valle de lágrimas»); siguiéronlo hasta llegar al río, en cuya orilla hallaron un pastor que, obligado a los ruegos y satisfecho del premio, a no muy larga distancia les enseñó por dónde lo habían de pasar. Entraron en la Francia, donde los dejaremos para decir el suceso de Alejandro y Clavela.

— o O o —

Navegando iban (pasado ya el estrecho de Gibraltar) con próspero y apacible viento dos días y tres noches; como en regalado y suave céfiro⁸² se había convertido la rigurosa tramontana, el lebeche, maestral y mezochiorno (no (términos son éstos que usan los que navegan por aquel mar) reposaban en quietud; no los había detenido la molesta y enojosa calma ni les había faltado lo que en la náutica llaman tiempo «galerno» o favorable: tranquilo se les había mostrado el mar; obediente había rendido sus procelosos hombros al grave peso del bajel que con sosegado movimiento cortaba sus espumas y pisaba sus cristales; los reflejos del Sol, en cuanto duraba su accidental periodo, hermoseaba aquel espacioso piélago a quien en su ausencia, dando celos a Endimión,⁸³ bajaba a darle dulces besos la Luna, y las estrellas, a hurto del mayor luminar, parecía (en juicio de la vista) que situaban en su centro la octava esfera en que asisten colocadas, o que estaba contenido entre dos estrellados cielos.

Y cuando, ya al amanecer, los vigilantes y trepadores grumetes (volatines de las jarcias) daban desde las gavias alegres nuevas pidiendo albricias por haber descubierto las catalanas montañas, y los cuidadosos marineros alistaban cables,

⁸¹ Orig.: 'prtria' (44r).

⁸² Viento del O; siguen tramontana: viento del N.; lebeche: viento del S. O; mistral: viento del N. O.; mediodía: viento del S. (del it. *mezzogiorno*).

⁸³ Endimión fue un hermoso pastor o cazador. Su enamorada Selene le visitaba por las noches y yacía junto a él aprovechándose de su profundo sueño.

prevenían áncoras y boyas y alistaban el esquife para salir a su ribera, tan accidentalmente se levantó una borrasca y nunca vista tormenta, no prevenida de los anunciantes delfines ni amenazada con el fugitivo vuelo de las aves ni avisado el recelo de otras comunes y rústicas experiencias; que si al fingido y falso dios Eolo se hubiera de conceder la suprema potestad que la vanidad gentilica le atribuyó sobre el dilatado imperio de los vientos, y a Neptuno el gobierno universal en el reino de las aguas, se pudiera decir que, negligentes a su cuidado, indignados de que contra su preciso decreto se hubiesen mostrado propicios estos dos elementos ofreciendo aquella tranquilidad no gozada de otro alguno hasta entonces, ni en tan amigable unión permanentes, habían querido mostrar cada uno el enojo en su poder, y dijéramos que azotando a los unos y con el tridente embraveciendo a las otras se exponían a trascender los términos de la particular jurisdicción que les había concedido.

Sintieron lo rigurosos efectos de esta gravísima y reñida contienda los hasta allí dichosos navegantes; turbados miraban estremecer aquella tan artificiosa como inconstante y móvil casa (juzgada siempre por sepoltura de vivos); afigíales el ver las furiosas y encrespadas olas que con horrendos bramidos, atropellándose las unas a las otras, formando de sí mismas Olimpos montes, la subían a competir con la región más pura, desde donde la precipitaban hasta las más profundas cavernas, y que gemían sus tablas en vez de resistencia.

Esto estaban sintiendo, y juzgando por insufrible, cuando con espantosos silbos y embravecida furia llegó un tremendo e inexorable huracán destrozando árboles, rompiendo masteles, rasgando velas y desperdiciando obras muertas⁸⁴ de popa y proa; ya el treo (o vela mayor) trapeaba dividida en partes, y al punto avasalló la enfuriada y arrogante hinchaçon suya; la boneta y barredera, en remolinos andaban sobre el combés;⁸⁵ los velachos, amantillos y juanetes (soberbios, siendo pequeños, por verse más levantados), humildes acompañaban la quilla; las flámulas y gallardetes, gala y bizarría en las navales batallas y alegre señal de victoria, se veían sumergir como en castigo de su arrogante vanidad; chafaldetes, gúmeras y botones,⁸⁶ en átomos estaban esparcidos; el bauprés,⁸⁷ a cuya resistente fuerza solían ceder los más impetuosos embates, como frágil caña se movía; a la bitácora y aguja (amante contempladora del Polo, índice fiel que en lo más oculto lo manifiesta y mira) no se les concedió mayor firmeza ni fueron desiguales en la ruina; sólo en los bien calafateados escotillones⁸⁸ y en lo

⁸⁴ Parte del casco que siempre está fuera del agua. El autor parece referirse a los castilletes que en proa y popa se elevan sobre la cubierta. Sigue una quizás innecesaria exhibición de vocablos y expresiones náuticas: no todas las anotaré, pues en muchos casos habría de hacerse con otras voces de la misma jerga.

⁸⁵ Zona comprendida entre el palo mayor y el castillete de proa.

⁸⁶ Elementos del cordaje de la nave. En textos de la época se lee ocasionalmente 'gúmera' por 'gúmena': maroma.

⁸⁷ Mástil que sobresale en la proa, casi horizontal a la superficie del agua.

⁸⁸ Portones rectangulares ubicados en la superficie de la cubierta superior para acceder a la inferior.

oprimidamente ajustadas portañuelas (bocas por donde los rebumbantes bronces se asoman a vomitar almas de fuego) consistía lo flaco de su esperanza.

No perdonaba esta confusa turbación a los más experimentados en marítimos trances; el más animoso despreciador de los levantiscos golfos pagaba con temor réditos anticipados al último peligro; a infernal guerra juzgaban todos aquella que estaban padeciendo. No furor y braveza semejante (decían) se les concedió jamás a los contrarios que nos oprimen: dañadas furias son las que con tal violencia los impelen, superior y no vestigable⁸⁹ causa lo permite, sobrenatural impulso los mueve: alguno hay entre nosotros contra quien se conjuran, por algún grave caso se conspiran. No es suyo este poder: motor supremo se lo comunica.

Nuevos desalientos les causaba las encendidas exhalaciones; los salseros⁹⁰ y mangas⁹¹ de fuego les causaba horrible espanto; monstruosos volcanes era cuanto percibían. De pálido y ceniciente color se vistieron sus rostros; no a determinado y conveniente fin dirigían sus acciones; ningún acierto tenían en lo que comenzaban y a diversas y contrarias partes lo proseguían; general olvido hicieron de aquello a que les obligaba la necesidad y su cargo; común era en todos el desacuerdo; las órdenes del animoso piloto no tenían ejecución obediente, porque más al peligro que a la obediencia estaban rendidos. Rogando los importunaba, y manifestándoles su cercana perdición, les decía a voces:

— ¡Da la cebadera⁹² y mesura el trinquette!⁹³ ¡Apriesa, apriesa, que nos come la tierra! ¡Arriza bien las piezas,⁹⁴ no nos abran algún costado! ¡Mira si llevamos algún cuerpo muerto⁹⁵ por quien padecemos los vivos! ¡Caza⁹⁶ esa escota, cierra el timón⁹⁷ y toma la mesana,⁹⁸ que nos vamos a pique! ¡Corta esa triza⁹⁹ de babor, alista los imbornales,¹⁰⁰ dale a la bomba, que nos anegamos! ¡Alija¹⁰¹ las cajas y fogón, no quede nada en la cubierta, que perecemos! ¡A orza, a orza el timón,¹⁰² que vienta el terral¹⁰³ y viene furioso! ¡Arriba sobre esa ola, no nos coja atravesados, que zozobrará el navío! ¡Corre de ló,¹⁰⁴ que el forcejar es en vano!

⁸⁹ Inescrutable, ignota.

⁹⁰ Golpes de agua que caen sobre la cubierta.

⁹¹ En el mar se llama 'manga' a lo que en tierra se conoce como 'tornado'; pero aquí parece referirse a concentraciones de rayos.

⁹² Vela que va sobre el bauprés, ya fuera de la nave.

⁹³ El palo de proa.

⁹⁴ Asegura, sujetla los cañones.

⁹⁵ Amarra fija, ancla, con cadena y boyo.

⁹⁶ Tensa. 'Cazar' una vela es tirar de sus escotas para tensarla.

⁹⁷ Lleva el timón al extremo.

⁹⁸ Amaina la vela del palo de popa.

⁹⁹ O 'driza', cuerda para izar u orientar la vela.

¹⁰⁰ Imbornales: desagües de la cubierta.

¹⁰¹ Echa por la borda.

¹⁰² Pon la proa al viento.

¹⁰³ Viento procedente de tierra.

¹⁰⁴ ¡Orza! ¡Gira el timón! Orzar es llevar la proa hacia el lado de donde sopla el viento.

Ninguna destas cosas se percibía, ni el pito con que las apresuraba; que el mayor cuidado era cómo se podrían salvar. Por varios modos lo intentaban, diversos medios les ofrecía el perturbado discurso; a imposibles conocidos se querían aventurar, que el deseo de vivir no perdona diligencia ni se limita a lo fácil: cuál elegía por ultimo remedio un pedazo de entena¹⁰⁵ sobre quien la resaca lo expusiese a la orilla; cuál una tabla que le sirviese de puente o ataúd a su miserable cuerpo; otro se abrazaba con un madero que le sustentase en cuanto, haciendo remos de sus brazos, llegase a la amiga tierra, aunque la distancia era invencible, y cuál con turbada diligencia se despojaba del vestido, librando en su debilitado esfuerzo algunos minutos de vida. Por instantes aguardaban la sumersión de aquel que poco antes con arrogante pompa y vistoso adorno de velamen parecía que despreciaba sirtes y desafiaba escollos y¹⁰⁶ representaba ya una destrozada y humilde barquilla. Con tiernos y lamentables lloros se despedían para siempre; la tiniebla de la noche los cercaba; ya toda la humana confianza los había desamparado: acudieron a la divina haciendo enterneidas y humildes exclamaciones. En público se confesaban pidiendo misericordia, que a los más distraídos y licenciosos en vicios suele semejante ocasión ser el caballo del perseguidor Saulo¹⁰⁷ y la mano de Baltasar.¹⁰⁸

Sólo el valor de Alejandro no desfallecía; imperturbado ánimo mostraba en aquel apretado conflicto, que es muy de gallardos espíritus, sufrir constantes lo que no pueden escusar prevenidos. Nuevo aliento procuraba infundir en los desalentados corazones de aquella triste compañía; como en la barca de Amicias se consideraba César,¹⁰⁹ pero ni admitían consuelo ni esperaban remedio. Sólo él acudía a la faena, que estaba Clavela presente y la amaba. Sentía con excesivos extremos el haberla traído a tan grande calamidad que se juzgase haber de ser sustento de los peces. Vergonzoso la miraba exhalando el alma en suspiros, y ella con varonil y cristiano esfuerzo, puestos los ojos en el cielo, decía:

—Clementísimo Señor, dueño universal de todo lo invisible y visible: padre sois de las misericordias, piadosas entrañas hallaron en vos los gemidos del humilde, agradables os fueron siempre las lágrimas del contrito, promesa es vuestra, de mayor firmeza que la de los cielos y la tierra, que no cerraréis los

¹⁰⁵ La verga o percha que soporta la vela mayor.

¹⁰⁶ Suplo 'y'(46r).

¹⁰⁷ El futuro San Pablo reprimía a los seguidores de Cristo hasta que viajando a Damasco le rodeó una brillante luz (en la imaginería popular, Saulo cayó de su caballo) y una voz le preguntó: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (*Hechos de los Apóstoles* 9:1-9).

¹⁰⁸ En una comida con sus cortesanos quiso usar los vasos del Templo de Jerusalén, entonces apareció en la sala una mano que dejó unas misteriosas palabras escritas en la pared. Sólo el profeta Daniel fue capaz de descifrar que allí se anunciaba la inminente muerte del propio Baltasar y la caída de Babilonia (*Daniel* 5:5-30)

¹⁰⁹ Para proseguir la guerra con Pompeyo, el intrépido Julio César le convenció de que le pasase al otro lado del Adriático en su pequeña barca, a lo que se oponía el barquero por la amenazante meteorología. César (hasta entonces de incógnito) se descubrió y le animó: «¡Adelante, que contigo va la suerte de César!».

oídos al que con viva fe os llamare en su tribulación. Superable es a nuestras humanas fuerzas la que padecemos: hacednos dignos del cumplimiento de vuestra palabra, para que en nosotros se glorifique vuestro inefable y santo nombre y os cantemos divinas alabanzas. Vos sois, Señor, el que solo imperáis sobre el poder del mar y aprisionáis los vientos; las altivas ondas del uno y la fiereza de las otras se os humillan: mandadles que se quieten y os obedecerán. Y si yo soy otro inobediente Jonás¹¹⁰ y os he provocado a enojo, permití, Dios mío, que sola yo sea la que padezca: ejecútese en mí el rigor, y no perezcan tantos.

Acordose de unas reliquias con un pedazo de *Lignum Crucis* que le había dado el religioso en Sevilla cuando se despidió, asegurándole que serían pacificadoras de cualquiera tempestad: esparciolas hacia las cuatro partes opuestas del mundo, y al punto (caso raro, si bien algunas veces visto) se volvieron a encarcelar los vientos; las aguas se humillaron de improviso, reduciéndose a una superficie tan plana, que daban lugar a que se descubriesen dilatados horizontes; las espesas y condensadas nubes, unas convertidas en delgada neblina se desvanecieron, y otras gruesas se retiraron a Occidente; Cástor y Pólux (a quien el común llama «Santelmo»)¹¹¹ en pequeña lucierna se veían sobre la poca vela que les había quedado. Todos eran anuncios de serenidad: declarose la bonanza y comenzaron a respirar osadías los hasta allí desconfiados; alegres parabienes y amigables abrazos se daban los unos a los otros, y sin haber sido muertos se juzgaban resucitados. En brazos del no imaginado sosiego pasaron lo que restaba de la noche, dificultando su crédito la seguridad que gozaban.

Llegó el nuevo día vertiendo risas y sembrando gozos, y el depositario de la luz, por entre celajes de nácar descubría sus rubias y rutilantes trenzas. Halláronse sobre Las Pomas¹¹² de aquella venturosa ciudad de la Galia donde la apostolada de Cristo predicó su Evangelio y fue primer pontífice suyo el nuevamente hombre Lázaro.¹¹³ En breves horas Clavela y Alejandro saludaron sus muros y fueron recibidos de los naturales con aquella piedad y cortesía que se les debe a los derrotados naufragantes; desembarcaron su empleo, sin pérdida considerable; aderezose el navío, siguió su primera derrota, y ellos con temor de lo pasado, se quedaron, para en mejor ocasión volver a Barcelona.

¹¹⁰ Jonás había de ir a predicar a la malvada Nínive, pero desobedeció a Jehová y se embarcó hacia Tarsis. En el viaje se desencadenó una furiosa tormenta. Considerándose culpable del suceso, Jonás se ofreció a ser arrojado por la borda, con lo que cesó la tormenta y se salvó el resto del pasaje.

¹¹¹ El llamado 'fuego de San Telmo' es un fenómeno luminiscente en las puntas de los mástiles por la ionización del aire en el transcurso de las tormentas con aparato eléctrico. Los marineros griegos lo llamaban 'Cástor y Pólux' (hijos gemelos de Zeus) cuando aparecía en dos puntos.

¹¹² 'Las Pomas de Marsella... unos montones muy altos y pelados, sin yerba ni cosa verde, estériles de árboles y de todo lo demás que puede dar gusto a la vista' (Espinel, *Marcos de Obregón*, Descanso X).

¹¹³ Lázaro de Betania fue el primer obispo de Marsella, donde llegó procedente de Palestina junto con sus hermanas Marta y María y otros discípulos de Cristo.

El agradable trato y cortés proceder de Alejandro, la inclinación y gusto que mostraba a los ejercicios de caballero (en que, demás de su nobleza y obligación de profesárselos, tenía adquirido hábito y de todos hablaba magistralmente); la honesta gravedad y señorío de Clavela, el lucimiento de sus personas y el número de criados que los servían engendró sospechas de que eran de más calidad de la que habían procurado introducir fingiéndose mercaderes (no porque hubiese puesto tienda Alejandro, que en junto y por interpósita persona vendió lo que llevaba empleado): curiosa atención se puso en saber quién fuesen y cómo se llamasen, que ésta jamás faltó para un forastero. Informados, o satisfechos con lo que habían presumido, comenzaron a comunicarse con ellos los más principales, llevarlos a los festines, hacerles convites y visitas muy de ordinario en su casa; y lo mismo las madamas (así llaman a las mujeres principales), poniéndolos en obligación de hacer lo mismo en las suyas. Favorables fueron estos principios, peligrosos los medios y desgraciados los fines, que la Fortuna, en sus mayores felicidades siempre afectó inconstancia y ostentó el ser variable, con permanencia en lo adverso.

Entre los que más procuraron estrechar el amistad con ellos fue un caballero llamado Federico, hijo único de uno de los supremos jueces, mozo brioso, altivo, atrevido y libre, cuyas travesuras eran tales que la menor se tuviera y castigara por delito a no tener el padre alcalde.¹¹⁴ Continuo acompañador era de Alejandro, con particulares regalos le obligaba, extraordinarias finezas hacía para tener lugar en su confianza, y solicitando el crédito de que le era fiel amigo le descubría sus secretos y los favores que había alcanzado y los que de nuevo pretendía de parte tan superior que el más altivo pensamiento tenía cortas alas para llegar a su celestial esfera. Dábale a leer papeles amorosos diciendo ser de mujeres de gran suerte, de quien grandes señores hicieran mucha estimación, pero que a sola una tenía entregada el alma, porque desde los primeros años de su niñez se habían criado juntos. Con él paseaba la calle donde había fingido que vivía, besaba las paredes de la casa, llamándola paraíso de su regalo, fiel custodia de todo su bien, Elíseos campos de su descanso, impíreo cielo de su mayor y más deseada gloria, con otros epítetos que los desvanecidos amantes atribuyen a las cosas humanas en grave ofensa de las divinas. Y aunque es común flaquesa en muchos el parecerles no ser verdadero vínculo de amistad si no se sigila con manifestarse todo el discurso de sus vidas, siendo las más veces indignas de traer a la memoria, Federico hacía esto cautelosamente, para que entendiese Alejandro que tenía hecho tan alto empleo que no podía divertirse a otra cosa ni recelar su comunicación. Llevábale a casas de mujeres que admitían visitas con apariencia de gravedad y título de parientes suyas, encareciendo el favor que le hacía afirmándole que otro no entraba por sus puertas (siendo verdad que no las negaban a nadie), deseando que se aficionase de alguna con quien se divirtiese y gastase el tiempo, y tenerlo él favorable a su intento. Introdújolo en el amistad de

¹¹⁴ Frase proverbial que se aplicaba al hijo díscolo de un padre con cargo o alcurnia relevante.

su padre, tanto, que en los más graves negocios podía su intercesión lo que estaba en la ambigüedad de la justicia y todo cuanto era de gracia (grave inconveniente en los que tienen hijos y se dejan llevar y vencer del paternal amor).

Con astuta diligencia procuró que damusela¹¹⁵ Jacinta, hermana suya, a quien había revelado la pasión amorosa en que se abrasaba, se hiciese muy amiga de Clavela, la sacase a pasear, la hiciese presentes, ya de cosas comestibles, ya de otras de mayor precio, rogándola que, después de recibidas, la dijese habían sido en su nombre; que una hermana es gran socorro en estos casos, y más si es pretensora a su propio empleo, pues se obliga por obligar, solicita por su propio interés y como lima sorda penetra con sus intercesiones al más descuidado corazón y alienta la voluntad más resfriada. ¡Oh, cuánto se debe temer esto y cuán digno es de remediar! Agradecida se mostraba Clavela a Jacinta, no conociendo el engaño; partía con ella (de su tocador) niñerías y joyas de las que tenía. Éstas llegaban a manos de Federico, que, engañado con la imaginación de que era correspondido, no perdonaba diligencia ni le quedaba deudor a la solicitud, que la fuerza de su afición lo traía sumamente¹¹⁶ desvelado. Disponía saraos en que se hallase Clavela, por que, divertida, se olvidase de lo que en el mar había padecido; él los comenzaba y la sacaba a danzar, pero jamás lo pudo conseguir, que el hallarse tal vez en ellos era importunada de algunas señoras y por que no les pareciese que las despreciaba.

Deseoso de agradarla, ordenó un torneo de a caballo en que fue mantenedor; previno plumas de los colores que vestía Clavela y las armas sembradas con cifras¹¹⁷ de su nombre, saliendo de cada una centellas que iban a dar a un corazón, mostrando que se abrasaba, y en la tarjeta sacó un hieroglífico de más fiel y penetrable inteligencia a los ya sospechosos de su cuidado de lo que el presumió: era pintado un sol resplandeciente, y mirando a él aquella rarísima ave de la Feliz Arabia,¹¹⁸ y por orla unas letras que decían: «Un solo Sol, y una Fénix». En el cartel, que fijó, de desafío se obligaba a defender en campo cerrado, a tres botes de lanza¹¹⁹ y cinco golpes de espada, ser más digno el empleo de su pensamiento y no haber en lo humano otra de mayor ni igual hermosura que Roselia (este nombre atribuyó a Clavela), a quien había sacrificado el alma y rendido la libertad. Quiso que Alejandro fuese uno de los jueces, sin que su resistencia le pudiese escusar del cargo.

¹¹⁵ Damisela, señorita (del fr. *demoiselle*). En el orig.: 'Damuzela' (48r).

¹¹⁶ Orig.: 'snmamente' (48r).

¹¹⁷ Palabras en clave, anagramas.

¹¹⁸ En la geografía antigua, la península Arábiga se dividía en tres zonas: Pétreo, Desierta y Feliz, que equivaldría al actual Yemen. La mitológica ave Fénix se dejaba abrasar por el sol en su nido para renacer en forma de gusano que se nutría del cadáver hasta crecer y salirle alas. Esto sucedía cada 500 años.

¹¹⁹ O golpes de pica. Se trata de un torneo con armas 'corteses': lanzas sin punta y espadas romas.

Llegó el aplazado día, tan alegre y risueño, que pudiera juzgarse que a sólo lisonjear aquel acto y al concurso de damas y galanes que lo habían de asistir se había asomado a los balcones del Oriente el más lúcido planeta, coronado de flores que para esta ocasión había prevenido Amaltea; y a la hora que el común y general deseo solicitaba su principio salió Federico, dando envidia a Marte en un caballo que, despreciando la tierra por indigna de sus huellas, corveteaba¹²⁰ en el aire, para cuya descripción (en honra del Betis,¹²¹ cuyo primogénito era) pedía la nunca dignamente estimada agudeza del divino y singular ingenio de nuestro español Belardo¹²² (Lope de Vega Carpio), como a quien solo, en consentimiento común y a pesar de la emulación mordaz, se le concedió y está concediendo el honorífico renombre de «padre de las Musas». En su lengua francesa les fue dando graciosas y agudas letrillas¹²³ a las damas, en que sin injuriar a la gravedad y decoro encarecía la confianza de salir vencedor en virtud del divino dueño que adoraba; y en la española (de quien había hecho particular y diligente estudio), puso en las manos de Clavela esta redondilla:

*Si yo merecí miraros,
¿cómo puedo no quereros?
Si no llego a mereceros,
supe llegar a adoraros.*

Poco después llegaron, de dos en dos, doce gallardos aventureros que sin conocida ventaja cada uno competía consigo mismo, suspendiendo a la admiración, sin que la envidiosa malicia se atreviese a determinar cuál de ellos fuese digno objeto en quien reducir en acto aquella su vil potencia. Comenzose el combate, tan fiero y tenazmente reñido (porque cada uno tenía presente a quien deseaba dar satisfacción de que sólo él era el más dichoso en los supremos favores que gozaba), que se atrevió el temor a temer que resultase incendio de civiles guerras que ocupasen el lugar que hasta allí había ocupado el contento.¹²⁴

Los premios que iba ganando Federico (que casi fueron todos, por ser de los mejores y más fuertes torneantes de su tiempo) los ofrecía a Clavela, que cortés y graciosamente le suplicaba (disimulando las sospechas que ya la tenían alterada y medrosa, porque en los ojos le había leído su intención) que los emplease más bien, pues tenía presentes otras de mayor merecimiento, y en cada una se veía y gozaba un abreviado cielo de hermosura y belleza. El último premio que le dio

¹²⁰ Hacia corvetas, se levantaba sobre las patas traseras.

¹²¹ Guadalquivir. Siempre fue proverbial la fama de los caballos cordobeses.

¹²² Alias poético de Félix Lope de Vega Carpio. La siguiente precisión del autor resultaba innecesaria para los lectores de su tiempo

¹²³ Billetes, notas.

¹²⁴ Siendo la lucha con armas la especialidad del autor, es sorprendente el poco espacio que dedica a la descripción del torneo.

fue una marta cebellina,¹²⁵ cogidos los extremos de cuello y manos con unos botones a cuya artificiosa hechura rindieron su valor los diamantes que llevaban, y dentro della puso, sin que fuese visto, un papel en que con estas palabras le declaró su nuevo y amoroso cuidado:

No pudo presumir lo altivo y libre de mi condición el ser posible que en tiempo alguno se rindiese a otra voluntad humana, porque al bélico furor y estruendo marcial, más que a las ternezas y regalos de Cupido, me hallé siempre inclinado; la soberanía de mi libertad no sufrió superior, ni el absoluto imperio de mi albedrío permitió que otro dominase sobre él; a cuanto vieron mis ojos, si no lo injurié con desprecio, no le hizo aplauso mi admiración. A todo lo criado juzgaba en esta igualdad, o a lo menos con no sensible diferencia; constante estaba en este sentimiento, y ahora conozco que me engañé en el discurso, pues he llegado a ver en vos un rarísimo milagro de la Naturaleza, y en vuestro rostro un ángel en ser humano. Rendido me confieso, estimando en más este dichoso captiverio que la imperial corona de la mayor monarquía. Humilde a vuestros pies os está idolatrando mi alma: concededle la gloria de vuestro favor y dad aliento a la vida que en el altar de mis deseos hoy ofrezco por víctima a esa soberana deidad que tan glorioso hace este siglo.

Con singular gusto y célebre aplauso se dio alegre fin a la fiesta, quedando Federico tan ufano de haber salido vencedor, que tenía por limitado el más encarecido parabién, y él se los daba a sí mismo por la buena suerte que había tenido en haberse declarado con Clavela. Los extremos con procedía despertaron la malicia, y se occasionó la murmuración a decir que se dirigían a entrar a parte en los favores de Clavela con Alejandro, en quien ya los vehementes recelos llegaron a perturbarle el sosiego, sin atreverse a declararlos; que lo consideraba poderoso y en su patria, él extranjero y solo, y no con más valimiento de aquel en que le había introducido. Cuidadoso velaba sobre sus acciones, acordándose de las suyas cuando pretendió lo mismo en la casa de Marcelino, y juzgándolas más libres, por el mayor poder y libertad, temía alguna violencia.

Entristecida y cercada de temerosas imaginaciones andaba Clavela; escarmientada de su primera desgracia recelaba la segunda, y a esto se le acrecentaba el triste desengaño de un infeliz suceso a que inopinadamente se hallaba conducida, tanto, que en su sentimiento lo anteponía a todo lo sucedido. Menos veces y con mayor recato hallaba en las visitas de Federico, y en las suyas a Jacinta y en salir con ella a los paseos escusaba lo más que podía, ya con achaques de poca salud, ya por forzosas ocupaciones; y viendo el desasosiego y poco gusto que traía siempre Alejandro, y que a hurto de su presencia daba profundos suspiros, fingiéndose desentendida de la causa le rogó afectuosamente

¹²⁵ Cibelina. Estos pequeños mamíferos se crían en los bosques de Rusia y las de pelaje negro son las más apreciadas para gorros, cuellos y puños de prendas de abrigo.

se la dijese, pues ya era fuerza ser por entonces iguales en próspera o adversa fortuna. Procuró Alejandro divertirla, por no acrecentarle pesares, diciéndola que sólo el verla afligida y ser él la ocasión de que padeciese lo tenía sumamente triste, pesándole de haber nacido; que cuando la veía alentada se alentaba; cuando entrustecida, se entrustecía, y en viéndola con disgusto se aborrecía de suerte que tuviera por piadoso al que le privara de la vida. No la pareció a Clavela que convenía darse por satisfecha, que veía el riesgo muy cercano, y así, determinó declararse desta manera:

—Gran parte de consuelo fuera al desconfiado mío si la tristeza que he conocido en vos no procediera de otra nueva y más peligrosa ocasión. Engaño será juzgar por tan inferior mi discurso que deje de alcanzarla. Bien sé que la sabéis, aunque procuráis encubrirla; y por que no os parezca que la ignoro, siendo, como soy, interesada en el remedio, la declarare, para que con brevedad se ponga, que importa mucho el ponerlo. Muchas veces me habéis encarecido la verdadera amistad de Federico, lo muy obligado que le estáis y el deseo que tenéis de satisfacerle con la vuestra. No condeno que la estiméis, no desalabo que la agradezcáis, que sería faltar a quien sois, haciéndoos indigno de otro mayor beneficio si fuésedes ingrato al que recibistes; pero advertid, Alejandro, cuán menos es de temer un enemigo declarado que un amigo fingido, y considerad, como cuerdo, que las amistades que se contraen por la virtud y fines virtuosos, que, demás ser permanentes, toda la humana estimación no puede serle recompensa; pero la que se dirige a lo contrario indigna es de alabanza: con odio y mortal aborrecimiento, y no con recíproca correspondencia, se ha de satisfacer. Más que vehementes sospechas de deshonor manifiestan los pasos de Federico. En su cuidado he conocido la torpeza de sus pensamientos: no os aseguréis del aplauso de sus palabras; fiad poco de la apariencia de sus obras, porque todo se encamina a vuestra afrenta y mi agravio. Y considerad también que para ser amigo vuestro no me había menester a mí: si sólo quisiera amistad con vos os llevara a su casa, y como aspira a otra cosa injusta asiste siempre en la vuestra. Y si dudáis, engañado, en algo de lo que os digo, leed esta letra que me dio el día del torneo y pasad los ojos por este papel, que todo lo he guardado para que lleguéis en conocimiento de lo poco que os podéis asegurar. Mirad por vos y por mí, porque una viciosa y deshonesta pretensión acompañada con poder tiene cercanos asomos de tiranía; poneos y ponedme en cobro, que corren riesgo nuestras vidas. Y por que veáis que de la mía, que tanto aborrezco, aun no se quiere apiadar la muerte en cobrar de mí la deuda a que nací obligada, no más que porque deseo pagarla, ni los trabajos me pierden de vista, y que sólo vivo para ser blanco de sus rigores, os descubriré la mayor desdicha que sobre las que padezco me pudo suceder: propiedad de las adversidades en tener continuada sucesión y dejar a la que le ha de suceder en posesión antes de partirse. Sabe Dios lo que me ha de costar y la vergüenza que tengo de tener en manifestarla: hágolo porque ha de ser fuerza el seros presto notoria. Desde aquella infeliz noche que tanto atormenta y aflige a mi memoria han pasado cuatro meses, y en los tres no

he visto lo que en cada uno dispuso Naturaleza fuese común en las mujeres antes de llegar a la senetud. Varios accidentes, ya de enfermedades, ya de sustos peligrosos, lo suelen impedir, y sola yo, que nací vinculada a las desdichas, habiendo tenido tantos los he vencido todos; que para sólo esto se me concedió resistencia, por ser en mi daño. Y para mayor aumento de mis desventuras, preñada me siento, Alejandro; no son imaginadas las señales que lo manifiestan, que ya fuera esto ser dichosa en algo: tuviérame por feliz en ser semejante a la víbora y que al nacer lo que tengo en mis entrañas las rompiera, no en venganza del homicidio hecho en su engendrador, que no fui tan afortunada que cometiese tan heroico delito, aunque eficazmente lo deseé, sino por que diese fin a tantas calamidades como me afligen; pero, ¿a quién le fue enojosa la vida que se le concediese el favor de perderla? Y no le puedo quedar agradecida ni obligada en algo a la imaginación por consuelo que me ofrezca: todo cuanto me representa es horrible: ya me lo ofrece nacido, y a mí con obligación natural de conservarlo, y luego dificulta el cómo tengo de amar y aborrecer un mismo sujeto y cómo tengo de alimentar la vida a quien ha de estar manifestando mi deshonra y he de poder estar viendo al verdadero registro de mi infamia; ya irritada lo expone a las fieras, ya le condena al violento y mortal veneno, ya piadosa lo disculpa para que le sirva de sagrado su inocencia, pues él no se redujo del no ser al ser por sí mismo, ni tuvo parte en mi injuria, aunque es efecto de la causa della. ¡Oh, pluguiése al Cielo que la común deuda del morir que paga todo lo que nace se ejecutase en él antes que naciese, quedando sepultado en el lugar que tuvo principio, y con mi fin lo tuviesen tantas angustias como me siguen, tantos infortunios como me cercan y tantos tormentos como me amenazan!

Por largo espacio de tiempo quedó suspenso y enmudecido Alejandro, en un inmenso caos de penalidades se halló sumerso su entendimiento; ninguna cosa le ofrecía el discurso que le fuese de alivio; del todo vio cerradas las puertas al consuelo. El romper con Federico le pareció difícil, que en medio de la perturbación que padecía llegó a considerar cuán menos peligro tiene el no admitir un amigo que el perderlo después de haberlo admitido, y cuánto es más de temer que aquel que nunca lo fue. En el darse por desentendido recibía suma vileza su ánimo; manifestarle su queja y reconvenirle con papeles, sin sacarlo a campaña y que las armas fuesen árbitras de aquella causa, era poner en baja opinión la honra de Clavela; el persuadirle como amigo o privarle la entrada en su casa juzgaba que procedería con mayor libertad o cautela; el darle cuenta a su padre lo tenía por menoscabo de su valor y mostrar más flaqueza que respecto; partirse a Barcelona ya no le era posible, ni lo permitiera Clavela en el estado en que se hallaba y el ir en nombre de sobrina suya dedicada la reclusión. Y como muchas veces obliga la variedad de los casos a elegir el menor daño por único remedio a los mayores o para suspenderlos, determinó, confiriéndolo con Clavela (que lo aprobó forzada), dejar aquella ciudad e irse a la de Tarascón, que distaba de allí poco más de dos jornadas, y estarse en ella hasta que Clavela saliese de aquel cuidado.

Resuelto a esto y hechas las convenientes prevenciones, enviando hacienda y criados, quedándose con solos dos y lo forzoso para el camino, llegó a la noticia de Federico, de quien no fácilmente se pudiera encarecer los sentimientos que hacía, las ansias con que se lamentaba y las diversas trazas que iba disponiendo para impedir aquella tan acelerada y para él triste ausencia, juzgándose mortal si le faltase Clavela. Entre varias resoluciones se hallaba indeterminado, sin resolverse en la que debía seguir, y últimamente se determinó a que su hermana Jacinta la visitase procurando descubrir con toda la industria posible si era él la ocasión de que se ausentasen, que mismo delito le acusaba, y el cuidadoso recato de Clavela y algún retiro de Alejandro lo traían cercado de temores. Visitó Jacinta dándole tiernas y amorosas quejas de que, siendo ella sola en quien había puesto su primer amor y por quien hacía olvido de sí misma, la quisiese dejar tan accidentalmente.

—Sólo a mí —decía— le pudo suceder tan gran quebranto. No espero ya tener contento, ni en la duración de mi vida se podrá hacer confianza.

Encarecía el pesar de haberla conocido, pues la perdía cuando más la pensaba gozar; abrazábábase con ella, y reclinada en su pecho quería enterñecerla con sollozos. Todo esto acompañaba con gran copia de suspiros, vertiendo lágrimas y fingiendo desmayos; pero no fue mucho, que era mujer, y en la comunidad deste sexo (sin ofensa de la excepción que tanto resplandece en muchas) depositó la malicia todo el caudal de su astuta simulación.

Poco se satisfizo Clavela de aquellos aparentes extremos, conociendo el aljaba de donde salía aquella emponzoñada flecha, y como las grandes cautelas se han de vencer con otras mayores, y la astucia de un engaño es permitido en propia defensa vencerla con otra, le encareció con ternura de palabras y tristes demostraciones lo que sentía el apartarse de quien tan tiernamente amaba, y que a serle permitido romper con la obediencia de Alejandro lo hiciera, por no carecer de tan fiel y verdadera amiga y de la merced que recibía en su casa de su padre y hermano, pero que ella procuraría disuadirlo y que suspendiese por algunos meses aquella determinación. Volvió Jacinta a su hermano; refirióle la diligencia que había hecho, asegurándole haber hallado en Clavela tan triste sentimiento, que casi había dado a entender, y aun se atrevía, fiada en lo que había visto, a decir que sólo era porque la apartaban de sus ojos.

Nuevo animo causó esto en Federico, creyendo fácilmente aquello que deseaba que fuese, y pareciéndole que sería de algún efecto el hablar con Alejandro haciéndole cargo de que no le hubiese comunicado la determinación de ausentarse, le habló pidiéndole no lo hiciese, por el desconsuelo que había de causar a tantos y tan principales amigos como tenía, y a él en particular, como más interesado. Con importunos y encarecidos ruegos le persuadía que le dijese si necesitaba de algo o le afligía alguna importante y secreta causa en que fuese menester aventurar su vida y hacienda; que dispusiese de todo, porque en sólo servirle tendría premio la voluntad con que se la tenía ofrecida y ofrecía para en cuanto viviese. ¿Qué hombre menos advertido que Alejandro no se persuadiera

con semejantes promesaas? ¿Qué sencillez no acreditara por verdadera y firme amistad aquella tan encubierta malicia? Y ¿quién sino un corazón vencido de torpes incentivos supiera paliar con dulces y engañosas palabras la inorme alevosía que intentaba en ofensa y agravio de su amigo, fundado en la vil y desvalida disculpa que tanto califican los rendidos a esta lasciva pasión, queriendo que sea perdonable cualquiera delito que por amor se comete?

Más que resistentes esfuerzos hizo Alejandro para reprimir en su pecho los ímpetus del justo sentimiento y en que no resbalase la lengua manifestando la queja que tenía. Corrido y avergonzado estaba de que en un caballero cupiese tan ruin trato y le obligase a desagradecerle cuanto por él había hecho; que pierde mucho de su valor una obra buena, acerca del que la recibe, cuando se borra y deslustra con otra mala. Y considerando que le convenía disimular hasta conseguir su intento, por lo que muchas veces se ha visto vencer la industria al poder, se disculpó diciendo no haber tenido ánimo de manifestarle aquel forzoso viaje, ni se lo manifiesta hasta el último punto en que hubiese de partir, y aun si le fuera licito se lo encubriera entonces, por lo que le tenía enseñado la experiencia que padecía un noble corazón en apartarse de quien ama y es amado, y que a serle escusable el partirse sin notorio riesgo de su crédito y reputación lo hiciera, pero que le daba palabra, con toda aquella firmeza que debía a la obligación en que le había puesto su honrado y amigable trato, de volver dentro de seis meses para comenzar a servirle con más duración de tiempo.

Poco le satisfizo a Federico esta promesa; nuevos y más perversos impulsos le causó para procurar detenerlo por cualquier modo que le fuese posible; y el primero que le ofreció su depravada intención fue salir al camino acompañado de otros de su parcialidad y semejantes en sus costumbres y robar a Clavela. Y pareciéndole dificultoso el tenerla en secreto, porque de su voluntad aún no estaba satisfecho del todo, mudó este propósito y determinó quitarle la vida por ajena mano, y luego por la suya matar al asesino ejecutor por que su maldad no se descubriese. Esto comunicó con un amigo suyo llamado Teodoro, por calidad noble, pero tan mal inclinado como él, parcial en sus atrocidades y desafueros, siempre competidores, como apostadamente, sobre quién mayores los cometía. ¡Oh, cómo es más dificultoso el extinguirse un vicio con el rigor del castigo que el aumentarse habiendo quien lo fomente y ayude, y cuán pocos fueran los vicios si no vieran a otros que los imitasen, y a quien usando mal del poder y grandeza fuese su defensa y amparo, y cuán exaltada estuviera la virtud y estimados los seguidores de ella si en esto trocaran las manos! Pero ni para éstos faltó emulación y desprecio, ni para los otros acérrimos defensores, y en esto mejore Dios nuestros tiempos.

Disponiendo andaban en el cómo, dónde y cuándo se había de ejecutar aquel tan perverso decreto en que habían convenido; perpetuos rondantes eran en la calle de Alejandro, y una noche ya cercana al día en que se había de partir, y en el mayor silencio de ella, hallaron no lejos de su casa un hombre muerto de penetrantes heridas, dadas con arma tan angosta, que con dificultad pudo la

sangre salir a manifestar su entrada. La obscuridad desayudó a la diligencia y deseo de conocer quién fuese, aunque en el traje pudieron juzgar ser más que común ciudadano. Entre los varios pareceres de lo que convendría hacer de aquel cuerpo se le ofreció uno a Teodoro, que por el peor y de tan diabólico enredo lo aprobaron por acertado; éste fue que lo llevasen a casa de Alejandro y pusiesen en el zaguán, o más adentro si se pudiese, donde, hallándolo, sería bastante aquel tan vehemente indicio para prenderlo, y con la dificultosa probanza en contrario, a su pesar se dilataría la jornada, y aun sería posible que del mundo la hiciese para siempre.

Más tiempo (con ser poco) tardaron en determinarse que en ponerlo por obra, que pocas veces tuvo el pecado quien en los principios lo impidiese, ni después de cometido le faltó fiscal para descubrirlo y agravarlo ponderando sus atroces circunstancias. Llegó la mañana y con industria enviaron criados que de su parte visitasen al inocente y descuidado Alejandro, fiando dellos que no callarían lo que viesen, tanto más cuanto fuese de mayor gravedad y más para ser callado; y fiaron bien, porque luego se publicó la muerte de Alberto y el lugar en que estaba; corrió la voz, acudió la plebe, de quien fue sentido con general dolor por ser un mancebo, noble y bizarro, afable y cortés, tanto, que se hacía dueño de las voluntades de todos. Sus padres pedían justicia, el pueblo aclamaba venganza, y estuvo casi resuelto a tomarla por sí mismo: con tal extremo lo amaba. Dividido en corrillos discordaban en los pareceres, y los más (no los mejores) convenían en que Alberto, rendido al amor de Clavela, y ella vencida del mismo, habría sido llamado, y sentido de Alejandro lo habría muerto (que siempre fue la buena opinión de las nobles mujeres descortésmente ofendida de los vulgares); otros, más bien intencionados, contradecían esto con razones de mayor congruencia, disculpando a la que los primeros culpaban.

Llegó Federico apresurado, no del todo vestido, fingiendo faltarle la respiración; halló secrestando los bienes de Alejandro, y a él y a Clavela mandados llevar a la cárcel pública; resistió a esto con ruegos, diciendo que si la prisión era inescusable lo tratasen como a caballero, pues el serlo constaba con mayor evidencia que el delito que se le acomulaba. Esta razón pudo alcanzar que fuese puesto en una fortaleza con cuatro guardas, y Clavela en casa de un transversal deudo suyo, cuya mujer lo había criado, y a Laurencia se la entregaron por presa a un ministro de justicia. Esto solicitaba Federico no en respeto del decoro ni obligado de la compadecencia: sólo deseaba dividirlos, que en esto, y en verlos necesitados de su favor le parecía que había de consistir la consecución de su deseo. Buen lugar tuviera este piadoso afecto en el agradecimiento de Alejandro si a la satisfacción que había tenido de su amistad no la hubiera hecho sospechosa, y al crédito de todo punto desconfiado. No se atrevía a replicar; que un semejante cargo no las sufre,¹²⁶ por injusto que sea, y

¹²⁶ Suplo 'que no las sufre', según un pasaje con amenaza que se lee más adelante: 'Y... esto no sufre réplicas ni sofísticos argumentos'. No creo que aquí hubiese errata, sino lapsus del autor.

más en un extranjero, en quien siendo la justicia en sí igual para todos se ejecuta con mayor rigor, y alguna vez pasa los términos de la残酷, por mano de quien olvidado de la misericordia la administra. Esto le pudo turbar y oprimir el ánimo, por las muchas veces que se ha visto prevalecer la mentira contra la sencillez de la verdad, y la perversa malicia contra la mayor inocencia. Sólo Clavela, que de todo re recelaba y temía que los apartasen, decía que, pues la culpa igualmente se la imputaban a ella con Alejandro, fuese la prisión una misma: no se le otorgó lo que pedía (que al que es juzgado por reo pocas veces se le concede lo que tiene por favorable), por que no se conviniesen en el contexto de sus confesiones.

Prosiguióse la causa, y los rigores de ella comenzaron por los criados., como parte de menos resistencia, hasta ponerlos a quistión¹²⁷ de tormento, dándosele con tan grande inhumanidad cual suele un juez apasionado por el poderoso, como lo estaba éste y lo han estado otros muchos primero y después dél, más ambiciosos de adquirir nombre de criminales para ascender a mayores puestos que con ánimo y voluntad constante de obedecer las justas leyes, olvidados de que son hombres como al que tienen por delincuente, y sujetos en lo natural a la común pasión sensible mal advirtiendo, o de malicia olvidando, que tienen un mismo origen la justicia y la misericordia, y fingiéndose muy circunspectos aborrecedores de los vicios y celosos de la virtud encubrir la perversidad de sus costumbres, el escandaloso destramiento de sus vidas, con la残酷 de los castigos que dan a los que juzgan culpados, cuyos delitos, si la verdad los manifestara graduados, se conocieran por mayores. ¡Oh, cuántos Sisamnes se descubrieran, y cuántas sillas de judicatura se afrontaran y cubrieran con sus pieles, si hubiera reyes Cambises, y cuántos Sandoces, por malos gobernadores, poblaran las horcas si muchos Daríos reinaran!¹²⁸

Con la constante negativa se indignó el cruel atormentador, no dando crédito a la verdad que afirmaban con juramento y protestaciones de que estaban sin culpa y no sabían quién la tuviese; mas ¡con qué facilidad los creyera si confesaran tenerla, y cuántos habrán confesado lo que no hicieron, y padecido inocentes por no poder resistir aquella tan prolífica y congojosa muerte, que como es limitado el sufrimiento del hombre y tiene el vigor de las humanas fuerzas términos poco dilatados, libran en la brevedad del morir la dilación del insufrible penar! «Dale otra y otra vuelta al cordel»¹²⁹ decía el juez inicuo, y el ministro de la justicia, no obligado con anticipado cohecho, ejecutó la fiereza de su inhumana y bárbara inclinación hasta ser juzgados por muertos. Vencieronlas con valor resistente, sin que dijesen palabra de que se pudiese inducir causa justa para proceder contra Alejandro, ni de su declaración ni de la de Clavela poder justificar el cargo. Sin diminución de la rabiosa ira en que impaciente se abrasaba

¹²⁷ Cuestión, como se lee más adelante.

¹²⁸ Cambises II ordenó despellejar vivo a Sisamnes por corrupto. Darío mandó crucificar a Sandoces por similar motivo.

¹²⁹ En el tormento del potro se empleaba un torno para tirar de las extremidades del reo.

por no haber podido rendir la constancia de aquellos españoles labios suspendió las diligencias, insinuando el haber de reiterarlas en estando para volverlos al potro (a quien tan pocos han domado y salido en salvo de su carrera). Quedaron tan estropeados que en más de treinta días no pudieron hacer movimiento sin intensísimos dolores.

Favorable diligenciero (en lo exterior) se mostraba Federico por parte de Alejandro y Clavela, aunque su abogacía era semejante al tejer de Penélope: a sólo él (y al procurador que nombraron para que los defendiese) se le había concedido el visitarlos, en que no se descuidaba, procurando persuadirles que era su acérrimo defensor; ponderaba las verosímiles circunstancias con que se había fulminado el proceso y el urgente peligro que prometían; las más horas del día pasaba con Alejandro, y algunas de la noche asistía en la prisión de Clavela, a quien parecióndole que el temor la tendría amedrentada y que con facilidad se dejaría vencer de los asombros, la llamó aparte, y con intercadenes suspiros, admirativas suspensiones y fingida tristeza le dijo:

—Bien podré por sola esta vez, sin riesgo de ser juzgado por envanecido y sin perder el merecimiento de lo que he deseado serviros y agradaros, antes sí adquirir algunos de nuevo y honroso blasón a mi persona, tomar licencia para suplicaros, como lo hago, me favorezcáis en daros por satisfecha de la natural inclinación que he tenido y tengo de aventajarme en esto a todos los hombres del mundo; las muestras que he dado, aunque pequeños rasgos de mi deseo, no lo contradicen, ni yo quiero que con encarecerlas pierdan su valor; los alientos de mi esperanza no despropositan envanecidos por confiados, ni pueden (créolo así) recibir engaño, pues ha de ser fuerza que os conozcáis por primer móvil suyo. Vos, señora, habéis sido y sois la sola inteligencia y primera causa que la mueve, y yo el que obedencialmente sigo este para mí tan venturoso rapto. Sólo quiero ahora afianzar esto en vuestro crédito, sin aspirar a mayor premio; que la infelidad de el tiempo, el fracaso sucedido, la calumnia que os ponen, el riesgo en que está vuestra persona, en primer lugar piden remedio, y éste, si no del todo imposible, lo hallo dificultoso porque la probanza que se ha hecho es fuerte; testigos contestes y mayores de toda ecepción la califican; lo que han confesado los criados confirma el hecho, y todo lo escrito (en que dudo haya palabra de verdad) os condena y manifiesta culpada, en descrédito de vuestro conyugal estado y ofensa de Alejandro. Premisa he conocido de un infortunado suceso, teniendo por sin duda (no sé cómo tengo ánimo para decir esto sin perder la vida o el juicio) que os pondrán a cuestión de tormento, donde la saña del juez y lo que irritado ejecutará el ministro de su furor os hará confesar cuanto quisiere; la parte contraria es poderosa, aplaudida y respetada de muchos; el muerto, hombre bienquisto,¹³⁰ que no es la menor parte de las que agravan el homicidio. Recelando estoy la sentencia por lo que conozco del que la ha de dar y visto que en casos menos graves y no tan averiguados suele exceder de lo que dispone el

¹³⁰ Bien considerado, estimado por la gente.

derecho; que para él no hay otras leyes que las de sólo su arbitrio, teniéndose por legislador. Pocas veces sentenció que no dijese: «Ejecútese sin embargo».¹³¹ ¡Triste de mí! ¿Qué sería si sucediese lo que estoy temiendo? Dos medios son los que le me ofrecen para remedio deste negocio, no hay otros en que nos podamos asegurar: oídlos y elegid el que más os agradare, que para uno y otro está dispuesto mi ánimo. El primero es: habrá poco menos de un año Alberto y yo tuvimos cierta competencia sobre querer ocupar en acto público un lugar que estaba prevenido para mí: quitéselo y ocupelo. Quedó con esto algo desairado; enviome un papel de desafío (que en estos tiempos pocas veces y pocos se solicitan con los ojos y se buscan solos); aceptelo y salí primero al puesto que me señaló. También salió él, pero antes de sacar las espadas llegó la justicia y otros caballeros que por su parte fueron avisados en secreto (que ya muchos se valen de esta industria para sin correr ningún riesgo ostentar valentía, hacerse estimados en el vulgo, y que en la variedad de opiniones¹³² quede indeciso por cuál de los dos se hizo la saludable prevención); hicieron amigos, y desde entonces quedó torcido conmigo, y esto ha sido y es público en Marsella. Quiero, pues, declararme por matador suyo y decir que habiendo ido aquella noche a visitar a mi amigo Alejandro (que todos saben lo familiar que he sido en su casa) me aguardó dentro de ella procurando vengarse, y que a favor mío y usando de la natural defensa le fue contraria la suerte. No se dificultará el creerme, que contra una enemistad continuada es poderosa la presunción. Vos y Alejandro tendréis libertad; procederáse contra mí y ratificareme en mi dicho y en que fui acometido alevosamente. Los deudos de su parte y la mía son iguales en calidad, poder y número, y no han de querer por lo que ya no tiene remedio quedar enemistados para siempre, y así, tendrá fácil composición. Y cuando así no sea y se me notifique sentencia de muerte, no apelaré ni suplicaré de ella: sin resistirme ofreceré mi cuello al cuchillo y moriré gozoso con que después sepa el mundo que de vuestro Alejandro fui otro Hefestión¹³³ en amistad verdadera y vos entendáis que puede tanto la fuerza del amor que os tengo, que sacrifico mi vida por rescate de la vuestra. Y si agradecida a este tan humilde como verdadero ofrecimiento no me permitiéredes que judicialmente lo haga, y gustáredes que viva (que en sólo vuestro querer consiste mi vivir o morir) para tener de quien serviros en todas ocasiones, dadme atención al segundo, que si no es menos eficaz para nuestro propósito, conozco que no mereceré tanto en él, y deseo obligaros con muchos merecimientos. Prevenido tengo un bergantín con seis remos por banda en que Alejandro y vos podáis poneros en salvo; ocho mis más confidentes amigos están prevenidos para iros acompañando hasta salir de la juridición de esta ciudad; y yo fuera uno de ellos, si el faltar en ella no hubiera de inducir sospecha, pero de cada uno os podéis fiar como de mí propio. Este

¹³¹ Sin admitir apelación.

¹³² Orig.: 'opiniones'.

¹³³ Amigo del alma y hombre de confianza de Alejandro Magno.

parecer comuniqué con Alejandro, y lo aprobó por tan eficaz como forzoso. Sólo aguarda vuestra determinación y que señaléis la hora (que, a mi parecer, entre la una y las dos de la madrugada, en que el sueño tiene mayor poder sobre los hombres, tendrá por más acertada) para que, dejando dormidas las guardas, salga de la fortaleza ayudado de los amigos que digo y de una escala que está prevenida para ello, y después vengamos todos a sacaros de aquí y llevaros a embarcar. Bien sabéis que la necesidad es maestra de la industria; el peligro, solícito despertador del cuidado, y muy de prudentes prevenir los daños, así como de los valerosos el librarse de ellos. La tardanza nos está amenazando; esta dicha nos vocea; la Fortuna nunca dio fianzas de ser constante en lo favorable y se burla de quien mucho tiempo confía en ella, y quiere que como a hurto gocemos sus favores. La negligencia en las cosas arduas ofrece mayores inconvenientes que en sus principios: resolveos y mandadme lo que tengo de hacer, que no es razón que la vida y honra de quien tanto estimo tan injustamente padezca.

Poco se satisfizo Clavela de las ofertas y consejo de Federico: cualquiera razón suya le atormentaba el alma y hacía más sospechosa; que un ánimo desconfiado, ni aun de lo muy cierto se asegura, de la misma verdad se recela, y en lo que más le puede importar presupone engaño. Pero no lo tuvo en esto, que bien le decía el alma la falsedad con que procuraba que, fugitiva, se entregase en su poder. ¡Oh segundo Galalón¹³⁴ (decía entre sí), con qué dulzura de palabras pretendes encubrir tu más que traidor intento! El Cielo te castigue conforme la perversa inclinación tuya.

Un poco se detuvo en responderle, haciendo reflexión de lo que le había oído y premeditando la respuesta que le había de dar, de suerte que, mostrándose agradecida, no quedase del todo exasperado, y arrebatándose de un prudente y cristiano furor le dijo:

—Si mis palabras, señor Federico, ya por confusas, o ya turbadas, no manifestaren en cuánto debo estimar y el aprecio que debo hacer de lo que tan en defensa mía me estáis ofreciendo, poned la culpa, pues la tiene, a la cortedad de mi entendimiento y a lo que las penosas imaginaciones lo tienen perturbado. Y por que mi agradecimiento no quede corto en mostrarse reconocido, tanteá en vos mismo el grado en que debo estimarlo, según la piadosa causa que os mueve; que en ese mismo lo estimo, confesándome por muy obligada vuestra. Y si aguardáis que os responda y saber mi resolución, la que ahora os diere en ningún tiempo la veréis mudada ni que hago lo contrario. No quiero (ni fuera justo el querer) que por ocasión mía os acuséis culpado en delito que no hayáis cometido, ni que vuestra persona se aventure por mí, ni lo podéis hacer con buena conciencia no siendo, como no sois, dueño vos mismo para ofreceros a la muerte si no fuere por quien os dio la vida. Ni el pedirlo yo me escusara del grave cargo

¹³⁴ Según la leyenda de Roncesvalles, fue el traidor que facilitó a Marsilio (el rey moro de Zaragoza) que atacase la retaguardia del ejército de Carlomagno.

de homicidio, que la misma razón nos enseña (esto no se puede negar) que el causador del daño lo debe como aquel que lo comete. Gozad los años que os están concedidos, que si por divino decreto está determinado que los míos fenezcan, conozco que no se me hace injuria en querer cobrar lo que se me prestó de gracia con asignación de término; en el modo de pagar no se nos concedió poner condiciones a nuestro universal Acreedor, porque esto quedó reservado a sola su voluntad, permitiéndole al humano sentimiento que le aflija el castigo de la culpa que no cometió, así como que dobladamente le sea tormento el que recibe por causa de algún pecado. ¡Ay señor Federico, y cómo, si bien lo consideramos, es mas asegurado partido el mío en padecer esta afrenta, estando, como sabe Dios que estoy, inculpada, que el de aquel que con malicia me la procura! A quien si llegara a conocer le dijera y con verdad le afirmara, como lo digo y afirmo, que no tendrá tanta protervia en el ofenderme y perseguirme como yo tendré constancia para sufrirlo y valor para despreciar sus persecuciones; porque, si bien lo advertimos, hallaremos que la paciencia es afrenta de las injurias y laudable satisfacción de los agravios. Las rigurosas amenazas que me hacéis del juez, su más inicua y atroz sentencia, ni la ejecución de ella, no bastarán a vencer la igualdad de mi ánimo en el vivir o morir cuando conviniere, juzgándolo, como con razón lo juzgo, no por más que un instrumento de la voluntad divina; que como desde la hora que nací estoy cada día muriendo (como otro cualquier viviente compuesto de materia y forma), no se me ha de hacer nuevo el morir, ni la muerte tendrá por desventura, sino por fin de todas aquellas a quien está sujeta nuestra fragilidad humana, y que, en comparación de los males de esta vida, viene a ser más remedio que pena. Si Alejandro, por consejo vuestro y flaqua suya, está resuelto a procurar libertad, le diréis que lo haga sin cuidar de mí, porque será en vano el persuadirme; pero que advierta que es bajeza de espíritu, corazón desalentado y no muy constante en la fe, el fiarse más en las diligencias humanas que en la divina defensa, y que si la verdad para con los hombres es hija del tiempo, y puede su malicia encubrirla por algunos intervalos dél, que Dios, que es la suma verdad, la descubre por eternidades, y tiene muy a su cargo el vengar al inocente perseguido, que el padecer por Él lo toma a su cuenta. Y por la que le tengo de dar juro (decíselo así) que a cualquiera que intentare el sacarme de donde estoy por semejante medio, que mis voces, con que apellidaré esta ciudad, ha de ser su ruina y la mayor satisfacción de mi inocencia. Aquí me tiene encarcelada la justicia; mi honor, sin ella está padeciendo: desde aquí tengo de salir para el lugar del suplicio o laureada para confusión y vergüenza, de quien con infame intento me ha conducido a tan miserable y afrentoso estado. Y vos, señor Federico, tened por bien (suplicooslo encarecidamente), si es que en algo os pueden mover mis aflicciones, si en la nobleza de vuestro pecho, obligado por ella a tener respectos dignos de alabanza, halla lugar la commiseración de ver a una mujer como yo afligida y expuesta, sin culpa que haya cometido, a los rigores de las mordaces lenguas de un pueblo, que escuséis el visitarme, por que no se descomida, en

ofensa de quien sois, a imaginar que os mueve otra causa menos piadosa que el amparar a dos inocentes y perseguidos forasteros. Sea ésta (vuélvooslo a suplicar) la última vez que me veáis en cuanto estuviere en la prisión, que de mi parte lo será la que saliere a veros; que si Cielo, en quien tengo puesta la confianza de mi libertad, piadoso me la concediere, no seré ingrata; reconocida y obligada sí a los favores y mercedes que me hacéis, que son (bien lo sabéis vos y lo conozco yo) muy para estimados. Y porque es ya tarde y mi salud anda algo quebrada, con vuestra licencia me voy a recoger.

Y en diciendo esto y haciendo una honesta reverencia, sin aguardar que la respondiese se retiró a su aposento. Tan absorto quedó Federico oyendo la resolución de Clavela y el término tan cortés con que le negaba su presencia, que se pudo poner en duda si le acompañaba algún vital espíritu (tanto puede una resolución valerosa acompañada de virtud contra una injusta propuesta); pero recobrado en su acuerdo y recapacitando lo que le había dicho Clavela y la promesa que le había hecho de que se reconocería obligada y mostraría agradecida en estando libre, y lo que su hermana Jacinta le había certificado, que el sentimiento de cuando Alejandro quiso ausentarse era porque se apartaba dél, cobraron nuevo vigor sus esperanzas, pareciéndole (resulta fue ésta de tu deseo) que difería el favorecerle para que con mayor instancia procurase su soltura. ¡Oh, que fáciles engaños padecen los amantes que sólo tienen por último fin el torpe y sensual apetito! ¡Qué poco acierto tienen en sus más premeditados discursos, y cómo en virtuosa constancia y prudente recato de las principales mujeres (que es de quien habla mi lengua y escribe mi pluma), en su mayor resistencia y más declarado desprecio a lo que puede ser ofensa de su honor, suelen fundar mayores esperanzas de conseguir sus intentos, alegando por méritos y servicios el tiempo que con públicas y escandalosas apariencias (teniendo por correspondencia lo que es mortal odio y aborrecimiento), paseando de día y rondando de noche, y con otras diligencias menos ajustadas, infaman las graves prendas de su honestidad pretendiendo favores en recompensa de agravios!

En esto no fue el menos culpado Federico, pues con tan viles circustancias profanando las sagradas leyes de la amistad cometía esta ofensa, y con ellas determinaba proseguirla, porque volviendo a dudar en lo mismo que había confiado y pareciéndole (en esto no se engañaba, porque le acusaba su misma conciencia) que había sido ironía lo que Clavela le había dicho, que agradecería los favores y mercedes que le había hecho como él sabía que lo merecían, quiso engañar a su amigo Alejandro con los mismos encarecimientos y temores que a Clavela y persuadirle que asegurándose de su ayuda y la de otros que deseaban verle libre quebrantase la fortaleza (esto para que la fuga lo condenase y valiese por confesión de culpado); y antes de comenzar este enredo determinó volver la siguiente noche a hablar a Clavela fingiendo llevarle un papel de su Alejandro: con esta industria iba resuelto a conseguir por fuerza lo que dificultaba poder alcanzar rogando.

Hallola, ya retirada, lamentándose con tristes sollozos de la calamidad a que le habían traído sus desdichas. Turbose en ver junto a sí a Federico, y él con aparente sumisión, procurando sosegarla le dijo.

—No me bastara el ánimo, con cuantos esfuerzos le pudiera dar mi rendida y constante inclinación, a exceder la ley de vuestro gusto, en que me prohibisteis volver a este lugar en cuanto durase la prisión si no fuera mensajero de Alejandro. Él me mandó que os trajese un papel en que avisa lo que a los dos conviene que hagáis. Obedeciéndole me he atrevido a ello —y llegándose más cerca, quiso echarle los brazos al cuello, diciendo—. Donde no vale la cortesía ni se estima un alma que ha sido idólatra de vuestros pensamientos valgan las fuerzas de mi precipitada resolución: a ella le deberé lo que no le habéis concedido al extremo con que os estoy adorando.

Previsto tenía Clavela el riesgo en que se había de ver: recelos y temores la tenían mal asegurada y cuidadosamente prevenida. Secreta traía siempre una daga en quien tenía librada su defensa, con firme determinación de que si Alejandro intentase romper la palabra y juramento que le hizo de no cometer nueva ofensa contra su honor, matarlo o matarse a sí misma antes que la ejecutase, y en esta presente ocasión y cercano riesgo no le fue poco favorable, porque con presteza nunca vista y ánimo varonil la sacó tirándole dos puñaladas, con tal coraje que, a no retirarse tan apriesa Federico, fenecieran allí su amor y temeridad.

—No a las mujeres principales como yo —le decía— se conquistan y granjean con tan infames términos, ni se rinde la voluntad a villanas y descorteses violencias. Aseguraos de que no lograréis vuestro intento vil y grosero en cuanto me durare este valor y esta vida: la vuestra os quitaré primero que mi honor pueda recibir la menor injuria. Armas tenéis (aunque por ser de traidor serán cobardes): valeos de ellas y matadme antes que yo os mate, que en cualquiera destos sucesos se verificará mi inocencia y será pública vuestra traición.

La cólera le descompuso tanto la voz, que fue oída de los dueños de casa. Ya sabidores de lo que Federico pretendía ejecutar, acudieron con fingida turbación, pareciéndoles que ya estaría ejecutada pues, se lamentaba Clavela: halláronla tan embravecida como una rabiosa fiera, y en su presencia volvió a decir, hablando con Federico:

—Persuadíos a lo que os digo y no os engañe la confianza, que si por verme sola os atreviéredes a imaginar que yo haya de recibir agravio, que tengo de verter vuestra sangre o vos habéis de verter la mía. Y vosotros, señores, mirad qué buen cobro ponéis en lo que os encomendaron y cómo guardáis la fidelidad que debéis a carceleros, pues dais lugar y ayuda a que se intente semejante delito, y a mí tan justa causa para querellarme, como lo haré, ante quien pueda castigaros.

Estas palabras los atemorizó, y con ruegos pidieron a Federico considerase el peligro en todos estaban y el daño que podía resultar de cualquier caso que sucediese, y con esto se fue, tan corrido de sí como admirado de la resolución de

Clavela, confesando que sola aquella vez había visto el rostro al miedo y se había rendido al temor y conocido el extremo adonde puede llegar la ira de una mujer. Y con este rabioso despecho quiso arrojarse en las manos de la desesperación y probar el último lance de cuantos le pudo ofrecer la malicia escribiendo a Clavela, más¹³⁵ con enojo de agraviado que rendimientos de amante y pareciéndole¹³⁶ que con amenazas vencería su virtuoso y constante pecho. Y en breves cuanto severas razones le dijo éstas:

La ingratitud que habéis mostrado a las conocidas finezas de mi rendida voluntad y el desprecio que habéis hecho de mi persona, término injusto y grosero a hombre de mis prendas, me obligan a que, perdida la esperanza del premio que le debíades a la fineza del amor que os he tenido (que a otra de mayor dignidad le obligara y se tuviera por muy dichosa) lo vuelva en aborrecimiento y a que me declare, como lo hago, por vuestro mayor enemigo y os advierta de que, pues fui poderoso a poneros en el afligido trance en que os veis (imaginando vencer por este medio y la necesidad que tendríades de mí la rebeldía de vuestra inexorable condición, de que ya estoy desengañado), lo prosiguiré hasta que mi venganza iguale con el agravio que me habéis hecho. Yo librare a Alejandro, como no culpado en el delito que se le acomula ni en mi queja, sacándole fugitivo de toda esta provincia, con que podréis perder la confianza de volverle a ver, y vos quedareis a padecer el rigor de una infame y vergonzosa muerte. Advertidlo mejor; que ahora tenéis tiempo para remediarlo desenojándome, porque después os ha de faltar para arrepentiros.

Este papel llegó a manos de Clavela. Quiso, sin abrirla, sacrificarlo al fuego, y detúvose juzgando por imposible que se atreviese Federico a importunarla ni consistir¹³⁷ en su dañado propósito. Determinose a leerlo por ver si, arrepentido, se apartaba de su loca presunción, y cuando llegó al renglón en que decía que él había sido poderoso a ponerla en el estado en que estaba, no se puede encarecer el contento que recibió y la humildad con que postrada en el suelo daba gracias a Dios de que la imprudencia de su perseguidor hubiese dado motivo a que se descubriese tan nunca vista maldad; y temiendo que ejecutaría la otra de sacar de la prisión a Alejandro, escribió dos papeles que envió con su procurador. El uno al juez de la causa, en que le avisaba pusiese mayor cuidado en la guarda de aquel preso y en que nadie lo visitase, porque sabía con evidencia que unos caballeros lo querían poner en salvo, con que sería imposible averiguar la verdad y quedaría sin castigo el que por ella constase haber sido el delincuente homicida de Alberto.

¹³⁵ Suplo 'más' (60r).

¹³⁶ Orig.: 'pareciendo' (60v).

¹³⁷ Permanecer, perseverar.

Particular admiración le causó este aviso, y aunque era de condición y ánimo cruel le dio mucho que considerar, y casi llegó a tener por cierto que había alguna oculta maldad contra Clavela y Alejandro, pero quiso asegurarse doblándole las guardas y prisiones y poniéndolo en la parte más fuerte del castillo con orden expresa que ninguna persona entrase a verle ni hablarle, y a él, mostrándosele más apacible, le dijo:

—No os aflija, señor don Fernando de Cárdenas (que por este supuesto nombre era conocido) esta novedad ni os entristezca este que parece rigor, que os aseguro que es para vuestro mayor bien y que procede, no lo dudéis, de cierta diligencia que, si no me engaño, ha de ser causa que salgáis victorioso. No desfallezca vuestro valor, porque las conjeturas que he hecho os manifiestan sin culpa. En cuanto aprehendí que la teníades me mostré tan severo que bastó para que me juzgásedes apasionado; pero ahora que mi discurso va descubriendo lo contrario, me hallaréis tan propicio que os obligue a borrar el sospechoso concepto que de mí habíades hecho.

El otro papel fue al padre de Federico, suplicándole la mandase llevar a su presencia para hacer cierta declaración en el negocio que le imputaban culpada, y convenía a la reputación suya y de su hijo que no llegase a otra noticia. Sospechosos temores le causaron estas palabras conociendo la libertad y distraimiento de Federico, el libre proceder y las demás de que, ofendido, murmuraba el pueblo, y así, envió luego por ella. Recibiola con agradables caricias, más usadas en la galantería de un caballero seglar que en la circunspección de juez, y retirados a una cuadra, Clavela, con tan honesta gravedad que obligaba a tenerla respecto, comenzó así:

—Aunque la vida, señor ilustrísimo, es el mayor bien que gozamos de la Naturaleza, y tan amable que todo animal desea y procura conservarla y diligencia el defenderla, en las mujeres como yo padece excepción esta regla en cuanto a la estimación, dándole el primer lugar al blasón ilustre de la buena y loable fama. En el nacer y morir no se le concedió diferencia al grande ni al pequeño: en las heroicas hazañas ha consistido la desigualdad que vemos en los estados y el esplendor de las dignidades, tal vez alcanzadas con el favor de la dicha, y las más en premio de la virtud en quien tuvo principio lo que el mundo honoríficamente engrandece y celebra la calidad. La mía no debe ser ofendida con desprecio y afrenta, que nací noble. Así pluguiera al Cielo que hubiera sido dichosa. La constante resistencia que he hecho al torpe y lascivo deseo del señor Federico me tiene puesta en el teatro del mundo para que muera más con la vil afrenta de la infamia que de la ejecutora mano del verdugo que por su ocasión me aguarda. Suma desventura es que me sea menos favorable la virtud que me pudiera ser el consentimiento del pecado, y que halle amparo el vicio y licenciosa vida de una mujer porque se rinde a la persuasión del que la solicita, y se aborrezca y persiga la continencia y castidad. Por mí y en mí sola pueden suceder estos contrarios efectos: séanme abonadores y fieles testigos estos papeles, que es la más constante información que puedo alegar en mi descargo.

Y arrojándose a los pies de Enrique (así se llamaba el padre de Federico) y dándole la letra que le había dado cuando el torneo y el billete en que le manifestó su amor y el último, donde se declaraba por su enemigo, le suplicó que los viese y se apiadase de ella, que estaba en tierra ajena sin más amparo que aquel que con justicia esperaba tener de su mano, y con particulares encarecimientos que le removiese la carcelería para seguridad de su persona (dando por causa el peligro en que se había visto estando, como estaba, debajo del amparo Real) hasta ser condenada o absuelta. Conoció Enrique la letra de Federico; hicieronle cierto las palabras y desgarrado modo en el decir, y quedó tan irritado su ánimo contra él cuanto enternecido con las lagrimas de Clavela; y para certificarse y proceder jurídicamente mandó parecer ante sí a los que la habían tenido a su cargo, y previniéndoles dijese la verdad, si Federico había intentado forzarla, o se apercibiesen al tormento con que los haría descoyuntar, ellos declararon contestando cuanto había dicho Clavela, a quien después de haberla consolado le dijo:

—Aseguraos, señora, de que me pesa de haber engendrado a quien tan villana y descortésmente os haya ofendido, y fia de mi palabra (ésta os doy como caballero) que ha de sentir el rigor de la pena sin que le ampare el favor de padre que hallara en mí si esta ofensa fuera de otra calidad y no tuviera tan infames y traidores modos de engaños; que pues él degenera de quien es, y el oficio que tengo me obliga a hacer justicia, en él pienso ejecutarla como en el más extraño, sin que basten a impedirla humanos respectos. El breve tiempo de vuestra prisión, o, mejor diciendo, hospedaje, quiero, con vuestro gusto, que lo paséis en esta casa en compañía de Jacinta mi hija: ella, como quien os es tan aficionada, y sus criadas, os servirán, y yo seré el cuidadoso y fiel carcelero.

Y acompañándola hasta el cuarto de Jacinta y rogándole tomase a su cargo el regalarla, se fue al Consejo, y en presencia de los demás jueces sus compañeros propuso la causa con palabras y acciones tan agravantes como lo pudiera hacer el más riguroso, con que movió los ánimos a que se la cometiesen¹³⁸ a él privadamente hasta ejecutar lo que determinase. Hízose así, y luego proveyó auto que prendiesen a Federico y le pusiesen en tal cárcel y con tales prisiones que asegurasen cualquier accidental violencia, y comenzó a hacer judicial información.

No supo Jacinta lo que entre Clavela y su padre había pasado; recibióla haciendo extremos de alegría, y creyendo que ya estaba libre del cargo que le habían puesto le daba estrechos abrazos y amigables parabienes.

Federico estuvo ausente a todo, y volviendo a su casa le dijeron cómo estaba en ella Clavela. La duda de que pudiese ser, y el deseo de que así fuese, lo tuvieron un poco detenido: persuadióse a lo que deseaba pareciéndole que el haberla amenazado y decirle que tenía tiempo para desenojarlo sería la causa de haber venido a valerse de su hermana, como sabidora del afición que la tenía,

¹³⁸ Encargasen.

para que fuese medianera y los conciliase en amistad; que el satisfacerse un ánimo apasionado con las aparentes razones que le ofrece su perturbado juicio tiene tan fuerte aprehensión como el entendimiento cuando por su acto llega en conocimiento de la verdad. Con esta vana imaginación entró donde estaba Clavela, y con risueño semblante le dijo:

—Aunque en mis palabras me suponía desconfiado dudando de vuestro agradecimiento, no puedo persuadirme que fuésedes tan inhumana que dejásesedes morir a quien sólo le puede dar vida el aliento de vuestro favor. El que hoy me hacéis es tan grande que excede a todo humano merecimiento.

Y haciéndole señas a Jacinta que los dejase solos, se salió del aposento y se puso por centinela para que las criadas no les impidiesen Callando había dado estado Clavela, reprimiendo la cólera en que se abrasaba, y viendo que se le iba acercando Federico se puso en pie, y pareciéndole que podía hablar más libremente por el lugar en que estaba, le respondió:

—Vos sois un inadvertido caballero. Menos tenéis de prudente que de arrojado; mucho más os debe la grosería y desacato que las corteses leyes de la urbanidad y respecto. ¿Cómo es posible que no os hayáis desengañado de que ni os quiero bien ni puedo quereros? Antes sois tan aborrecido de mí, que tendré por más favorable y más honroso el morir (aunque sin culpa) infamada con la traición que habéis ordenado que dar el menor consentimiento a vuestra vil intención; y esto no solamente por hacer lo que debo y estoy obligada, que lo mismo hiciera cuando la disolución de mi vida igualara a la mujer más perdida del mundo, porque vuestro infame proceder aun no lo mereciera. ¿Qué habéis visto en mí que os juzgáis favorecido? ¿Acaso os pareció que los viles temores que pretendistes ponerme habían de obligarme a que me rindiese, o que el venir a esta casa (que por ser de vuestro padre y de juez habíades de respectarla como a sagrado asilo) era con menos firmeza de virtud que en la que en mí habéis conocido? Volved en vos, que andáis muy desalumbrado y descompuestamente grosero. Buscá mujeres que se tengan por dichosas de vuestra deshonesta solicitud; que todas las de mi calidad, y las de menos, como estimen el ser honradas, os aborrecerán como yo.

—Pues ya que me tenéis en ese predicamento —dijo Federico— y no tengo crédito que perder con vos, perdonaréis la grosería que hiciere.

Y tomándole mano para besársela, por principio de la mayor vileza que pretendía hacer, volvió Clavela a valerse de la daga que siempre traía consigo, y dio una herida en el brazo derecho, y tirándole otra al cuerpo, le fue dichoso el soslayo, pues sólo penetró hasta la camisa y rompió un poco del costado.

Jacinta que estaba a la mira y vio vertida la sangre de su hermano, pareciéndole que estaba muerto comenzó a dar voces. Esto a tiempo que entraba Enrique acompañándolo muchos litigantes y pretendientes; vio herido a Federico y que se desangraba apriesa, y a Clavela enfurecida con la daga en la mano, y oyó que decía:

—A quien se atreviere a ofender la fimbria¹³⁹ de mi vestido le sacaré yo el alma.

Preguntola quién había sido el ofensor, y ella le respondió:

—El ofensor ninguno lo ha sido: el que ha intentado serlo, sin respecto de estar en vuestra casa y reincidiendo en su alevosía, ha sido Federico.

Con majestuosa severidad y ponderación de palabras abominó el delito en presencia de los que le acompañaban, y volviéndose a ella le dijo:

—Reportaos, señora doña María Centellas, que ya tenéis quien os defienda y mire por vuestra persona y os dé la satisfacción que deseáis. Y vos, señor Federico, no lo habéis acertado en profanar mi casa, siendo la que, por mi persona y oficio, hasta ahora ninguno le ha negado la veneración. Tratá de curaros, y evitar los excesos que puedan causar accidentes, acaso no peligréis y diga el mundo que murió un caballero, por deshonesto, a manos de una mujer defendiendo su honestidad —raro ejemplo para los jueces en no ultrajar con palabras al delincuente a quien han de condenar conforme a su culpa y lo dispuesto por las leyes.

Curaron a Federico, y sin aguardar declaración de si era o no peligrosa la herida mandó que se ejecutase su auto llevándolo a la prisión que le tenía señalada, diciéndole al salir:

—Mucho me pesa que vuestro mal gobierno haya hecho tan plena probanza que ni sean menester muchos testigos ni se pueda tachar su declaración.

En este intermedio sucedieron dos casos que con admiración general fueron juzgados a permisión divina para que se descubriese la verdad. El uno fue que Adriano, caballero noble, cayó en una enfermedad gravísima, y viéndose desahuciado y que sólo le daban tres horas de vida, declaró delante escribano y testigos que por el paso en que estaba y la cuenta que iba a dar, que él había sido el matador de Alberto, cuya ocasión callaba por ser interesado en ella el honor de una principal señora, sin que en ello hubiese habido cómplice que le ayudase ni lo supiese, y que Alejandro y Clavela padecían sin culpa, y pidió que luego que espirase, antes que fuese enterrado, fuese pública esta declaración.

El otro, no menos admirable, fue que Teodoro (el parcial amigo de Federico, continuo ayudador en sus insolencias y consejero que al difunto Alberto pusiesen en la casa de Alejandro) sacó al campo desafiado a un gallardo y valiente capitán, de quien recibió tan mortales heridas que al segundo día murió, y poco antes que espirase pidió que le llamasen al padre de Federico, y como a particular juez de la causa le descubrió la verdad de todo el suceso, queriendo que esto fuese debajo de secreto natural. No quiso el prudente juez recibir su declaración con el gravamen de aquel sigilo, sino en manera que hiciese fee. Hízola así, con que se acabó de sustanciar el proceso cuanto a los testigos; y llegando a tomarle la confesión a Federico, anduvo tan descompuesto y libre, ya fuese por su arrogante y más que indómita condición o irritado de verse en prisión tan estrecha, si ya no

¹³⁹ Orla, borde inferior.

le pareció que lo absolvería el que lo confesaba, que no sólo confesó todos los cargos que le puso, pero los quiso disculpar y acreditarlos diciendo que semejantes casos, y mayores, sucedían de ordinario a los de su edad, y que los reyes más sabios del mundo habían dejado ejemplares que por lo menos, si no calificaban la imitación, la hacían menos culpable, y con insolente desenvoltura le dijo que hiciese memoria de sus mocedades y perdería el escrúpulo y cesaría el escándalo con que tan circunspecto acriminaba aquellas sus niñerías, más dignas de risa que de ponderarlas por escrito ni hacer juicio sobre ellas.

Grandemente se irritó Enrique, conociendo ser mayor delito el confesarlo con libertad al juez que el haberlo cometido, y sentándose en la silla de su juzgado pronunció por sentencia que a Federico lo sacasen de la prisión en que estaba y en público cadahalso le fuese cortada la cabeza, y que dijese el pregón: «Por asasino de la honra de don Fernando de Cárdenas y de doña María Centellas su mujer» (a quien dio por libres), y que del mayorazgo que gozaba de su madre se les pagase las costas personales, procesales, guardas y carcelería, y que ejecutase sin embargo. Y con semblante severo y mano intrépida la firmó.

Y retirado a su casa, resistía las intercesiones que, más en piadosa lisonja suya que del amor que le tenían al hijo, le hacían los más principales caballeros de la ciudad para que le otorgase la apelación, a quien respondía con gravedad y entereza:

—Señores, pluguiera a los Cielos que tan condigna pena a tan atroz y nunca visto delito fuera partible y que yo pudiera llevar la mayor parte de ella; que por corresponder agradecido a vuestro noble y piadoso animo la sufriera constante, sin dar ventaja al rey Seleuco, cuyo hijo, por haberlo hallado en adulterio, estaba condenado a sacar los ojos (que esta era la pena de la ley), y por no derogarla y que en todo se cumpliese mandó que primero le sacasen a él un ojo, y después otro a su hijo. Pero no es posible lo que deseo, que la ley del Talión¹⁴⁰ lo contradice y no sufre arbitrar en ella. ¿Qué dirían de mí los que saben que Bruto y Torcato,¹⁴¹ celosos de la justicia, fueron crueles con sus hijos, si viesen que perdonaba al mío, siendo mucho peor que ellos? Y ¡cuán grande afrenta me sería caer en la murmuración de los que supiesen que Epaminondas, capitán general tebano, porque su hijo peleó contra su orden, aunque venció al enemigo, le coronó primero como a vencedor y después le mandó matar, y que yo viendo que el mío ha ido contra la ley de Dios y las humanas que nos gobiernan lo perdonase! De menos inconveniente es que él muera, pues lo merece, que faltar yo al cumplimiento de la justicia, cuya recta administración han puesto a mi cargo las dos majestades, divina y humana.

¹⁴⁰ Antiquísimo principio legislativo que igualaba la pena al delito cometido. En lenguaje coloquial, 'ojo por ojo y diente por diente'.

¹⁴¹ Lucio Junio Bruto, fundador de la república romana, dictó sentencia de muerte contra sus hijos, por conspiradores. Tito Manlio Torcuato, cónsul de Roma, ordenó ejecutar a su hijo por contravenir su orden expresa de no aceptar desafíos personales con miembros del ejército contrario antes de la batalla que se avecinaba.

Y viendo que había cerrado las puertas a la clemencia y que sólo se había podido alcanzar, a instancia de unos religiosos, quince días de término para que mejor se dispusiese a morir, un deudo de Federico, tomando testimonio de la sentencia con relación de lo procesado, partió por la posta a dar cuenta al Rey, suplicándole que la revocase, comutándola en lo que fuese servido. Agradose tanto aquel cristianísimo príncipe de este hecho considerando que olvidado Enrique del amor paternal, o posponiéndolo a lo dispuesto por las leyes, condenaba a muerte al propio a quien había engendrado, que por cédula particular mandó que, atento a los muchos y loables servicios suyos, dignos de ser remunerados, y usando de piedad, saliese Federico desterrado y no volviese a entrar en Marsella sin particular licencia suya, y que a su costa sirviese en la guerra seis años con cuatro lanzas;¹⁴² y a Enrique lo hacía de su Parlamento (que entre nosotros decimos «Consejo de Estado»), y que de su Real Hacienda se le diesen a Clavela y Alejandro dos mil ducados de ayuda de costa¹⁴³ por lo que habían padecido, y, por último, que en el sepulcro de Teodoro se pusiese una inscripción con letras grabadas que dijesen: «Aquí yace Teodoro, que a la nobleza de su sangre infamó con detestables costumbres, a quien la violenta muerte que tuvo se anticipó al castigo que se le había de dar por justicia».

Todo se ejecutó por un ministro a quien venía cometido, con grande aplauso y contentamiento del pueblo, y con lo más principal dél fue a sacar de la prisión a Alejandro (que, aunque absuelto y sin prisiones, no había querido Enrique que saliese hasta que su sentencia se ejecutase), acompañándolo hasta donde estaba Clavela, y juntos los llevaron a su posada, desembargándoles los bienes y dando libertad a los criados, que habían recuperado la salud que habían perdido en el tormento que les habían dado

Descontento y melancólico andaba Alejandro, triste y avergonzada se lamentaba Clavela de lo que por ellos había pasado. Poco gusto mostraban en las enhorabuenas que de todos recibían, sin que el favorable suceso moderase el justo sentimiento de la injuria que Federico les había hecho, conociendo cuánto más tenazmente aprehende un vulgo y fija en su crédito la falta que de uno se publica que la virtud que lo hace loable, aunque de lo primero muestre la verdad lo contrario, y a qué cortos pasos y tarde se borra la memoria de lo uno y se le da la posesión de lo otro; y así, se resolvieron a proseguir el viaje que tenían determinado, y dentro de doce días, en el mayor silencio de la noche, dejaron a Marsella y se fueron a Tarascón, donde ya se sabía el agravio que les había hecho y causado abominación en todos los generosos corazones. Allí vivían con tan grande estimación y apacible sosiego, que en algo pudieran olvidarse de las desgracias pasadas.

Al fin de los tres meses se cumplió el plazo tan esperado como temido por Clavela, y contra su mismo deseo parió un hijo, único heredero de su belleza.

¹⁴² Costease cuatro soldados.

¹⁴³ Compensación de gastos.

Recibiolo con lágrimas, y en Alejandro era dificultoso encubrir el contento, sin atreverse a manifestarlo por no darla enojo. Baptizáronlo, queriendo Clavela que le pusiesen por nombre Marcelino (que era el de su esposo). Volviéronlo a sus brazos, y quedándose a solas con él y dando primero tristísimos suspiros, con lastimosas y enternecedas palabras le decía:

—¡Ay hijo de mi dolor y de mis desdichas, engendrado con mi afrenta y nacido para hacer público mi no consentido delito, aunque sujeta ya por la presunción y común sospecha que lo consentí! Vos nacéis para matarme, y en sólo vuestra vida consistirá la muerte de mi buena fama, dando por constante mi no imaginado adulterio. ¿Quién nos verá juntos que no juzgue y tenga mi vida por infame, acriminándola por de lascivo distraimiento? Fuérame de algún consuelo si pudiera confiar que, viviendo vos, habíades de ser capaz sujeto para vengarme. pero ¿cómo es posible? Porque si quisiédesdes satisfacer el agravio hecho a la que os ha parido ha de ser matando al mismo que os engendró, a quien debéis obediencia, como a principio mediato de vuestro natural ser. Estas dos contrarias obligaciones se os oponen, y en otras dos obligaciones contrarias me veo puesta: mi reputación os condena y pide que tome en vos la recompensa de la injuria que recibí; el natural amor que no me es posible negaros es quien os defiende; como efecto¹⁴⁴ producido de la causa de mi perdición; me provoca a que os deje en desamparo; el veros sin culpa y que necesitáis de mí me mueve a piedad. No me miréis tan tierno, lisonjeando mi afición, si no queréis que exhale el corazón por los ojos. Alimento vuestro ha sido ya mi sangre: en ella tenéis valedora, su intercesión me vence y obliga a que os reconozca y ame, como a prendas más cercanas y asidas al alma. Ella sentencia la causa en vuestro favor, y aunque estoy indignada no puedo contradecirla, porque no se qué anuncio de confianza me dice que habéis de tener algún dichoso fin. Vivamos, pues, vos y yo, supuesto que así lo ha permitido el Cielo, y esperemos juntos lo que tuviere dispuesto que sea, que en el cuidado de criaros cumpliré con la comýn ley de la naturaleza.

Y aunque tenían ama prevenida que le diese el pecho, no lo permitió, queriendo que de sólo el suyo se alimentase y que por esta parte fuese heredero de su noble inclinación: prudente aviso para los padres que por escusar el trabajo o por vana ostentación crían a sus hijos con sangre villana, en quien va introducida la vileza de las costumbres y los resabios de la malicia.

Criábase el niño tan hermoso, junto con lo apacible, que cada día se le iba acrecentando la afición de Clavela, con tales extremos, que a sólo él tenía por único alivio de sus penas y fue quien sólo pudo moderar lo áspero de su condición, procedida de la ofensa que tan repetidamente solía llorar. Con esto, y el verla ya más comunicable, y que tal vez regalándose con su hijo se le había visto reír, se persuadió Alejandro (engañado de su deseo) a que podía haber renacido en ella para con él el vínculo de amor que se contrae entre los casados

¹⁴⁴ Orig.: 'afecto'.

cuando llegan a tener fruto de bendición, viendo su mismo ser copiado en un sólo sujeto, y que habría hecho olvido del agravio que recibió y perdido la queja con que hasta entonces la había tenido intratable y ya no se la daba; y en esta confianza la procuraba obligar con más amigables caricias, solicitándole el gusto en cuanto imaginaba que podía recibirla; y si por esto tal vez (aunque tibiamente) se le mostraba agradecida, le tomaba las manos y se las besaba afectando rendimientos a tan gran favor. Con Laurencia, que como espía vigilante velaba siempre sobre sus acciones, tan determinadas como deseadas, se procuraba congratular importunándola que mirase en qué podía servirla, porque a la obligación en que lo había puesto en venir acompañando a Clavela se reconocía muy deudor, y leería tan agradecido que en cuanto ella quisiese de su persona y hacienda podía librarse como en cosa propia. Este ofrecimiento no era sólo de palabra, que obligada la tenía, así con dádivas de más que mediana importancia como con la estimación que hacía de su persona y el respeto con que la trataba, así porque lo merecía como porque la iba disponiendo a que fuese valedora en su pretensión.

Bien conoció Clavela en el afecto y diligencias de Alejandro que aspiraba a mayor conformidad con ella, y no se atrevía a darse por entendida por que no presumiese que podía imaginar que en algún tiempo faltase al cumplimiento de lo que le había prometido. Iguales eran su disimulación y el recato, previniendo a Laurencia que jamás la dejase a solas con él por que no intentase alguna descortesía. Deste perpetuo cuidado se aumentaron en el corazón de Alejandro más encendidas ansias, sin que se le ofreciese modo para reducir a Clavela a que le correspondiese en amistad. Ningún discurso le aseguraba el intento, y el de mayor imposible no le disuadía dél. El amenazarla que se iría, dejándola desamparada en tierra ajena, en sólo pensarlo se afrentaba su ánimo, y se congojaba como si ya estuviera ausente de sus ojos. En la violencia temía la dificultad, acordándose del suceso de Federico, y en los ruegos, aunque los juzgaba por más piadosos, desconfiaba y volvía a confiar.

Algunos días encubrió penando su amorosa pasión, y no pudiendo ya resistirla se determinó a probar la suerte en un día que, continuados hasta quince, había en aquella ciudad una gran feria y todas las mujeres iban a ella, pidiéndole a Clavela que con Laurencia fuesen a verla y comprasen lo que mejor les pareciese. Bien sabía Alejandro que no lo había de aceptar, porque desde el pesar que recibió en Marsella se determinó a no salir a parte pública por quitar la ocasión de otra semejante desgracia, y así, le negó lo que le rogaba (que era lo mismo que él deseaba que le negase), y viéndola resuelta en esto, le dijo:

—No quiero, señora, cosa que sea contra vuestra voluntad; pero por lo menos permití que vaya Laurencia, a quien debemos tanto y es justo que conozca en la demostración que yo hiciere cuán agradecido le estoy de haber venido con nosotros. Y lleve consigo esas esclavas, para que comprándoles algunas niñerías sirvan con más amor. Yo me voy delante, y aguardaré en la calle principal, donde se vende lo mejor y más curioso.

Y tomando dineros salió diciendo que no se tardase mucho. Pareciole a Laurencia que, pues se iba Alejandro, y ella volvería primero que él, que podría quedarse sola Clavela, y así, con su consentimiento y encargando que viniese presto, fue a buscar Alejandro; y él, como astuto, a pocos pasos de su posada se entró en otra para ver cuándo salía Laurencia, y viéndola pasar y que llevaba consigo las criadas juzgaba por bien logrado su intento, y aguardando poco más de un cuarto de hora volvió adonde estaba Clavela; preguntando por Laurencia y diciéndole que ya había ido, afirmó que la había buscado después de aguardarla mucho tiempo, pero que era tan grande el número de la gente y la confusión que había en las tiendas, que dificultaba el encontrarla, y que, así, sería mejor irse juntos el día siguiente. Y no queriendo perder la ocasión que su industria le había ofrecido, comenzó con estas amigables palabras:

—Mucho quisiera, Clavela y señora mía, que la rigurosa condición que sólo tenéis para conmigo, que os estoy adorando, la templásedes con el conocimiento de lo que os ha podido obligar el verme tan avasallado a sólo la ley de vuestro albedrío, tanto, que me tuviera por el más bruto de los brutos si aun el menor pensamiento mío se dirigiera a otro fin que a serviros. Vos sois y os reconozco por dueño absoluto de mis sentidos y potencias: sola vos sois la vida de mi vida, y sin vos ni puedo ni quiero gozarla. Confieso que os debo mucho por los trabajos que por mi causa habéis padecido y padecéis, pero también quiero que me debáis el sentimiento que tengo de que los padeczáis y la voluntad de que los padeciera por vos. Los míos, aunque menores, bien los pudiera escusar si olvidado de quien soy y habiendo despreciado, como desprecié, los mayores riesgos antes de alcanzar lo que deseaba, si después de alcanzado juzgara los que eran menores por de imposible remedio y me pusiera en salvo huyendo el conocido peligro en que juntos nos vimos con Marcelino y Arnaldo, procurando mi conservación más que vuestra. No puedo negaros que allí os debí la vida, pues estuve en vuestra mano el que perdiése, pero debéis conocer que amparé la vuestra, que sin defensa humana os la quitara vuestro marido, y así, fuimos iguales en beneficiarnos el uno al otro. Por sólo vuestro respecto olvido y dejo mi patria y casa: vos no podéis volver a la que dejastes, a sólo mi cargo ha de estar vuestra persona y sólo yo no os tengo de faltar en cuanto quisiéredes que viva. Señora sois de mi hacienda, que si bien su valor no iguala a vuestros merecimientos, no es tan corta que tengáis necesidad de ajeno socorro, y pues tenemos ese niño con quien gozarla, sea el iris¹⁴⁵ de nuestra paz: acábese el enojo y desabrimiento con que hasta ahora me habéis tratado, si no queréis que muera con el rigor de vuestro desdén, y encarecidamente os suplico me deis un favor, o permitid que yo lo tome.

Acercándose iba a Clavela, pareciéndole que sus ruegos la tenían vencida viendo que ni levantaba los ojos del suelo ni en el semblante mostraba ningún desagrado; pero ella con un ánimo intrépido lo detuvo diciéndole:

¹⁴⁵ Arco iris.

—Por cortesía os pido, señor Alejandro, que, pues he oído lo que me habéis dicho, oigáis lo que os quiero decir. Breves serán mis palabras, que en semejante materia es cosa indigna que hable una mujer de mi calidad. Agradezco cuanto puedo vuestros ofrecimientos, aunque cuando yo fuera tan liviana y de viles costumbres que concediera con lo que me pedís, ¿qué confianza podía hacer de que los cumpliríades, faltando, como faltáis, a los que hicistes a Dios? ¿Esto es lo que le prometistes y lo que sobre su ara consagrada jurastes? Adverti, pues os preciáis de cristiano, que cuando no hubiera el divino precepto¹⁴⁶ que prohíbe lo que tan injustamente pretendéis, con el voto hecho os obligastes y estáis obligado a cumplirlo. Pídos encarecidamente que desechéis de vos tan lascivo pensamiento; y pues tantas veces me habéis encarecido lo mucho que os ha pesado de la ofensa que me hecistes, siendo, como soy, una humilde criatura, considerá en qué grado es razón que os pese de la que ahora hacéis (demás de la hecha) a nuestro Criador, porque en consintiendo en el pecado os sujetastes a la misma pena que si lo hubiérades cometido, que un pensamiento deliberado, cuanto a la culpa, equivale a la misma ejecución y os está amenazando el castigo. Demás desto, bien sabéis que me sacrificué a Dios con promesa de perpetua clausura (cuanto le es permitida a mi estado y para defender la vida) el día que me determiné a venir con vos (por no tener otro remedio lo sucedido), y que en su nombre os constituyistes, hasta conseguirlo, por depositario de mi persona, y así, tenéis obligación a darle buena cuenta del depósito, según se lo prometistes.¹⁴⁷ Mirad que es riguroso vengador de lo que se le promete y no se le cumple: cumplid lo que le prometiste si queréis aplacar su ira, que de mi parte, viéndoos arrepentido de lo que habéis intentado, me olvidaré de este desalumbramiento y no cesaré de serviros y regalaros como a bienhechor mío de quien espero todo favor.

El apasionado ánimo de Alejandro y lo precipitado de su resolución lo tenía tan incapaz para admitir tan justas persuasiones, que con ellas se encendió más la torpe a de su deseo, y así, arremetió con Clavela, repitiendo:

—Pues si he de pagar tanto por sólo el consentimiento como por el hecho, esto me llevaré gozado.

Pero no le sucedió como pensaba, que forcejando con él pudo sacar la daga en quien siempre tenía librada su defensa, y a no retirarse tan apriesa Alejandro sin duda quedara muerto a sus manos. Y quedó tan impaciente y furiosa por el desacato que con ella había tenido, que con tremenda voz le dijo:

—¡Infame y vil caballero, traidor a Dios y a mí! No os retiréis: llegaos a gozar lo que decís y bajaréis al Infierno sin haberlo conseguido. ¡Llegá, llegá, que aquí os aguaran mis brazos! Y por que no entendáis que me obligan vuestros regalos ni me mueve la codicia de vuestra hacienda, quedaos con ella y con la infamia que habéis intentado contra quien se fiaba de vos, que yo saldré publicando en

¹⁴⁶ El noveno mandamiento: «No desearás la mujer de tu prójimo».

¹⁴⁷ Orig.: 'premetistes' (69r).

toda esta ciudad quién sois y cómo habéis procedido y procedéis, que no ha de faltar quien me ampare con más cortesía que vos, ni juez a quien yo le diga delito, que no se duela de mí y os quite la cabeza de los hombros, o algún noble ciudadano que en mi desagravio a puñaladas os saque el alma. Sólo me pesa de que quede en vuestro poder este hijo, a quien injustamente he querido la parte que tiene vuestra, que la que tiene mía hago cuenta que murió. Criadlo (si viviéredes) y en señal de la vileza y alevosía de vuestra más perversa inclinación, que el Cielo dispondrá que sea vuestro verdugo y mi vengador.

Y diciendo esto tomó su manto para salirse de casa.

Quedó Alejandro tan atónito y turbado que más muerto que vivo parecía, aunque esto no le impidió considerar¹⁴⁸ el peligro que le amenazaba en la vida y en la honra si Clavela se fuese. En el llegar a detenerla por fuerza no aseguraba su persona, y temía una desgracia viéndola colérica y agraviada, y así, quiso vencerla con humildad (acto que aunque por sí mismo es heroico, pierde su valor cuando lo hace el culpado con el temor de la pena), y puesto de rodillas le dijo:

—Señora mía, confieso la justa causa que habéis tenido para daros por ofendida de mí, y siento en el alma el haberlos enojado. A vuestros pies estoy rendido: tomá de mí la satisfacción que quisiéredes, que digno soy de la más rigurosa; pero si el arrepentimiento puede ser recompensa de la culpa, yo estoy tan arrepentido que merezco me perdonéis. Ya señora, he conocido del todo cuán ejemplar sea vuestra virtud y el cristiano valor de que os dotó el Cielo para defensa de vuestro honor, y así, protesto¹⁴⁹ y prometo que no recibiréis otro enojo por mi causa, y que como a cosa sagrada os serviré siempre. Suplícoos que os desenojéis: serenad el rostro antes que vengan las criadas, por que no entiendan lo que ha pasado, que sería tanta mi vergüenza, que tendría poder para acabarme. Y pues para con Dios habéis merecido en la resistencia, no mereceréis menos en perdonarme (como os lo suplico), que de no hacerlo mi perdición será cierta; vuestro remedio y el fin que deseáis, dudosamente, y este niño, tan merecedor de ser querido, expuesto a la horfanidad. Doleos dél y de mí no permitiendo que la culpa que ha sido mía la pague su inocencia: merezca yo por él lo que no fuera justo concederme por mis desatinos.

Con grave severidad se reportó Clavela; fuerza le hicieron estas razones y el verlo tan arrepentido. Llegose a él y, tomándole de las manos, le ayudó a levantar del suelo, diciéndole:

—Bien os bastará esta experiencia, señor Alejandro, para tener entendido cómo debéis proceder con una mujer de tan honradas obligaciones como las mías, a quien por desvaríos vuestros, y no por culpa de mal cumplidas, se está amparando de vos; que sólo esto, cuando no os fuera tan constante lo primero, os habría de obligar a defenderme, no sólo de los otros hombres que intentasen ofenderme, sino de vos mismo. Yo quiero confiarde de lo que nuevamente

¹⁴⁸ Suplo 'considerar' (69v).

¹⁴⁹ Declaro, manifiesto.

prometéis, y vos podéis estarlo de que en cuanto viviere habéis de hallar en mi pecho la constancia y determinación que ahora habéis visto. Esto os pido que creáis, y os ruego que no me deis otra semejante ocasión si queréis que esté en vuestra compañía. Y antes que venga Laurencia os podréis ir, por que no os halle solo conmigo, que cuando volváis le podréis decir lo que a mí me dijiste: que con la mucha gente no la habíades encontrado. Y ahora id por parte que no la encontréis.

Menos turbación causó en Alejandro la rigurosa tormenta que padeció navegando que lo sucedido con Clavela; a mayor dicha tuvo el haber escapado de sus manos que del furioso huracán y embravecidas olas en que por instantes esperaba anegarse, y no celebró entonces la serenidad de los vientos con tanta alegría como el haberla desenojado. Contento salió, y se detuvo hasta que vio venir a Laurencia, a quien le dio la disculpa prevenida, y otro día se fue con ella y las criadas a la feria y gastó con todas más de docientos escudos, y a Clavela le trajo una joya que le costó quinientos, y ella la recibió mostrándose muy agradecida.

Con mayor quietud (aunque sin faltar al recato) pasaba los días Clavela, dando por favorable lo que le había sucedido en confianza de la nueva promesa de Alejandro, a quien hablaba más apacible y cariosamente, y para obligarle más a que la cumpliese cuidaba del regalo de su persona, y él la correspondía con el mismo, procurando divertirla con honestos y agradables entretenimientos. El objeto de sus aficiones era el niño Marcelino, en quien con tanto extremo se aventajó la gracia a la edad de seis meses que gozaba, que a cuantos le veían les obligaba a tenerle amor.

Tan bien hallados estaban en aquella ciudad con el cortejo que les hacían y la estimación con que los trataban, que determinaron detenerse en ella el tiempo que conviniese, hasta que, desembarazada Clavela de criar a su hijo, pudiesen dar la vuelta a Barcelona; pero no lograron su intento, que la voluble rueda de la Fortuna dio otra vuelta con que se vio Alejandro en lo más profundo de la desdicha y pasó el mayor infortunio que jamás llegó ni pudo llegar a su corazón, porque habiendo salido a la plaza y estando en conversación con otros caballeros pasó un hombre en hábito español y acaso puso los ojos en él, y pareciéndole que en otra parte lo había visto quiso certificarse, y dio tantas vueltas mirándole, que le obligó a Alejandro, movido de la curiosidad y no sin algún cuidado (común recelo del que agravia y teme al ofendido) a llamarle aparte y preguntarle si quería algo o le conocía, porque la atención con que a él más que a los con quien estaba le había mirado daba a entender que había algún caso particular.

—No os engañáis —le respondió—: salgamos fuera de los muros, que para lo que deseáis saber y yo os tengo que decir os conviene menos testigos.

Fuérонse juntos, y entrándose por entre unos árboles y sentados sobre un caído y antiguo tronco, le dijo:

—Bien os conozco, señor Alejandro: en una misma patria nacimos y tengo muy particular noticia de vos; y me cuesta parte de mi hacienda el tenerla, y no

menor peligro de la vida. El ser en calidad desiguales es causa de que no me conozcáis: yo vivo de trajinar el mundo llevando y trayendo a diversas partes del, a caballo, en coche o litera, a los que caminan. Muy descuidado vivís, y del sosiego en que os veo llego a juzgar que no sabéis la ruina que ha venido por vuestra casa. Tené paciencia para oírme y cordura para prevenir lo que conviene (que no sin particular providencia me ha traído Dios para que os avise y os guarde), que en breves palabras os diré el más lastimoso suceso que se habrá oido ni visto. Partistes a Sevilla, bien sabéis a qué; en ella solicitastes a una señora tan bella como noble, mujer de un gran caballero, en que os detuvistes más tiempo del que por vuestra promesa estábades obligado., Luperto, criado vuestro, a quien enviastes con aquella cantidad de dinero, le refirió a Laureana vuestra esposa la causa que os detenía y el peligro que os amenazaba; determinó ir a buscaros acompañada de Laurelio su hermano, de dos criadas y de Luperto. Mandó prevenir un coche, de quien yo fui dueño y guiador, donde oí lo que hasta aquí he referido (que yo y los de mi oficio todo lo oímos, y aun sin ser confesores sabemos muchas cosas primero que ellos, no sólo cometidas, pero sin querer nos hallamos al concierto de cometerlas). Comenzamos el viaje, y al día tercero la desgracia venció a mi experiencia: perdí el camino (cosa que hasta entonces ni después hasta hoy me ha sucedido); la casi vecina noche impidió el volver a buscarlo y forzó a quedarnos en el campo. Haciendo estábamos una barraca en que se recogiese Laureana cuando tres hombres puestos a caballo y prevenidos con armas de fuego llegaron a nuestro rancho, y uno de ellos, después de haber hablado en secreto con sus compañeros, apuntó una pistola a los pechos de Laurelio, cuyas balas abrieron puerta por donde en menos de una hora dio el alma a su Criador. A Luperto no le fue favorable la huida, aunque la comenzó diligente: alcanzolo, y después de haberle respondido a no sé qué preguntas que le hizo vi que el fuego y balas de otra pistola le privó de la vida. Yo pude retirarme y retirar un caballo de los tres que libres andaban paciendo, y dejándolo en un puesto conocido volví secretamente al puesto amparado de la obscuridad y las ramas de un pequeño montecillo que le servía de margen y guiándome el resplandor de una hoguera que habían hecho, cuya luz hacía patentes a ellos, que de más cerca le asistían sin percibir lo que a breve distancia estaba apartado, y esto al tiempo que el homicida llegaba y Laurelio, agonizando con las últimas congojas, se despedía para siempre de su hermana pidiéndola que le diese sepultura. Espiró en sus brazos, y ella vencida de tan grave dolor, perdió los sentidos quedando como muerta. Un poco la estuvo considerando su ofensor, y quedándose a solas con ella y antes que volviese de aquel casi mortal parasismo (no sé cómo me atreva a decirlo) ofendió su honestidad con inorme ayuntamiento. ¡Oh, cuánto deseó tuve de poder matarle! ¡Mal haya el que camina sin armas que basten a impedir o vengar semejantes injurias! Volvió en sí Laureana, y, hallándose descompuesta, no se puede encarecer los dolorosos

extremos que hizo, las tristes y lastimosas quejas que dio y los encareidos ruegos pidiéndole que la matase; y él le dijo que¹⁵⁰ con disculpa de engañado, entendiendo que era Clavela, su mujer (así me parece que la nombró), y que Laurelio érades vos, lo había muerto; y, en suma, le dijo que os iba buscando para vengarse del agravio que le habíades hecho en violar su tálamo y haberos llevado a Clavela. Consigo llevó a Laureana, y, si no oí mal, dirigía su camino a este reino porque supo que veníades a él. Iguale vuestro cuidado al peligro, que de la confianza no acompañada con recato suelen proceder desastrados fines. Y si queréis saber la segunda parte de vuestra lastimosa tragedia prevenid de nuevo el sufrimiento, que bien lo habréis menester: parió Laureana el hijo que dejastes engendrado; con públicas alegrías se celebró su nacimiento, en que se mostró que érades entonces tan bienquisto y amado de todos como ahora murmurado y reprehendido. Cuando Laureana partió a buscaros lo dejó a cargo de quien lo criase, sustituyendo en este cuidado a una ama y a una dueña de quien tenía satisfacción, y a poco más de un mes le sobrevino un accidente de aquellos que a los de su tierna edad vemos que les son comunes, y dejando el suelo fue a estar en compañía de los ángeles. La hacienda que teníades, viéndola sin dueño, puso en administración la justicia, y en depósito el dinero que enviastes, con los demás muebles: procurad poner cobro en todo, y más en la defensa de vuestra vida, pues tenéis quien con diligencia solicita el quitárosla.

—Escusada diligencia será la suya —respondió Alejandro, con voz tan turbada y débil que dificultaba el articularse entre la lengua y los labios—: enemigos más crueles me habéis manifestado, contra quien la mayor resistencia será flaca y el valor quedará rendido al sentimiento. ¿Cómo es posible que viva un hombre sin el alma del honor? Pues si yo la he perdido y estoy muerto, ¿qué tiene ya que matar en mí? ¡Oh santo y justo Cielo, si habéis vengado a Marcelino castigando la ofensa que cometí, muévaos mi arrepentimiento! Sed piadoso con Laureana, que no tuvo culpa en ella y os es manifiesta su virtud. Y vos, amigo, que habéis sido el nuncio de mis males y sabidor de mi afrenta, débaos el silencio y mi agradecimiento el no revelarla a otro, que estoy aquí en buena opinión. Y mirá si necesitáis de algo, que bien tengo con que poder socorreros; y si por mi causa perdisteis vuestro coche, llevándoselo, como decís Marcelino, séaos recompensa esta cadena y diamante, que su valor es suficiente para comprar otro.

No dificultó el recibirlo, ni fue corto en las promesas de guardar en su pecho cuanto le había referido, y para asegurarla más le dijo:

—No pudiera yo haber conservado la vida, ni hubiera quien se fiara de mí, si de los varios y graves casos que he visto, y otros que se me han encomendado, fuera pródiga mi lengua en revelarlos; que pocas veces se hallará que el hombre que descubrió faltas o agravios ajenos, que (demás de la gravedad del pecado que comete) viviese con sosiego ni dejase de padecer muerte violenta. Crédito le

¹⁵⁰ Suplo 'le dijo que' (71v).

debéis a mi afirmación, y confianza a lo que me mandáis que calle (en que no mereceré mucho, por ser natural en mí por el deseo de mi conservación), pues veis que por importar a vuestra seguridad y a que¹⁵¹ pongáis el posible remedio a lo por venir (que otra cosa no me obligara) os saqué a este puesto, donde el mudo silencio de estos árboles solo ha sido testigo de esta lamentable y trágica historia; y así, os podéis asegurar de que no la sabrá otro alguno ni será causa que se ofenda la buena opinión en que estáis. Además,¹⁵² que me hallo obligado con la merced que me hacéis, y fuera crimen de infamia el ser ingrato al beneficio que recibo.

Con esto se despidió Alejandro, y llegó a su posada con tan grande aumento de pesares, y el rostro tan entristecido, que lo advirtió Clavela, y temiendo alguna nueva desdicha (como ya hecha a padecerlas) instó con importunos y encarecidos ruegos le dijese la causa de aquella tan accidental tristeza si no quería verla morir entre sospechas y temores, y él no atreviéndose a negarla, le dijo:

—Poca parte os alcanza de la infelicidad que sobre mí ha venido. Yo solo soy ahora contra quien la Fortuna, constante en mi daño, ha echado el resto del poder o permisión que se le concede para perseguir a los hombres; en mí ha ejecutado la venganza más cruel y castigo más riguroso que pudo inventar la indignación del mayor tirano; al fin, ha querido que en esto sea yo tremendo ejemplar para los venideros siglos, porque en los pasados ni el presente tengo por imposible que haya otro que le iguale. Y por que no presumáis que es hiperbólico encarecimiento, estadme atenta y juzgaréis cuán perdida puedo tener la esperanza de que en algún tiempo se ha mejorar mi suerte.

Y previniéndose de respiración y reprimiendo las ansias que le ahogaban, le refirió cuanto su compatriota le había dicho. Nuevo aumento tuvieron las penas de Clavela, y como si entonces¹⁵³ llegaran, las comenzó a repetir y llorar. Turbole el saber que Marcelino estaba en Francia y que la buscaba:¹⁵⁴ confirió con Alejandro lo que convendría hacer, y resolvieron que, supuesto que París, adonde Marcelino llevaba su derrota, estaba cien leguas de Tarascón, donde residían, se estuviesen allí, con particular y vigilante recato en el salir de casa y hallarse en actos públicos, fingiendo para con los amigos forzosos despachos.

Dejémoslos aquí y sigamos a Marcelino y Laureana, en cuya peregrinación también tuvieron penosos azares y gozaron de adversa y prospera fortuna.

— o O o —

Varias poblaciones anduvieron hasta llegar a la Corte francesa, donde Marcelino (mudado el nombre en Ricardo, y el de Laureana en Estefanía)

¹⁵¹ Orig.: 'ya que' (72v).

¹⁵² Orig.: 'estaisa: demas' (72v).

¹⁵³ Orig.: 'entoces' (73r).

¹⁵⁴ Orig.: 'buscrua' (73r).

determinó asistir hasta hallar a su enemigo. Mañosamente procuró introducirse con los más nobles y gallardos cortesanos, imitándolos en el traje, barba y cabello; puso casa ostentosa donde los festejaba de ordinario, y compró caballos con que seguía sus ejercicios. La liberalidad (imán de las voluntades, y de los neutrales conciliadora) le hizo amable y dueño de mucha aficiones. De ordinario se hallaba en los festines, imaginando que tal vez vería en alguno a Clavela, y un día, muy como acaso, comenzó a loar la bizarría de los de aquella nación y la fortaleza y animosidad en las batallas. Encareció el deseo que tenía de conocer a monsieur de Blondel, a quien por su fama le estaba muy aficionado, inclinándole a esto las muchas virtudes y el gran valor que tantos le habían encarecido.

—No se engañan —le respondieron— los que hablan dél con ese decoro: justa alabanza merece su persona, porque es uno de los más bizarros caballeros de nuestros tiempos. Y presto lo podréis ver y satisfaceros de lo que deseáis, porque dentro de quince días ha de haber un torneo de a caballo, de quien ha de ser mantenedor (a que han de asistir los Reyes y ser jueces), por el feliz nacimiento de nuestro Delfín. Los premios serán de mucho valor, pero el de mayor estima una corona de laurel que por mano de la Reina se le ha de dar al que más se aventajare.

Contento quedó Marcelino con este aviso y de que el Rey se hubiese de hallar presente, determinando salir aventurero a combatir con Blondel; y aunque le habían dicho que era un mancebo robusto y membrudo, y de los más ejercitados, su agravio y enojo lo desestimaba, prometiéndose la victoria en el primer encuentro; y cuando la suerte los hiciese iguales, pedirle campo acusándole de traidor y adulterio. Prevínose con todo secreto de fuertes armas,¹⁵⁵ vestíaselas muchas veces ensayándose contra un estafermo.¹⁵⁶ Llegó el plazo, y dispuesto el sitio con tan majestuoso adorno como a la presencia de las personas reales se debía, y asentados, entró Blondel en un caballo napolitano (feroz y acostumbrado a tales actos), tan gallardo y desenfadado, que por el menor de los encarecimientos será decir que parecía un monte sentado sobre sí mismo.

Hecha la seña se comenzó el combate, y el mantenedor salió vitorioso de los seis primeros competidores, y en cuanto un padrino fue a llevar los premios que le habían dado a las damas ocupó Marcelino el puesto representándole la batalla: partieron ambos con tan arrebatada furia, que de su velocidad pudo quedar envidioso el viento. Acierto más dichoso tuvo el enristre de Blondel, encaminando su lanza por entre el peto y la gola de Marcelino con tal pujanza que lo arrojó de la silla. El golpe fue tan grande que lo juzgaron por muerto, o muy cercano a ello. Acudieron a desarmarlo apriesa, por que las armas no lo ahogasen; conociéronle algunos de sus amigos; retiraronlo a su posada, no herido, pero muy atormentado de la caída. Recibiólo Laureana con aparente

¹⁵⁵ La piezas de la armadura.

¹⁵⁶ Artefacto giratorio para ensayarse con caballo y lanza en ristre. En uno de los brazos había un escudo al que golpear al galope con la punta de la lanza, y en el otro colgaba un saco lleno de tierra cuyo golpe, por girar hacia el jinete, había que evitar.

tristeza, encubriendo el deseo de que el golpe de la caída hubiera sido en el cuerpo, tan penetrante que con su muerte ella quedara en libertad, y Arnaldo y Guillermo libres del continuo cuidado de guardarla.

Acabose el torneo con otros ocho guerreros, cuyo valor (aunque no vencedores) hizo que todos juzgasen a Blondel digno de la corona; la Reina se la puso en la cabeza, y él, hincada la rodilla, le besó la mano y suplicó intercediese con el Rey le hiciese merced de darle por mujer a madama Isabela, a quien con voluntad y licencia suya había servido seis años, y que su Alteza le concediese el ofrecerle aquella corona, como a vencedora del vencedor. Todo le fue concedido con particular gusto y a pesar de otros que la pretendían sin haber llegado a ser favorecidos.

Entre los muchos que visitaron a Blondel dándole los parabienes de todo fueron algunos conocidos de Marcelino, y diciéndole lo muy aficionado que le estaba y cuánto deseaba conocerlo y gozar de su comunicación y amistad, afirmándole que era un calificado caballero, quiso ir a visitarlo en compañía de otros amigos. Hallolo levantado (por haber ya pasado nueve días), y después de haberle encarecido el pesar de su fracaso (a cuya variedad de accidentes estaban sujetos los hombres, sin por ellos recibir injuria su honor) y encarecidole¹⁵⁷ el contento de que estuviese¹⁵⁸ tan alentado, le dijo:

—Demás, señor Ricardo, de la estimación que hago al favor y honra que me hacéis en darme parte de vuestra afición sin habéroslo merecido,¹⁵⁹ me reconoceré siempre obligado, pues la caída que distes (¡a Dios gracias que no fue peligrosa!) ayudó a hacerme merecedor de conseguir el mayor bien que pudo caber en mi deseo: dando el premio debido a seis años de voluntad (servir y padecer) que yo tuve (bien correspondida) puesta en madama Isabela, muy querida de la Reina y dama suya, el día del torneo se nos concedió licencia para casarnos. Dadme la enhorabuena en retorno de la que os doy de vuestra mejoría.

—Luego ¿no érades casado? —le replicó Marcelino.

—Sí lo era —dijo Blondel—, porque si el matrimonio dice unión de voluntades, desde que Isabela recibió la mía y me dio la suya, y ambas dirigidas a un mismo fin, que es el que hemos de conseguir ahora, desde entonces nuestras almas estuvieron casadas: sólo faltaba, para lo público, la permisión del Rey, que ya tenemos, y ahora, las ceremonias establecidas por la Iglesia.

—¿En qué tiempo estuvistes en España? —le preguntó Marcelino, entre confusión y sospecha de haber sido engañado.

—No he visto esa provincia de quien tantas grandezas cuentan los que han estado en ella —respondió Blondel—, porque como he tenido en ésta la prenda sola de mi amor, a quien adoraba, el ausentarme fuera delito contra las leyes de verdadero amante y mereciera los rigurosos efectos de la ausencia, y más ciertos

¹⁵⁷ Orig.: 'encareciendole' (74v).

¹⁵⁸ Orig.: 'estuuisse' (74v).

¹⁵⁹ Sin yo merecerlo de vos.

cuanto era menos la posesión, que aun a ésta muchas veces se le atreven, y los padecen los muy confiados.

— ¿Hay otro caballero de vuestro apellido y nombre en este reino? — volvió a preguntarle para asegurarse del todo.

Satisfízole diciendo:

— Desde mi abuelo, que por haber sido señor de un castillo que se llama Blondel le dieron este nombre, en que sucedió mi padre, y dél en mí, ni antes ni después lo ha tenido ni tiene otro. Y porque creo que salen esta tarde las damas es forzoso el asistirlas y acompañarlas: con vuestra licencia iré a cumplir con esta obligación, que yo volveré a veros y a suplicaros os sirváis de mí como de muy vuestro.

Difíciloso le fuera a Marcelino el corresponder a estos amigables y corteses ofrecimientos: entre desesperado y confuso viendo frustrado su intento, avergonzado y corrido de que tan mal le sucediese en el torneo y haber salido tan poco airoso dél, con diversas resoluciones padecía ambigüedad su juicio, sin saber determinar en lo que le convenía seguir. Dábase por engañado de la criada Claudina en haberle dicho que su enemigo se llamaba Blondel; hacíale alguna fuerza haberle afirmado lo mismo el huésped en cuya posada estuvo, y que era francés y se partía por la posta. Con Arnaldo se aconsejaba pidiéndole su parecer, y el prudente mancebo le dijo:

— Ninguna cosa es tan común en los hombres, cuando recatados y fugitivos huyen con temor del peligro que los amenaza, que el tomar nombre ajeno, vestidos desiguales al suyo y torcer el canino para desmentir las espías del que los busca o persigue. En vos propio, aunque sois el que buscáis lo podréis conocer, pues siendo vuestro nombre Marcelino, hoy os transformáis en un fingido Ricardo. Las diligencias que se hicieron en Sevilla, puertas y caminos suyos (prevenciones inescusables), le impedirían el salir de ella por entonces: el río navegable que tiene le pudo asegurar la huida. Paréceme, y lo tengo por cierto, que no se entregaría al mar Océano, en cuya navegación son más comunes nuestros españoles: el Mediterráneo le daría paso de mayor seguro y franco. Yo sería de opinión que fuésemos atravesando hacia Levante, hasta los puertos que dividen estos dos reinos; que si habéis de conseguir lo que pretendéis ha de ser por esta parte.

Satisfízole a Marcelino este consejo, y para ejecutarlo sin que se presumiese que afrentado de la caída se ausentaba, introdujo entre los con quien se había comunicado que Laureana había hecho voto de tener una novena en un gran santuario de Nuestra Señora que distaba de allí ocho leguas, y que volvería dentro de doce o quince días. Partió de París pesaroso y arrepentido de haber ido a él y maldiciendo a quien había sido la causa. Poco le embarazaban estos penosos sentimientos para cuidar del regalo de Laureana sin faltar un punto a las leyes de la urbanidad y cortesía, que para con ella el rencor estaba convertido en voluntad, con que procuraba obligarla por lo menos a que moderase la consistencia de sus congojas, sin serle posible vencer la profunda tristeza que en

ella estaba apoderada ni poder reprimir el continuo llanto y los suspiros. Y un día (después de haber caminado seis) llegaron a una pequeña aldea, donde por hallarse indisposta se quedaron. Oyó que, estando sola en un aposento de la posada, se lamentaba diciendo:

—Dios mío y Señor omnipotente, bien sabéis que nunca se descompuso mi atrevimiento a querer penetrar vuestros divinos y soberanos juicios ni los secretos medios de que usáis para que vuestra voluntad se cumpla en todo. Vos solo sois sabidor de lo que hacéis y de lo que permitís, pero sé (porque lo decís Vos) que a los que amáis, a vuestros mayores amigos, los afligís con trabajos y dais licencia para que se les atreva la persecución, y que en el crisol de las tribulaciones experimentáis su paciencia y sois el premio de su constancia. Poco os habéis agradado de mí: no debo estar en el número de los escogidos, pues siendo, como sois, causa universal de todo lo bueno, permitistes (el porqué Vos lo sabéis) que del pecado que se cometió en mí sin saberlo ni consentirlo haya quedado en mis entrañas un vivo testimonio para que, en naciendo, sea yo tenida por mala. Siempre guardastes, Señor, la honra de aquellos que padecieron por Vos; crueles castigos ejecutastes en los que se quisieron atrever a la ofensa de su integridad; en las haciendas y vidas distes consentimiento que se ejecutase la残酷 y tiranía de vuestros enemigos. En mí lo veo al contrario, que gozo de la vida siéndome tan enojosa desde la infeliz hora que por ajena culpa he perdido la buena fama y puede la malicia condenarme por adultera. ¿Qué hare, que aunque viva no la tengo de poder recuperar, ni ha de haber crédito que me disulpe viéndome que soy madre de un hijo adulterino, y si aguardo a la muerte que lo remedie, es ordinario huir de quien la desea? Tomarla yo por mis manos no me atrevo; que será riguroso vuestro castigo si soy homicida de mí misma y de lo que vive dentro en mí, y será tanto más grave este delito cuanto fue menos la culpa que tuve en esa ocasión, y lo que en ella no pequé (bien sabéis esta verdad) en el consentimiento pecaría con la desesperación. Y, con todo esto, la estimación humana me incita a que lo posponga todo por no vivir en general desprecio y que yo misma me prive del ser, y, reducido este cuerpo a cadáver, sea de otro juntamente sepulcro. Pero ¡ay de mí!, que no puede ser esta causa excepción del precepto, que sólo al que ofrece su vida y la pierde por Vos se la recompensáis con la eterna. Ríndase, pues, mi voluntad, a vuestra sagrada ley; obedezca y guarde vuestros divinos mandamientos; muévaos mi dolor a piedad y a usar conmigo de misericordia; y si en mi padecer, en mis oprobios y afrentas ha de consistir el desenojaros, vengan sobre mí las más rigurosas persecuciones y los tormentos más insufribles y de mayor aflicción y angustia, que yo los padeceré por Vos.

Esta humilde y fervorosa resignación, este rendirse y ofrecerse Laureana a padecer por Dios y ver el cristiano valor con que desafiaba contra sí a los más fuertes enemigos que tienen la honra y estimación mundana, causó tan grande asombro en Marcelino, que estuvo entre dudoso y determinado a mudar de intento y, despreciando todas las cosas de la tierra, elegir el desierto más áspero y

solitario donde en vida penitente pudiese hacer algún esquite de las culpas que su memoria y conciencia le causaban; pero murió este santo propósito antes de acabarse de engendrar, a las crueles manos del ¿qué dirá el mundo de mí? ¿Qué dirán los que me conocen? ¿Qué dirán mis parientes, y amigos? Claro está que dirán públicamente que, de cobarde y vencido de la pusilanimidad, no me atreví a desagraviarme, y que con capa de hipocresía encubrí mi desaliento; con eterna infamia quedará manchado el blasón ilustre que de mis pasados heredé, en suma, dirán que se acaba en mí la inmemorial nobleza de mi casa, y la mirarán con desprecio los que antes la respetaban. Pero no se acordó del qué dirán los Cielos y la tierra de la enormísima maldad que había cometido en la inocente Laureana, porque es muy común en nuestra depravada naturaleza sentir las injurias que nos hacen y no ponderar las que hacemos al prójimo y a Dios, como primer ofendido, a quien nos atrevemos más que a los hombres, siendo, como es, mayor su poder para el castigo y la venganza.

Al fin, olvidado desto y reportado del furor que le había irritado primero, entró donde estaba Laureana y le dijo:

—De tal manera me han enternecido las razones que habéis dicho y el cómo os habéis lamentado, que si con arrepentirme de lo hecho pudiera remediarlo no quedárades quejosa de mí. Vos me habéis enseñado lo que os pudiera decir para consolaros: permisión no penetrada de humano discurso decís que fue la que ahora os tiene más afligida, y pues tan conforme estáis con la divina voluntad, perdonadme si os digo que me holgaré cuanto puedo encarecer de que salga a luz esa prenda, a quien, por la parte que tiene vuestra más que por la mía, será querida y estimada de mí, y podréis estar confiada de que miraré por ella, tanto, que será señor absoluto de mi hacienda, sin reservar otra cosa que una limitada y congrua sustentación para que con la demás os regale y sirva. Lo que ya fue, en ninguna potencia cabe hacer que no haya sido; la mayor prudencia, en los casos futuros se ha de conocer, y aunque éstos son contingentes y no podemos ofrecernos dellos efectos iguales a nuestro deseo, nos enseña cómo los hayamos de prevenir y remediar o nos dispone a sufrirlos. Esperemos el fin del que estamos aguardando, que será posible que consista en él nuestra mayor paz y descanso.

Quiso responderle Laureana; impidiolo un repentino estruendo de cuatrocientos hombres de caballo, parte de un escuadrón de mayor número que en guerra civil estaba opuesto a otro, procurando cada uno destruir los pueblos y vasallos de su contrario. Cercaron la pobre aldea, ejecutando el furor en los primeros que encontraron. Marcelino y Arnaldo queriendo retirar a Laureana, fue inútil su diligencia, porque estaban tomados los pasos por uno de los capitanes que acaudillaban aquella gente. Conoció ser españoles, y aunque no muy inclinado a ellos les reservó las vidas respectando la hermosura de Laureana, poniéndole este cargo con deseo de obligarla.

Saqueada el aldea y juntado el despojo para repartirlo, quiso el otro capitán que Marcelino y su familia entrasen en su parte; no quiso el primero ceder el

derecho que tenía por haberlos preso, diciendo que cuando fueran de aquel país y, como enemigos del señor a quien servían, sujetos a partición, le pertenecían a él, y que, comoquiera que fuese, no lo intentase si no quería que se perdiessen todos. La competencia dio fuerzas al enojo, y éste irritó a la cólera: los soldados se amotinaron, y divididos en dos parcialidades, cada una defendía la pretensa de su capitán. Ya prevenían las pistolas para embestirse, cuando se puso en medio dellos un hombre anciano cuya presencia y autoridad era respectada, y en altas voces les dijo:

— ¿Cómo es posible, nobles franceses, que habiendo entre nosotros tan estrecha amistad y parentesco acometamos tan vil empresa? ¿Cinco o seis míseros españoles han de ser ocasión que nos matemos? ¿Qué alabanza merecerá esta hazaña cuando nuestros contrarios procuran destruirnos y apoderarse de nuestras tierras y cuando las estamos defendiendo con ánimo de echarlos de las suyas, quedando ricos y honrados con el mayor poder y gloria del vencimiento? ¿Hemos de ser vencidos y vencedores de nosotros mismos? ¡Ea señores capitanes, confírmese nuestra paz! Y para que ninguna de vuestras opiniones reciba ultraje por la mayoría de la otra determinen esta causa cuatro de vuestros más prácticos soldados y conclúyanla, conforme a leyes de milicia, por uno de dos medios, prefiriendo el bien común al particular: o mueran estos españoles, como poco importante lo que pueden ofrecer por sí, o llévense a nuestro general, que disponga dellos lo que más fuere servido, y si de algún útil hubieren de ser, declare cuál tiene mejor derecho.

Con tanta eficacia los persuadió, que se convinieron con su parecer, y nombrados los árbitros, afirmando con juramento que pasarían por lo que determinasen, se apartaron a conferir sobre ello.

Aguardando estaban los tristes presos la sentencia de su muerte, que de gente tan libre y cuya voluntad igualaba con el poder no se prometían otro favor. Marcelino y Arnaldo se ofrecían a morir por que dejases libres a Laureana, Floriana y Constantina, que señalaran la cantidad de dinero que quisiesen, que ellos la cumplirían, quedándose uno en rehenes hasta la entrega, que en León¹⁶⁰ (principal ciudad de aquel reino, distante de allí cincuenta leguas) tenían crédito para todo. Laureana desconfió que aceptasen este partido, conociendo que no el interés, sino la inclinación a su persona causaba la porfiada contienda en que no habían de conformarse. Instaba en que, pues ella era la causa, la matasen, y a los demás diesen libertad. Votos hubo que muriesen, y otros que los llevasen a su general, porque sería infame acción matar a sangre fría a quien ni había ofendido ni tratado de su defensa.

Siguióse, por más piadoso, este decreto, y llegados a la presencia de su señor propuso cada uno las razones en que fundaba el derecho para que se le adjudicase la presa y despojo della. Como absorto se quedó mirando a Laureana: la honesta gravedad de su rostro lo dejó admirado, dificultoso le fuera

¹⁶⁰ Lyon.

determinar aquel pleito, que como si él fuera el preso padecía con la turbación, y así, mandó que a Marcelino, Arnaldo y Guillermo los alojasen aparte, y a Laureana con sus criadas en una tienda particular junto a la suya, porque los quería examinar quién eran y a qué habían venido y estaban en aquella aldea. No era éste su mayor cuidado: mayor guerra le causaba su amoroso y encendido pensamiento. Las primeras preguntas fueron a Laureana (después de haberla regalado cortésmente tres días), cuya belleza, no ofendida de las penas ni osada deslucir de los trabajos, lo admiraron de nuevo, y tanto que, perdida la potestad de juez, se hizo reo con la culpa del desear, y mucho más oyéndola responder así (habiéndole preguntado quién era):

—Sólo podre decir que soy hija del tiempo y de la desgracia, pues me han traído donde como a esclava veo apreciar mi persona y que haya competencia sobre quién ha de llevar el premio que se diere por mí; y esto no entre bárbaros y enemigos de la ley que profeso, sino entre católicos como yo, siendo tan pobre que sola la vida es la que me sobra. Mandadles a vuestros soldados que me la quiten, que si con ella se quieren satisfacer les quedará sumamente obligada y agradecida. Y en lo demás que deseáis saber, preguntádselo a mi marido, que él os dará satisfacción.

—No querría yo otra, divina española —le dijo el General—, sino que la tuviésesedes de lo que me pesa que tan grosero desacato se haya usado con vos: por más que bárbaros tengo a los que viendo esa celestial hermosura no se rindieron a vuestras plantas y os adoraron por deidad. Injusta cosa es que os nombréis esclava, pues habéis tenido poder tan soberano que a la primera vista habéis puesto en prisión una voluntad tan libre y esenta como la mía. Servíos della, que el humilde rendimiento con que os la ofrezco merece que la recibáis por vuestra. El rescate que ofrecéis a mis vasallos es prenda de infinito valor: dejad a mi cargo el mirar por ella y conservarla, como en quien ha de consistir el vivir yo; que a ellos, con el bajo metal a que aspira su codicia quedarán satisfechos, y con la pena castigada su descortesía.

Turbada y entristecida quedó Laureana; gran desconsuelo le causaron estas palabras; el temor le representaba mayores peligros que los pasados. Aquéllos, padecidos no teniendo vida, y éstos con ella y sin libertad, consideraba ser grande el poder y flaca la resistencia. Llegó Marcelino (ya conocido por Ricardo, y Laureana por Estefanía) a ser interrogado; mostró en la respuesta la nobleza de su sangre y el nativo valor que le acompañaba, diciendo:

—Nunca las particulares disensiones que tienen los vasallos de un rey fue tenida por guerra pública contra el príncipe su confinante, siendo de una misma religión, ni entre los súbditos dellos tuvo lugar la esclavitud, que les quedaba para los en todo contrarios. Y ¿qué ofensa puede haber sido la de nosotros, que expuestos por la Fortuna y precipitados por ella en esta región volvemos a buscar nuestra patria, para ser tratados como a infieles y públicos enemigos? Y ¿cuándo se ha visto que tres desventurados y afligidos caminantes (que de las mujeres no hablo) ocasionasen diligencias tan cuidadosas y diesen motivo al recelo? Y ¿quién

se vio como vos, señor de tan copioso ejército como veo que ocupa estos espaciosos campos, a quien alterasen sujetos tan flacos como los nuestros? ¿Acaso somos espías de vuestro contrario? ¿Fuimos hallados acechando estos cuarteles procurando dar alcance a vuestros desinios? En una casa pajiza estábamos conducidos, aguardando que mi esposa mejorase de un accidente que le vino para proseguir nuestro viaje. De allí nos trajeron aprisionados estos capitanes, y como si nos hubieran vencido aguardan el remate de nuestras personas, en quien parece tienen librado el premio de sus servicios. El robar al enemigo y señorearse de su hacienda quitándole las fuerzas para ofender y defenderse, la razón de estado lo juzga conveniente, pero al neutral, que ni se defiende ni ofende, no hay ley que lo condene ni costumbre que lo permita: en vuestro poder estamos Arnaldo y yo, a quien el vínculo del parentesco y amistad ha hecho una misma cosa (que Guillermo es mi criado); no obscurezcáis el nombre de valeroso con la nota de crueldad; y haced lo que fuéredes servido, que para morir o vivir igualmente estamos dispuestos.

Agradole tanto al General el razonamiento de Marcelino, la briosa modestia con que le respondió y la viva acción con que lo fue ponderando, que le tomó por la mano y le dijo:

—Vos sois un bizarro y discreto español. No podéis encubrir el ser caballero, y pues en esto no me puedo engañar, porque hombre humilde no se atreviera, estando expuesto al antojo de mi albedrío, a hablar con tan gallarda resolución, quiero que me tengáis por vuestro particular amigo, que me ufanaré mucho en serlo; y también quiero, y por cortesía os lo pido, que descanséis algunos días en mi compañía, que vuestra jornada no debe de ser muy precisa, pues manifestáis haber padecido trabajos hasta llegar a esta provincia y ahora os vais a espacio¹⁶¹ por ella. Gozá el cortes hospedaje que os ofrece mi voluntad, que aunque estoy en campaña no faltará con qué regalaros. Si venís quejoso de vuestra patria, si la envidia y malicia que siempre se oponen y persiguen al sabio y al virtuoso os ha negado el premio debido a vuestros merecimientos, muchos hallan en la ajena más bien que les negó la suya: quedaos en ésta; iguales seremos en los sucesos desta guerra, que durará poco, y de lo que nuestras armas ganaren, ya recuperando lo que es mío o quitándole a mi contrario algo de lo que es suyo (derecho que le concedieron los hombres a las armas y al mayor poder), seréis dueño de la mayor parte, y cuando más adversamente suceda, tengo villas y castillos que bastarán a sustentarnos.

No conoció Marcelino el veneno que venía oculto en aquel amigable cuanto engañoso ofrecimiento. Mal advirtió que cuando un poderoso aplaude y quiere igualarse al que no es su igual, que le mueve algún interés, y que conseguido éste le vuelve el rostro y a vestirse de su primera gravedad, como si no lo hubiera conocido, o se finge quejoso por apartarlo de sí y negarle el agradecimiento. Y pareciéndole que sería juzgado por ingrato si no aceptaba lo que un tan gran

¹⁶¹ Sin prisas.

señor le ofrecía, se determinó a quedar por algún tiempo, asegurándole su imaginación la mayor posibilidad para encontrar a quien buscaba. Quiso mostrarse agradecido llegando a besarle las manos a Estéfano (así se llamaba el general), y él anticipó los brazos, manifestando particular gozo de que se quedase.

Aguardando estaban los dos capitanes la resolución de su pleito; cada uno se prometía que había de ser a su favor. Mandoles que entrasen en su tienda con los demás que tenían el mismo cargo, y en presencia de Laureana, a quien deseaba satisfacer y obligar, y de Arnaldo, les mandó por primero que les volviesen cuanto les habían quitado, que era no pequeña cantidad, y después les habló así:

—Vasallos y amigos, bien os consta que yo no he tomado las armas contra el potentísimo Rey de España, cuya majestad y esclarecido nombre con particular afecto he respectado siempre. Sus vasallos no me han ofendido, y cuando la Fortuna nos fuese contraria y nuestro Príncipe (perdiendo el enojo que, mal informado, tiene contra mí, en que se esfuerza¹⁶² el atrevimiento del contrario que se me opone) no lo remediese, tengo confianza que nos han de socorrer, y así, es justo hacerles buen pasaje. La ofensa que han recibido estos nobles españoles está por cuenta de mi mayor sentimiento, y me doy por mal servido de los que imprudentes la cometieron poniendo a riesgo mi reputación, y pues tanto codician el dinero, remáteseles sus pagas, y con doce más retírense a sus casas, que no quiero en mis banderas quien por primera intención aspire más al despojo de los enemigos que a la gloria del vencimiento. Y en una de las dos compañías que les quito y quedan vacas nombro por capitán y cabo¹⁶³ de otras cuatro a Arnaldo, compañero del señor Ricardo, a quien porque es tan noble como yo le doy la otra con título de Maestre de Campo General y primer voto en mi Consejo. Obedecé sus órdenes como las mías propias, porque así es mi voluntad y conviene a mi servicio.

A esto replicó Marcelino que no lo honrase con tan grande exceso, que para él sería mucho favor servirle de soldado sencillo y militar debajo de su mano y cerca de capitanes tan valientes y principales caballeros como tenía consigo. Todos le aclamaron por su caudillo, y encubriendo el sentimiento de que les diese a un extranjero por superior, alabaron el acierto de haberle elegido.

En el rostro de Laureana pudiera conocer el menos advertido lo poco que celebraba aquellos que parecían honoríficos aumentos en Marcelino y Arnaldo y la mayor estimación en que por ellos había de ser tenida, conociendo por lo que antes le había dicho Estéfano y la solicitud que ponía en regalarla que todo se dirigía con engaño pretendiendo sus favores, y que, éstos no alcanzados (como ella lo confiaba de sí), había de ser perseguida y deshonrada. También dio alcance al cauteloso intento de su pretensor en darles aquellos cargos para que estuviesen siempre ausentes, o que en algún rencuentro los matasen los

¹⁶² Confía, se refuerza.

¹⁶³ Capitán en jefe de un cuerpo de ejército.

contrarios, o sus propios vasallos con envidia del puesto que ocupaban, de que cada uno se juzgaba merecedor. No le engaño su discurso, porque a la quinta noche, pasada ya la mayor parte della, dio un rebato falso; tocole al arma; salió Marcelino a reconocer el campo suyo y el del contrario, que si bien por el oficio no le tocaba el hacerlo, sino el ordenarlo, quiso ostentar su cuidado y hacer cierta la confianza que dél se había hecho, además de ser ordinario en un ministro nuevo granjear en el principio de su magistrado el aplauso común (aunque lo contradiga su inclinación, que después ejecuta con todo lo que la tuvo oprimida o simulada), aunque en el de Marcelino era conveniente, como en cualquiera superior, ser el primero en las facciones, para que los súbditos le imitasen sin el desabrimiento de ser mandados.

Costumbre era de Estéfano tocar armas falsas, por que la seguridad y el ocio no fuese causa que lograse alguna extratagemma el contrario, y así lo hizo otras veces en poco más de un mes, y en todas procuraba hablar a Laureana y ofreciéndole nuevos favores y mercedes procuraba darle a entender que la llevaría consigo a su estado (junta con Marcelino), y que igualmente lo mandaría y sería obedecida como señora dél: fuerte ocasión para un pecho en quien la virtud no fuera tan radical y tuviera hecho asiento y tomado posesión del alma. Con apacibilidad y blandura de palabras, llenas de humilde cortesía en que alguna engañada esperanza pudiera aumentarse, mostraba Laureana la estimación que hacía a tan gran promesa, confesando que se hallaba indigna de tantas grandezas.

—No es mi sujeto capaz —decía— para desde el ínfimo extremo en que estoy subir a tan superior jerarquía: honrad con ella a quien la merezca mejor, que para mí aun es mucho ser criada vuestra. No hagáis apasionado cosa en que después tenga contra sí a la confusión y arrepentimiento.

Poco le agradaban a Estéfano, estos corteses desvíos, en la tibiaza de aquellas palabras se encendía y en su yelo se abrasaba: quiso volver a probar la suerte tocando otra arma falsa por que no le impidiese la presencia de Marcelino, que al punto se puso a caballo y comenzó a correr la tierra,¹⁶⁴ y Estéfano a la tienda de Laureana, y persuadiéndola que no le diese cuidado ni recelase el peligro, le dijo:

—Yo solo soy el que lo tengo; no de mis enemigos, cuyas fuerzas desprecio como a inferiores: la de vuestros hermosos ojos es la que me tiene aprisionado; en su rigor o piedad consiste mi muerte o mi vida. Señora sois y habéis de ser de esta que poseo: mirad por ella, no por ser mía, sino por ser, como lo es, vuestra, que por esto la estimaré, deseando que sea de eterna duración para sólo serviros. Sea yo tan dichoso que siquiera merezca oír que la aceptáis: no os mostréis esquiva con quien, siendo señor de tantos, humilde a vuestros pies os rinde vasallaje y ofrece un alma por esclava; permití que os bese la mano en señal que me recibís por vuestro.

¹⁶⁴ Reconocer el terreno.

Temió Laureana viéndose sola y destituida de todo favor humano, y esforzándose en sí misma, con un sosiego que igualó a su honestidad y virtud le respondió:

—Pésame, señor, que, preciándoos tanto de serlo y siendo obedecido de tantos, os dejéis vencer de un sensual apetito y os hagáis esclavo de una lasciva pasión, tanto, que os obligue a decir palabras y hacer sumisiones indignas de vuestra grandeza. En bajo precio estimáis el ser quien sois, pues a un sujeto tan de poca importancia como el mío, que lo más que hoy tiene es la honra que sin merecerla le dais, os humilláis¹⁶⁵ a rogarle, en que se manifiesta no ser justo lo que pedís, que a serlo, con soberanía lo mandárades y yo estuviera obligada a obedeceros. Buscá quien os iguale, para que vuestra flaqueza pueda quedar en algo disculpada, y advertid que no es razón que se diga de vos que el honrar a Ricardo¹⁶⁶ mi marido fue para ofenderle con su mujer. Él y yo estamos debajo de vuestro amparo, y si por ley de caballero estáis obligado a defendernos de quien pretendiese hacernos injuria, también tenéis obligación a defendernos de vos mismo, que nos queréis hacer la mayor, que es quitarnos el honor que teníamos y el que nos habéis dado. Retiraos, señor, a vuestra tienda antes que acabe de abrir los ojos el día y haga testigos que puedan murmurar de vos y de mí. Y con humildad y lagrimas os suplico no prosigáis en esta solicitud, porque cuando no me detuviera la vergüenza y gravedad afrontosa de la culpa, por no perder con vos el buen concepto que hicistes de mí seré en el conservarlo con la estimación que debo más fuerte que un bronce y más firme que una roca.

Ya las cajas¹⁶⁷ tocaban el alborada, y para hacer la salva se prevenían los arcabuces y mosquetes, cuando Estéfano volvió a su tienda, tan nuevamente encendido en el amor de Laureana como admirado de la gravedad con que le había respondido y de la fuerte reconvención que le había hecho y la severa reprehensión que le había dado sin saber qué responderla, que esta fuerza tiene la razón, que aun el que menos la sigue no le puede negar el conocimiento. Cruel guerra le causaban sus pensamientos. La no imaginada resistencia de Laureana y la negativa a los humildes ruegos que le había hecho le hacían desconfiar. A falta de respeto juzgaba el no haber correspondido luego con lo que pedía; que un poderoso, aun en las cosas injustas quiere ser obedecido y que a sola su voluntad se tenga por ley, y a particular favor el que las quiera y lo mande. Contra sí mismo se indignaba por haber guardado tanta cortesía y procedido tan sumisamente con quien no se conocía más calidad que el haberla hallado en un camino y sin más partes de merecimiento que las que su imaginación le había querido atribuir. Volvíase a reprehender, diciendo:

—Culpable es mi atrevimiento en dudar que me iguale y en no entender que es imposible que en una mujer plebeya depositase el cielo la más perfecta imagen

¹⁶⁵ Orig.: 'humilleis' (81v).

¹⁶⁶ Orig.: 'Enrique' (81v).

¹⁶⁷ Tambores.

de su hermosura. ¿Qué mayor testimonio quiero de que es noble señora que el ver la belleza de su rostro que lo publica, el tan superior entendimiento que lo abona y la rara honestidad que lo confirma? En un soberano imperio la constituyen, a quien las potencias de mi alma estoy sacrificando. ¡Oh adorado dueño mío! ¿Cuándo tengo de vencer tu dureza? ¿Cuándo darás grato oído a mis palabras y cuándo seré tan dichoso que en alguna de las tuyas tengan alivio las mortales ansias que estoy padeciendo?

Entró Marcelino a darle cuenta de cómo en toda la campaña no se había descubierto quién pudiese haber causado aquella inquietud, pidiéndole que descansase en su confianza, que él estaría tan alerta que se diese por bien servido de su cuidado.

—No me le da —respondió Estéfano— esas tropas de villanos que se me oponen, ya con más temor de mi enojo, y el castigo, que esforzados en su número:¹⁶⁸ mayor contrario me aflige. Dentro en mí se ha engendrado un enemigo tan fuerte que temo me ha de quitar la vida. Malo me siento, amigo Ricardo:¹⁶⁹ después que partistes estoy padeciendo un dolor tan cruel, que el corazón y las entrañas se me parten. Y porque es ahora cuando más me atormenta, idos a descansar, que después hablaremos, si es que se me permite el vivir.

Fuese Marcelino adonde estaba Laureana, díjole la indisposición de Estéfano y que sería forzoso el irle a ver y asistirle ella y sus criadas, así por no haber otras mujeres que cuidasen de su regalo y estarle obligados, como a su bienhechor. Bien adivinó Laureana la causa de aquel accidente; callolo con prudencia, por el riesgo en que se hallaba y el imposible remedio que tenía. Detúvose aquel día fingiendo que el susto y desasosiego de la noche pasada la tenía no bien dispuesta, y el siguiente fue a verle manifestando (en lo exterior, que no le salía del alma) el sentimiento de su mal y que padeciese con insufrible dolor. Estéfano le pidió que se asentase junto a su cama, y a los que con él estaban les dijo que se entretuviesen en lo que más les agradase, con que pudo hablarla, diciéndola:

—¿Como podré creer, señora Estefanía, que sentís lo que padeczo, si vos sois la que gustáis que padecza y sola vos la que me hacéis padecer? ¿Cuál ánimo fue tan inhumano que pudiendo darle salud a un enfermo se contentase con decirle que le pesaba de su enfermedad? Advertid también, como lo sabéis, que aquel que puede impedir un daño y no lo hace es a quien se le atribuye y el que igualmente merece la pena: pues si vos me veis morir y pudiendo remediarlo no lo hacéis, claro está que sois la que me matáis. Mirad que no es honrosa hazaña quitar la vida a un rendido. Por ánimo impío se juzgó siempre aquel que ofende al humilde: no otro más que yo a vuestra voluntad. Si la tenéis de que muera prosegú en desfavorecerme, y si mis constantes ruegos os han de ser enojosos

¹⁶⁸ Confidados en su mayor ejército.

¹⁶⁹ Orig.: 'Enrique (82v).

tratadme con el desdén que hasta aquí, que presto conseguiréis el acabar conmigo y siempre tendréis a cargo mi muerte.

A esto le respondió Laureana, resuelta a desengañarle y que de todo punto perdiése la esperanza:

—Yo creo que me concederéis que aun en un mismo sujeto se debe preferir lo que es más principal a lo que es menos, y algunas veces he oído decir que tienen establecido las humanas leyes que de los tres bienes que en común gozamos todos, que son la hacienda, la vida y el honor, que la hacienda se ha de poner en defensa de la vida, y ésta en defensa de la honra; pero en la ley de Dios, que profesamos, todas estas tres cosas se han de despreciar y perder por no perder el alma. La mía (junto con el honor) y¹⁷⁰ vuestra vida son las que aquí se aventuran. Juzgá, pues, la dignidad de cada una y os hallaréis respondido en ambas proposiciones. En la primera, que si en defensa del honor puedo aventurar y perder mi vida, que sin culpa puedo dejar que se pierda la vuestra; y en la otra, que si todos estos tres bienes, que son míos, debo perderlos por que no se pierda el alma, que me será concedido permitir que se pierdan los ajenos. Y cuando fuera culpa, como dijistes, el dejaros morir pudiendo yo daros remedio por el modo que decís, no sé que sea sana doctrina el pecar por no pecar. Y en cuanto a los encarecimientos que hacéis de que me tenéis amor, dadme licencia que os pregunte:¹⁷¹ o me solicitáis teniéndome por buena o imaginando que soy mala. Si como a buena, no andáis bien advertido, que bien sabéis que en la bondad no ha de caber vicio, porque ser buena y mala son incompatibles y no pueden dos cosas tan contrarias estar juntas en un sujeto; ni tampoco que el vicio ame a la virtud, ni ésta puede amar al vicio; y por consiguiente, entre vos y yo no puede haber amor recíproco, porque éste sólo se halla entre los semejantes, y así, será tiempo perdido y diligencias sin provecho el pretender juntar estos dos extremos, entre quien hay desproporción y distancia infinita. Si me solicitáis como a mala, no puede vuestra voluntad amar lo que el entendimiento le dice que es malo, porque entonces diríamos que amaba lo que no es su propio objeto. Luego será forzoso el confesar que no me queréis; y, siendo así, fuera yo peor cuando me entregara a quien sabía con evidencia que ni me quería ni me podía querer, antes ser necesario que se aumentase el aborrecimiento cuanto fuese mayor el número de los pecados.¹⁷² Y considerad también cuánto es más heroico y meritorio hacer que una mujer mala sea buena que, siendo buena, persuadirla y hacer que sea mala. Tratad, señor Estéfano, y tratemos todos, de reparar vuestra salud. Conservad vuestra vida, que nos importa. Procurá con ella empresas que sean dignas de alabanza: no queráis aventurar lo que vale tanto por un torpe y momentáneo deleite de que sólo os ha de quedar el arrepentimiento. Y quedemos convenidos (humilmente os lo suplico) en que sin volver a tratar desta materia

¹⁷⁰ Suplo 'y' (83v).

¹⁷¹ Plantee, ponga en cuestión.

¹⁷² En sentido abstracto: 'sino que semejante entrega fomentaría vuestro aborrecimiento'.

(contra quien a mis oídos pondré candados por que no la oigan, y quedará enmudecida mi lengua para que aun negándola no pueda responder) compitamos vos en honrarme como quien sois y lo espero de vuestra grandeza y generosidad, y yo como esclava serviros con humildad y cuidado, conforme a mis obligaciones. Y por que no demos causa a la sospecha mudad conversación, y tengan parte en ella los que atentos nos están mirando.

Efectos de mortal veneno hicieron estas razones de Laureana en el corazón de Estéfano. Murió en él por entonces la voluntad, que sólo estaba fundada en un lascivo deseo, y se engendró tan infernal ira en su pecho, que saltó de la cama diciendo que le apretaba tanto el dolor, que no podía estar en ella. Saliose al campo, y a solas discurría en cómo podría vencer aquel imposible y que sin diminución de su enojo (que fundaba en que había sido desprecio y falta de respecto el haberle respondido con tan resuelto despegó) pudiese conseguir su intento; y conociendo que los regalos y las caricias y promesas no habían de ser bastantes a rendirla, determinó que la violencia fuese quien lo dejase satisfecho a pesar suyo, sin quedar obligado a estarle agradecido. Y para esto ordenó pasados diez o doce días (en que mostró hallarse libre de aquel mal) que Marcelino fuese con quinientos caballos y mil infantes a rendir y saquear una villa que distaba de allí dos o tres leguas, con expreso mandato de que no volviese sin dejarla desmantelada y puesta por el suelo, prometiéndole que, si fuese necesario, iría él a socorrerle: trazas de un desatinado amante, porque un deshonesto deseo, perdida la esperanza de conseguirse, el poderoso lo convierte en traición, el mediano en rabia, y el humilde en congoja.

Partió Marcelino, y quedó Laureana padeciendo los temores del peligro que le manifestaba el mal semblante y rostro torcido que le mostraba Estéfano desde la última plática que había tenido con él. Llegó aviso que estaba puesto el cerco y que se defendían los cercados, pero que en breve tiempo era fuerza entregarse, porque les faltaba el bastimento y no podían ser socorridos. Asegurado con esto Estéfano, hizo que Laureana viniese a su tienda, y mostrándose muy enfadado, con aspereza y desabrimiento le dijo:

—Ahora he llegado a entender (que antigua fue en mí esta sospecha) que cuando un hombre de tan alto estado como el mío llega, ya por inclinación o por antojo, a rogar a una mujer de inferior porte le favorezca, que envanecida se ensoberbece y presuntuosa lo desprecia, para ganar entre los que saben que es pretendida y solicitada grave opinión de casta, haciendo después dueño de su persona al más inferior y de menos merecimientos. Si para conmigo habéis querido seguir este necio ejemplo, poco acierto ha sido el vuestro, muy grosera y poco advertida habéis andado, que también sabré yo despreciar ofendido como supiera estimar y agradecer obligado. Y quiero que entendáis que no os llamo para persuadiros cortés ni rogaros rendido, como hasta aquí lo he hecho, que me tienen muy cansado vuestras predicaciones impertinentes, sino para deciros mi última resolución, a que estoy determinado: o vos me habéis de favorecer voluntariamente o tengo de mandar que maten a vuestro marido y a cuantos con

él vienen. Y os tengo de gozar a pesar vuestro, y después (para quedar vengado y castigar vuestra grosera altivez) hacer que seáis plato común a mis soldados (y lo mismo a vuestras criadas), y, ellos satisfechos, que con un vestido humilde os vuelvan al lugar donde primero os hallaron y se atreva a recuestaros (y lo tengáis a mucha desdicha) el más vil y desvalido pasajero. Resolveos a lo que os pareciere que os está mejor; y sea dentro de cuatro días, sin confianza de que mudaré de intento ni lo dilataré más. Y porque esto no sufre réplicas ni sofísticos argumentos, íos sin responder, y consultaos a vos misma y procurá no engañaros, ni os quejéis de que no os aviso.

Y sin que le moviesen las lágrimas que Laureana vertía ni la humilde y honesta gravedad de sus ojos (siendo los mismos que a los principios tanto le habían aficionado) le volvió la espalda, diciéndola, con demostración de mayor enojo:

—Haced lo que os digo, porque yo tengo de cumplir lo que he dicho.

Milagro fue justamente merecido de la virtud y singular paciencia de Laureana que allí no quedase sin vida. Volvióse adonde estaban sus criadas, y lamentándose con ellas, les dijo:

—Ya he visto los últimos términos que en su dilatada jurisdicción tienen la desdicha y la desgracia. Contra mí se han conjurado las adversidades, en mi han ejecutado el todo de su poder, acabado han commigo y disponen que en el teatro infame de la deshonestidad se me dé la muerte. Con sentencia inrevocable estoy a ella condenada, sólo en el divino tribunal puede tener recurso mi apelación: en el humilmente la interpongo, y sólo en su clemencia confío.

Y con mal articuladas palabras, interrumpidas con suspiros, les contó la tirana determinación de Estéfano y el breve plazo que le había dado para determinarse.

—¿Qué hare? —les preguntaba—. ¿Fingiré haber perdido el juicio? ¿Diré desatinos y haré locuras que le obligue a que me aborrezca? Pero ¿qué sé yo si, sospechándolo, le será mayor ocasión para lo que pretende, o será mejor asegurarle y decirle que, rendida y obligada, quiero hacer lo que pide y en el mayor silencio de la noche pasar a tienda y ser otra Yael con Sisara,¹⁷³ penetrándole las sienes con un clavo, o imitaré a Judic y con la muerte deste tirano Holofernes¹⁷⁴ que tiene cercados los muros de mi honor quedaré libre de sus crueles manos? Mas ¿cómo me atreveré, que no tenemos tan segura y cierta la retirada, ni ciudad que nos recoja, y tendrá mandado que no me dejen salir de este sitio? Todo lo veo con inaccesibles montes de dificultades. Y pues también a vosotras os hace cómplices en mi resistencia, a quien tiene por gravísimo delito, y os amenaza su残酷, acudamos todas. Dios, librando sobre su inmenso poder nuestro mayor amparo, que estilo es muy ordinario suyo permitir que llegue un

¹⁷³ Derrotado, el general cananeo Sisara, se refugió en la tienda del esposo de Yael. Ella le mató clavándole una estaca en la cabeza mientras dormía (*Jueces 5*).

¹⁷⁴ Judith, joven y hermosa viuda judía, se acicaló y presentó al general babilonio Holofernes, cuyo ejército que asediaba Betulia, y una noche le cortó la cabeza mientras dormía pesadamente por haber bebido en exceso (*Judith 13*).

alma al extremo de la tribulación para que merezca en la perseverancia de la fe sin consentir que se pierda, porque nunca desamparó ni perecerá quien se fiare de Él.

La mayor parte de aquella noche la pasó Laureana en oración, que sólo era éste su consuelo, y por la mañana, primer día del término fatal que de su vida tenía señalado, llamando a Floriana y a Constantina que la acompañasen se salió al campo, no a divertirse o entretenerte, sino a dar mayores riendas al llanto y fatigar su discurso en el cómo podría salir del peligro en que se hallaba, y puestos los ojos en el cielo decía:

—Señor, aborrecible¹⁷⁵ os es el pecado; a vuestra divina bondad no le puede ser agradable la ofensa: si volvéis los ojos, apartándolos del horror de la culpa, y os es suave que se resigne vuestra criatura en esas manos que la formaron para tan alto y glorioso fin como juntarla con Vos, esto no puede ser si está manchada, que sois la suma limpieza. Yo estoy determinada, con vuestro favor, a morir primero que ofenderos, y aunque la violencia deste tirano se ejecutase como lo ha dicho, confío en Vos que no ha de manchar mi alma dando consentimiento a ello. No querría, Señor, si dello fuédeses servido, que mi cuerpo recibiese esta injuria. Toda yo soy vuestra; nada tengo que sea mío; a mi toca el suplicaros, como lo hago con toda humildad, que me defendáis, y a Vos solo el defenderme: no me desamparéis, Señor.

Suspendiose un poco, como en éxtasis, y volviendo a mirar el campo se le ofreció a la vista una yerba o pequeña planta que en su niñez había conocido y por noticia sabía su cualidad y el efecto que causaba, y con accidental alegría les dijo a las criadas:

—¡Ya mis congojas, ya mis aflicciones han llegado a tener mi deseado remedio! ¡Oh celestial y divina providencia, y cómo cuanto mandastes que produjese la tierra fue para el bien de vuestras criaturas, si de ellas se valen según el perfecto fin para que fueron producidas! ¡Ya cesó mi desconsuelo y acabaron mis angustias! No dudéis en esto, amigas. ¿Veis esta yerba? Pues no sin causa me la ha deparado el Cielo para que yo salga de esta penosa tribulación,¹⁷⁶ porque habéis de saber que un humor a manera de leche que sale por cualquiera hoja o rama que de ella se corta, tiene tal propiedad y fortaleza, que en cualquiera parte del cuerpo a que se aplica causa hinchazón y hace unas vejigas que en breve tiempo se reducen a llagas. Esta experiencia vi algunas veces: lo que se padece es mucho, pero no con peligro. Yo quiero usar della untándome todo el cuerpo, para que, viéndome Estéfano afistolada,¹⁷⁷ no sólo huya de mí, pero, con imaginación de que es mal contagioso, desista del intento y me mande que salga de entre su gente.

¹⁷⁵ Orig.: 'aborreeible' (85v).

¹⁷⁶ Orig.: 'tirbulacion' (86r).

¹⁷⁷ Ulcerada.

—Mira señora lo que haces —le dijo Constantina—, no sea esto ocasión de tu muerte. Si te determinas, y estás satisfecha que sólo te aventuras a padecer algunos días, asegurada de otro mayor riesgo, no todo el cuerpo te untes, que para el fin que pretendes bastará en alguna parte que sea menos el inconveniente y más fácil la curación: si te parece, basta que sea en las piernas, que, como siempre cubiertas, manifestarán en cualquier caso mayor antigüedad las llagas, y quiriendo llegar Estéfano al desengaño, que es fuerza que lo intente, los paños que tuvieres puestos, y más si tienen alguna señal de lo que suele proceder de ellas, lo manifestarán sin que vea otra cosa que te avergüenze.

Aprobó Laureana este consejo y entre las dos lo ejecutaron, y en menos de tres horas se vio tal efecto que se dudó pudiese tener sanidad. Quedose en la cama los dos días siguientes (no con fingido achaque, que el intenso dolor y el no poderse calzar la detuvieron en ella), y Floriana le fue a dar aviso a Estéfano de cómo estaba su señora, encareciéndole lo mucho que padecía. Burlose de ello, diciendo que no le habían de valer invenciones ni él se dejaría engañar con enfermedades supuestas; que si cuando fuese la hallase muerta no se habría de librar de lo que él tenía determinado, y que no sería el primero que con amor o por venganza hubiese cometido tal exceso.

—Esto le dirás a Estefanía, y que se desengañe y no gaste tiempo en fingimientos, que hoy es el último día del término que mi palabra le concedió para que determinase lo que había de hacer; que vea en lo que se resuelve, porque antes que me acueste hemos de quedar conformes o ha de ver en su marido un funesto y triste espectáculo después que en su presencia la haya gozado muchas veces; y si tú y tu compañera faltáis a la persuasión de que en todo haga mi gusto habéis de pasar por la misma pena, y tengo de hacer que os gocen los hombres que en mi ejército son por sus oficios infames.

Oyó Laureana este recado con más dolor que cabe en el encarecimiento, y le pareció conveniente el enviarle a llamar y aplacarle con razones, dándole a entender que la enfermedad que padecía había sido la causa de su resistencia, y no falta de voluntad y estimación de la que él les mostraba. Determinose a ello, y enviole a decir que viniese cuando fuese servido, que ella estaba dispuesta para todo lo que la quisiese mandar. Constantina fue con este mensaje, y habiéndolo oído Estéfano, fueron tantos los extremos que hizo de contento, que parecía haber perdido el juicio, y en albricias le dio una cadena que traía al cuello y prometió hacerle mayor merced. Llegó la noche y en secreto hizo llevar la cena para cenar con Laureana. Él fue luego, y ella lo recibió tan amigable y cariosamente que obligó a pedirla perdón de lo que apasionado le había dicho y enviado a decir. Cenaron, sirviéndolos a la mesa dos criados de Estéfano, los más confidentes que tenía en su cámara, junto con Floriana y Constantina, y levantada la mesa mandó que los dejasen solos, y Laureana le dijo: .

—Con vuestra licencia, antes que se vayan tengo que hablaros en cosa que os importa, y sé que de lo que os dijere os habéis de dar por muy bien servido de

mí. Mandad a vuestros criados que se retiren un poco: sean testigos de que os hablo, y no de lo que os dijere.

Y viéndolos apartados y a él atento, comenzó así:

—Paréceme, señor Estéfano, que con deciros con verdad que nací noble digo también la obligación que tengo a ser agradecida. Yo lo estoy tanto a las mercedes que de vos he recibido y a las honras y favores que me habéis hecho, que tuviera por suma felicidad el poderos servir sin que me juzgárades por ingrata. ¿En tan poco debo yo estimar? ¿Desprecio había yo de hacer de haber merecido vuestra inclinación? Ignorancia fuera mía no ufanarme y ensoberbecerme de ello. ¿Tan poco sois y tan poco valéis y podéis, que habíais de repudiar los aumentos que tan dichosamente me está ofreciendo la Fortuna? No creáis tal de mí, que no soy tan poco vana que me faltara altivez para ostentarlos; pero los trabajos del largo camino que he traído, las penosas ocasiones dél (que el referirlas no son de nuestro propósito), el dormir muchas noches en la campaña, expuesta a las inclemencias del más desazonado y riguroso tiempo, me han traído a tal extremo que a mí misma me causo horror y con dificultad me puedo sufrir. Tan ulcerada me veo, tales llagas me están atormentando, que he llegado muchas veces a desear la muerte y llamarla, porque sola ella puede poner treguas a tantos males como estoy padeciendo. De aquí, señor, ha procedido el persuadiros¹⁷⁸ y resistirme, y por que no llegásedes a saber que tenía enfermedad tan asquerosa y me apartásedes de vos, contentándome con sólo veros. Prueba bastante doy en esto de lo que os amo y estimo, y en algo me podéis estar obligado por haber pospuesto lo mucho que interesaba y de vuestro generoso ánimo podía esperar respectando vuestra salud y deseando vuestra vida; que a no ser así, cosa fácil me fuera, monstrándome obediente a lo que mandábades, aceptar vuestro pensamiento y, llegada la ocasión, suplicaros, poniendo por intercesores al recato y encogimiento que debe tener una mujer (por lo menos en el primer entredo que hace de sí misma, aun con quien es ya su propio marido), que no hubiese luz que murmurase el hecho antes de ejecutado, y vos no reparando en ello y engañado con la sanidad aparente de mi rostro, en que hicistes aprehensión, quedásedes en peor estado del que me veo. ¿Esto había yo de consentir? ¿Tan gran maldad había de cometer? ¿Qué castigo hubiera ni pudiera inventarse que igualara con tan inorme culpa? Y por si dudáis en lo que digo y queréis satisfaceros, haced que se vayan esos criados, que a costa de mi vergüenza quiero que os satisfagáis.

El afecto que mostró Laureana en sus palabras, los encareamientos que hacía, tuvieron suspenso a Estéfano entre la duda y el crédito, y quiso que lo asegurase la vista: mandando a los criados que se fuesen y tomando Constantina una vela y llegándose a la cama, levantó un poco la ropa descubriendo las primeras llagas que Laureana tenía junto a los pies, tan enconadas que parecía haberles caído cáncer. No quiso Estéfano ver más: admiróse de que pudiese vivir, moviose a

¹⁷⁸ Orig.: 'persuadiros' (87v).

compasión, y después de haberla consolado con piadosas razones y díchole que si con su propia sangre pudiera darla salud la ofrecería con toda voluntad, le encareció lo agradecido que se hallaba y la obligación que la tenía por haberle librado de un mal tan peligroso y temido más que otros entre los de su nación,¹⁷⁹ y que mirase todo lo que hubiese menester para su regalo, que él ordenaría que se le diese con puntualidad. Despidiose entristecido y como asombrado del peligro en que le había puesto su loco y desatinado amor, no cesando de darle gracias a Laureana, y ella quedó dándoselas a Dios, reconociendo que aquel bien le había venido de su mano, y con el contento de haber salido vitoriosa le eran más tolerables los dolores.

Éstos, aunque siempre con diminución, padeció otros once días, y dos antes llegó Marcelino vitorioso con el despojo y algunos prisioneros para dar en trueque de otros que el contrario tenía en su poder. Alegre lo recibió Estéfano, dándole la bienvenida y luego el pésame de la enfermedad de Laureana. Él fue a verla, pero no supo cosa alguna de lo que había pasado. Pocos días después llegó un caballero de la Corte con despachos del Rey en que a Estéfano le mandaba dejase las armas y ordenase retirar su gente debajo de su real palabra que se le daría satisfacción volviéndole todo lo que era suyo, y que lo mismo le enviaba a mandar al que tenía por contrario, y que no hiciese otra cosa si quería estar en su gracia, en que de nuevo lo admitía. Obedeció esta orden y publicose bando general en que se daba licencia para que todos se pudiesen volver a sus casas.

Marcelino temiendo que Estéfano lo quisiese llevar consigo cumpliendo la promesa que le había hecho, y que sería apartarlo de su pretexto, le suplicó fuese servido permitir que él prosiguiese su viaje, por serle de grande importancia, prometiéndole que en acabando un negocio que estaba sólo a su cargo y obligación de acabar volvería más libre a perpetuarse en su servicio. Estéfano mostró gran sentimiento, encareciendo que le pesaba de perder un amigo a quien tanto quería y estimaba, y tomando en empeño la palabra de que volvería le dijo que partiese cuando gustase. Y anduvo con él tan gallardo y liberal, que¹⁸⁰ de todo cuanto de valor le habían ofrecido sus capitanes de lo que habían saqueado le hizo merced, y a Laureana, demás de una hermosísima carroza en que fuese, le dio más de veinte mil escudos de joyas, sin otros dos mil en dinero para que se regalase en el camino, diciéndola (sin que lo pudiese oír otro):

—Creed, señora Estefanía, que me dejáis tan lastimado y entristecido, que tengo por sin duda que han de acabar conmigo los pesares de haberos conocido para tan poco tiempo y el imaginar que os pierdo para siempre. Suplicoos que dondequieras que estuvieredes os acordéis de mí y nos correspondamos con las voluntades, ya que no fui yo tan dichoso que pudiese gozar de vuestra comunicación. Y fiá de mí que en cuanto me durare la vida viviréis en mi

¹⁷⁹ Se refiere a la sífilis.

¹⁸⁰ Falta 'que' (abreviado en una simple 'q') en los ejemplares que he consultado (88v), aunque parece deberse a un fallo de estampación.

memoria. Partid, señora, sin que yo os vea, porque si me hallo presente, viendo que os lleváis mi alma será imposible que los ojos dejen de publicar lo que padece el corazón. Y por no verme en este peligro y sea causa de mi descrédito y vuestro, me ausentaré esta noche: iré adonde pueda con tristes lamentos romper los aires y mover a compasión las peñas. Id con Dios, y Él os guarde y a mí me dé paciencia en tan gran desconsuelo.

El deseo que tenía Laureana de verse libre de Estéfano con temor, viéndolo tan apasionado, que volviese a detenerla, y el que estimulaba siempre a Marcelino de recuperar su opinión, solicitaron brevedad en el partirse. Buscaron quien los guiase hasta León de Francia; no pudieron pasar adelante, así por lo que necesitaba Laureana de mejorarse en salud como por esta muy adelante en su preñado, cuyo feliz suceso (que deseaba Marcelino más que si fuere de Clavela en el tiempo que estaba más rendido su amor) quiso aguardarlo allí. Cobró el dinero que llevaba en letras, y con lo que Estéfano les había dado pudieron tratarse con tanto lucimiento que igualó al que con mayor esplendor se aventajaba. Presto halló amigos que le aplaudiesen, que las riquezas tienen virtud atractiva, no sólo para unir voluntades, pero hacer parentesco entre quien lo negó naturaleza.

El ocio despertó en Marcelino la inclinación que tenía al juego, y fue tan bien afortunado en él, que ganó más de sesenta mil ducados. Tan rico estaba de hacienda cuanto pobre de gusto, aunque algo se le aumentó, o se diminuyó el pesar, viendo que había llegado el parto de Laureana, y más cuando se vio padre de una hija, tan parecida en hermosura a la madre, que cada una parecía copia de la otra, poniendo en duda cuál fuese el original. Sobre qué nombre le habían de poner discordaron en los pareceres, queriendo Laureana que se llamase Alejandra, y Marcelino le rogó no fuese aquél, porque le irritaría el ánimo siempre que le nombrase, por ser el de su mayor enemigo. Ella quiso lisonjearle diciendo que se llamase Marcelina (y sería posible que fuese, si no para aborrecerla, para moderar el amor que la pudiera tener acordándosele el ser hija de quien a tan miserable extremo la tenía conducida). También le replicó a esto que no se quería él tanto que desease conservar la memoria de hombre tan infeliz, que la suya le era tan agradable, que sólo ella tenía eficacia de moderar su padecer, y así, estimaría que se llamase Laureana o Laura: en este último se convinieron.

Con dificultad se pudiera encarecer los extremos que Marcelino hacía con la madre y con la hija en el regalo de la una y en que se criase la otra. Bastaría decir que eran los penates¹⁸¹ de su afición, tanto que, suspensa el alma, se olvidaba de lo que antes le atormentaba más; y dio lugar a un discurso que tuvo por acertado, y deseando que Laureana lo aprobase y consintiese en ello, le dijo (después de haberle hecho otras muchas prevenciones exhortativas):

¹⁸¹ Divinidades domésticas de los romanos.

—Mucho quisiera, señora poderos asegurar, como muchas veces lo he procurado, de que os estimo en tanto y os amo honestamente, con tan grande extremo, que si alguna cosa pudiera ser igual a vuestra virtud y merecimiento, sólo el amor que os tengo lo fuera. Hoy me hallo más obligado con esta hermosa prenda, con este ángel en belleza, no culpada en la ofensa que siempre lloráis, y yo no sé (según me tiene enamorado) si he de poder ser constante en mi arrepentimiento; sí en la confianza de que es el anuncio de nuestra mayor y más tranquila paz. Y porque los casos futuros no vinculados a la precisa regularidad puede tantearlos la humana prudencia, pero no asegurarlos en el cómo ni cuándo, y me será penoso su desamparo, yo querría que considerásedes lo mismo que considero y advirtiésedes la duración que tiene en la propia patria el agravio y afrenta que un hombre noble o una mujer principal recibe y cuán tarde la cubre la tiniebla del olvido, sin que jamás sucedan otras en otros, ya sean iguales o menores, que no se refresque su memoria y por cualquiera leve ocasión le den con ella en la cara. El volver yo a España es sujetarme a estos inconvenientes, y el volver vos a vuestra patria es sujetarlos a los mismos. En esta ciudad estamos bien opinados, es noble y rica, y no paso común de los que podemos recelarnos; nuestros supuestos nombres nos ocultan de la más curiosa diligencia y de la más aguda malicia, y así, quiero (suplícoos que no lo contradigáis) vender una villa que tengo, disponer de mi hacienda, y con la que tenemos aquí (que pienso que llegará hasta ciento y sesenta mil ducados) que juntos los dos fundemos un mayorazgo en cabeza de nuestra hija, que no será tan pequeño que no llegue a tener más de doce mil de renta. Con ellos y la mayor dote que le dio Naturaleza, que no es el que menos mueve, será, si vive, cudiciada de tantos, que pueda escoger quien la merezca. Vos, como fundadora, seréis usufrutaria siempre, cediéndoos yo mi derecho sin que cuidéis de mí si no quisiéredes, que hombre soy que sabré adquirir con que sustentarme. Y aguardaremos hasta que el Cielo disponga otra cosa de nosotros.

Fuerza le hicieron estas razones a Laureana, considerando, demás de lo bien que le estaba, el tener con que vivir sin decaer de la estimación, y que por aquel medio era asegurar la vida de Alejandro y suya, y así, le respondió que él era dueño de todo, y que, así, podía hacer lo que fuese servido, que ella lo estimaría. Resueltos a ello, le pidió a su amigo Arnaldo que fuese con poderes suyos y vendiese cuanto en España tenía y lo trajese en letras, y otro particular poder en causa propia sobre la renta de su mayorazgo, confesándosele deudor de cuarenta mil ducados para que pudiese empeñarlo en aquella cantidad.

Partió Arnaldo., y fue tal su diligencia, que dentro de cuatro meses volvió con ciento y ochenta mil ducados en letras de cambio que se pagaron luego. Comenzó Marcelino a poner en ejecución lo determinado comprando casas y algunos juros,¹⁸² y sabiendo que Estéfano, el general, estaba muy valido del Rey y que era roda su privanza, le escribió avisándole, lo mucho que deseaba

¹⁸² Renta perpetua por una aportación dineraria al tesoro público.

naturalizarse en aquel reino para tener más cerca las ocasiones de servirle, y que, así, le suplicaba fuese intercesor con Su Majestad para que lo naturalizase y pudiese obtener y gozar las honras y dignidades que los demás caballeros sus vasallos y facultad para fundar un mayorazgo, llamando a él a una hija que tenía (sin perjuicio de varón, si lo tuviese), cuyo fundo¹⁸³ había de ser una villa que compraba con los demás bienes que tenía.

Gustosamente, oyó Estéfano esta nueva, que aún vivían en su corazón los amorosos cuidados de Laureana: envíole los despachos que pedía, ofreciéndole de nuevo su voluntad y prometiéndole que en breve tiempo le alcanzaría un título y procuraría introducirlo en servicio del Rey, en que conocería cuánto se podía asegurar en que era su verdadero¹⁸⁴ amigo. Estas dos voluntades, aunque con diversos fines, se dirigían contra el casto intento de Laureana: la de Estéfano, a conseguir su deseo si la viese libre de la enfermedad que le había visto padecer, y la de Marcelino a que, después de haber muerto a Clavela y a su enemigo Alejandro, casarse con ella, fundada esta esperanza en el engaño de las apariencias que le obligaban a hacer los trabajos y peligros de que se veía cercada, siendo lo más firme de su determinación el morir antes que reducirse a ello.

Hallándose ya Marcelino naturalizado en aquel reino y vecino en tan noble ciudad, rico y favorecido del privado Estéfano, de quien confiaba el cumplimiento de su palabra que lo introduciría con el Rey y lo haría título, acrecentó ostentación en casa y criados, caballos y carroza. Vistiose a la usanza francesa y le rogó a Laureana (que hasta entonces había usado de un muy honesto y decente vestido) tuviese por bien de que se le hiciesen otros que igualasen al nuevo estado, pues era fuerza recibir visitas y parabienes de los caballeros y señoras más principales; y no replicando a esto, aunque sin voluntad suya conocida, se le cortaron seis, y entre ellos uno de tela nacarada con flores de lis pequeñas, y el día que se lo puso (aunque no sin dolor y disimuladas lágrimas) pareció que en su rostro había rejuvenecido toda la gracia y hermosura que los pesares le tenían eclipsadas, cual suele la espesa y negra nube a los lucientes rayos del Sol, hasta que, dilatada o vencida, se difunden con nueva y más brillante luz. Esto, y su grave y honesta compostura acompañada con natural donaire y agrado, causó en el corazón de Marcelino un nuevo incendio de afición, en tanto extremo que, sin acuerdo de la causa de su agravio, toda su contemplación era en Laureana y a sólo ella tenía por el más supremo bien que podía concederle la humana felicidad.

Algunos días procuró encubrir su deseo sin atreverse a declarar con ella, porque todas sus acciones le obligaban a respectarla; pero como tenía siempre a sus ojos aquel hermoso objeto, por instantes se aumentaba su padecer. Por imposible jugó el poder vivir, si a su amorosa pasión se dilatase el remedio, y con

¹⁸³ Posesión, heredad.

¹⁸⁴ Orig.: 'verdaro' (90v).

lo dificultoso de hallarlo determinó de consultar a su amigo Arnaldo, encareciéndole cuán a peligro estaba su vida, y que si deseaba que la tuviese le aconsejase cómo podría reducir al Laureana a que de su voluntad lo favoreciese.

Poco gusto tuvo Arnaldo de que le comunicase tan injusta pretensión, pero disimulando el enfado le respondió así:

—Dificultosamente se le ofrecerá a mi discurso lo que pedís, porque la mayor diligencia, ya persuativa, ya cautelosa, no tendrá poder para vencerla, no tanto en razón de su desgracia y agravio que recibió de vos (que siempre lo está lamentando y llorando a solas: testigo soy de haberla oído muchas veces) como por la singular virtud que en ella he conocido. Y así, no me atreveré, ni es razón atreverme sin grave culpa, a que por mi consejo sea ofendida una mujer tan noble y virtuosa; y la misma obligación tenéis, así por esto como por la palabra que le distes de que jamás la ofenderíades. Y admírome mucho de que sabiendo, como sabéis, quien soy y las obligaciones con que nací, llegásedes a imaginar que había de intervenir en una cosa que, demás del pecado, acrecienta infamia en el infame sujeto que tiene por oficio y ganancia el vender honras y solicitar ofensas y en otros de mayor clase que por congratularse con sus iguales o por lisonjear a los poderosos hacen lo mismo y quieren merecer y medrar por ello como si hubieran hecho una heroica hazaña. Bien os consta que en cuanto ha tocado a serviros y a que satisfagáis vuestro agravio no me podéis culpar de que haya faltado, porque lo uno debo a nuestra amistad y lo otro al parentesco; pero en este caso, que ni es lo uno ni lo otro, antes sí un culpable delito el dar consejo o ayuda para deshonrar a una mujer (aunque fuese de ínfimo estado), perdonadme, que no me tendréis de vuestra parte; que las leyes de la amistad para con Dios sólo obligan a lo que es justo; y para con los hombres en aquello que toca a la reputación- Y así, os suplico que divirtáis ese pensamiento y tratéis de la causa principal que está a vuestro cargo, que si se llegase a entender que la olvidáis vencido de un lacivo y deshonesto deseo será ejecutoriar¹⁸⁵ vuestra afrenta.

—¡Con qué facilidad aconseja el sano al que está doliente! —respondió Marcelino—. Vos, como desapasionado y libre del mal que padezco, reparáis en ese escrúpulo de que muchos no hacen caso, ni vos lo hiciéades: si os halláredes en el estado en que me veo todo os pareciera justo, y os quejáredes de mí si os dijera lo que me habéis dicho. Yo no me quejo, pero como me veo morir he de procurar cuanto pudiere impedir mi muerte; y pues no me sois favorable, pídos encarecidamente que ni me contradigáis ni reveléis lo que determino hacer: oídme sin obligaros a calificar lo que dijere. Puedo presumir, y aun tenerlo por constante, que el fingido monsieur de Blondel y Clavela, huyendo de mi rigor, se embarcarían, y cabe en la posibilidad que los cautivasen turcos o que con alguna tormenta se anegasen. Pues de esto último quiero fingir una carta, como que me la envía Briceño mi secretario, en que me avisa cómo el piloto de un navío que

¹⁸⁵ Certificar, oficializar.

partió de Sanlúcar llegó a Sevilla y dio por nueva que yendo navegando encontró con él un pirata con quien estuvo peleando, y que después de haberle muerto algunos marineros y a un pasajero que llevaba consigo una mujer, a quien algunas veces oyó nombrar Clavela y otras con diverso nombre, se había ido su navío a fondo y él había escapado en una tabla. Con esto perderá la esperanza de ver a su marido, y como viuda y necesitada de mi favor y amparo, tendrá menos dificultad mi intento.

—Haced lo que quisiéredes —le volvió a decir Arnaldo— y vaya sobre vuestra conciencia, que yo no vengo en ello. Como huésped he vivido y vivo en vuestra casa sin exceder los límites del hospedaje. Vos, como dueño della, tenéis libertad para ejecutar lo que determináredes. Yo he cumplido en deciros como amigo mi sentimiento: a vuestro cargo estará el dar la cuenta de la culpa que cometiéredes y de los daños que resultaren.

La obstinación de Marcelino hizo desprecio desta amenaza, y escribió la carta con tantas particularidades que pudieran rendir al crédito más desconfiado, y con industria dispuso que un correo se la llevase y diese en presencia de Laureana estando solo con ella.

Sucedío así: abriola, y antes de acabarla de leer fingió una profunda tristeza, y dando tristísimos suspiros comenzó a decir:

—¡Oh miserable de mí! ¡Oh infeliz y el más desdichado hombre que nació en el mundo! ¡Oh vanas confianzas mías, y como me habéis engañado para que muera con infamia! ¡Venga la muerte, que no es justo que viva el que no tiene honra ni esperanza de tenerla!

Confusa quedó Laureana viéndole hacer tales extremos, y doliéndose de verlo tan afligido, con amigables palabras pidió que le dijese la causa de tan nueva y accidental congoja, y aguardando a que muchas veces le importunase, le respondió:

—Aunque es grande y de imposible remedio mi pena por la que os ha de causar, que es lo que más me obliga a sentir, no se atreverá mi lengua a referírosla; pero porque no es justo encubriros nada, tomad y leed esta carta y sabréis mi desdicha y la vuestra, aunque son muy desiguales, porque a mí me alcanza la mayor parte.

Y diciendo esto la dejó sola y se retiró a otra cuadra para oír el sentimiento que hacía. Y cuando llegó a leer que su Alejandro era muerto quedó por un rato tan suspensa que ni aun el aliento daba señales de que vivía, y recobrada en sí dijo, puesta de rodillas y besando la tierra:

—Señor y Dios mío, con toda humildad me postro a vuestros divinos pies. Vos me criastes no para que hiciese mi voluntad, sino la vuestra: si vos habéis querido que mi alma padezca tan grave dolor, yo estoy muy contenta con que os sea agradable mi paciencia en el padecerlo. Yo, Señor, os supliqué, y de nuevo os suplico, que si los trabajos y persecuciones que padeciese habían de ser medio para desenojaros de lo que como frágil os pude ofender, enviásedes sobre mí todos cuantos fuésedes servido. Grande es el que ahora ha llegado, más que

humanas fuerzas son menester para sufrirlo; pero como Vos me ayudéis, éste y los demás los tendré por muy singular merced y favor. Muévaos, Señor clementísimo, el ver que quedo desamparada: no me falte vuestra divina providencia, pues no le falta al más humilde gusano. Padre universal sois de cuanto criastes, con este regalado nombre quisiste que os llamasen; con el os llamo: no me faltéis, ni mi ingratitud impida vuestrlos auxilios; fáltenme todas las cosas del suelo, que son perecederas, y no me faltéis Vos, que solo vivís y viviréis en eternidad de eternidades.

Nueva y mayor admiración causó en Marcelino lo que le había oído decir a Laureana y el afecto de humildad en el conformarse con la voluntad divina, y prosiguiendo con su engaño volvió a entrar donde estaba, y hallándola arrodillada, le dijo:

—Vos, señora, me enseñáis lo que debo hacer. Vuestras palabras me han enternecido el corazón y han sido una penetrante aldabada que ha despertado a mi alma para que yo procure imitaros y teneros por maestra en el camino de la virtud. Sólo vuestro ejemplo ha podido avergonzarme, viendo que un pecho femenil tiene tan cristiana constancia que desprecia las persecuciones y desafía a los agravios, cuando por uno que recibí estaba tan impaciente, tan lleno de furia y rencor, que podía competir con todo el Infierno junto; y aunque la causa que me movía la justificaba una vana presunción, ya estoy reconocido que mis diligencias han sido poco eficaces, y que no hay acierto sino en aquello que el Cielo ordena y dispone. Humillémonos a Él; obliguémonos con la paciencia para que nos encamine en lo que más nos convenga. De mí podéis estar confiada que me desvelaré en serviros en cuanto mis fuerzas alcancaren y me durare la vida; y por que no demos ocasión a la sospecha y a que se murmuré, así en el pueblo como en nuestra casa, con los extremos del sentimiento que debíamos hacer por lo que cada uno hemos perdido, sintámoslo a solas, sin que lo entienda nadie: disimulemos con prudencia lo que ya a toda la potencia humana no le es posible remediar. Y el estar esto en secreto importa a vuestra reputación y a la mía, que de lo contrario sería perderla y caer de la buena opinión en que estamos. Conservemos ésta hasta que con celestial luz sepamos elegir el verdadero camino por donde nos hemos de salvar.

¿Quién oyera citas tan ajustadas y bien compuestas razones que no las tuviera por de un espíritu contrito y no juzgara que Marcelino estaba firmemente determinado a mejorar de vida y costumbres, y que despreciando todas las cosas de la tierra sólo quería tratar del bien de su alma? Así lo entendió Laureana, contentísima de verlo tan compungido y elegir particulares horas para estar en oración, y ella con particular fervor frecuentaba los sacramentos, con que cada día iba recibiendo espirituales consuelos.

Un mes poco más aguardó Marcelino con fingimiento hipócrita (y aun le pareció muchos siglos) que en Laureana se tolerase la pena de su creída viudez, y una noche, que ya todos los criados estaban recogidos, entró en su aposento, y

sentándose junto a la cama en que estaba acostada y con palabras melosas y sumisa voz, le dijo:

— Esta es, señora Laureana, la vez primera que he tenido atrevimiento de llegar a este lugar en que me veo, y ahora tampoco lo tuviera si el venir no fuera dirigido a tan honesto y conveniente fin como el que me mueve, tal, que vengo confiado que en oyéndome no lo contradiréis. Escusareme de referir la causa que a vos y a mí nos ha hecho perder nuestras patrias y vagar padeciendo por la que nos era tan ajena, que sería renovar el sentimiento de aquello que merece perpetuo olvido, como ya cosa pasada. Sólo diré, en primer lugar, que bien sabéis con cuanta cortesía y decoro os he servido, sin que jamás con palabra ni pensamiento os haya provocado a enojo, aunque los dones y excelentísimas partes de que os dotó Naturaleza pudieran hacerme menos cuerdo y usar de la soberanía de traeros en mi poder. Y esto no es lo más que debéis agradecerme, que a mí mismo me lo debía, sino el firme intento que he tenido y tengo de perpetuarme por vuestro en recompensa de la queja que de mi tuvistes la primera vez que os vi. Los que pudieran impedir esto ya acabaron, ¡háyalo perdonado Dios! Con nombre de mi mujer, y yo de vuestro marido, habemos vivido juntos, y como tales fundamos el mayorazgo en cabeza de nuestra hija. Éste, en rigor, no es válido, porque no os podían pertenecer la mitad de los bienes que se vincularon no habiendo precedido matrimonio y por otras circunstancias que faltaron en la relación cuando se pidió la facultad al Rey, que las callé por vuestra reputación; y así, faltando yo primero (como es muy posible), ni ella lo podía heredar ni vos ser usufrutaria, y os destituiría dél mi más cercano pariente, con que ambas quedaríades en suma miseria, y a mejor suceder le señalarían a Laura unos limitados alimentos, como a hija bastarda. Y sobre todo esto debéis considerar que si lo tal sucediese os veríades tan desacreditada, que los mismos que hoy os estiman y tratan con veneración serían los primeros que os tratasen con desprecio. Causas son éstas (aunque cualquiera dellas bastara) para que condescendáis con mi ruego: en secreto nos podremos desposar, que yo tengo quien administre este sacramento, y que sólo sean testigos Arnaldo, Guillermo, Floriana y Constantina, con que si tuvisteis un marido por cuya causa habéis padecido tanto, adquiriréis otro que sepa más bien estimaros, por lo mejor que ha sabido conoceros, y venerar vuestros merecimientos. Y pues esto ha de tener efecto cuando para ello diéredes licencia, yo, como ya vuestro, la quiero tomar para ponerme en posesión de lo que ha de ser mío.

Y diciendo esto quiso entrarse con ella en la cama. No le será posible al mayor hipérbole de velocidad que pueda igualarle a la que Laureana tuvo en saltar de la cama y ponerse en pie, ni puede justamente ponderarse la gravedad y animoso sosiego con que le pidió que por cortesía la oyese sin dar lugar a que con sus voces despertasen los criados y fuesen testigos del engaño que estaba encubierto; porque aunque perdiése cuanto a su favor le ofrecía y verse en el mísero estado que le amenazaba lo riguroso de su propuesta, les revelaría la verdad de todo lo sucedido para que lo publicasen. Reportose Marcelino con temor de perderla y

perderse, y con encarecidos ruegos le pidió que se volviese a acostar, que él le oiría cuanto le quisiese decir. Sentose donde primero estaba, y ella viéndole atento, le respondió así:

—Crédito le iba dando a vuestras palabras y a la carta que me enseñastes, que como nací para desdichada, cualquiera cosa que sea o haya de ser en mi daño la tengo por cierta y la comienzo a sentir aunque no haya llegado, porque siempre estoy esperando que ha de llegar; pero con lo que habéis intentado tan desalumbradamente hacéis que ponga en duda y tenga por fingimiento el decirme que murió mi Alejandro y se anegó Clavela, que a ser así, no tan apriesa tuviérades consuelo ni olvidárades el delito que contra vos se cometió ni la rabiosa cólera que habéis mostrado de satisfacerlos. Y cuando digáis que como prudente desistís de lo que no habéis de poder alcanzar, porque sólo se desea y procura aquello que el entendimiento juzga ser posible, admírome de que siendo quien sois os estiméis en tan poco que a una mujer a quien pretendéis por vuestra on el sagrado yugo del matrimonio queráis que primero sea mala y vaya a vuestro poder con la afrontosa mancha de impúdica. ¿Qué concepto podríades tener de mí o qué sospechas no perturbarían la paz conyugal cuando os acordásedes que había sido yo tan fácil que a la primera persuasión me había rendido a vuestro deshonesto apetito, pareciéndoos que haría lo mismo con cualquiera que me solicitase? Y cuando tuviésedes total confianza, ¿qué vez os vería el rostro torcido, o melencólico por cualquier extraño accidente, que no fuese un despertador de mi facilidad y sospechase que os acordábadades de ella y era la causa de aquel desabrimiento? Y si con descuido alguna hora faltara yo a lo carioso, ¿cómo me podría asegurar que no entendiésedes que en ofensa vuestra me divertía en otro pensamiento? Pues si tan peligrosos inconvenientes y no pequeñas desgracias proceden de entregarse una mujer al que para lo futuro le promete ser su marido (que no son pocos los que después de haberlo afirmado con muchos juramentos, que sólo para engañar hasta conseguir lo que desean se acuerdan del nombre de Dios, y las dejan burladas lamentando la pérdida que no se puede recuperar), cordura será (no por que vos lo hiciérades) temer semejante suceso. Procedé, como tan noble caballero, sin exceder de los términos que se le deben guardar a una mujer como yo, pues os consta que los merece y le son debidos a mi calidad; que, de lo contrario, si como tengo una vida tuviera muchas, todas las perdiera primero que consentir en cosa que fuese en ofensa de Dios y mía. Y porque será bien que le encomendemos este negocio para que tenga mejor acierto, suplícoos que si algo queréis hacer por mí para que os quede obligada, sea que pasado mañana (que no es muy largo el plazo) nos vamos juntos a la ermita que está fuera de los muros y oigamos la misa que nos dirá mi confesor, que bien sabéis que, además de ser nuestro amigo, es hombre docto y Provisor o Vicario desta ciudad: con él consultaremos este negocio y de allí resultará cuanto conviene que hagamos, de suerte que ni vos quedéis quejoso ni yo deje de alcanzar lo que me estará tan bien. Y de nuevo os suplico que ahora os

vais¹⁸⁶ a recoger, que es ya muy tarde, asegurado de que no faltaré a la palabra que os doy,

Pareciole a Marcelino (admirado de lo que le había dicho Laureana) que si le negaba lo que le pedía sería mayor la sospecha de que la engañaba, y determinado¹⁸⁷ a que si pasado el término que le ponía procediese en resistirse procurar tal ocasión que la soledad fuere su ayudadora y donde su robusta fuerza le diese lo que con ruegos no había podido alcanzar, y con apacible aunque fingido semblante le dijo:

— Bien sabéis señora (esto no me lo podéis negar), que todo el tiempo que habemos estado juntos, ya en campaña, ya en poblaciones., os he tratado con tanta veneración y respecto que ni aun con la menor acción mía he faltado a lo que prometí, con que podéis estar satisfecha que sólo mi buen celo de que en mejor estado tengáis quien os sirva ha sido la causa desta diligencia, a quien no entendí que contradijé sedes; pero pues queréis que se consulte, yo también lo quiero, porque a sólo vuestro gusto esta rendida mi voluntad. Premeditá como prudente en las razones que os he propuesto y conoceréis que todas sus conveniencias no miran a mi comodidad y descanso (que la una y otro puedo tener también como todos y mejor que muchos), sino a que vos y vuestra hija la tengáis sin necesidad de socorro ajeno.

Con esto se despidió, y ella el siguiente día envió a llamar desde la iglesia a su confesor, y después de haberle dado cuenta de lo sucedido y de la resolución firmísima que tenía, se confesó generalmente y le previno que por la mañana se hallase en la ermita. Madrugó Marcelino (que su cuidado le había concedido pocas horas al sueño), y mandando que Arnaldo, Guillermo y las dos criadas antiguas acompañasen a Laureana, se fue con ella a la ermita, adonde halló al vicario, a quien hizo grandes ofrecimientos y le pidió que pues como a padre de confesión le había comunicado Laureana lo que entre los dos habían tratado, dejándolo a sola su determinación, que fuese tal que se consiguiesen tantos bienes como resultarían de convenirse en la proposición que le había hecho.

— Nunca mi parecer contradirá lo que fuere justo —respondió el vicario—, ni creo que la señora Laureana hará cosa que le esté mal, que así me lo tiene prometido y lo podemos fiar de su buen entendimiento. Y porque ya es hora de que digamos misa, entraré a vestirme.

Entráronse juntos, y Laureana volvió a reconciliarse¹⁸⁸ y luego que se acabó el sacrificio la comulgó. Y cuando volvió a echarle la bendición le pidió la mano para besársela, túvose la firme, y tomándole la otra dijo en alta voz:

— Señor, yo Laureana, mujer que fui de Alejandro, hago en vuestras manos consagradas una, dos y tres veces¹⁸⁹ voto solemne a Dios Nuestro Señor y a la

¹⁸⁶ Vayáis.

¹⁸⁷ Orig.: 'determinando' (95v). No es el único defecto de sintaxis del pasaje, pero aquí bien pudo haber errata.

¹⁸⁸ Confesarse.

¹⁸⁹ Fórmula de pleito homenaje y también de juramento en firme.

siempre Virgen María de guardar castidad todos los días que viviere, y asimismo que en cuanto me fuere posible y tuviere con qué entrare en religión y guardaré perpetua clausura; y si por falta de hacienda para el dote no pudiere ser monja como las demás, que entrare por lega o donada y serviré con toda humildad a las que lo fueren. Y para esto, y la obligación de cumplirlo, pongo por testigos a todos los Santos y Santas del Cielo, como también a los que presentes me oyen y a vos, padre espiritual, que estáis representando la persona de Cristo.

—Yo, aunque indigno ministro suyo —respondió el sacerdote—, lo acepto en su nombre.

Y llegándose Laureana a Marcelino, le dijo:

—Ahora, señor, conoceréis que si hasta aquí tenía obligación de defender mi honor y el de un marido mortal, cuánta es ya mayor la que tengo a no ofender el de mi esposo Jesús, a quien me he sacrificado. Y advertí cuánto sentisteis, siendo hombre, la injuria que os hicieron, y cuánto mayor será si intentásedes hacerla al mismo Dios, que con tanto rigor toma venganza de los que se atreven a ofender a los que se le dedican a su divina Majestad. Si fuéredes servido de socorrerme para que pueda ejecutar mi propósito haréis una obra meritoria, y no os hará mucha falta lo que para ello será menester; que con esto volveré a estar en vuestra compañía para que lo dispongáis como viéredes que convenga. Y si vencido del enojo no quisiéredes hacerlo, volveos a vuestra casa, gozá muchos años los bienes de fortuna que habéis alcanzado, que desde aquí me partiré como pobre mendiga pidiendo limosna, que no faltará quien se apiade y duela de mí; y cuando todos los del mundo me faltasen, no me faltará mi nuevo Esposo, y sabrá mirar por mí y recogerme. Solo una cosa os ruego que hagáis, por lo que os puede obligar la misma Naturaleza, y es que miréis por esa niña que queda en vuestro poder: dadla a criar a quien la enseñe a temer a Dios, y plegue a Él que no sea heredera de mis desdichas.

Esto acompañó con tanta copia de lágrimas y sollozos, que movió a compasión a todos los que la oían. Marcelino procurando encubrir el pesar que había recibido, proponiendo en su ánimo de porfiar hasta morir o vencer aquel imposible dio fingidas muestras de que estaba arrepentido en haberle dado causa que llegase a tal extremo, y mostrándose enternecido procuró consolarla diciéndole:

—Vos, señora, habéis elegido el estado que de vuestra nobleza y virtud se podía esperar. Yo estoy muy contento de la buena elección que habéis hecho, y júroos por el Señor que aquí habemos adorado que de mi parte no lo impediré y de no daros ocasión de nuevo disgusto; y no sea menester que pidáis limosna para el fin que deseáis, pues como dueño que habéis sido y sois de cuanto yo poseo podéis tomar la parte que quisiéredes. Pero sólo una cosa debéis concederme, por lo que también os puede obligar como a mí la Naturaleza; y no es que cedáis de tan santo propósito, sino que lo difiráis algún tiempo, hasta que vuestra hija tenga cuatro años, para que la podáis llevar con vos y como madre la inclinéis a tomar el mismo estado, con que cesará el peligro de estar en ajeno

poder y los que suelen ofrecerse a la juventud criada con libertad, que entonces yo quedaré desembarazado y os imitaré eligiendo un convento por asilo de las tormentas deste siglo, que ya es razón retirarme dél, huyendo sus vanidades, y tratar de encaminar el alma al fin para que fue criada. Y deberé a vuestro ejemplo el haberlo alcanzado.

El vicario aprobó este parecer, rogándole a Laureana que no lo contradijese, así por el bien que se había de seguir como por no escandalizar aquella república dándole a entender lo contrario de lo que tenía aprehendido habiéndolos visto cohabitar tan conformes.

Todos quedaron contentos en ver que Laureana obedecía el consejo del confesor y que se volvía a su casa, y en particular Arnaldo, que estaba temiendo un desastrado suceso si se efectuaba lo que había trazado Marcelino. Y quedándose a solas con él, lo abrazó dos o tres veces, diciéndole:

—Ya no quiero que me tengáis por amigo, sino por vuestro esclavo, porque quien tan heroicamente ha sabido vencerse cuando la ceguedad de un desatinado impulso os iba precipitando, es, cuanto con piedad puede juzgarse, cierta señal de predestinación. Considerá los medios que pone Dios para detener un alma cuando más procura anegarse en el piélagos de las culpas. ¿Quién dijera que las flacas fuerzas de una mujer habían de ser poderosas a rendiros al yugo de la razón cuando menos capaz estabádes para seguirla? Perseverá constante en la determinación que habéis referido, que si hasta aquí os he acompañado en vuestros trabajos no me apartaré de vos hasta la muerte: un mismo camino hemos de llevar, que también conozco que todas las cosas de la tierra son caducas y transitorias, y quiero dejarlas de voluntad antes que me las quiten con la vida en quien vanamente confiamos, como si en este cuerpo mortal hubiera de tener eterna duración y no hubiéramos de pagar la deuda del morir a qué nacimos sujetos.

Con este discurso llegaron a la posada, y Marcelino con muy alegre rostro le dijo a Laureana:

—Ya, señora, queda roto, cuanto es de mi parte, el libro viejo en que estaban escritos los desperdicios del tiempo, que he vivido sin acuerdo de que era mortal, y desde hoy se encuaderna el nuevo del arrepentimiento y de la enmienda. Felicísimo día ha sido éste para mí, y lo será mucho más aquél en que me viere en el dichoso estado que deseo.

Equívocas eran todas estas palabras: su engañosa lengua encubría la malicia del corazón, en quien estaba firme su mal propósito fundándolo en que Laureana no podía haber hecho aquellos votos, siendo casada y viviendo su marido, sin consentimiento y licencia suya, y que, así, no estaba obligada a cumplirlos, ni él a la palabra que le había dado. Con este engaño tan cauteloso la fue entreteniendo, poniendo mayor cuidado en regalarla, y pasaba con ella algunas horas y días tratando de cosas espirituales, con que Laureana le permitía (menos recatada) que estuviese junto a ella, pareciéndole que ya no había qué temer de hombre tan reformado y que por instantes se acusaba de lo mal que había vivido.

Poco gozó Marcelino, así la breve lisonja que le había ofrecido la Fortuna como la nueva paz que tenía con Laureana, que por un caso no pensado volvió a perturbarle la quietud que gozaba; este fue que un caballero natural de Tarascón, donde vivían Alejandro y Clavela y muy conocido dellos, pasaba a la Corte, y un día, el último de cuatro que se detuvo en León, encontró con Laureana y Marcelino, que la iba acompañando, y pareciéndole que fuese Clavela se llegó dándole quejas de que no le hubiese avisado de aquella jornada para venirla sirviendo y acompañando, y que estaba ofendido de que le pagase tan mal la voluntad que en él había conocido de servirla. Entendió Marcelino que fuese algún hombre jocoso, y enfadado con él lo apartó un poco, de suerte que no le oyese Laureana, por que no recibiese pena, y le dijo:

—Hidalgo, si estáis acostumbrado a burlas chocarreras, no soy yo con quien las podéis usar, que sabré castigar vuestro atrevimiento. Vos no debéis de conocer a esta señora, pues con tan libre desenvoltura os habéis llegado a hablarla.

—Sí la conozco, mejor que vos y de más tiempo —respondió el caballero—, y sé que se llama doña María Centellas y que es española y mujer de un principal caballero que se dice don Fernando de Cárdenas, con quien he tenido y tengo muy estrecha y familiar amistad. Vos sois el que habéis andado libre, y a no guardarla el justo decoro que le debo y al haberos permitido que la vais acompañando, ya me hubiera satisfecho del desalumbramiento que habéis usado con un caballero de mi calidad.

Reportose Marcelino, aunque combatido de imaginaciones de que otra mujer que Clavela le pareciese tanto a Laureana que la tuviesen por ella, y en decirle que era española y casada con español se rindió a la sospecha de que eran¹⁹⁰ Clavela y Alejandro, y para mejor informarse procuró disimular diciéndole:

—Sea nuestra satisfacción el común engaño en que los dos hemos estado, vos en no haber conocido a esta señora, y yo vuestra calidad. Y servíos de ser hoy mi huésped y los demás días que en esta ciudad estuviéredes, que por lo menos en algo se aventajará mi posada a un mesón, en que, como forastero (que el traje dice que lo sois), posaréis.

Aceptó el convite y se fueron juntos, pidiéndole Marcelino, que no se hablase en aquello si no fuese entre los dos, y a Laureana le dijo que disimulase con él, porque era hombre de humor. Comieron juntos, y Arnaldo con ellos, que no se había hallado presente a lo primero, y en todo el discurso de la comida no quitó los ojos de mirar a Laureana, y viendo que no le hablaba entendió que era burla que le hacían, y que Alejandro estaba escondido para salir después y celebrarla con risa. No se atrevió (por lo que le había pedido Marcelino) a preguntar por él, pero viendo levantar la mesa y retirarse Laureana le parecía que era sueño, y cuanto veía ilusión fantáslica, y aguardaba el fin que tendría Marcelino, que no descansaba su corazón y deseaba saber con certeza lo que tenía aprehendido. Lo

¹⁹⁰ Orig.: 'era' (98v).

sacó a un jardín y le preguntó si estaba ya desengañado de haberle parecido que su mujer fuese doña María Centellas.

—Ahora entiendo —respondió el caballero— que os estáis burlando de mí y queréis persuadirme a que me engaño en lo que sólo ha diez y ocho días que la vi en un convento de monjas (donde lo más del tiempo asiste) oyendo misa y comulgar, que esto en ella es tan ordinario que cada tercer día recibe al Señor, y al fin la semana, digo el domingo, da de comer a nueve pobres, diciendo que es en reverencia de los nueve meses que estuvo preñada Nuestra Señora: devoción que ha introducido y muchas mujeres principales la imitan. Esto he visto muchas veces, pues ni me falta el entendimiento ni he perdido la memoria.

Estando diciendo esto pasaba el ama que criaba a la niña Laura con ella en los brazos, y al punto que la vio, teniéndola por el hijo de Clavela, por ser tan parecidos como las madres, dijo:

—¡Ahora se acaba la maraña! Marcelinico es quien asegura lo que he dicho.

Pero reconociendo que era niña, quedó tan admirado que no acertaba a hablar: tal era su confusión. Aunque era mayor la de Marcelino, y oyendo que otro tenía su nombre tuvo por cierto que había hallado lo que buscaba, y fingiendo contento de verlo enmudecido le rogó que le dijese quién era y dónde estaba aquella señora tan parecida a su mujer.

—A la ciudad de Tarascón, donde tengo mi casa —respondió el caballero—, llegaron habrá poco más de ocho meses un caballero que, como dije, se llama don Fernando de Cárdenas, y su mujer doña María Centellas. Súpese por ellos que arribaron a Marsella corriendo fortuna en el mar, y también la corrieron en tierra a causa de un testimonio que les levantó un caballero, irritado por no haberle querido favorecer doña María. Estuvieron presos, y casi milagrosamente se descubrió la verdad, que a no ser así corrieran mucho riesgo sus vidas. De allí se vinieron a mi patria; ella venía preñada: parió un niño, tan semejante a vuestra hija, y ella a vuestra mujer, que ni en todo ni en parte no es posible hallar diferencia, tanto, que el desengaño que veo pienso que me está engañando; y como supe que estaban de camino, aunque decían que para Barcelona me fue fácil creer que hubiesen torcido camino y estuviesen aquí.

—Milagros son de la naturaleza que muchas veces se han visto —dijo Marcelino—, que hoy viven dos hermanos representantes que llaman «los Valencianos», tan parecidos, que para poder el conocimiento hacer distinción entre ellos era forzoso que diferenciasen en el vestido; y si éste tal vez era igual, y el uno salía primero, y entrándose salía el otro, se tenía por el mismo. Y de otros semejantes a éstos hay común noticia. Y os certifico que por lo que me habéis dicho me holgaría mucho de conocer a esa dama, y que si volviédeses presto os iría acompañando, así por cumplir este deseo como por el que tengo de ver vuestra ciudad, a cuyas encarecidas excelencias estoy aficionado.

—El negocio que me lleva promete dilación —respondió el caballero—: si cuando se acabare y volviere por aquí gustáredes de ir a verlas, mi casa y voluntad, que se reconoce obligada, tendréis, de quien podáis serviros. Y porque

la jornada de mañana es larga, forzoso el madrugar, y he menester prevenir algunas cosas, dadme licencia para ello.

Despidiéronse con amigables ofrecimiento, quedando Marcelino discurriendo sobre qué modo tendría en la ejecución de su intento sin perder a Laureana. En el ir solo y dejarla hallaba dificultad, temiendo que se ausentaría si lo prendiesen y no le ser fácil el probar que Clavela fuese su mujer, y Alejandro el adulterio con ella, y que Arnaldo y Guillermo (a quien jamás los apartó de sí) serían testigos sospechosos y la presunción los haría cómplices en el caso, y así, se resolvió a llevarla consigo y partir luego. Y por lo que le había oído decir, que su enemigo estaba de partida, dispuso brevemente la suya, diciéndole a Laureana que tuviese gusto, pues daba libertad el tiempo siendo primavera, de que se fuesen a divertir por aquellos lugares circunvecinos y visitar algunos santuarios que había de grande devoción, que lesería de singular consuelo. Ella no lo resistió, y así, partieron llevando al ama con la niña y a Constantina y Floriana, dejando las otras criadas que habían recibido y al mayordomo por guarda de la casa, y al cochero le mandó en secreto que no parase hasta Tarascón.

Poco se detenía en los pueblos en que entraba: todo tiempo le parecía largo hasta llegar adonde estaba su mayor enemigo. Al fin llegó; entró de noche, y acaso (o porque el cochero tuviese antiguo conocimiento) tomó posada junto a la plaza principal, donde era el mayor comercio y donde Alejandro tenía la suya. Luego por la mañana envió a Guillermo a que con sagacidad disimulada supiese dónde vivía Alejandro, preguntando por don Fernando de Cárdenas, y advirtiese qué iglesias había más cercanas de donde posase; esto con ánimo de retraerse¹⁹¹ en acabando con aquellas dos vidas que tanto aborrecía, hasta que se supiese que por su adultera ofensa se las había quitado.

Hizo Guillermo la diligencia y volvió a decirle que Alejandro posaba en aquella misma acera, a mano izquierda poco más de cincuenta pasos, y que a las espaldas de su casa, una calle no muy ancha en medio, había un monasterio de monjas franciscas, y sobre mano derecha, no muy apartado, un convento de frailes dominicos. Mandole volver a que reconociese el sitio, si se podría entrar en él y por dónde. Guillermo le dio muchas vueltas considerando su disposición, y para ir mejor informado entró en el patio, miró la escalera, y viendo un jardín que estaba un poco más adentro, quiso saber si por las paredes podrían retirarse en caso que fuese necesario.

Halló la puerta abierta; entró en él poniéndose a hablar con el jardinero, y esto a tiempo que Clavela se andaba paseando por una galería cuyas ventanas, cerradas con vidrieras, caían sobre el jardín, y viendo un hombre que no era su criado y que con atención miraba a todas partes, estuvo atenta considerando quién sería el que con tanto desenfado entraba tan adentro de su casa. Cuidadosa lo miraba, pareciéndole haberle visto otras veces, aunque en diferente traje, y como el recelo la traía siempre sospechosa desde que supo que Marcelino estaba

¹⁹¹ Acogerse a derecho de asilo.

en Francia, puso más atención, y al salirse Guillermo conoció ser él. A la turbación que tuvo venció el peligro en que esperaba verse; quiso avisar a Alejandro; no pudo, que ya había salido; temió su tardanza, conoció el riego en que estaba su vida, y sin más detenerse tomó sus joyas y un talleo de escudos que estaba junto a ellas, pidió apriesa el manto, y llamando al ama, que llevase su hijo, salió por una puerta falsa y se fue al convento de monjas sus vecinas, con quien tenía grande amistad y las tenía obligadas con regalos, pidiéndolas que la recogiesen, porque iba huyendo de la muerte, y que a ninguna persona dijesen que estaba allí. Recibíeronla con particular gusto, así por haber sido su bienhechora como porque vieron que no iba pobre.

Alejandro se detuvo hasta muy tarde, y cuando se venía a comer encontró en la plaza a un caballero amigo suyo con quien dio algunos paseos por delante de las ventanas del mesón donde posaba Marcelino. Vió Constantina (que a hurto contra lo que había mandado Marcelino, que ninguna se dejase ver hasta que él hubiese hecho cierta prevención que convenía, se había asomado a una ventana, que sólo el prohibirlo le había acrecentado las fuerzas al apetecerlo): certificóse una y otra vez, y disimulando el alborozo fue a Laureana y le dijo:

—Señora, yo he visto a mi señor Alejandro. No me han engañado los ojos; de espacio lo he estado mirando: él es, en esta ciudad vive; no lejos desta posada tiene la suya, yo le vi entrar en ella.

Tanto se turbó Laureana de oírla, que con dificultad pudo decirle:

—¿Qué es lo que me dices? Detén esas palabras si no quieres acrecentar nueva pena a mis penas y nuevo llanto a mi llanto. Mira que te puedes haber engañado; porque si fuese cierto bastara a matarme, no el temor de mi peligro, sino el suyo, que si con sólo padecer yo viviera él tuviérame por dichosa.

—No es tiempo éste de turbaciones —dijo Constantina—. Las lágrimas no son de provecho ni remedian nada. Deténganse los suspiros, que con solos ellos no se consigue el remedio que conviene; y éste no sufre dilación, que no se aventura¹⁹² menos que tu vida y las nuestras, y a éstas no las amenaza menos que la muerte.

—Pues ¿qué haremos, amiga —preguntó Laureana—, que somos forasteras y no conocemos persona que nos ampare? ¿Iré a ponerme a los pies de Alejandro para que haga de mí lo que quisiere? ¿Podréme asegurar que oirá mi disculpa y se satisfará della conociendo mi inocencia?

—No soy de ese parecer —replicó Constantina—, que no considerará la ofensa que él ha hecho y querrá vengar la suya en nosotras, de quien no la ha recibido. Salgamos de aquí y entrémonos en la primera casa principal que hallaremos, que el dueño della (sea cual fuere) se apiadará de unas mujeres afligidas y no les ha de negar su amparo, y pasado el primer rigor no ha de faltar quien se ponga de por medio El venir aquí Marcelino con achaque de entretenerte y el recato con que está y quiere que estemos; el hablar está mañana tantas veces en secreto con Arnaldo, y Guillermo, no ha sido sin causa: sin duda

¹⁹² Orig.: 'aueutura' (101r).

que ha tenido aviso que está aquí mi señor. Gran mal ha de suceder; la parte más flaca somos, lo peor hemos de llevar en cualquier modo que suceda: pongámonos en cobro y procúrale avisar que se guarde, que no será esto pequeña parte para que se reconozca obligado y en algo se satisfaga.

—¿Por dónde hemos de salir sin que nos vean estos hombres en cuyo poder estamos? —volvió a preguntar Laureana—. Porque si erramos la suerte ha de ser mayor nuestro daño.

—Anoche, cuando nos apeamos —dijo Constantina—, entró el coche por una puerta que cae a la otra calle y está en un corral grande, y a un lado hay un cercadillo con unos árboles, y desde aquí dentro hay un callejón por donde se sale a él: esta mañana lo he visto todo. Hagamos que salimos a esparcirnos, llevemos los mantos en las mangas y en viendo la ocasión saldremos, que Dios nos encaminara adonde nos favorezcan. El ama y la niña podrán salir primero al corral con Floriana, y nosotras luego tras ellas, que por estar dentro en casa no se pondrá cuidado ni habrá sospecha que alcance el nuestro.¹⁹³ El cofrecillo de las joyas conviene que llevemos, para obligar con alguna a que nos recojan, que el dinero que tengo en mi poder, que se traía para el gasto, aunque es mucho en el valor pesa poco y yo me lo llevaré, que éste es el que nos ha de valer en cualquier trance que nos veamos. Y si le faltare a Marcelino, venda las sortijas de diamantes que trae consigo, que no son de poco valor.

—Pues, amiga, —dijo Laureana—, disponlo apriesa, porque me está diciendo el alma que me conviene huir de la intención de Marcelino y del furor de Alejandro.

Con gran presteza se hizo cuanto propuso Constantina, y el suceso fue tan favorable que hallaron cuanto deseaban, como si el mismo cuidado lo hubiera prevenido, y en saliendo a la calle vieron un edificio cuya majestuosa fábrica y estar cerca les movió a ir a él, y pensando que fuese de algún gran señor se hallaron en el mismo convento adonde se había ido Clavela. La puerta que dicen reglar¹⁹⁴ estaba abierta, y en ella la abadesa con otras religiosas, ante quien (habiendo entrado y cerrado la puerta) puesta Laureana de rodillas, las dijo:

—Señoras mías, si en la nobleza de vuestros corazones tiene lugar la compadecencia de los miserables afligidos, si no desdice al santo hábito que traéis y la sagrada religión que profesáis el tener lástima de una mujer principal triste y perseguida, ampáreme vuestra piedad, que sin haber cometido culpa me veo a riesgo de que me quiten la vida. Muévaos el ser forastera y el estar desamparada.

No pudo decir más, que las congojas le trabaron la lengua y casi le privaron el sentir. Admiradas quedaron las monjas de ver su rostro, tanto, que a no saber que Clavela estaba dentro juzgaran que era ella, como asimismo que la niña Laura era Marcelino su hijo. Con amigables palabras la consolaron, asegurándola

¹⁹³ Nuestro cuidado, nuestra intención.

¹⁹⁴ La que accede a la zona de clausura.

que tendría en ellas todo el amparo y favor que deseaba, y llevándola al mismo cuarto donde estaba Clavela túvose a caso admirable la suspensión con que las dos se estuvieron mirando, pareciéndole a cada una que en algún interpuesto espejo veía su rostro mismo, hasta que Clavela, sabiendo que también como ella venía fugitiva y temerosa de que la matasen, le dijo:

—Si no me engaña el corazón, él me dice que vos, señora, sois Laureana, y que nos parecemos tanto en las desdichas como en los rostros, y que cosas vuestras, y no vos, son causa de las que yo padezco.

—En solas estas palabras —respondió Laureana— conozco que sois Clavela, y de mis adversidades la primera ocasión. No digo que la distes voluntaria: vuestra hermosura la dio, solicitándola una pasión amorosa con el favor de una infiel criada por quien fue vuestra resistencia, no la voluntad, con engañosa industria vencida, y que un invencible temor, poderoso a vencer al ánimo más robusto, os tiene conducida al estado presente.

—Si tenéis noticia de esa en mí tan desventurada y trágica historia —volvió a decir Clavela—, no ignoro lo que por vos ha pasado; que una venganza imaginada procedida de un engaño y padecida por quien estaba inocente, y otra cometida en vos sin dar consentimiento a ella, y un intento de conseguir la total que pide el mayor agravio, es quien os ha traído, no con vuestro gusto, violentada sí, hasta el lugar en que estáis. Seamos amigas, aunque dependientes de dos mortales enemigos. Haga firme nuestra amistad la semejanza de las desgracias, que también tienen ellas fuerza de simpatía. Lloremos juntas: pagadme lo que de vos me lastimo en doleros de lo que yo padezco, y demos gracias a Dios y a estas señoras en quien hallamos amparo y por cuyo medio confío que hemos de tener remedio.

Suspensas y admiradas estaban las monjas viendo que sin conocerse ni haberse visto otra vez se hubiesen conocido, y no menor admiración les causó en ver que el niño y la niña, al punto que se miraron, se descolgaban de los brazos de las amas hasta llegar a juntar los rostros y abrazarse sin poderlos apartar. Deseaban saber las enigmas que las madres habían dicho, y rogándoles que las declarasen, contó cada una lo que le había sucedido y cómo sus maridos estaban en aquella ciudad, y que si no se ponía remedio para que no llegasen a verse era sin duda que se matarían. Y entre todas se determinó que se le diese aviso a Alejandro para que anduviese recatado, y que esto fuese sin decirle dónde ellas estaban.

A un mismo tiempo echaron menos Alejandro a Clavela y Marcelino a Laureana, y porque no cabe en la mayor ponderación posibilidad para encarecer los extremos que hacían, las imaginaciones que los atormentaban (y las expresaban luego: el uno de haber perdido a quien amaba tanto a su hijo y la buena opinión en que lo tenía y estimaba todo pueblo; el otro, el que se le hubiesen frustrado sus intentos, y en primer lugar, después de la venganza que pretendía, el dejar de poseer a su querida Laureana, y con igualdad a esto el carecer de su hija, en quien apoyaba la confianza del vínculo matrimonial en que

deseaba verse con la madre), lo dejaremos a quien lo supiere considerar, para decir cómo Clavela quiso avisar a Alejandro lo que le había forzado a dejar su casa. Y en confuso¹⁹⁵ le escribió esto:

Ya, señor Alejandro, he llegado al más triste y riguroso precipicio que la Fortuna y vuestras inconsideraciones pudieron disponer para acabar conmigo; ya se erige el funesto teatro que me pronosticaron vuestrlos desalumbramientos, en que la vida de mi honra y el lustre de mi buena fama mueran públicamente a las crueles manos de la infamia. Solo unos sagrados muros donde estoy retirada huyendo los asombros de la muerte podrán servirme de asilo. Buscá otro igual, que corre mucho riesgo vuestra persona, porque aquel a quien tenéis ofendido os busca, y anda tan cerca de vos, que llega a pisaros la sombra.

El afecto de Clavela no se movía solicitando la vida y seguridad de Alejandro: que se ausentase deseaba, por que Marcelino (a quien amaba tiernamente) no peligrase si llegasen a sacar las espadas. Con el mismo intento se movió Laureana a escribirle, diciéndole que se guardase, porque Marcelino, marido de Clavela, a quien¹⁹⁶ él había traído y tenía en su poder, estaba de secreto en aquel lugar y le venía buscando para matarlo, y puso por firma «la desdichada Laureana».

Pareciores no conveniente el avisar a Marcelino, suponiendo que se ausentaría Alejandro y que faltándole la noticia de dónde ellas estaban sería perdida la esperanza de encontrarlo,¹⁹⁷ y que ellas se quedarían en perpetua reclusión o hasta que otra cosa se dispusiese con el tiempo.

Los papeles para Alejandro llevaron diferentes personas a quien él no conocía y con orden de que sin que las viese le los enviasen con alguno de sus criados: llegó primero a sus manos el de Clavela, con que del lugar que les había dado a injustas sospechas tomó posesión el temor que le causó el segundo. Sin saber determinarse a lo que le convenía hacer, envió a llamar a cuatro amigos particulares, y encubriendo la causa principal les pidió le acompañasen algunos días, porque un hombre a quien no conocía, imaginándose agraviado, lo venía buscando y estaba en la ciudad encubierto y temía que lo matase a traición, por sí o asesinamente por otro. Ellos ofrecieron acompañarle dentro y fuera de su posada; todos juntos se paseaban, sin permitir que alguno, fuera de los muy conocidos, se les llegase.

De esto, y de que Marcelino se estaba oculto de día y que salía de noche y con otros rondaba la casa de Alejandro, tuvieron aviso los monjas por espías secretas que habían puesto, y considerando que no se conseguía el intento que pretendían

¹⁹⁵ Confusamente, sin entrar en precisiones.

¹⁹⁶ A la cual, se entiende.

¹⁹⁷ Orig.: 'encontralo' (103r).

de que se ausentase, tomaron por acuerdo el darle aviso a su prelado¹⁹⁸ y al Gobernador (que era hermano de la abadesa), para que se tomase algún medio con que se evitasen las desgracias que el caso amenazaba: enviaron a llamarlos, e informados de todas las circunstancias de una y otra parte, les pareció que para obligarlos a que desistiese cada uno de la causa criminal que tenía contra el otro y que se diesen por recompensados, pues el agravio era igual y de una misma especie, y que recibiendo cada uno su mujer y el hijo que había tenido en la otra quedasen esquitos,¹⁹⁹ convenía el prenderlos y hacerles cabeza de proceso sin más testigos que el propio hecho, y que el Provincial los fuese a persuadir y procurase componerlos.

Esta propuesta de los hijos despertó nuevo sentimiento en Clavela y Laureana, manifestándolo con lágrimas, considerando, si aquello sucediese, cómo habían de perder su propia sangre y llevar lo que no era²⁰⁰ ni podían tenerle amor; pero como la causa principal a que se aspiraba era la conciliada unión con sus maridos, permitían que se hablase en ello. La prisión se ejecutó en un mismo tiempo, poniendo a cada uno de por sí con prisiones y guardas.

Con Arnaldo y Guillermo se hicieron las primeras diligencias, y con juramento declararon la verdad a favor de Clavela: cómo había sido engañada por medio de Claudina, refiriendo lo que había dicho estando para espirar, cómo ella fue la trazadora de que entrase Alejandro a cometer el adulterio, y la muerte que ella había tenido. Por Laureana dijeron haberla encontrado (callando lo que Marcelino pasó a solas con ella), y cómo la traía y para qué fin. Luego se les tomó la confesión a Marcelino y Alejandro, y después de haber negado en lo general, cada uno se querelló del otro alegando que, según práctica de España, donde se había cometido el delito, le habían de entregar a su mujer y al adúltero para tomar de ambos satisfacción por sus manos; y reconveniéndolos el juez de que la igualdad de la culpa que ellos habían cometido pedía castigo igual, que así era imposible poder ejecutarse en un tiempo (porque si al uno le entregaban a su mujer con aquel en quien había cometido el adulterio, y en satisfacción de su honra los degollase, era cierto que pagaría el delito, pero moriría afrentado, pues no podía satisfacer la suya quedando viva su mujer y el que en ella le ofendió),²⁰¹ se resolvieron a decir (con más enojo que prudencia) que a los dos a quien les cayese la suerte de quedar vivos, la justicia que es la universal desagraviadora, mandaría ejecutarles la pena de muerte.

¹⁹⁸ Más adelante se le llama 'Provincial': el religioso con autoridad sobre todas las casas religiosas de una provincia.

¹⁹⁹ Compensados.

²⁰⁰ Lo que no era de su sangre, porque Laureana habría de quedarse con Marcelino sólo por haberlo engendrado su esposo Alejandro, y Clavela con Laura por haberla engendrado su esposo Marcelino.

²⁰¹ Si se permitirse a Alejandro matar a Laureana y Marcelino, efectivamente lavaría su honor; pero Marcelino moriría sin haber podido lavar el suyo, pues quedarían vivos Clavela y Alejandro.

Viéndolos resueltos a una tan inorme crueldad, y que Laureana y Clavela estaban en sagrado y que no las habían de sacar dél por estar acusadas de delincuentes para entregarlas al cuchillo, quiso el Provincial ir a hablarlos. Y entrando primero adonde estaba Alejandro, con quien había tenido familiar amistad, le dijo:

— Esta visita, señor Alejandro, no viene con el adorno de cumplimientos que en otras ocasiones os he hecho: intento más alto trae, con deseo que tengáis quietud en la conciencia y seguridad en la vida, para que con ella y obras meritorias satisfagáis lo que la primera os puede estar acusando. Breve discurso deseo que sea el mío, y tan eficaz que alumbre vuestro entendimiento. Quiera Nuestro Señor que logre mi celo y os aparte de la memoria los tres obstáculos que siempre se oponen a las cosas que más nos importan y nos apartan de ellas, que son la presunción de la calidad, el envanecimiento de la nobleza y la humana reputación, y todas, las más veces, desnudas de virtud y amancilladas con destraimientos y detestables vicios, que a no ser así se les debiera superior alabanza, y no reprehensión; pero somos tales, y tan descompuesta nuestra locura, que habiéndonos hecho infames acerca de Dios por las ofensas que cometemos contra su divina Majestad, queremos que nos honorifiquen los hombres y nos estimen en lo que no somos. Ya se ha llegado a saber el injusto rapto que hicistes de Clavela después de haber cometido en ella una culpa tan grave como es el adulterio, de que han resultado tantas desgracias y circunstancias tan agravantes que cada una os publica reo y está pidiendo castigo: la primera, el quitar la buena fama de una mujer principal y la honra de un caballero; tras desto, las muertes de Hipólito y Claudina sus criados, a quien pusistes por terceros y solicitadores de vuestro torpe deleite, corrompiendo con dádivas su debida fidelidad, las de Laurelio y Luperto, y, sobre todo, que la señora Laureana haya padecido tantos infortunios y hoy padezca sin culpa la injuria de una tan vil infamia como le atribuís. Vos habéis sido la causa eficiente o instrumental ocasión de todos estos daños, y habéis pecado contra vos propio en haberos infamado y perdido el buen nombre que teníades; habéis cometido calificado hurto en haber retenido lo que no era vuestro contra la voluntad de su dueño, y no sólo estáis obligado a la restitución de lo que ha estado en vuestro poder, pero también lo estabades a la recompensa de las vidas que se perdieron, si estuviera en vuestro posible, pero no lo está, porque es pérdida sin recompensación. Tenéis asimismo ofendida con el mal ejemplo a toda esta república, por haberle dado a entender con fingimiento que Clavela era mujer vuestra; y justamente os pudiera castigar, que, para hacerlo, debajo de su jurisdicción os tiene, y déjalo de hacer por algunas convenientes razones, y os ofrece remitir la pena, si queréis merecer su clemencia, con mostráros arrepentido y perdonar a quien os ha injuriado, por que él os perdone la injuria que le hicistes. Por Dios os pido que como cristiano consideréis que aquel que tiene mayores culpas es el que debe perdonar más. Y en cuanto a la señora Laureana, bien os consta de su virtud, y que si en ella se os hizo agravio no fue

con su consentimiento, ni lo tuvo en venir con Marcelino, pues en todo ha sido violentada.

—Yo confieso que algunas de esas razones —respondió Alejandro— no tienen contradicción, pero no se me podrá negar que es mayor pecado el de la venganza que aquel que se comete vencido de una pasión amorosa instimulada de la belleza y hermosura de una mujer, tanto, que si pudiera haber disculpa (que no la hay) lo fuera ésta, porque, al fin, se mueve debajo de alguna especie de bien, aunque falsa; pero el pecado que se comete por sólo pecar, conocidamente es gravísimo, y más si es acomulado a la malicia. Éste cometió Marcelino, y si en lo primero fue inculpada Laureana, ¿cómo me podre persuadir que no ha habido prosecución consentida por ella, pues os consta que tiene una hija?

—Aunque semejante materia —replicó el Provincial— parezca ser indigna de tratarla un religioso, no lo es al oficio de confesor, a quien tan varios casos suelen llegar; y así, cuanto me permitiere la cristiana modestia hablaré en ella. Y oponiéndome a vuestra sospecha digo que contra vos propio argüís en cuanto habéis dicho, porque si sólo del primer ayuntamiento que tuvistes con Clavela, sin que su voluntad (ofendida y remisa entonces con el enojo que le había dado Marcelino, de quien entendía que estaba acompañada), ya que no resistió, por el dominio que tiene el marido en lo personal de su propia mujer, no consintió y fue producido un hijo por el efecto de la natural disposición (no en todo para esto dependiente del alma racional, pues basta que no esté apartada del sujeto ni estinguida en él por la senectud o impedida por algún accidente la procreante naturaleza), así, no²⁰² la breve suspensión de los sentidos que tuvo Laureana cuando vio muerto a su hermano pudo impedir sus actos, ni de su parte pudo haber ni fue necesario lacivo consentimiento; y así,²⁰³ en éste no cometió ofensa ni contra vos constituyó formal agravio, y, por consiguiente, tampoco lo recibió en su castidad y continencia, pues bien sabréis que una persona dormida (de quien dicen que es imagen de la muerte), en quien las potencias y sentidos están suspensos, sin actuar en sus objetos activa o pasivamente, es capaz para lo propio, porque la virtud animal generante que existe en ella está siempre apta para la producción; y más si (como quieren los filósofos) basta que sea paciente, y no preciso que con uniformidad agente, y que sólo sirva de materia en que se introduzga la forma, como se ve en la tierra con las semillas que siembran en ella, y aun brocárdico²⁰⁴ común que el Sol y el hombre engendran al hombre. De manera que en el desmayo o el sueño sólo diremos que está amortiguada la sensación, pero no muerta, como se ve en la vegetativa creciendo; en la nutritiva, nutriendo; en la retentiva, deteniendo, y en la atractiva y expulsiva en el atraer el aire para refrigerar al corazón y volverlo a expeler para atraer otro de nuevo. Demás desto, no me podréis negar (porque es pública confesión de Clavela) que

²⁰² Tampoco.

²⁰³ Orig.: 'si' (105v).

²⁰⁴ Dicho, proverbio.

en todo el tiempo que ha estado en vuestra compañía no se ha reiterado la ofensa, y siendo esto tan cierto como es y lo sabéis vos, y que fue promesa vuestra afirmada con juramento, y Laureana no le es inferior en virtudes y afirma por sí lo mismo, seguramente se puede creer. Sólo falta que, pues fuistes el primer ofensor, seáis el que perdonéis primero: haced este sacrificio fiando que os ha de ser muy meritorio, que habéis de alcanzar por él grandes bienes, así temporales como espirituales. Y esto os vuelvo a suplicar por Cristo Señor nuestro.

Tan protervo estuvo en las replicas Alejandro, que concluyó la plática diciendo que pedía más consideración aquel negocio; que él premeditaría en ello, que por entonces aún era muy temprano para determinarse, y que después le daría la respuesta.

Algo desconsolado se apartó el religioso de Alejandro, por verle tan firme en su determinación, y pareciéndole que hallaría más docilidad en Marcelino fue a hablarle, y el dándose por entendido de que le iba a persuadir, antes que acabase de proponer se anticipó a decirle:

—Conozco, padre Provincial, el piadoso y santo celo con que se me hace este favor de visitarme, y doy par constantes y creídas las otras superiores y constantes razones que conforme a la sagrada ley evangélica se me pueden traer para persuadirme. Y certifico que algunas de ellas le dijera yo a otro si él estuviera padeciendo la desdicha que padezco y yo libre de ella; que el aconsejar y persuadir tiene más facilidad que el persuadirse cuanto está más cerca el propio dolor que aquel otro padece, por muy conjuntos que los haga el parentezco o amistad; aunque siempre el que persuade o aconseja debe, en la mayor parte que pudiere, vestirse del afecto de aquel que está padeciendo y juzgar si él haría lo que está persuadiendo y aconsejando. Por desdichado se lamenta un hombre que pierde o le roban su hacienda, por ser medio del vivir; desgraciado le dicen cuando accidentalmente le quitan la vida, pero ¿quién puede encarecer lo sumo de la infelicidad de aquel a quien le quitan el honor? ¿Qué satisfacción hay, qué recompensa que equivalga a su pérdida? El que por algún suceso queda pobre, en la compadecencia y limosna tiene algún consuelo y remedio a su necesidad. Al que le privan de la vida, aunque sea en castigo de sus delitos, no falta quien se duela dél y le ayude con sufragios, pero al que le quitan la honra, ¿qué desprecio no le ofende? ¿En qué conversación no recibe ultraje? ¿Qué lengua hay tan comedida que no publique su afrenta? ¿Quién hay que le acompañe en sus desventuras, quién que le consuele en sus aflicciones? Y a él, ¿qué confusión, qué vergüenza no lo aparta de la comunicación aun de los que eran sus mayores y más obligados amigos? A este miserable estado me han traído Alejandro y Clavela. Ya pluguiera a Dios que fueran éstas imaginaciones que pudieran tener recurso en la sospecha, en el más fácil amparo de la opinión, y no lo hubieran hecho tan evidente como público el haber estado encerrados en un aposento ofendiendo mi propio lecho, el hacerlos fugitivos su propia culpa, el haberse tratado como marido y mujer a vista de toda esta ciudad y haber criado

un hijo en quien yo no tuve parte y sólo vengo a ser, por mi desdicha, padre putativo. Contra éstos, que son actos positivos, ¿qué se me puede decir? ¿Qué medios honrosos se pueden dar con que no yo, sino el mundo, quede satisfecho?

—Al principal fundamento de vuestro discurso —dijo el Provincial— le habéis negado la parte de verdad que os había de satisfacer, siéndoos tan notorio como ya también lo es para todo este pueblo que la señora Clavela padeció inocente y no culpada en el cargo que le ponéis, siendo instrumento dello Claudina, criada vuestra, y ayudador Hipólito su marido, a quienes permitió Dios que muriesen desastradamente. Pues si esto es innegable, ¿con qué razón la estáis acusando? Si este cargo le pusiérades a Alejandro, en algo justificáredes esta causa, pero ya ¿cómo podéis acriminar lo que os ofendió que no sea haciendo notoria la ofensa que le hecistes, y con mayor y más culpable exceso? Y en cuanto al hijo que decís, que no lo niego, examinaos a vos y advertid vuestro propio suceso con Laureana y el estado en que la tenía puesta el dolor, enajenada de sí y casi robados los espíritus vitales cuando ejecutastes en ella lo que aun el pensamiento se ofende que se lo represente la memoria, cuánto más pronunciarlo la lengua de un católico. Y mirad lo que ha procedido de ello y hallaréis cuánta mayor posibilidad hubo quien estaba no agravados los sentidos, no perturbado el entendimiento ni de todo punto opuesta o resfriada la voluntad. Y que Clavela no fuese consentidora en vuestra ofensa y la suya, el ingenio más rudo y apoderado de la ignorancia lo afirmará, tomando por fundamento, como lo es, que padeció un engaño invencible; y aunque allí tuviese consentimiento y delectación no pecó, porque realmente entendía que estaba con su marido, en cuya compañía le era lícito. Y no habiendo pecado para con Dios no habéis de querer que para con vos y contra vos haya pecado, y por lo que no merece pena en el alma queráis²⁰⁵ ejecutarla en el cuerpo. Y es proposición tan firme que jamás se le atrevió a descomponer la réplica que si una mujer estándole pagando el débito a su marido tuviese intención y voluntad consentida,²⁰⁶ con otra y para otro que no lo fuese pecaría, y en cuanto al foro interior sería adultera. Luego podemos decir (aunque no se debe entender esto por la convexa)²⁰⁷ que si con invencible engaño se hallase con hombre ajeno entendiendo que estaba con su marido y tuviese intención de pagarle el débito con todo el complemento de delectación no pecaba; que bien sabréis, por ser verdad asentada en el común sentimiento de los doctos, que el ser una mujer virgen, casta y continente proviene de una constante voluntad del alma, que es la que tiene imperio sobre el cuerpo, y que por la constancia se hace perfecto; y también sabréis que la

²⁰⁵ Orig.: 'querias' (107r).

²⁰⁶ Con pleno conocimiento. El sintagma 'voluntad consentida' sólo da un registro en el CORDE: 'Huir al mundo es huir el hombre de sí; huir de sí es vencerse a sí..., de donde se sigue que huir del mundo es el más excelente de los triunfos. La carne le estimula con sus flaquezas, contentos, delicias y regalos, y con la voluntad consentida, que... es la que mayor daño hace, porque el desordenado amor de la voluntad propia es raíz y causa de todos los pecados: cese la voluntad propia y no habrá Infierno' (Juan Rodríguez Freile (1566-1640): *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada*, ed. Bogotá-1890, p. 165).

²⁰⁷ El CORDE no registra ningún caso de 'por el/lo/la convexo/a'.

consumación del pecado está en el consentimiento de la voluntad, y que sin éste no hay pecado, de que se sigue por verdadera consecuencia que cualquiera cosa que otro hiciere en el cuerpo, no pudiendo evitarlo, o vencida del engaño, como se ha dicho, es sin culpa del que padece, y el pecado ajeno que se cometió en él no mancha su virginidad aunque la pierda, ni será ofendida su castidad o continencia, porque aquello se dice acto de voluntad forzada donde no hay deliberado consentimiento. Pues si en Clavela no lo hubo, como ya os consta, injustamente la acusáis.

—No se le concedió a la capacidad humana —volvió a decir Marcelino— el juzgar de los actos interiores: superior juez reservó para sí su determinación; mas, empero, para los exteriores dio consentimiento: ¿puede haber quien justamente disulpe y favorezca el haberse venido Clavela con Alejandro y cohabitado con él? Si cuando yo llegué a mi casa se hallaba inculpada, ¿por qué huyó? ¿Por qué no abrió la puerta antes que huyese aquel de quien había recibido agravio y me dijo lo sucedido, para que su ofensa y la mía quedaran satisfechas sin que nuestra afrenta se divulgara?

—Menos razón tiene lo que ahora proponéis —replicó el Provincial—, y es común en los hombres, cuando llegan al verdadero desengaño de una cosa a quien estando enojados o coléricos acriminan por gravísima, el decir lo que vos habéis dicho ahora. Decidme, sin pasión: ¿os satisficiérades en aquella ocasión, aunque con juramentos afirmara la verdad del suceso? ¿Os contentárades con satisfacerlos de sólo el ofensor? ¿Pudiera ella asegurar su vida en esta confianza, o presumir que entonces ya no sólo la defensa de vuestra persona ni la prevención del daño hecho, sino la venganza en ambos era la que habíades de procurar, y que contra ésta, una vez intentada por tres hombres (vos, Arnaldo y Guillermo), no podía una flaca mujer propulsar²⁰⁸ la injuria que había de recibir? El temor que tuvo (poderoso a vencer a cualquier constante varón) entendiendo que la debilidad de su fuerzas habían de hacer inevitable su defensa, y, demás desto, vergonzosa (no culpada, ni haber faltado a la firmeza de la castidad conyugal) y aconsejada del miedo (que raras veces resultaron dél buenos aciertos) y persuadida de Alejandro, y mucho más del estar obligada a procurar su conservación, aun antes que acabara de deliberar el salir de vuestra casa estaba ya fuera de ella. Y por lo menos no me podéis negar que miró más por vuestra vida que vos miráis por la suya, pues queriendo Alejandro abrir la puerta de la cuadra donde estaba encerrado y valerse de dos pistolas que llevaba prevenidas para que las balas os rompieran el pecho y él tuviera libre la salida, lo impidió cuanto fue necesario, rogando que la matase a ella primero; que a no ser así (por estimarlos más que a sí misma), tened por cierto que hoy no la persiguiérades.

—Permítaseme, padre mío —dijo Marcelino— el apurar este punto. Dando, como doy, por firme todo lo hasta aquí referido, si cuando supo Clavela que yo estaba en esta ciudad se retiró a un monasterio, ¿por qué no hizo lo mismo en

²⁰⁸ Repeler.

Sevilla el día que se arrojó por el balcón, o por lo menos el otro siguiente? Luego en no haberlo hecho y venirse con Alejandro hace notorio su consentimiento, se verifica mi agravio y muestra ser constante su delito.

—Si la queréis recibir —dijo el Provincial—, tan verdadera como satisfactoria respuesta tiene vuestra objeción o pregunta. No quiero negaros que de su parte pudo hacer lo que decís, supuesto que en el tiempo que estuvo en aquella ciudad (que fueron dos meses) lo procuró con mucha instancia sin poderlo conseguir; pero tampoco me podéis negar que en cualquier parte que estuviera, no pudiendo ser tan secreto que no lo supieran muchos, había de ser un señuelo para que cada uno viese en ella el injurioso descrédito de vuestra persona y se aumentara el desprecio de la suya, que no hay dolor ni sentimiento que tanto lastime y atormente a un noble corazón como verse despreciar de aquellos que primero le honorificaban; y acrecentando a esto el no tener culpa, juzgá en qué grado sería el padecer. Y cuando lo pospusiera todo, como ya quiso hacerlo, ¿quién se habría de atrever, pues no hubo quien se atreviese a tenerla contra vuestra voluntad, siendo tan poderoso como se sabe que sois, y asegurarse del escándalo y violencia que, precipitado, pudiéradades hacer con vuestros deudos y amigos en una casa de religiosas? Y vencido este inconveniente, ¿quién la había de alimentar, pues sólo salió con un manteo, sin otra cosa de valor —aquí calló la renta que le ofrecía imponer Alejandro, por no irritarle de nuevo—; porque si os dábades por ofendido haciendo pública la causa, presentando los testigos que os vienen acompañando, con los demás vehementes indicios, dicho se estaba que le habíades de volver el rostro, y quedando destituida por ley expresa de la dote que había llevado, era fuerza que la echasen de sí, exponiéndola al sumo desamparo y al peligro de caer en vuestras manos. Esto le forzó a fiarse de su propio enemigo, asegurada en sí misma y en un firme juramento que le hizo de que no la volvería a ofender (como es cierto que lo ha cumplido) y de la promesa de que la entraría en un monasterio con nombre de sobrina suya luego que llegasen a Barcelona. Esto ya estuviera hecho si una tormenta no los hubiera derrotado a este reino, y ahora que estaban de camino para ejecutar esta santa determinación lo ha perturbado vuestra llegada. Encarecidamente os suplico que deis lugar a que Clavela logre este intento en el lugar en que está, y pues la Fortuna os ha favorecido en los bienes que suele repartir, y sin que os hagan falta podéis acomodarla, y es sin duda que no ha de salir de allí si no fuese para volver en vuestra gracia y en la propia estimación en que estaba y dándole bastantes fianzas de la vida, determinaos con ánimo de cristiano caballero a una destas dos cosas, pues en Clavela no tenéis qué perdonar ni ha cometido culpa que necesite de perdón, antes ha hecho muchos actos (a mí me consta dellos) que deben ser envidiados y quedar escritos para ejemplo de las más ilustres y castas mujeres.

Convencido fingió Marcelino que estaba con la simulada tristeza del rostro y quedar por un rato enmudecido, y después con equívocas palabras decía:

—¡Oh, cuánto debe reparar un hombre en los primeros empeños de aquello a que se determina, y cuán aconsejado de la prudencia los ha de comenzar para no

hallarse confuso y serle forzoso retroceder en la prosecución de lo comenzado. ¡Oh, cuán justo es que nuestras obras sean tales que nos causen alegría el comenzarlas, se nos deba alabanza en el proseguirlas y tengamos mérito en acabarlas, y cuánto debemos huir de aquellas que desde su principio las está amenazando el arrepentimiento propio y el vituperio de aquellos a cuya noticia llegan! Venga, pues, la razón, hágase lo que importa y diga el mundo lo que quisiere, que si alguna parte dél me culpare, en la aprobación de la otra puedo asegurarme; que no hay cosa que con verdad o mentira no pueda calumniarse.

Y pidiéndole al Provincial que lo encomendase a Dios, de quien esperaba un eficaz auxilio y celestial luz que le guiase en lo que había de hacer que fuese más de su servicio, y que volviese a verlo otras veces, porque le sería de gran consuelo, y prometiendo que lo haría, se despidió contento, pareciéndole que lo había reducido. Y aquella misma noche llamó a su amigo Arnaldo y le rogó partieiese por la posta a París y diese cuenta de su prisión a Estéfano, el general, y de la causa della, sin encubrirle cosa alguna, encareciéndole cuánto le importaba a su honra en particular, y a la que de su mano había recibido, el decidir aquel caso en campaña con Alejandro, porque no podía tener otra composición que la que ofreciesen las armas, y que se doliese de quien se confesaba por hechura suya y le enviase licencia de Su Majestad para pedirle campo, que en él fiaba de su valor y de la razón que tenía que saldría victorioso; y ofreciéndose Arnaldo a que iría, escribió una carta de creencia y con ella partió, asegurándole que en el cuidado y la brevedad haría cuanto le fuese posible.

Llegó a la presencia de Estéfano, informole con tales ponderaciones, que le causó admiración, en que le renacieron nuevos deseos de volver a su poder a Laureana; y pareciéndole que si a Marcelino matase en el desafío Alejandro quedaría ella libre y necesitada de su favor, le dio cuenta al Rey, acriminando el grave y alevoso delito que había cometido Alejandro contra Marcelino, siendo un caballero de tan notoria calidad y nobleza, pidiendo por un memorial en su nombre que pues no se podía por justicia dar igual satisfacción, ni en lo determinado por las leyes se podía hallar, siendo el caso más nuevo que jamás se había visto, fuese servido que se redujese a las del duelo, según costumbre antigua y en aquel reino tan comúnmente usada.

El Rey se lo concedió y remitió²⁰⁹ el modo como había de ser. Y él lo dispuso así: que se le hiciese notorio a Alejandro cómo Marcelino lo tenía desafiado y pedía campo para combatir con él y satisfacerse de un agravio que le había hecho, y que Su Majestad se lo concedía y daba su seguro real que por cualquier suceso (como no se excediese de lo que se acostumbraba en tales casos) no se procedería contra ellos, y que el juez que los tenía presos les quitase las prisiones, dejándolos con buena guarda hasta el día que se conviniesen a salir a la palestra; y para este efecto les diese libertad, entregándolos a cuatro padrinos que ellos nombrasen, y que éstos no tuviesen obligación a contender entre sí, ni en manera

²⁰⁹ Le delegó.

alguna lo hiciesen ni diesen favor a los ahijados, sino solamente reconocer el sitio, la igualdad de las armas y partirles el sol, procurando que no hubiese ninguna ventaja; y que si quedasen vivos (o el que lo quedase) los remitiese a la Corte, para que en lo demás se determinase lo que se debía hacer. Librado este despacho y entregado dél Arnaldo, volvió a toda diligencia.

Firme se mostraba Alejandro en su primera determinación, sin haber dado la menor esperanza de apartarse della: las amenazas de la muerte despreciaba con el pretexto de satisfacer su agravio. Marcelino, más sagaz y cauteloso, con fáciles promesas de que haría lo que fuese justo difería el tiempo hasta la venida de Arnaldo, que fue tan presta cuanto le pedía su deseo. Luego hizo fijar un cartel en que retaba a su enemigo Alejandro de traidor, adulterio y cobarde, llamándolo al desafío para dentro de ocho días, señalándole por campo la principal plaza de aquella ciudad, y en ella un sitio cerrado de treinta pies en cuadro. Esto se le notificó, y él mostrando que deseaba lo propio, lo aceptó animosamente, eligiendo por armas espadas y dagas; y ordenó que se fijase otro cartel con las mismas palabras que el de Marcelino. Estas tristes nuevas llegaron a saber Clavela y Laureana, cuyos dolorosos extremos movían a compasión; cada una se imaginaba viuda y lamentaba su soledad con abundancia de lágrimas.

Cumplido el asignado término nombraron padrinos a quien fueron entregados, y cumplidas todas las condiciones y diligencias de su cargo, estando presentes a este expectáculo todos los comarcanos vecinos, se comenzó el combate; pero fue tan breve que, procurando cada uno acabarlo con tan pocos lances como solicitaba su enojo, poniendo mayor²¹⁰ conato en la ofensa ajena que en la defensa propia (efectos de la común ignorancia, que desprecia el saber, de quien procede y enseña en primer lugar la conservación),²¹¹ se embistieron con tal impetuosa celeridad, que sin antecedencia visible se dieron dos estocadas que, pasados los pechos, cayeron mortales, y sólo se les oyó decir, sin que se pudiese entender cuál hubiese sido el primero: «¡La venganza y la muerte llegaron a un mismo tiempo!».

El triste y lastimoso alarido de los circunstantes dio principio a las ya cercanas exequias, aunque muchos las juzgaron presentes. A toda priesa los retiraron, y con la declaración de los médicos y cirujanos perdieron la esperanza de vivir. Acudieron luego doctos religiosos, exhortándolos a²¹² lo que en aquel trance debían hacer para el remedio de sus almas y amonestándoles que dispusiesen como prudentes de lo que dejaban, a que devota y contritamente se ofrecieron y cumplieron en todo, perdonándose el uno al otro: Y pidieron que por piedad les trajesen a sus mujeres para despedirse de llas y darles los últimos abrazos: esto se

²¹⁰ Orig.: 'su mayor' (110v). Errata por atracción del previo 'su enojo'.

²¹¹ Otra vez renuncia el autor a hacer ostentación de sus conocimientos de esgrima; pero al menos aquí que se recoge un par de sus máximas en favor de la destreza verdadera frente a la ordinaria: la ciencia siempre vence al simple arrojo; el diestro científico nunca descuida la conservación de su vida.

²¹² Suplo 'a' (110v), aunque parece deberse a fallo de estampación.

les concedió, pareciéndoles que ellas no lo resistirían habiendo ya cesado su peligro. El juez se ofreció al ruego, y con otros caballeros las sacaron del monasterio con firme protesta de volverlas a él.

Entró Laureana donde estaba Alejandro, y viéndolo casi en las posteriores agonías, puesta de rodillas delante de la cama le tomó las manos, y besándoselas muchas veces le dijo:

—Señor, y dueño mío, sabe Dios, ante cuyo acatamiento lo²¹³ afirmo, que ni con pensamiento, palabra ni obra jamás os hice ofensa: forzada fui en la que habéis imaginado y os ha tenido quejoso; y si no es así, yo me vea con vos cuando fuéredes a dar cuenta en el divino tribunal y en él se me condene a pena eterna. Tan amado habéis sido y lo sois de mí, que si yo mereciera o mereciere tanto que con el entrego de mi vida pudiere escusar vuestra muerte, con toda voluntad la ofrezco por que vos viváis. Esforzaos, mi señor: partí conmigo vuestras congojas, o dadmelas todas, y tened por cierto que esa herida que tenéis en el pecho está con mortal rigor atormentándome el alma. ¡Ay desdichada de mí, y cómo el hallaros y el perderos fue en un mismo tiempo! Comiencen a llorar mis ojos, pues hoy pierdo todo mi bien.

—Aseguraos, Laureana —le respondió Alejandro—, que nunca dudé de vuestra virtud, a quien sola mi confianza pudo igualar. Sabidor soy de la violencia que sin consentir en ella recibistes; ésta en sólo el que la hizo pretendí satisfacer; pero ella, y lo que ahora padezco y la muerte con que estoy agonizando, conozco que es castigo de la que yo cometí. Justo es Dios, y dispone su divina justicia que se pague todo: sea yo tan dichoso que con aquella afrenta que en vos recibí y estos dolores que estoy padeciendo, que con humildad le ofrezco, se dé por satisfecho, y usando de misericordia me perdone. Encarecidamente os ruego que vos me perdonéis el haberos ofendido en la mal guardada lealtad que os tuve y el haber sido ocasión de vuestra desgracia; y también os ruego por el amor que me habéis tenido y por lo que puede obligaros el que conocistes que os tuve, que miréis por ese hijo que sin culpa propia queda hoy desamparado, aunque en poder de Clavela: entregaos dél, hacedle obras de madre, que es inocente y no merece vuestro enojo. Esto quiero mereceros, y ayude a ello el dejaros, como os dejo, por hija heredera de mi hacienda, y a él del mayorazgo, que por cláusula expresa, no habiendo, como no hay, legítimo sucesor, lo puede obtener y gozar. De lo demás disponé a vuestra voluntad. A los criados que me han servido no he satisfecho, y debo satisfacerlos, que han padecido mucho por mí: no seáis corta en premiarlos. Dadle sepoltura a mi cuerpo y haced bien por mi alma, tanto como yo confío. Y porque ya se acerca esta penosa cuanto forzosa jornada dadme un abrazo y quedaos a Dios, que os guarde.

²¹³ Suplo 'lo' (111r).

Entre los brazos de Laureana espiró Alejandro, y ella quedó tanto tiempo desmayada entre los suyos, que juzgaron los circunstantes que ambos espíritus habían partido juntos.

No fue menor la turbación de Clavela cuando vio a Marcelino y le oyó que decía:

—Conozco, Señor, que os tengo ofendido y que padezco justamente, así por la maldad que cometí en mujer tan virtuosa como Laureana como en haber despreciado las santas inspiraciones que me enviastes y los saludables consejos que vuestros ministros me daban dejándome llevar de los injustos deseos de venganza; pero sé que a favor mío tenéis empeñada vuestra palabra que en cualquiera hora que gimiere mi pecado me perdonaréis. Temeroso me hace el rigor de vuestra justicia; confiado me animo en lo suave de vuestra misericordia: usadla conmigo, Dios mío, y no pierda yo por ingrato el infinito precio que disteis por mi redención.

Y viendo que, vergonzosa, se detenía Clavela, le dijo:

—Llegaos a mí, señora: concíliese nuestra amistad, que ya no es tiempo de traer a la memoria vanidades del mundo. Ya no soy Marcelino: un miserable gusano soy de la tierra; en ella han caído desvanecidos como vil estatua los briosos ardimientos de mi envanecida presunción, fundados sobre el barro quebradizo de la miseria y fragilidad humana. El poco aliento que me veis, presto lo perderé, y este cuerpo que tuvo por estrecho al mundo y no cabía en la mayor arrogancia, se reducirá a un limitado sepulcro, y aun éste no merezco. ¡Oh, cuán ignorante es el hombre que ciego pasa la veloz carrera desta vida sin ensayarse muchas veces en la de la muerte! Apriesa me llama ésta, por minutos me concede el término: no es justo gastarlo en disculparos conmigo, que bien sé cuán inculpable ha sido vuestra vida y el decoro que habéis guardado a mi honor y al vuestro. Sólo me lastima lo que habéis padecido y el veros quedar en tierra ajena. Lo que tengo que rogaros en esta última partida es que miréis por vos y por una hija que dejo, cuya madre es Laureana. En su cabeza fundé un mayorazgo: la mitad de los bienes que se vincularon son vuestros por derecho, y así, los debéis gozar. Tutora y curadora suya os he nombrado, con legado expreso que os la entreguen: no la tratéis con desamor, siquiera por ser mía y por lo mucho que os parece. Dadle estado conforme a su calidad. A mi pariente y amigo Arnaldo he nombrado por administrador y para que os acompañe. Bien sabéis lo mucho que se puede fiar de él y del buen servicio que os hará Guillermo: no los apartéis de vos. Por mí, escusado será el advertiros que voy necesitado de socorros espirituales, ni encareceros que me los enviéis, que la que tanto supo amar en la vida no me podrá persuadir que me faltará en la mayor necesidad. Y porque el tiempo que me queda es breve y he menester negociar con Dios, dadme vuestras manos y tened paciencia para verme morir sin hacer extremos que me perturben y lo hagan más penoso.

Con dificultad apenas acabó de pronunciar esto y hacer un acto de contrición, cuando pagó la común deuda de la mortalidad.

A instancia de Clavela y Laureana se ordenó que los dos cuerpos se depositasen en el monasterio donde ellas estaban, y en dos portátiles urnas los pusieron en un nicho, asistiendo a ello lo noble y plebeyo de aquella ciudad, ayudando con su sentimiento a las funerales honras que por ellos se hicieron. Y un curioso y aficionado suyo pidió licencia para ponerles un epitafio grabado en mármol que decía desta manera:

*Dos agravios satisfechos
en dos homicidas vidas
con dos fatales heridas
por dos agraviadíos pechos,
en términos tan estrechos
verás aquí, caminante.
La novedad no te espante,
que el honor es de tal suerte
que se le opone a la muerte;
si una fuerte, otro constante.*

Ellas se volvieron al monasterio, donde en un particular cuarto labrado a su costa vivieron cuatro años, con tan estrecha amistad, que de sus voluntades hicieron una, entregando a sus hijos al cuidado de Arnaldo, cuyo amor en el criarlos fue iguala la confianza que dél se tenía. Laureana envió a vender la hacienda que había dejado en su patria y a cobrar el dinero que Alejandro envió desde Sevilla y estaba depositado, y junto con el valor de sus joyas y las de Clavela, que todas eran de mucha estima, determinaron fundar un convento de monjas descalzas para permanecer en religión. Éste se hizo, y trasladando a él los huesos de Alejandro y Marcelino y reducidas a su clausura (y lo mismo Laurencia, Floriana y Constantina), muchas nobles doncellas de aquella ciudad quisieron imitarlas, movidas con el ejemplo de su virtud.

Entre Laura y el niño Marcelino iba creciendo el amor con la edad, en tanto extremo, que si algún rato los dividían no les podían apaciguar el llanto, y después celebraban la nueva vista con amorosas caricias, como si entera capacidad gozarán. Alegres estaban sus madres en ver en ellos aquella natural inclinación, y así, antes de profesar capitularon el casamiento, y llegados a la edad conveniente se celebraron las bodas y se gozaron largos años con sucesión alegre, de quien hoy viven descendientes.

Este feliz suceso dio motivo a los más floridos ingenios de aquel tiempo a que en heroico verso lo dejase escrito para ilustre memoria de los venideros siglos, y el pintor más valiente²¹⁴ que entonces se conocía hizo dos perfectísimos retratos enteros de los desposados asidos de las manos, y puso por inscripción una artificiosa enigma al lado siniestro de Marcelino, señalándola con el dedo, que decía así.

²¹⁴ Excelente, hábil en su oficio.

*El padre de mi mujer
fue marido de mi madre,
y el de la suya, mi padre.
¡Mirad cómo puede ser!
Todos cuatro estaban vivos
cuando fuimos engendrados,
y todos cuatro casados.
¡Declaradme estos motivos!
Nosotros también lo estamos
sin haber dispensación:
vivimos en santa unión
y sin pecar cohabitamos.*

La penitente vida de Laureana y Clavela fue tan singular que se tuvo común sentimiento que hacía Dios milagros por ellas. Llegaron a la senetud, y en paz se fueron a gozar el eterno y glorioso premio que mereció la santidad de sus obras. Y en sus sepulcros (que también fueron juntos) y en piras hechas de jaspe les pusieron estos versos manifestando lo que sin culpa habían padecido.

EN LA DE CLAVELA:

Una inocente ofendida
y una inculpable culpada,
una vida acreditada
y una vida perseguida
verás aquí conducida
con patente desengaño
de cuánto puede un engaño;
pero su virtud fue tal,
que de la infamia del mal
no padeció ningún daño.

Y EN EL DE LAUREANA:²¹⁵

Pecado no cometido
tuvo a este cuerpo infamado,
y, sin cometer pecado,
por adulterio tenido.
La verdad puso en olvido
lo que injusto aprehendió

²¹⁵ Orig.: 'Laurena' (114r).

aquel que le persiguió.
 ¡Oh tú religiosa, advierte
 que su vida está en la muerte
 del que con virtud vivió!

Y por lo que con heroico exceso de su confianza les pareció que estarían gozando, les pusieron éstos:

A CLAVELA:

Alma dichosa y santa,
 que de la cárcel triste
 desta vida, prisión del justo y bueno,
 con tan ligera planta
 subes adonde asiste
 el sacro asiento de virtudes lleno,
 prado celeste ameno
 adonde no hay invierno,
 floresta donde el gozo es sempiterno,
 por quien habita el mísero terreno,
 pues aquí te perdemos,
 ruega que vamos donde te gocemos.

Pues que la Faz divina
 que ángeles adoran
 has de ver y gozar eternamente²¹⁶
 (y desto te hace digna
 vida y muerte que honra
 el siglo que pasó y este presente),
 y con sólo la mente
 allí lo sabrás todo,
 sin hablar ni entenderlo de otro modo
 (que esto al que obra virtud se le consiente),
 por las que tú has obrado,
 alcánzanos el bien que has alcanzado.

A LAUREANA:

¿Cuál pluma tan valiente,
 ilustre Laureana,
 podrá escribir en verdadera historia

²¹⁶ Orig.: 'etrenamente' (114v).

con estilo elocuente,
no con lisonja vana,
tu raro ejemplo y tu inmortal memoria,
si en vida transitoria
ángel nos pareciste?
Tales fueron las obras que hiciste
(acomulando méritos de gloria),
que para encarecellas,
número es poco el piélagos de estrellas.

Si en rapto y veloz vuelo,
de laurel coronada,
triumfando de la muerte, vitoriosa,
subes, dejando el suelo,
a la eterna morada,
a ser del dulce Esposo amada esposa,
muéstrate piadosa
con los que te aclamamos
y, dichosos, tu cuerpo veneramos.
Sea tu intercesión tan poderosa,
que sabiendo imitarte
gocemos de esa gloria alguna parte.

Sus cuerpos fueron tenidos en tan gran veneración, que la cristiana piedad les erigió (en sí misma) altares y ofrecían holocaustos de humildísimo afecto, y con eficacia deseaba consentimiento Apostólico para hacerlos públicos. Algunos años después llegó la noticia a las ciudades patrias destas virtuosas señoras (en quien hasta entonces eran tenidas en opinión desacreditada) la verdadera relación desta historia, y procuró cada una con ruegos y promesas recobrar las prendas que eran suyas, envidiosas de que las ajena las gozara, pero no lo pudieron conseguir, ni yo el escribirla con tales afectos y tan elegantes frasis como merecía: discúlpeme la obediencia, que es la que, ya que no califica los desaciertos, los hace menos culpables, y por ella se engrandece y estima la intención y deseo de acertar.

F I N